



JONATHAN SWIFT

Los viajes de Gulliver

Ilustraciones de Arthur Rackham



se

Los viajes de Gulliver, aparecido como obra anónima siete años después del *Robinson Crusoe* de Defoe, cuenta los fantásticos viajes del cirujano y capitán de barco Lemuel Gulliver tras su naufragio en una isla perdida. Pronto Gulliver descubrirá que la isla está habitada por una increíble sociedad de seres humanos de tan solo seis pulgadas de estatura, los liliputienses, engreídos y vanidosos ciudadanos de Lilibut. En un segundo viaje Gulliver descubre Brobdingnag, una tierra poblada por hombres gigantes, de gran capacidad práctica, pero incapaces de pensamientos abstractos. En su tercer viaje va a parar a la isla volante de Laputa, cuyos habitantes son científicos e intelectuales, ciertamente pedantes, obsesionados con su particular campo de investigación pero totalmente ignorantes del resto de la realidad. A este insólito viaje siguen otros cinco llenos de aventuras, que sirven a Swift, como los anteriores, para fustigar con su lúcida ironía la ridícula prepotencia y vanidad de políticos, científicos y seres humanos en general.

Esta edición se enriquece con las láminas a color que para esta obra realizó el clásico de las aventuras Arthur Rackham en 1910.



Jonathan Swift

Los viajes de Gulliver

ePub r1.5

Titivillus 18.01.18

Título original: *Gulliver's Travels*
Jonathan Swift, 1726
Traducción: Francisco Torres Oliver
Ilustraciones: Arthur Rackham

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Presentación

Literatura infantil es —en principio— la que un autor escribe pensando en que sus lectores van a ser los niños. Desde el XIX hasta nuestros días escritores como J. M. Barrie, A. A. Milne, Kenneth Grahame, Richmal Crompton, Enid Blyton, Margaret Mahy o J. K. Rowling han dedicado algunos de sus mejores esfuerzos al público infantil. Pero lo escrito conscientemente para ellos no es la única fuente que nutre las colecciones de libros para adolescentes. La literatura infantil y juvenil, como género, funciona con un talante francamente expansionista e incorpora a sus filas obras que sus autores concibieron sin tener en mente a lectores menores de edad. Las novelas históricas de Walter Scott, *Las minas del rey Salomón* de Haggard, las novelas «científicas» de Julio Verne, los relatos de Sherlock Holmes... de seguro que Wells o London se hubieran sorprendido viendo buena parte de su obra en los catálogos de literatura juvenil. Recopilaciones de tradiciones folclóricas, fábulas, algunos clásicos —aligerados— de anteaer, o que peinan siglos de canas. De todo se utiliza para llenar los catálogos. La infantil realiza continuos secuestros en el repertorio de la literatura de adultos. Y pocas conquistas tan extrañas como la llevada a cabo, desde hace generaciones, con *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift; un misántropo pesimista, sarcástico y en permanente estado de enfado, que publicó bajo firma anónima esta sátira, auténticamente vitriólica, a la cual la censura en el pasado le ha metido las tijeras en repetidas ocasiones.

Salvo en el caso de las novelas de aventuras —que desde antaño se consideraron edificante lectura sobre los logros del esfuerzo, la amistad, el valor, etc.—, lo habitual es que los clásicos de adultos pierdan «algunas

plumas» en su adaptación para niños. Suelen reducir longitud, modernizan lenguaje, eliminan —si lo hay— lo truculento o escabroso y ganan en ilustraciones. De todo eso que suele perderse hay algo en *Los viajes de Gulliver*, sin embargo, en esta edición de la colección Avatares de Valdemar, se aúna las excelentes ilustraciones realizadas por Rackham para una edición de *Los viajes de Gulliver* «suavizado» —digámoslo así— con la integridad del malintencionado texto de Swift. La edición de Valdemar es, por tanto, íntegra y textual, y sigue fielmente la edición de la Oxford University Press a cargo de Louis A. Landa.

La razón del porqué de la conversión en clásico de la infancia de *Los viajes de Gulliver* hay que buscarla, quizá, en la afinidad que se ha dado en épocas entre lo fantástico y lo infantil y, posiblemente también, en una cierta proximidad temática entre los cuentos clásicos infantiles y los personajes de los dos primeros viajes de Gulliver. A fin de cuentas se trata de enanos en Liliput y gigantes en Brobdingnag... Algo parece tener que ver esto con un universo infantil de pulgarcitos, habichuelas gigantes, ogros, pequeñas gentes, etc. Bueno, esos dos capítulos y una larga tradición de *Los viajes de Gulliver* infantiles haciendo gala, generación tras generación, de nuevos y brillantes ilustradores. Lo cierto es que *Los viajes*... pertenecen ya, tanto al universo infantil, como al sector adulto y casi erudito de aficionados a los clásicos.

Su autor, Jonathan Swift, nace en Irlanda, aunque de padres ingleses, en 1667. En 1689 se traslada con su madre a Leicester, donde será secretario de sir William Temple. Profesa como sacerdote dentro de la Iglesia anglicana en 1693. A la muerte de Temple, en 1699, se convierte en capellán del justicia mayor inglés en Irlanda, lord Berkeley y obtiene, dos años más tarde, su doctorado en Teología. A partir de entonces su intervención en política es constante. Primero en favor del partido *whig*, luego, cuando estos desatienden sus peticiones como representante del clero irlandés en favor de que les sean suprimidos determinados impuestos, se alinea con el partido *tory*. Publicando sátiras, siempre anónimas, que todo el mundo sabe que le son atribuibles, siendo el paladín de un influyente grupo de intelectuales donde, junto a él mismo, se alinean autores como Pope o John Gay, dirigiendo el periódico del partido *tory*,

yendo de Inglaterra a Irlanda y de Irlanda a Inglaterra, siendo admirado y temido, pasa esos primeros quince años del siglo XVIII que concluyen con la muerte de la reina Ana en 1714. Con la llegada del nuevo reinado pierde influencia y poder. Decide retirarse a Dublín, donde da comienzo a la redacción de *Los viajes de Gulliver* y sigue publicando sátiras y panfletos «anónimos». En 1718, contra la política inglesa de aquellos días respecto a Irlanda, publica —anónimamente, cómo no— las *Drapier's Letters*. En 1726 se edita su *Travels into Several Remote Nations of the World by Lemuel Gulliver (Los viajes de Gulliver)* y tres años más tarde una de sus más feroces sátiras, *A Modest Proposal*. Su actividad continuó incansable hasta que en 1739 se inició un rápido declive mental que le llevó a la incapacitación y la tutela en 1742 y a la muerte tres años más tarde.

En *Los viajes de Gulliver* sigue el esquema, clásico ya entre los ingleses desde sir John Mandeville a finales del xv, del libro de viajes y, en este caso, más concretamente del de «viajes fantásticos». Respecto al más famoso escrito de Swift, que utilizó siempre el panfleto, la sátira y el anónimo para expresar opiniones y fustigar enemigos, resulta ocioso plantearse si tiene o no intenciones satíricas. Evidentemente sí, y lo que se puede discutir entonces son las claves y los personajes que se ocultan tras nombres como Liliput, o Brobdingnag. Si Blefuscu es Francia, o si tras Bolgolam se oculta, realmente, el conde de Nottingham. Se opina que el primer viaje representa paródicamente la Inglaterra de finales del reino de la reina Ana. Parece bastante identificable una parodia cruel de la Royal Society y de Isaac Newton en la visita, durante el tercero de sus viajes, de Gulliver a la Ilustre Academia de Lagado. Algo más que probable, pues la hostilidad del autor contra las ciencias se manifiesta ya en *A Tale of Tub* (1699), donde satiriza los excesos del saber. Por tanto, pocas ocasiones como esta para que el lector practique los dos niveles de lectura y, pensando mal, acierte. Casi siempre que alguna actitud resulte condenable o ridícula a los ojos de Gulliver cabe suponer que alguna situación social o conocido particular de Jonathan Swift tenía motivos para darse por aludido o aludido.

Sería injusto sin embargo tener como única conclusión final sobre Swift la de un ser en estado de malevolencia perpetua, dotado de una

brillantez excepcional para zaherir mediante la palabra. No parece dudosa ni una fe religiosa profunda, ni un sentido moral sincero, precisamente a raíz del cual brota su indignación ante la conducta de un ser humano que se comporta muy por debajo de sus posibilidades éticas. Excelente prosista, una de las cumbres de la literatura satírica de todos los tiempos, buen poeta y ensayista y, sin que pudiera él sospecharlo ni en sueños... clásico de la literatura infantil. Supongo que le hubiera encantado ferozmente.

ALFREDO LARA LÓPEZ

LOS VIAJES DE GULLIVER

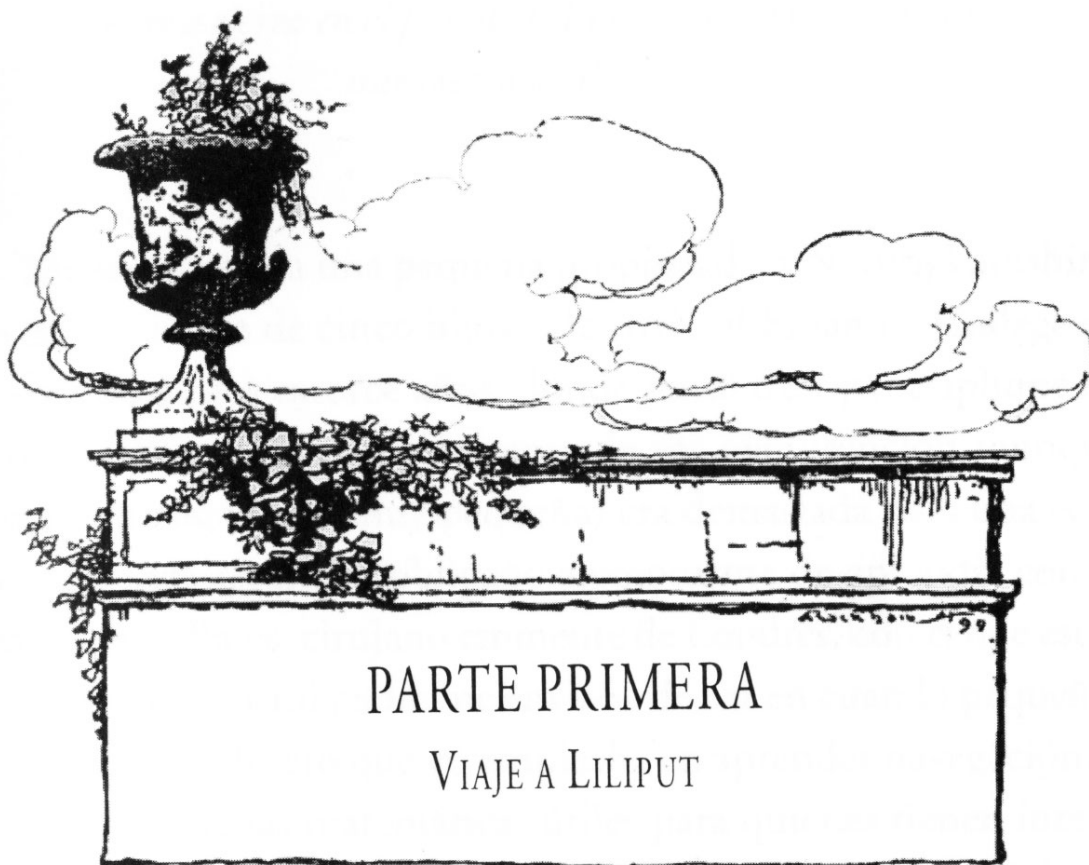
a varias remotas naciones del mundo

con ilustraciones de Arthur Rackham,
algunas aparecidas en 1899, y revisadas y
coloreadas muchas de ellas por el artista para la
edición de 1939





ILUSTRACIONES DE ARTHUR RACKHAM



PARTE PRIMERA

VIAJE A LILIPUT

Capítulo I

El autor da alguna información de él y de su familia; primeras incitaciones a viajar. Naufraga, y nada desesperadamente; consigue llegar a tierra en el país de Liliput, es hecho prisionero, y transportado al interior.

Mi padre poseía una pequeña propiedad en Nottinghamshire; yo era el tercero de cinco hijos. Me envió al Emanuel College de Cambridge a los catorce años, donde residí tres, y me apliqué en mis estudios; pero como la carga de mi manutención (aunque tenía una asignación muy pequeña) era demasiada para una economía modesta, me vi obligado a colocarme de aprendiz con el señor James Bates, cirujano eminente de Londres, con el que estuve cuatro años; y mi padre me enviaba de vez en cuando pequeñas cantidades de dinero que yo empleaba en aprender navegación, y otras partes de las matemáticas útiles para quienes tienen intención de viajar, como siempre creía yo que algún día sería mi destino. Cuando dejé al señor Bates volví con mi padre, donde, con su ayuda y la de mi tío John, y algún otro pariente, obtuve cuarenta libras, y la promesa de treinta más al año para mi mantenimiento en Leiden: allí estudié física dos años y siete meses, sabedor de que sería provechosa para los viajes largos.

A poco de regresar de Leiden, fui recomendado por mi buen maestro el señor Bates para cirujano del *Swallow*, mandado por el capitán Abraham Pannell, con quien continué tres años y medio, e hice un viaje o dos al Levante y a otras regiones. Al regresar decidí establecerme en Londres, a lo que me animó el señor Bates, mi maestro, quien me recomendó a varios

pacientes. Ocupé parte de una casita de la antigua judería; y aconsejado de que cambiase de estado, me casé con Mary Burton, hija segunda del señor Edmund Burton, calcetero de Newgate Street, con la que recibí cuatrocientas libras de dote.

Pero tras la muerte de mi buen maestro Bates dos años más tarde, y dado que tenía pocos amigos, mi trabajo empezó a decaer; porque mi conciencia no me permitía imitar la mala práctica de multitud de colegas. Así que después de consultarlo con mi esposa y algunos amigos, decidí embarcar otra vez. Fui de cirujano en dos barcos sucesivos, e hice varios viajes durante seis años a las Indias Orientales y Occidentales, con lo que incrementé un poco mi patrimonio. Pasaba las horas libres leyendo a los mejores autores antiguos y modernos, porque siempre estaba provisto de buena cantidad de libros, y, cuando bajaba a tierra, observando las costumbres y carácter de la gente, así como aprendiendo su lengua, para lo que tenía gran facilidad por la solidez de memoria.

Dado que el último de estos viajes no resultó muy afortunado, me cansé de la mar, y decidí quedarme en casa con mi esposa y mi familia. Me mudé de la antigua judería a Fetter Lane, y de aquí a Wapping, con la esperanza de salir adelante entre la gente de mar; aunque sin resultado. Tras esperar tres años a que se enderezase la situación, acepté un ventajoso ofrecimiento del capitán William Pritchard, que mandaba el *Antelope* e iba a hacer un viaje a los Mares del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699, y nuestro viaje fue al principio muy próspero.

No estaría bien, por muchas razones, agobiar al lector con los pormenores de nuestras aventuras en esos mares. Bástele saber que, en el viaje de allí a las Indias Orientales un violento temporal nos abatió al noroeste de la tierra de Van Diemen^[1]. Por una observación, descubrimos que estábamos en la latitud de 30 grados 2 minutos Sur. Doce de nuestra tripulación habían muerto por excesivas penalidades y mala alimentación, y el resto se hallaban muy débiles. El cinco de noviembre, que era comienzos de verano en esas regiones, y con tiempo muy neblinoso, los marineros avistaron un escollo a menos de medio cable del barco; pero el viento era tan fuerte que nos empujó directamente sobre él, y nos estrellamos en seguida. Seis de la tripulación, yo incluido, tras arriar un

bote al agua, conseguimos apartarnos del barco y del escollo. Bogamos, según mis cálculos, unas tres leguas, hasta que no pudimos más, extenuados como estábamos ya por las privaciones en el barco. Así que nos confiamos a la merced de las olas, y como media hora después volcó el bote a causa de un súbito golpe de viento del norte. No sé qué fue de mis compañeros de bote, ni de los que escaparon al escollo o se quedaron en el barco; pero me temo que perecieron todos. Por lo que a mí respecta, nadé hacia donde el azar quiso dirigirme, y el viento y la marea empujarme. A menudo bajaba las piernas, pero no tocaba fondo; y estaba ya casi exhausto, y sin fuerzas para seguir luchando, cuando descubrí que hacía pie; y entretanto el temporal había disminuido considerablemente. El declive del fondo era tan suave que caminé casi una milla antes de alcanzar la playa, que según calculé fue hacia las ocho de la tarde. Entonces seguí hacia el interior cerca de media milla, aunque sin descubrir vestigio ninguno de casas o habitantes; o al menos me encontraba tan débil que no me di cuenta. Estaba indeciblemente cansado, lo que, sumado al calor del ambiente, y a la media pinta de aguardiente que me había tomado en el momento de abandonar el barco, hizo que sintiese enormes deseos de dormir. Me tumbé en la hierba, que era muy corta y blanda, y dormí profundamente como no recuerdo haberlo hecho en mi vida; y según calculé, unas nueve horas, porque cuando me desperté era de día. Intenté levantarme, pero no pude moverme: porque, tumbado boca arriba como estaba, descubrí que tenía los brazos y las piernas firmemente sujetos al suelo; y el pelo, que era largo y espeso, lo tenía atado de la misma manera. Asimismo, noté tenues ligaduras que me cruzaban el cuerpo, desde las axilas a los muslos. Sólo podía mirar hacia arriba; el sol empezaba a calentar, y la luz me molestaba en los ojos. Oí un rumor confuso a mi alrededor, pero, dada la postura en que estaba, no veía otra cosa que cielo. Al poco rato noté que sobre mi pierna izquierda se movía alguna bestezuela que, avanzando despacio por encima del pecho, me llegó casi hasta la barbilla; cuando, al volver los ojos todo lo abajo que pude, descubrí a un ser humano de no más de seis pulgadas de alto, con un arco y una flecha en las manos, y aljaba a la espalda. Entretanto noté que lo menos cuarenta más del mismo tamaño (según imaginé) seguían al primero. Estaba

absolutamente asombrado; y solté tal bramido que retrocedieron espantados; algunos, como me contaron después, se magullaron en la caída al saltar desde mis costados al suelo. Sin embargo, volvieron en seguida, y uno de ellos, que se atrevió a avanzar lo bastante para verme entera la cara, alzando las manos y los ojos en un gesto de admiración, exclamó con voz chillona pero distinta: *Hekinah degul*. Los otros repitieron las mismas palabras varias veces, que entonces yo no sabía qué significaban. Yo estaba a todo esto, puede creerme el lector, enormemente inquieto; por último, forcejeando, tuve la suerte de romper las cuerdas, y arrancar las estacas que me sujetaban el brazo izquierdo al suelo; porque, al levantarlo hasta la cara, descubrí el procedimiento que habían empleado para atarme; y al mismo tiempo, con un tirón fuerte que me produjo un tremendo dolor, aflojé un poco los hilos que me ataban el pelo en el lado izquierdo, de manera que pude volver la cabeza unas dos pulgadas. Pero las criaturas echaron a correr por segunda vez, antes de que pudiera atraparlas, lo que dio lugar a una gran confusión de chillidos; y cuando cesó, oí gritar alto a uno de ellos: *Tolgo phonac*; y sentí al instante que disparaban más de cien flechas a la mano izquierda que se me clavaron como otros tantos alfileres; y a continuación dispararon otra descarga al aire, como hacemos en Europa con las bombas; muchas de ellas creo que me cayeron sobre el cuerpo (aunque no las noté) y algunas en la cara, que inmediatamente me cubrí con la mano izquierda. Al cesar este chaparrón de flechas empecé a gemir de dolor; y seguidamente, al forcejear otra vez para soltarme, me lanzaron otra descarga más grande que la primera, y algunos trataron de pincharme con lanzas en los costados; pero por suerte llevaba un jubón de ante que no lograron traspasar. Juzgué que lo más prudente era quedarme quieto, y me hice el ánimo de seguir así hasta la noche, momento en que, con la mano izquierda suelta, podría liberarme; y en cuanto a los habitantes, tenía motivos para creer que podría enfrentarme al ejército más poderoso que pudieran lanzar contra mí, si eran todos del mismo tamaño que el primero que había visto. Pero el destino dispuso de mí de otra manera. Al observar aquella gente que me había tranquilizado, dejaron de disparar flechas; pero por el creciente rumor me di cuenta de que aumentaba su número; y a unas cuatro yardas de mí, frente a mi oreja derecha, estuve durante más de una

hora oyendo golpeteos como de gente trabajando; y al volver la cabeza en esa dirección hasta donde las estacas y los hilos me permitían, vi que habían erigido un estrado, como a un pie y medio del suelo, capaz de contener cuatro habitantes, con dos o tres escalas para subir; desde él uno de ellos, que parecía ser persona de calidad, me dirigió un largo discurso del que no entendí una palabra. Pero debía haber dicho que antes de que este personaje iniciara su perorata, gritó dos o tres veces: *Langro dehul san* (estas palabras y las anteriores me las repitieron y explicaron después). Tras lo cual se llegaron inmediatamente unos cincuenta habitantes y cortaron los cordeles que me sujetaban el lado izquierdo de la cabeza, lo que me permitió volverme a la derecha, y observar la persona y ademán del que iba a hablar. Parecía de mediana edad, y era más alto que los tres o cuatro que le asistían, de los que uno era un paje que le sostenía la cola, y era poco más alto que mi dedo corazón; los otros dos estaban a uno y otro lado de él para atenderle. Cumplió en todo como un orador, y pude observar muchos periodos de amenazas, y otros de promesas, compasión y benevolencia. Contesté con unas pocas palabras, aunque en el tono más sumiso, alzando la mano izquierda y los ojos al sol, como poniéndolo por testigo; y como casi desfallecía de hambre, ya que no había probado bocado desde varias horas antes de abandonar el barco, sentía tan fuertes las reclamaciones de la naturaleza, que no pude evitar mostrar mi impaciencia (quizá en contra de las estrictas normas del decoro), llevándome repetidamente los dedos a la boca para indicar que necesitaba comer. El *hurgo* (pues así llamaban a un gran señor, como me enteré más tarde) me comprendió muy bien. Bajó del estrado y ordenó que pusiesen varias escalas a mis costados; subieron por ellas más de un centenar de habitantes, y se dirigieron a mi boca cargados con cestas llenas de comida, preparadas y mandadas allí por orden del rey a la primera noticia que había tenido de mí. Observé que se trataba de carne de diversos animales, aunque no pude distinguirlos por el sabor. Había paletillas, piernas y solomillos como de cordero, muy bien preparados, aunque de un tamaño más pequeño que las alas de alondra. Me comí dos o tres de un bocado, y me tomé tres hogazas de pan a la vez, como del tamaño de balas de mosquete. Me lo servían lo más deprisa que podían, con mil muestras de admiración y de asombro ante

mi tamaño y apetito. Después les hice seña de que necesitaba beber. Comprendieron, por lo que había comido, que no me saciaría con una pequeña cantidad, y como eran gente de lo más ingeniosa, izaron uno de sus más grandes bocoyes, lo rodaron después hasta mi mano, y le abrieron la tapa; me lo bebí de un trago, lo que no me fue difícil, porque no contenía ni media pinta, y encontré un sabor como a vino flojo de Borgoña, aunque mucho más delicioso. Me trajeron un segundo bocoy, que me bebí de la misma manera, y les hice señas de que quería más; pero no tenían. Cuando hube terminado estos prodigios, gritaron de júbilo, bailaron sobre mi pecho, y repitieron varias veces lo que habían gritado al principio: «*Hekinah degul*». Me indicaron por señas que arrojase los dos bocoyes al suelo, advirtiendo antes a la gente de abajo que se apartara con grandes gritos de: «*Borach mivola*»; y cuando vieron volar los recipientes, hubo una exclamación general de: «*Hekinah degul*». Confieso que estuve tentado muchas veces, mientras andaban de un lado para otro sobre mi cuerpo, de agarrar cuarenta o cincuenta de los primeros que se pusieron a mi alcance, y despachurrarlos contra el suelo. Pero la conciencia de lo que había sentido, lo que probablemente no era lo peor que me podían hacer, y la palabra que les había dado, porque ese sentido daba yo a mi actitud de sumisión, me hicieron desechar en seguida tal idea. Además, ahora me consideraba obligado por las normas de hospitalidad con una gente que me había tratado con tanto gasto y magnificencia. Sin embargo, en mi interior, no me asombraba suficientemente la intrepidez de estos diminutos mortales, que se atrevían a subir y deambular por encima de mi cuerpo, mientras tenía yo una mano libre, sin temblar ante la visión de un ser tan enorme, como debía parecerles. Al cabo de un rato, cuando vieron que no les pedía más de comer, apareció ante mí un personaje de alto rango enviado por su majestad imperial. Tras subirse su excelencia a la parte delgada de mi pierna derecha, se encaminó hacia mi cara, con alrededor de una docena de su séquito. Y sacando sus credenciales con el sello real, que me acercó a los ojos, habló durante unos diez minutos, sin muestra alguna de severidad, aunque con una especie de decidida resolución, señalando a menudo hacia delante, que como averigüé después, era hacia la capital, a una media milla de distancia, adonde debía ser conducido, como había

acordado su majestad en consejo. Contesté con pocas palabras, aunque no servía de nada, e hice gesto con la mano que tenía libre, llevándomela a la otra (pero por encima de la cabeza de su Excelencia, por temor a hacerle daño a él o a su séquito) y luego a la cabeza y al cuerpo, para indicarle que quería que me soltasen. Me comprendió bastante bien, porque meneó la cabeza a manera de negativa, y alzó la mano en un gesto que indicaba que debía ser conducido como prisionero. Sin embargo, me hizo otras señas para hacerme saber que tendría comida y bebida suficientes, y muy buen trato. Por lo que pensé otra vez en intentar romper las ligaduras; pero otra vez, al sentir el escozor de las flechas en la cara y las manos, que tenía llenas de ampollas, con multitud de dardos clavados aún en ellas, y observar igualmente que el número de mis enemigos aumentaba, hice gestos para darles a entender que podían hacer conmigo lo que quisieran. Con esto se retiraron el *hurgo* y su séquito, con gran civismo y el semblante animado. Poco después oí un grito general, con frecuente repetición de las palabras «*Peplom selan*», y noté que gran número de gente a mi izquierda aflojaba las cuerdas, de manera que pude volverme sobre el costado derecho, y aliviarme orinando, lo que hice abundantemente para gran asombro de la gente, que adivinando por mis movimientos lo que iba a hacer, se apartó rápidamente a derecha e izquierda, en ese lado, para evitar el torrente que brotó de mí con ruido y violencia. Pero antes de esto me habían embadurnado la cara y las manos con una especie de unguento de olor muy agradable, que en pocos minutos me quitó el escozor de las flechas. Estas atenciones, unidas al refresco recibido con las vituallas y la bebida, muy reparadoras, me predispusieron al sueño. Dormí unas ocho horas, como después me aseguraron; lo que no tenía nada de extraño, porque los físicos, por orden del emperador, habían mezclado una poción somnífera en el vino de los bocoyes.

Griffen Raed Aam - 09





Gulliver se soltó de las cuerdas,
se levantó y se estiró

Al parecer, tan pronto como me descubrieron durmiendo en el suelo, tras llegar a tierra, habían enviado noticia de mí al emperador por un expreso; y este determinó en consejo que debía ser atado de la manera que acabo de relatar (lo que hicieron durante la noche mientras dormía), me enviasen abundante comida y bebida, y dispusiesen una máquina para transportarme a la capital.

Esta decisión quizá pueda parecer muy temeraria y arriesgada, y estoy convencido de que no la habría imitado ningún príncipe de Europa en semejante coyuntura; sin embargo, en mi opinión, fue extremadamente prudente, a la vez que generosa. Porque suponiendo que esta gente hubiera tratado de matarme con sus lanzas y sus flechas mientras dormía, sin duda habría despertado a la primera sensación de escozor, lo que podría haberme avivado la rabia y la fuerza al extremo de hacer posible que rompiera las cuerdas con que me tenían inmovilizado; después, como no habrían sido capaces de oponer ninguna resistencia, no podrían esperar piedad.

Esta gente son excelentes matemáticos, y han llegado a alcanzar gran perfección en mecánica merced al apoyo y aliento del emperador, que es un reputado protector del saber. Este príncipe posee varias máquinas armadas sobre ruedas para el transporte de troncos y otros grandes pesos. A menudo construye sus buques de guerra más grandes —de los que algunos alcanzan los nueve pies de eslora— en el bosque, donde se produce la madera, y hace que los transporten en estos ingenios hasta el mar, a unas trescientas o cuatrocientas yardas. Quinientos carpinteros y expertos se pusieron al punto a trabajar en la preparación del ingenio más grande que tenían. Era un armazón de madera que se alzaba a tres pulgadas del suelo, de unos siete pies de largo y cuatro de ancho, movido por veintidós ruedas. El grito que oí fue por la llegada de este ingenio, que al parecer se había puesto en marcha a las cuatro horas de mi llegada a tierra. Lo situaron paralelamente a mí donde yacía. Pero la principal dificultad era levantarme y ponerme en este vehículo. Erigieron para este fin ochenta palos, cada uno de un pie de largo, con cuerdas muy fuertes, del grosor del bramante, sujetas mediante ganchos a multitud de vendas que los trabajadores me habían ceñido alrededor del cuello, brazos y piernas. Se emplearon novecientos hombres de los más fuertes para tirar de estos cordeles mediante motones hechos

firmes a los palos; y así, en menos de tres horas, fui levantado y depositado en el ingenio, y atado fuertemente a él. Todo esto me lo contaron, porque mientras se llevaba a cabo este trabajo estuve profundamente dormido por efecto de la medicina somnífica vertida en la bebida. Mil quinientos de los más grandes caballos del emperador, cada uno de unas cuatro pulgadas y media de alto, se emplearon para transportarme hasta la metrópoli, que, como he dicho, se hallaba a media milla de distancia.

Unas cuatro horas después de emprender el viaje, me desperté debido a un percance ridículo; porque, al detenerse un rato el carruaje para arreglar algo que se había averiado, dos o tres jóvenes sintieron curiosidad por ver mi aspecto dormido; treparon al ingenio, y avanzando muy calladamente hasta mi cara, uno de ellos, oficial de la guardia, me metió el extremo puntiagudo de su pica por la ventana izquierda de la nariz, lo que me produjo picazón como de una paja, y me hizo estornudar de manera violenta; tras lo cual se escabulleron inadvertidamente, y no me enteré hasta tres semanas más tarde de por qué me había despertado tan de repente. Hicimos una larga marcha el resto de ese día, y descansé por la noche con quinientos centinelas a cada lado, la mitad con antorchas y la otra mitad con arcos y flechas, preparados para disparármelas si intentaba forcejear. A la mañana siguiente proseguimos la marcha con la salida del sol, y hacia mediodía llegamos a doscientas yardas de las puertas de la ciudad. El emperador salió con toda su corte a recibirnos, pero los altos dignatarios no consintieron de ningún modo que su majestad expusiera su persona subiendo a mi cuerpo.

En el lugar donde se detuvo el carruaje se alzaba un antiguo templo, considerado el más grande del reino, el cual había sido profanado hacía unos años con un atroz asesinato; y de acuerdo con el fervor de esta gente, se consideró desacralizado, y se le dio un uso secular, despojándolo de todo ornamento y mobiliario. En este edificio se decidió que debía alojarme. El gran pórtico que se abría al norte tenía unos cuatro pies de alto y casi dos de ancho, y pude introducirme por él. A cada lado del pórtico había una ventana pequeña a no más de seis pulgadas del suelo: por la de la izquierda los herreros del rey pasaron noventa y una cadenas, como las de los relojes de las damas de Europa, y casi igual de grandes, que me ajustaron a la

pierna izquierda con treinta y seis candados. Enfrente de este templo, al otro lado de la gran calzada, a veinte pies de distancia, había un torreón de lo menos cinco pies de alto. Aquí subió el emperador, con muchos señores muy principales de su corte, para tener ocasión de observarme, según me dijeron, porque yo no podía verlos. Se calculó que más de cien mil habitantes salieron de la ciudad con el mismo propósito; y pese a la guardia que me custodiaba, creo que no fueron menos de diez mil los que, en diversos momentos, subieron a mi cuerpo con ayuda de escalas; pero muy pronto se pregonó un bando prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los obreros comprobaron que era imposible que me soltase, cortaron las cuerdas que me ataban; hecho lo cual me levanté con el ánimo más abatido que nunca en mi vida. Pero las exclamaciones y el asombro de la gente al verme levantarme y caminar fueron indecibles. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda tenían unas dos yardas de largo, y me permitían no sólo andar de un lado a otro en semicírculo, sino que, como las habían fijado a cuatro pulgadas del pórtico, podía entrar a gatas y tumbarme cuan largo era en el templo.

Capítulo II

El emperador de Liliput, asistido por varios miembros de la nobleza, va a ver al autor en su encierro. Descripción de la persona y vestido del emperador. Se nombran sabios para enseñar la lengua al autor. Este se gana el favor con su actitud tranquila. Le registran los bolsillos, y le quitan la espada y las pistolas.

Al ponerme de pie miré a mi alrededor, y debo confesar que jamás había contemplado una perspectiva más amena. El campo alrededor parecía un jardín interminable, y los terrenos cercados, de unos cuarenta pies cuadrados por lo general, parecían otros tantos arriates. Estos campos se entremezclaban con arboledas de medio cuarto de acre, y los árboles más altos, a lo que podía juzgar, alcanzaban a lo más unos siete pies. A mi izquierda tenía la capital, que parecía una ciudad pintada en un decorado de teatro.

Hacia horas que me sentía apremiado por las necesidades de la naturaleza, lo que no era extraño, ya que hacía casi dos días desde la última vez que había evacuado. Me hallaba en un gran aprieto, entre la urgencia y la vergüenza. El mejor recurso que se me ocurría era gatear al interior de la casa, y así lo hice; y cerrando la puerta tras de mí, me alejé todo lo que la cadena permitía, y alivié el cuerpo de esa carga molesta. Pero fue la única vez que me sentí culpable de tan inmundicia acción; así que no puedo por menos de esperar que el cándido lector se muestre indulgente

conmigo, cuando considere mi caso con madurez e imparcialidad, y el apuro en que estaba. Desde ese momento, mi práctica invariable fue, en cuanto me levantaba, hacer dicha necesidad al aire libre, alejándome cuanto daba de sí la cadena; y cada mañana, antes de que viniese nadie, dos criados designados a tal efecto se ocupaban cumplidamente de llevarse en carretillas la repugnante materia. No me habría extendido tanto en un detalle que quizá puede no parecer muy importante a primera vista, si no lo juzgase necesario para probar al mundo mi manera de ser en punto a limpieza, que según me han dicho algunos detractores míos han puesto en duda en esta y en otras ocasiones.

Concluida esta aventura, volví a salir de la casa en busca de aire fresco. El emperador había bajado ya de la torre y venía hacia mí a caballo, lo que sin duda podía haberle costado caro; porque el animal, muy bien domesticado, pero no acostumbrado a semejante visión, que era como si una montaña se moviese ante él, se encabritó; pero este príncipe, que es excelente jinete, se mantuvo en su silla hasta que acudieron corriendo sus asistentes y sujetaron la brida, en tanto que su majestad tenía tiempo de desmontar. Una vez en tierra me inspeccionó con gran admiración, aunque desde más allá de la longitud de mi cadena. Mandó a sus cocineros y dispenseros, ya preparados, que me dieran vituallas y bebida, lo que ellos acercaron empujando una especie de vehículos con ruedas, hasta que estuvieron a mi alcance. Cogí estos vehículos, y en poco tiempo los vacié todos: veinte venían llenos de comida, y diez de licor. Cada uno de los primeros me proporcionaron dos o tres buenos bocados; en cuanto al licor, vacié diez recipientes, que eran redomas de barro, en un vehículo, y me lo bebí de un trago; y lo mismo hice con el resto. La emperatriz y los jóvenes príncipes de sangre, de uno y otro sexo, asistidos por multitud de damas, se hallaban montados a cierta distancia en sus sillas; pero ante el percance ocurrido con el caballo del emperador, se apearon, y se acercaron a su persona, que ahora paso a describir: supera en estatura el espesor de una uña mía a todos los de su corte, y sólo eso es suficiente para inspirar temor a los presentes. Su rostro es fuerte y masculino, con el labio de los Austrias y una nariz curvada, de color aceitunado, ademán erguido, el cuerpo y los miembros proporcionados, sus movimientos gallardos y su

porte majestuoso. Había dejado atrás la juventud, ya que tenía veintiocho años y tres cuartos, de los que llevaba reinando unos siete con gran dicha, y victorioso por lo general. Para verlo con más comodidad me tumbé de costado, de manera que la cara me quedaba paralela a la suya, mientras él estaba de pie a tres yardas; después lo he tenido muchas veces en la mano, así que no puedo errar en su descripción. Su vestido era normal y sencillo, y la hechura entre asiática y europea; pero llevaba en la cabeza un yelmo ligero de oro adornado con joyas y un penacho en la cimera. Tenía la espada desenvainada en la mano, para defenderse en caso de que me soltase; medía esta casi tres pulgadas de larga, y tenía el puño y la vaina de oro, engastados con diamantes. Su voz era chillona, pero clara y distinta, y pude oírla con nitidez cuando me levanté. Las damas y los cortesanos iban espléndidamente ataviados, de manera que el lugar donde estaban semejaba una saya extendida en el suelo, bordada con figuras en oro y plata. Su majestad imperial me habló muchas veces; y yo le contestaba, pero ni él ni yo entendíamos una sílaba. Había presentes varios sacerdotes y legistas (como deduje por la vestimenta) con la orden de interrogarme; y les hablé en todas las lenguas de las que tenía alguna noción, que eran alto y bajo holandés, latín, francés, español, italiano y lengua franca; pero todo fue inútil. Al cabo de dos horas se retiró la corte, y me quedé con una nutrida guardia dispuesta para evitar impertinencias, y probablemente la malevolencia del populacho, muy deseoso de acercarse a mí hasta donde se atrevía, algunos de cuyos componentes tuvieron la insolencia de dispararme flechas mientras estaba sentado en el suelo junto a la puerta de mi casa, de las que una estuvo a punto de acertarme en el ojo izquierdo. Pero el coronel mandó prender a seis instigadores, y juzgó que el castigo más indicado era ponérmelos en la mano, cosa que sus soldados hicieron puntualmente empujándolos con el regatón de sus picas hasta que estuvieron a mi alcance; los cogí con la mano derecha, me metí a cinco en el bolsillo de la casaca, y al sexto hice como que iba a comérmelo vivo. El pobre se puso a chillar terriblemente, y el coronel y sus soldados se sintieron desolados al verme sacar un cortaplumas; pero no tardó en disipárseles el temor; porque mirándolo con benevolencia y cortándole inmediatamente las cuerdas con que estaba atado, lo deposité suavemente

en el suelo, donde echó a correr. A los demás los traté de igual manera, sacándomelos del bolsillo uno a uno; y observé que tanto los soldados como la gente se sentían agradecidos ante esta muestra de clemencia, lo que representó un gran aval para mí en la corte.

Hacia la noche me metí con cierta dificultad en la casa, donde me tumbé en el suelo, y durante un par de semanas seguí haciendo lo mismo; en cuyo tiempo el emperador dio orden de que me proveyesen de un lecho. Trajeron en carruajes seiscientos colchones de tamaño normal, y los dispusieron dentro de la casa. Ciento cincuenta, cosidos unos a otros, dieron el largo y el ancho; y así hicieron cuatro capas, lo que, no obstante, me libró muy poco de la dureza del suelo, que era de piedra lisa. Con el mismo cálculo, me proporcionaron sábanas, mantas y colchas bastante aceptables para alguien habituado a las penalidades como yo.

La noticia de mi llegada, al propagarse por todo el reino, atrajo a un número prodigioso de gentes ricas, ociosas y curiosas por verme, de manera que casi se vaciaron los pueblos; y habría supuesto un gran abandono de la labranza y de las tareas domésticas, si su majestad imperial no hubiera provisto, mediante varios bandos y decretos estatales, contra esta eventualidad. Ordenó que los que ya me habían visto volviesen a sus casas, y no osasen acercarse a cincuenta yardas de la mía sin un permiso de la corte, por el que los secretarios de estado cobraban un precio considerable.

Entre tanto, el emperador celebró frecuentes consejos para debatir las medidas que debían tomarse respecto a mí; y más tarde, como me aseguró un amigo particular, persona de calidad, y que estaba en el secreto como el que más, que a la corte se le planteaban multitud de problemas respecto a mí. Temían que, si me soltaba, mi alimentación fuera cuantiosa, y pudiera acarrear una hambruna. Unas veces decidían mi muerte por hambre, o disparándome en la cara y las manos flechas envenenadas que me despacharían con prontitud; pero luego pensaron que el hedor de un cadáver tan grande podía acarrear una peste en la metrópoli, y extenderse esta probablemente por todo el reino. En medio de estas deliberaciones, varios oficiales del ejército llegaron a las puertas de la cámara del gran consejo, y dos de ellos, tras obtener permiso para entrar, informaron de mi

conducta con los seis citados criminales, lo que produjo tan favorable impresión en el pecho de su majestad y del consejo entero respecto a mí, que se expidió una comisión para obligar a todos los pueblos que estaban dentro de un radio de novecientas yardas de la ciudad, a entregar cada mañana seis vacas, cuarenta ovejas y otras vituallas, para mi manutención, con una cantidad proporcional de pan, vino y otros licores; para cuyo pago su majestad libró asignaciones sobre su tesoro. Porque como este príncipe vive especialmente de sus tierras patrimoniales, rara vez, salvo en ocasiones excepcionales, impone subsidios a sus súbditos, que están obligados a asistirle en sus guerras costeándose sus propios gastos. Asimismo se estableció un servicio de seiscientas personas para atenderme, que recibían un salario para su manutención, y se montaron para ellas tiendas muy convenientes a cada lado de mi puerta. Del mismo modo, se dispuso que trescientos sastres me hicieran un traje, según el estilo del país; que seis de los más grandes eruditos de su majestad se encargasen de enseñarme su lengua; y por último, que los caballos del emperador, y los de la nobleza y de las tropas de la guardia, realizasen sus ejercicios en mi presencia a fin de que se acostumbrasen a mí. Todas estas órdenes fueron debidamente llevadas a cabo, y en espacio de unas tres semanas había hecho yo grandes progresos en el aprendizaje de la lengua; tiempo durante el cual el emperador me honró a menudo con sus visitas, y se plació en ayudar a mis maestros a enseñarme. Empezamos a tener alguna conversación; y las primeras palabras que aprendí fueron para expresar el deseo de que se dignase concederme la libertad, lo que le repetía a diario de rodillas. Su respuesta, según entendía yo, es que debía ser cuestión de tiempo, que no lo iba a decidir sin el asesoramiento de su consejo, y que antes yo debía *«lumos kelmin peffo defmar lon Emposo»*; esto es: comprometerme a una paz con él y con su reino. Sin embargo, sería tratado con toda cortesía; y me aconsejaba que me granjease, con paciencia y con un comportamiento discreto, una buena opinión de él y de sus súbditos. Me pidió que no me tomase a mal si daba orden a los funcionarios pertinentes de que me registrasen; porque podía ser que llevase encima armas, que por necesidad debían de ser peligrosas, si se correspondían con el volumen de tan prodigiosa persona. Le dije que su

majestad sería satisfecha, porque estaba dispuesto a desnudarme en su presencia, y a volver los bolsillos del revés. Esto lo dije parte con palabras y parte por señas. Él contestó que según la legislación del reino debía ser registrado por dos funcionarios; que comprendía que no podría hacerse sin mi consentimiento y mi colaboración; que tenía muy buena opinión de mi generosidad y justicia, al extremo de poner sus personas en mis manos; que cualquier cosa que me confiscasen me sería devuelta cuando abandonase el país, o me sería pagada al precio que yo dijese. Cogí en mis manos a los dos oficiales, me los metí primero en los bolsillos de la casaca, y después en todos los demás, menos en dos pequeñas faltriqueras, y en un bolsillo secreto que no quería que me registrasen, en el que guardaba ciertas cosas que carecían de importancia para nadie salvo para mí. En una de estas faltriqueras llevaba un reloj de plata, en la otra una pequeña cantidad de oro en una bolsa. Como estos caballeros traían pluma, tinta y papel, redactaron un inventario completo de cuanto vieron, y al terminar me pidieron que los bajase, a fin de podérselo entregar al emperador. Más tarde traduje dicho inventario al inglés, el cual, palabra por palabra era como sigue:

Imprimis, en el bolsillo derecho de la casaca del «Hombre Montaña» (porque así interpreto *Quinbus Flestrin*), tras riguroso registro, hemos encontrado sólo una gran pieza de tela tosca, lo bastante grande para servir de alfombra en la principal cámara de audiencias de su majestad. En el bolsillo izquierdo hemos visto una caja de plata, con tapa del mismo metal, que los inspectores no hemos conseguido sacar. Le hemos pedido que la abra, y tras introducirse uno de nosotros en ella, se ha dado cuenta de que estaba metido en una especie de polvo hasta media pierna, el cual, al levantarse hasta la cara, nos ha hecho estornudar varias veces. En el bolsillo derecho del chaleco hemos descubierto un enorme paquete de delgadas sustancias blancas, plegadas unas sobre otras, del tamaño de tres hombres, atadas con un cable fuerte, y marcadas con figuras en negro, que humildemente opinamos que son escritos, de los que cada letra es casi del tamaño de la palma de la mano. A la izquierda había una especie de artefacto, de cuya parte superior salen veinte largas púas, semejantes a la

empalizada que hay ante el patio de su majestad; con él hemos deducido que el Hombre Montaña se peina la cabeza, ya que no andamos molestándolo constantemente con preguntas, porque es una dificultad enorme hacer que nos entienda. En el gran bolsillo de la derecha de su prenda media (así traduzco la palabra «*ranfu-lo*» con la que designaban mis calzones), hemos visto una columna de hierro hueca, de la longitud de una persona, encajada en un trozo duro de tronco, más ancho que la columna; y en un lado de dicha columna había enormes piezas de hierro sobresalientes, talladas en forma de extrañas figuras, que no sabemos qué significan. En el bolsillo izquierdo hemos encontrado otro ingenio del mismo tipo. En el bolsillo más pequeño del lado derecho, había varias piezas redondas y planas de un metal rojo y blanco, de tamaños diferentes; algunas de las blancas, que parecían de plata, eran tan grandes y pesadas que mi camarada y yo apenas podíamos levantarlas. En el bolsillo izquierdo había dos columnas negras de forma irregular; no hemos podido llegar arriba de ellas sino con dificultad, ya que estábamos en el fondo del bolsillo. Una estaba enfundada y parecía ser toda de una pieza; pero otra tenía en la Parte superior una sustancia blanca y redonda, como el doble del tamaño de nuestra cabeza. En el interior guardaban una prodigiosa lámina de acero, que por orden nuestra ha tenido que enseñárnosla; porque nos pareció que podían ser ingenios peligrosos. Las ha sacado de sus estuches, y nos ha dicho que en su país se utilizan para afeitarse la barba con una de ellas, y cortar la comida con la otra. Hay dos bolsillos en los que no hemos podido entrar: él los llama faltriqueras: son dos grandes ranuras situadas en lo alto de su prenda media, pero se hallan firmemente cerradas por la presión de su barriga. De la faltriquera derecha colgaba una gran cadena de plata, con un prodigioso ingenio en el fondo. Le hemos ordenado que sacara lo que hubiese en el extremo de dicha cadena; y hemos visto que tenía forma de un globo, mitad de plata y mitad de una especie de metal transparente; por el lado transparente hemos visto unos signos extraños, escritos de manera circular, y hemos pensado que se podían tocar, hasta que descubrimos que nuestros dedos chocaban con la materia transparente. Nos ha acercado este ingenio al oído, y hace un ruido incesante, como el de un molino de agua. Y suponemos que se trata de

algún animal desconocido, o el dios que él adora; aunque nos inclinamos por la segunda hipótesis, porque nos ha asegurado (si le hemos comprendido bien, porque se expresa muy imperfectamente) que rara vez hace nada sin consultarlo. Lo llama su oráculo, y dice que señala el tiempo para cada acción de su vida. De la faltriquera izquierda se ha sacado una red casi lo bastante grande para un pescador, pero concebida de tal manera que se abre y se cierra como una bolsa, y le da ese mismo uso; en ella hemos encontrado varias piezas macizas de metal amarillo que, si es oro de verdad, deben de tener un valor inmenso.

»Una vez minuciosamente registrados todos sus bolsillos, en cumplimiento de las órdenes de su majestad, hemos observado alrededor de su cuerpo un cinturón, hecho con la piel de algún animal prodigioso, del que, en el costado izquierdo, cuelga una espada de un largo equivalente a cinco hombres; y en el derecho, una bolsa o morral, dividido en dos compartimentos, cada uno capaz de contener tres súbditos de su majestad. En uno de estos compartimentos había varios globos, o bolas, de un metal sumamente pesado, del tamaño de nuestra cabeza, y se necesitaba una mano robusta para levantarlas. El otro compartimento contenía cierta cantidad de granos negros, aunque de escaso tamaño y peso, ya que podíamos tener unos cincuenta en la palma de la mano.

»Este es el inventario exacto de lo que le hemos hallado encima al Hombre Montaña, quien nos ha tratado con gran civismo, y el debido respeto a la comisión de su majestad. Firmado y sellado el día cuatro de la luna ochenta y nueve del próspero reinado de su majestad.

CLEFRIN FRELOCK, MARSÍ FRELOCK

El emperador, una vez que se le hubo leído el inventario, me ordenó, aunque en términos muy amables, que entregase los diversos objetos. Primero me pidió la espada, que me quité, con vaina y todo. Entretanto, mandó que tres mil de sus soldados más escogidos (que en ese momento le escoltaban) me rodeasen a cierta distancia, con los arcos y las flechas listos para disparar; aunque yo no me di cuenta, porque no apartaba los ojos de su majestad. Entonces me pidió que sacase la espada; y si bien

tenía partes oxidadas a causa del agua del mar, estaba casi toda de lo más brillante. Lo hice así, y al punto los soldados profirieron una exclamación de asombro y de terror; porque el sol brillaba claro, y sus reflejos, al blandirla yo con la mano, los deslumbró. Su majestad, que era un príncipe de lo más magnánimo, se atemorizó menos de lo que yo esperaba; me ordenó que la volviese a su vaina, y la arrojase al suelo, lo más suavemente que podía, a unos seis pies del extremo de mi cadena. Lo siguiente que me pidió fue una de las columnas de hierro hueco, como llamaban a las pistolas. Las saqué, y a requerimiento suyo le expliqué su uso lo mejor que pude; y cargando una sólo con pólvora, que debido a lo cerrado que llevaba el morral se había salvado de mojarse en el mar (inconveniente que todo marinero prevenido tiene cuidado de evitar), advertí primero al emperador que no se asustase, y seguidamente la descargué hacia el cielo. La impresión aquí fue más grande que la producida por la espada. Centenares cayeron al suelo como heridos de muerte; e incluso el emperador, aunque siguió en pie firme, tardó unos momentos en recobrase. Entregué las dos pistolas del mismo modo que había hecho con la espada, y después la pólvora y las balas, rogándole que mantuviera la primera lejos del fuego, porque se inflamaba a la más pequeña chispa, y podía hacer volar por los aires el palacio imperial. Asimismo entregué el reloj, que el emperador tenía gran curiosidad por ver, y ordenó a dos de los más altos alabarderos de la guardia que lo cargasen colgado de un palo, que debían llevar sobre el hombro, como llevan un barril de cerveza los portadores en Inglaterra. Estaba asombrado con el ruido constante que hacía, y con el minuterero, que podía distinguir fácilmente (porque ellos tienen una vista mucho más aguda que nosotros); y pidió a los sabios que le acompañaban sus opiniones, que resultaron dispares y remotas, como el lector puede fácilmente imaginar sin necesidad de que las repita; aunque desde luego no les entendí muy bien. Después entregué las monedas de plata y de cobre, la bolsa con nueve piezas grandes de oro, y algunas más pequeñas; el cortaplumas y la navaja de afeitar, el peine y la cajita de rapé, que era de plata, el pañuelo y mi diario. La espada, las pistolas y la cartuchera las llevaron en carruajes a

los almacenes de su majestad; los demás objetos personales me los devolvieron.

Yo tenía, como he dicho, un bolsillo secreto que escapó al registro, en el que guardaba unos lentes (que a veces uso por lo debilitada que tengo la vista), un pequeño catalejo, y varios otros objetos menudos que, como carecían de importancia para el emperador, no consideré que me obligaba mi honor a revelar, y pensaba que podía perderlos, o romperse si los dejaba en manos de otros.

Capítulo III

El autor distrae al emperador y a su nobleza de uno y otro sexo de una manera muy poco corriente. Descripción de las diversiones en la corte de Liliput. Se concede la libertad al autor bajo ciertas condiciones.

Mi mansedumbre y mi buen comportamiento habían ganado a tal extremo al emperador y su corte, e incluso al ejército y al pueblo en general, que empecé a concebir esperanzas de alcanzar la libertad en poco tiempo. Utilicé todos los recursos posibles para cultivar esta disposición favorable. Poco a poco, los naturales fueron perdiendo el temor a que fuese ningún peligro para ellos. A veces me tumbaba y dejaba que cinco o seis bailaran sobre mi mano; y al final los niños se atrevían a venir a jugar al escondite en mi cabello. A todo esto había hecho progresos en comprender y hablar su lengua. Al emperador se le ocurrió un día honrarme con varios espectáculos del país, en los que superan a todas las naciones que conozco, tanto en destreza como en esplendor. Nada me divirtió tanto como el número de los funámbulos, ejecutado sobre un delgado hilo blanco de unos dos pies de largo, a doce pulgadas del suelo, en la que, con permiso del lector, me tomo la libertad de extenderme un poco.

Este número lo practican sólo los que aspiran a ocupar altos puestos y a disfrutar de gran favor en la corte. Se los adiestra en este arte desde jóvenes, y no siempre son de noble cuna ni han recibido una educación liberal. Cuando queda vacante una plaza importante por algún fallecimiento o caída en desgracia (lo que ocurre a menudo), cinco o seis de estos

candidatos solicitan del emperador divertir a su majestad y a la corte con saltos sobre la cuerda, y el que salta más alto sin caerse consigue la plaza. Muchas veces se ordena a los principales ministros que hagan demostración de su habilidad, y confirmen así al emperador que no han perdido facultades. A Flimnap, el tesorero, se le concede efectuar una cabriola sobre la cuerda lo menos una pulgada más alto que ningún lord del imperio. Yo lo he visto dar el salto mortal varias veces seguidas sobre un trinchante fijado en la cuerda, que no es más gruesa que el bramante normal y corriente de Inglaterra. Mi amigo Reldresal, Secretario Primero de Asuntos Privados, es en mi opinión, si no pecho de parcialidad, el segundo después del Tesorero; el resto de los altos funcionarios están más o menos igualados.

Estas diversiones suelen ir acompañadas de accidentes fatales, muchos de los cuales han quedado registrados. Yo mismo he visto romperse una pierna a dos o tres candidatos. Pero el peligro es mucho mayor cuando se manda a los ministros que exhiban su destreza; porque al competir en superar a sus compañeros y a sí mismos, se esfuerzan tanto que casi no hay ninguno que no haya sufrido una caída, y algunos dos o tres. Me aseguraron que un año o dos antes de mi llegada, Flimnap estuvo a punto de partirse el cuello, si no llega a amortiguarle la caída un cojín del rey que casualmente estaba en el suelo.

Hay otra diversión, también, que sólo se ejecuta en ocasiones especiales ante el emperador, la emperatriz y el primer ministro. El emperador extiende sobre la mesa tres finos hilos de seda de seis pulgadas de largo: uno azul, otro rojo y el tercero verde. Estos hilos se ofrecen como trofeos a las personas a las que el emperador quiere distinguir con un signo especial de su favor. La ceremonia tiene lugar en la gran cámara del trono de su majestad, donde los candidatos se someten a una prueba de destreza muy diferente de la anterior, y de una naturaleza como no he visto otra en ningún país del viejo o el nuevo mundo. El emperador sostiene un bastón en las manos con los extremos paralelos al horizonte, mientras los candidatos, avanzando uno a uno, unas veces saltan por encima del palo y otras se arrastran por debajo de él, adelante y atrás, varias veces, según que el bastón suba o baje. A veces el emperador sujeta por un extremo el bastón

y su primer ministro el otro; otras lo sostiene el ministro solo. Quien realice su intervención con más agilidad y resista más tiempo saltando y reptando recibe en premio el hilo de seda azul; el rojo se concede al siguiente, y el verde al tercero; y todos se lo ciñen con dos vueltas alrededor de la cintura, y se ven pocas personalidades en esta corte que no se adornen con uno de estos cinturones.

Como se hacía desfilar a diario ante mí a los caballos del ejército y a los de las caballerizas reales, ya no se asustaban, sino que se acercaban a mis pies sin encabritarse. Los jinetes saltaban de ellos a mi mano cuando la ponía a ras del suelo, y un cazador del emperador que montaba un enorme corcel saltó mi pie, con zapato y todo, lo que constituyó una verdadera proeza. Un día después tuve la suerte de divertir al emperador de una manera realmente extraordinaria: le pedí que mandase traerme varios palos de dos pies de largo y del grueso de un bastón corriente; al punto, su majestad ordenó al jefe de su bosque que diese las instrucciones oportunas, y a la mañana siguiente llegaron seis leñadores con otros tantos carruajes tirados por ocho caballos cada uno. Cogí nueve palos de estos, y los hincé firmemente en el suelo en forma de un cuadrilátero de dos pies y medio cuadrados, cogí otros cuatro palos y los até paralelos en cada esquina a unos dos pies del suelo; luego até mi pañuelo a los nueve palos verticales, y lo estiré hacia los lados hasta que quedó tenso como el parche de un tambor; y los cuatro palos paralelos que se alzaban unas cinco pulgadas por encima del pañuelo hacían de antepecho a cada lado. Una vez terminado este trabajo pedí al emperador que un tropel de sus mejores caballos, veinticuatro en total, vinieran a ejercitarse en esta plataforma. Aceptó su majestad la sugerencia, y los cogí uno a uno con la mano, pertrechados y armados, con los oportunos oficiales para adiestrarlos. En cuanto se pusieron en fila, se dividieron en dos bandos, ejecutaron simulacros de escaramuzas, se dispararon flechas sin punta, sacaron las espadas, huyeron y persiguieron, atacaron y retrocedieron, y en suma tuve ocasión de apreciar la mejor disciplina militar que he presenciado jamás. Los palos horizontales los protegían a ellos y a los caballos de caerse de la plataforma; y el emperador estaba tan complacido que dispuso que se repitiese varios días este espectáculo; y una vez quiso que le subiese para

dar él la orden; y con gran dificultad convenció incluso a la emperatriz de que me dejase tenerla en su silla de manos a dos yardas de la plataforma, desde donde pudo disfrutar de una vista completa del espectáculo. Por suerte no ocurrió en estos ejercicios ningún percance; sólo una vez un caballo brioso, que pertenecía a un capitán, piafando con una pezuña, hizo un agujero en el pañuelo, metió la pata, y se cayeron su jinete y él; pero inmediatamente los socorrí, y tapando el agujero con una mano, fui bajando con la otra a la tropa, de la misma manera que la había subido. El caballo que se cayó se hizo daño en el hombro izquierdo; pero al jinete no le pasó nada, y arreglé el pañuelo como pude; sin embargo, no volví a fiar en su resistencia para estas empresas peligrosas.

Unos dos o tres días antes de que me dejaran en libertad, estaba yo distrayendo a la corte con este tipo de proezas, cuando llegó un expreso e informó a su majestad de que algunos súbditos, cabalgando por el lugar donde yo había sido apresado, habían visto un gran bulto negro en el suelo, de forma extrañísima, con el borde circular extendido, del tamaño de la alcoba de su majestad, y levantado en el centro como a la altura de un hombre; que no se trataba de ningún ser viviente, como se dieron cuenta desde el principio, porque yacía en la hierba sin moverse, y algunos dieron la vuelta a su alrededor varias veces; que subiéndose unos a hombros de otros, se habían encaramado a la parte de arriba, que era llana y regular y al dar unas patadas descubrieron que estaba hueco por dentro; que humildemente sugerían que podía tratarse de alguna pertenencia del Hombre Montaña; y que si placía a su majestad, se encargarían de traerlo con sólo cinco caballos. En seguida comprendí a qué se referían, y me alegré en mi interior de la noticia. Por lo visto, al ganar la orilla, después del naufragio, me sentía tan confundido que, antes de llegar al sitio donde me tumbé a dormir, el sombrero, que me había atado a la cabeza con un cordel para bogar, y había conservado mientras nadaba, se me había caído; no me di cuenta, sino que pensé que lo había perdido en el mar. Supliqué a su majestad que diese orden de que me lo trajesen lo antes posible, y le describí su uso y naturaleza; y al día siguiente llegaron los carreteros con él, aunque en no muy buen estado: habían hecho dos agujeros en el ala, a una pulgada y media del borde, y habían hecho firmes en esos agujeros dos

ganchos, que iban al extremo de una cuerda larga atada al arnés; y así habían arrastrado el sombrero más de media milla inglesa; aunque como el terreno de ese país es sumamente liso y llano, sufrió menos de lo que yo había temido.

Dos días después de esta aventura, el emperador, que había ordenado que parte del ejército que se acuartela dentro y alrededor de la metrópoli estuviese preparado, le dio por divertirse de una manera muy singular: me pidió que me plantase como un coloso, con las piernas lo más separadas que pudiese con comodidad; y seguidamente ordenó a su general (un caudillo veterano y experimentado, y gran protector mío) que mandase formar las tropas, y desfilas por debajo de mí; la infantería de veinticuatro en fondo, y la caballería de dieciséis, con redoble de tambores, banderas desplegadas, y picas inclinadas hacia delante. Este cuerpo constaba de tres mil soldados de a pie, y mil de a caballo. Su majestad dio orden, bajo pena de muerte, de que cada soldado que desfilara observase el más estricto decoro respecto a mi persona; lo que, sin embargo, no pudo impedir que algunos de los oficiales más jóvenes alzasen la vista al pasar por debajo de mí. Y para decir la verdad, tenía a todo esto los calzones en tan mal estado que dieron ocasión a más de una risa y admiración.





El emperador de Liliput
pasa revista a sus tropas

Había mandado tantas instancias y memoriales solicitando que me devolviesen la libertad que finalmente su majestad planteó el asunto primero a su gabinete, y luego al pleno del consejo, donde nadie se opuso, salvo Skyresh Bolgolam, que se placía en ser mi enemigo mortal sin ninguna provocación por mi parte. Pero con únicamente su voto en contra, el consejo la aprobó, y el emperador la refrendó. Este ministro era *galbet*, o almirante del reino, persona de gran confianza de su señor, y muy versado en los asuntos, pero de genio áspero y avinagrado. Acabó cediendo; sin embargo, impuso que las cláusulas y las condiciones con que debía ponérseme en libertad, y que por tanto debía jurar, las redactaría él. Dichas cláusulas me las trajo Skyresh Bolgolam en persona, asistido por dos subsecretarios y varias personas de distinción. Después de leerlas, se me requirió que jurase su cumplimiento; primero a la manera de mi país, y después según la fórmula prescrita por su legislación, que consistía en sujetarme el pie derecho con la mano izquierda, y ponerme el dedo corazón de la mano derecha en la coronilla, metiéndome la punta del pulgar en la oreja derecha. Pero dado que el lector curioso puede querer hacerse una idea del estilo y manera de expresarse de esta gente, y quizá conocer las cláusulas bajo las que recuperé la libertad, he hecho la traducción del instrumento entero, palabra por palabra, lo más cercana que he sido capaz, que ahora ofrezco al público:

GOLBASTO MOMAREN EVLAME GURDILLO SHELFIN MULLY ULLY GUE, muy poderoso emperador de Liliput, gozo y terror de universo, cuyos dominios se extienden a cinco mil blustrugs (unas doce millas de circunferencia), hasta las extremidades del globo; monarca de todos los monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies pisan el centro y cuya cabeza tropieza con el sol; de quien un gesto de cabeza hace que tiemblen las rodillas de los príncipes; placentero como la primavera, cálido como el verano, fructífero como el otoño, y terrible como el invierno. Su muy sublime majestad propone al Hombre Montaña, llegado hace poco a nuestros celestiales dominios, las siguientes cláusulas, que por solemne juramento estará obligado a cumplir:

Primera: El Hombre Montaña no saldrá de nuestros dominios sin una licencia nuestra con el gran sello.

Segunda: No osará entrar en nuestra metrópoli sin expresa orden nuestra; en cuyo caso se advertirá a los habitantes con dos horas de antelación para que se guarden en sus casas.

Tercera: El citado Hombre Montaña limitará sus recorridos a nuestras vías principales, y no intentará pasear o tumbarse en ningún prado ni sembrado.

Cuarta: Al caminar por las citadas vías, pondrá el mayor cuidado en no pisar la persona de ninguno de nuestros amados súbditos, ni sus caballos o carruajes, ni cogerá con sus manos a ninguno de nuestros citados súbditos sin consentimiento de ellos.

Quinta: Si un expreso requiriese especial urgencia, el Hombre Montaña estará obligado a llevar en su bolsillo al mensajero y a su caballo, un viaje de seis días cada luna, y traer de vuelta a dicho mensajero (si así se le pidiese) sano y salvo a nuestra imperial presencia.

Sexta: Será aliado nuestro frente a nuestros enemigos de la isla de Blefuscu, y hará cuanto le sea posible por destruir su flota, que actualmente se prepara para invadirnos.

Séptima: Que dicho Hombre Montaña, en sus momentos libres, auxiliará y asistirá a nuestros obreros, ayudando a levantar grandes piedras, en la construcción del muro de nuestro parque principal y de nuestros reales edificios.

Octava: Que dicho Hombre Montaña efectuará, en el plazo de dos lunas, la exacta medición de la circunferencia de nuestros dominios, mediante un cálculo de sus propios pasos alrededor de la costa.

Última: Que una vez que haya jurado solemnemente cumplir las cláusulas supraescritas, dicho Hombre Montaña recibirá una asignación diaria de comida y bebida suficiente para mantener a 1.724 de nuestros súbditos, con libre acceso a nuestra real persona, y otros signos de nuestro favor.

Dado en nuestro palacio de Belfaborac, el día doce de la nonagesimoprimera luna de nuestro reinado.

Juré y suscribí estas cláusulas con la mayor alegría y contento, aunque algunas no eran todo lo honrosas que yo hubiera deseado, dado que procedían enteramente de la malevolencia de Skyresh Bolgolam, el alto almirante; tras lo cual me quitaron las cadenas y me dejaron en completa libertad; el propio emperador en persona me honró con su presencia en la ceremonia. Expresé mi agradecimiento postrándome a los pies de su majestad; pero él me ordenó que me levantase; y tras muchas cortesías que, para evitar la censura de la vanidad no debo repetir, añadió que esperaba que me revelase un útil servidor, y merecedor de los favores que ya me había concedido y podía concederme en el futuro.

Observe el lector que en la última condición para recobrar la libertad, el emperador establece que se me concede una cantidad de comida y bebida suficiente para alimentar a 1.724 liliputienses. Algún tiempo después, al preguntarle a un amigo de la corte cómo habían llegado a determinar una cifra tan concreta, me dijo que los matemáticos de su majestad, tras medir la estatura de mi cuerpo con ayuda de un cuadrante, y hallar que supera a la de ellos en la proporción de doce a uno, habían concluido, por la similitud con sus cuerpos, que él mío debía de equivaler lo menos a 1.724 de los suyos, y en consecuencia requeriría el alimento necesario para mantener a ese número de liliputienses. Por donde puede hacerse el lector una idea de la ingeniosidad de esa gente, así como de la prudente y exacta economía de tan grande príncipe.



Capítulo IV

Descripción de Mildendo, metrópoli de Liliput, junto con el palacio del emperador. Conversación entre el autor y un secretario principal sobre los asuntos de ese imperio. Ofrecimiento del autor a servir al emperador en sus guerras.

La primera petición que hice al obtener la libertad, fue que se me diera licencia para poder visitar Mildendo, la metrópoli; cosa que el emperador me concedió de grado, pero con la especial recomendación de no causar daño a los habitantes ni a sus casas. La gente se enteró de mi propósito de visitar la ciudad por un bando. La muralla que la rodeaba tiene una altura de dos pies y medio, y lo menos once pulgadas de espesor, de manera que un coche con caballos puede dar la vuelta por ella sin peligro; y está flanqueada de torreones, a trechos de diez pies. Pasé por encima de la gran puerta de poniente, y fui muy despacio y de lado por las dos calles principales, sólo con el chaleco por temor a estropear los tejados y aleros de los edificios con los faldones de la casaca. Caminaba con la mayor cautela para no pisar a algún rezagado que pudiera quedar todavía en las calles, aunque había órdenes estrictas de que todo el mundo se encerrase en sus casas bajo su responsabilidad. Las buhardillas y azoteas estaban tan atestadas de espectadores que pensé que en ningún viaje había visto un lugar más poblado. La ciudad es un cuadrado exacto, y cada lado de la muralla tiene quinientos pies de largo. Las dos calles grandes, que se

cruzan y la dividen en cuatro cuartos, tienen cinco pies de ancho. Los callejones y pasajes, por los que no podía entrar, sino sólo verlos al pasar, tienen de doce a dieciocho pulgadas. La ciudad puede albergar unas quinientas mil almas. Las casas tienen de tres a cinco plantas. Las tiendas y los mercados están bien provistos.

El palacio del emperador se encuentra en el centro de la ciudad, donde confluyen las dos grandes calles. Está rodeado por una muralla de dos pies de altura, y a una distancia de veinte pies de los edificios. Tenía permiso de su majestad para pasar por encima de esta muralla; y como había bastante espacio entre ella y el palacio, tuve posibilidad de contemplarlo desde todos los lados. El patio exterior es un cuadrado de cuarenta pies, e incluye otros dos patios: en el más interior se encuentran los aposentos reales, que yo estaba muy deseoso de ver, pero lo encontré extremadamente difícil; porque las grandes puertas de una plaza a la otra sólo tenían dieciocho pulgadas de alto, y siete de ancho. Ahora bien, los edificios del patio exterior tenían una altura de lo menos de cinco pies, y me era imposible pasar por encima sin causar gran daño en la albañilería, aunque los muros estaban sólidamente hechos con piedra labrada, y tenían cuatro pulgadas de grosor. A la vez, el emperador tenía mucho interés en que admirase la magnificencia de su palacio; pero no pude hacerlo hasta tres días más tarde, tiempo que me pasé cortando con el cuchillo algunos de los árboles más grandes del parque real, como a un centenar de yardas de la ciudad. Con estos árboles hice dos banquetas, de unos tres pies de altura cada una, y lo bastante sólidas para soportar mi peso. Tras avisar a esta gente por segunda vez, me adentré de nuevo en la ciudad hasta el palacio, con las dos banquetas en las manos. Al llegar junto al patio exterior me subí a una; cogí la otra, la pasé por encima del tejado, y la coloqué con cuidado en el espacio entre la primera y la segunda ala, que tenía una anchura de ocho pies. A continuación pasé con toda comodidad, por encima del edificio, de una banqueta a la otra, y retiré después la primera con un palo curvado. Mediante este recurso llegué al patio interior; y tendiéndome de costado, acerqué la cara a las ventanas de los pisos de en medio, que habían dejado abiertas a propósito, y descubrí los más espléndidos aposentos que cabe imaginar. Vi allí a la emperatriz y a

los jóvenes príncipes en sus respectivos aposentos, con damas principales alrededor. Su majestad imperial se dignó sonreírme graciosamente, y me tendió la mano desde la ventana para que se la besara.

Pero no voy a adelantar al lector más descripciones de este género, ya que las reservo para una obra de más fuste que ya tengo casi preparada para la prensa, y que contiene una descripción general de este imperio, desde sus orígenes, pasando por una larga sucesión de príncipes, con especial relación de sus guerras, su política, sus leyes, su cultura y su religión: sus plantas y sus animales, sus usos y costumbres particulares, además de otras cuestiones curiosísimas y útiles. Mi principal interés ahora es sólo relatar los asuntos y peripecias que le ocurrió a la gente, o a mí, durante los aproximadamente nueve meses que estuve en ese imperio.

Una mañana, como un par de semanas después de obtener la libertad, Reldresal, Secretario Principal (como ellos lo llaman) de Asuntos Privados, vino a mi casa asistido por sólo un criado. Ordenó al coche que aguardase a cierta distancia, y me pidió que le concediese una entrevista de una hora, a lo que accedí de buen grado, dada su calidad y méritos personales, así como los muy buenos oficios que me había hecho durante mis solicitudes en la corte. Me brindé a tenderme en el suelo a fin de que pudiese llegar más cómodamente a mi oído; pero prefirió que lo sostuviera en la mano durante la conversación. Empezó dándome la enhorabuena por mi libertad; dijo que podía atribuirse algún mérito en esto; sin embargo, añadió, si no fuera por la actual situación de las cosas en la corte, quizá no la habría obtenido tan pronto. «Porque —dijo— por muy floreciente que pueda parecer a los extranjeros el estado en que nos encontramos, dos grandes males se ciernen sobre nosotros: una violenta facción interior, y el peligro de ser invadidos por un poderosísimo enemigo del exterior. En cuanto a lo primero, debéis saber que durante más de setenta lunas ha habido en este imperio contienda entre dos partidos, denominados Tramecksan y Slamecksan, por los tacones altos y bajos de sus zapatos por los que se distinguen. Se afirma, efectivamente, que los tacones altos son muy conformes a nuestra antigua constitución; pero aunque así sea, su majestad ha determinado utilizar solamente a los tacones bajos en la administración del gobierno y en todos los cargos que

concede la corona, como no puedo por menos de observar; y sobre todo, que los tacones de su majestad imperial son al menos un *drurr* más bajos que los de nadie de su corte (un *drurr* equivale a una catorceava parte de pulgada). La animosidad entre ambos partidos llega a tal extremo que no quieren comer ni beber juntos, ni dirigirse la palabra. Calculamos que los tramecksan, o tacones altos, nos superan en número; pero el poder está enteramente en nuestro lado. Sospechamos que su alteza imperial, heredero de la corona, tiene cierta inclinación hacia los tacones altos; al menos percibimos claramente que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que imprime cierta cojera a su paso. Pero además, en medio de estas inquietudes intestinas, tenemos la amenaza de una invasión desde la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan grande y poderoso como este de su majestad. Pues en cuanto a lo que os hemos oído afirmar, que hay otros reinos y estados en el mundo, habitados por criaturas humanas tan grandes como vos, nuestros filósofos tienen mucha duda, y sospechan que habéis caído de la luna, o de una estrella; porque lo cierto es que cien mortales de vuestro tamaño acabarían en poco tiempo con toda la cosecha y ganado de los dominios de su majestad. Además, nuestras historias de seis mil lunas no mencionan más regiones que las de los dos grandes imperios de Liliput y de Blefuscu, cuyas dos grandes potencias, como os decía, llevan empeñadas en obstinada guerra desde hace treinta y seis lunas. Empezó por el motivo siguiente: es cosa admitida por todos que la manera original de cascar un huevo para comérsele fue por el lado más ancho; pero el abuelo de su actual majestad cuando era niño, al ir a tomarse un huevo, y romperlo según la antigua práctica, se cortó en un dedo. Tras lo cual el emperador su padre, hizo público un edicto ordenando a todos sus súbditos, so pena de graves castigos, que los huevos se rompiesen por el extremo más estrecho. La gente tomó tan a mal esta ley, que cuentan nuestros historiadores que hubo seis sublevaciones por tal motivo; en una de las cuales un emperador perdió la vida, y otro la corona. Estas agitaciones civiles fueron fomentadas de manera continuada por los monarcas de Blefuscu; y cuando eran reprimidas, los que se exiliaban iban a buscar refugio en ese imperio. Se calcula que once mil personas han preferido la muerte, en diversos

momentos, antes que someterse a romper un huevo por el extremo estrecho. Se han publicado cientos de tratados sobre esta controversia; pero los libros de los extremo-anchistas hace tiempo que están prohibidos, y el partido ha sido inhabilitado por ley para ocupar ningún puesto. En el transcurso de estas agitaciones, los emperadores de Blefuscu protestaron con frecuencia a través de sus embajadores, acusándonos de provocar un cisma religioso, violando una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog, recogida en el capítulo cincuenta y cuatro del *Brundecral* (que es su Corán). Esto, sin embargo, se ha considerado un mero forzamiento del texto: porque lo que dice es: que los verdaderos creyentes deben romper los huevos por el extremo conveniente. Y cuál sea el extremo conveniente, en mi humilde opinión, es algo que debe determinar la conciencia de cada uno, o al menos el criterio del magistrado supremo. Ahora bien, los exiliados extremo-anchistas han encontrado tal crédito en la corte del emperador de Blefuscu, y tanto aliento y secreta ayuda su partido aquí en nuestro país, que los dos imperios sostienen una guerra sangrienta desde hace treinta y seis lunas, con fortuna varia; tiempo en el que hemos perdido cuarenta barcos importantes y un número mucho mayor de naves menores, además de treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados; en cuanto al daño infligido al enemigo, se calcula que ha sido algo mayor que el nuestro. Sin embargo, actualmente han aparejado una flota numerosa, y se están preparando para caer sobre nosotros; y su majestad imperial, depositando gran confianza en vuestra fuerza y valor, me envía para exponeros la situación de estos asuntos».

Rogué al secretario que presentase mis humildes respetos al emperador, y le hiciese saber que pensaba que no estaba bien que, como extranjero que era, me entrometiese en los partidos; pero que estaba dispuesto, a riesgo de mi vida, a defender su persona y su estado frente a todos los invasores.



Capítulo V

El autor impide una invasión mediante una estratagema extraordinaria. Se le concede un título de gran dignidad. Llegan embajadores del emperador de Blefuscu para pedir la paz. El aposento de la emperatriz se incendia por accidente; el autor colabora en salvar el resto del palacio.

El imperio de Blefuscu es una isla situada al noreste de Liliput, del que la separa sólo un canal de ochocientas yardas de ancho. Yo aún no la había visto, y ante la noticia de una inminente invasión, evité aparecer por ese lado de la costa, por temor a que me descubriese algún barco del enemigo, al que no le había llegado noticia de mí, ya que durante la guerra estaba rigurosamente prohibido ningún tipo de intercambio entre los dos imperios bajo pena de muerte, y el emperador había impuesto el embargo de toda suerte de naves. Comunicué a su majestad un proyecto que se me había ocurrido para capturar la flota entera del enemigo que, como nos aseguraban nuestros exploradores, se hallaba fondeada en puerto y lista para zarpar al primer soplo de viento. Consulté con los marineros más expertos sobre la profundidad del canal, que ellos habían sondado multitud de veces, y me dijeron que en el centro, durante la pleamar, alcanzaba los setenta *glumgluffs*, que equivalen a unos seis pies de medida europea; y en el resto, cincuenta *glumgluffs* todo lo más. Me dirigí a la costa noreste, frente a Blefuscu, donde, apostándome tras un montículo, saqué mi pequeño catalejo de bolsillo, y observé la flota enemiga fondeada, unos cincuenta buques de guerra, y gran número de transportes; después regresé

a casa y pedí (tenía autorización para ello) gran cantidad de cable del más fuerte, y barras de hierro. El cable era del grueso del bramante, y las barras tenían la longitud y tamaño de una aguja de hacer punto. Tripliqué el grueso del cable para hacerlo más resistente, con la misma intención junté y retorcí tres barras, y doblé el extremo en forma de gancho. En cuanto tuve cincuenta ganchos atados a otros tantos cables, volví a la costa noreste; y quitándome la casaca, los zapatos y las medias, me adentré en el agua, con el jubón de piel puesto como una hora antes de la pleamar. Vadeé lo más deprisa que pude, y en el centro nadé unas treinta yardas, hasta que hice pie; llegué a la flota en menos de media hora. El enemigo se asustó de tal manera al verme que saltaron todos de los barcos y nadaron hacia la orilla, donde se agolparon no menos de treinta mil almas. Entonces cogí los aparejos que traía, y sujetando cada gancho a un escobén de cada barco, até todas las cuerdas juntas por el extremo. Mientras estaba ocupado en esto, el enemigo disparó varios miles de flechas, muchas de las cuales me dieron en las manos y en la cara, que aparte de producirme excesivo escozor, me estorbaron bastante el trabajo. Mi principal temor eran los ojos, que habría perdido irremediablemente si no se me llega a ocurrir de pronto un expediente: guardaba entre otros objetos de primera necesidad unos lentes en un bolsillo especial que, como he comentado ya, había escapado a los inspectores del emperador; los saqué y me los encajé fuertemente en la nariz, y así armado, proseguí osadamente mi trabajo pese a las flechas del enemigo, muchas de las cuales se estrellaban contra los cristales de los lentes, aunque sin otro efecto que el de descolocármelos. Ahora había hecho firmes todos los ganchos; así que cogí el nudo con la mano y empecé a tirar. Pero no se movió un solo barco, y estaban todos demasiado firmemente anclados, de manera que me quedaba por llevar a cabo la parte más osada de la empresa. Solté la cuerda, dejando los ganchos prendidos a los barcos, y les corté resueltamente con el cuchillo los cables que los sujetaban a las anclas, mientras recibía doscientas saetas en la cara y las manos; luego cogí el extremo anudado de los cables a los que estaban atados los ganchos, y me llevé tras de mí, con toda facilidad, cincuenta de los más grandes barcos de guerra del enemigo.





Gulliver se apodera de la flota
del enemigo

Los blefuscudianos, que no tenían ni idea de lo que pretendía, se quedaron al principio confundidos. Me habían visto cortar los cables, y pensaron que mi propósito era dejar que las naves fueran a la deriva, o se estrellasen unas contra otras; pero cuando se dieron cuenta de que la flota entera se desplazaba ordenadamente, y me vieron a mí tirar del extremo, empezaron a proferir tales gritos de aflicción y desesperación que es casi imposible describir o imaginar. Cuando estuve fuera de peligro, me detuve un momento a arrancarme algunas saetas de la cara y de las manos, y me di el mismo ungüento que me habían puesto al principio de llegar, como ya he comentado. A continuación me quité los lentes y, tras esperar una hora a que la marea bajase un poco, vadeé por en medio con mi cargamento, y llegué al puerto real de Liliput.

El emperador y toda su corte se hallaban en la orilla esperando el resultado de esta gran aventura. Veían cómo los barcos avanzaban formando una gran media luna, pero no me distinguían a mí, con el agua hasta el pecho. Cuando llegué al centro del canal se sintieron más desasosegados, porque iba con el agua hasta el cuello. El emperador concluyó que me había ahogado, y que la flota del enemigo se acercaba de manera hostil; pero no tardaron en desvanecerse sus temores, porque como el canal se hacía menos profundo a cada paso que daba, en poco tiempo estuve al alcance de la voz, y alzando el extremo del cable por el que tenía atada la nota, grité: «¡Larga vida al muy poderoso emperador de Liliput!».

Este gran príncipe me recibió al llegar a tierra con todos los elogios imaginables, y allí mismo me nombró *nardac*, que es el más grande título de honor entre ellos.

Su majestad me pidió que hiciese una segunda incursión y trajese a su puerto el resto de los barcos enemigos. Y es tan desmedida la ambición de los príncipes, que pensaba nada menos que en reducir el imperio entero de Blefuscu a una provincia, gobernarla mediante un virrey, y aniquilar a los extremo-anchistas y obligar al pueblo a romper los huevos por el extremo estrecho, con lo que habría un único monarca en todo el mundo. Así que intenté apartarlo de su propósito con muchos argumentos tomados de la política y de la justicia, y declaré con firmeza que jamás sería el instrumento con que se sometería a una nación libre y valiente a la

esclavitud. Y tras debatir el asunto en consejo, el sector más prudente de los ministros se inclinó a favor de mi opinión.

Esta abierta declaración era tan contraria a los planes y la política de su majestad imperial, que no me la perdonó; la expuso de manera artera en el consejo, donde algunos de los más sabios, me contaron, parecían compartir —al menos por su silencio— mi opinión; pero otros que eran secretos enemigos míos no habían podido reprimir ciertas manifestaciones, que indirectamente me perjudicaban. Y desde ese momento empezó una intriga entre su majestad y una camarilla de ministros malvadamente predispuestos contra mí, que estalló menos de dos meses después, y a punto estuvo de acabar con mi vida. Tan poco peso tienen los más grandes servicios a los príncipes cuando se ponen en la balanza frente a una negativa a satisfacer sus pasiones.

Unas tres semanas después de esta hazaña llegó una embajada solemne de Blefuscu con humildes ofertas de paz que concluyeron pronto con condiciones sumamente ventajosas para nuestro emperador, con las que no voy a aburrir al lector. Venían seis embajadores, con una comitiva de unas quinientas personas; su entrada fue espléndida, acorde con la grandeza de su señor, y con la importancia de su comisión. Una vez concluido el tratado, en el que les hice varios buenos oficios gracias al crédito que ahora tenía en la corte, o parecía tener al menos, sus excelencias, a quienes les había contado en secreto cuán de su parte me había mostrado, me rindieron visita de manera formal. Empezaron con muchos cumplidos sobre mi valor y mi generosidad, me invitaron a visitar ese reino en nombre del emperador su señor, y me pidieron que demostrase con alguna prueba mi fuerza prodigiosa, de la que ya habían oído muchas maravillas; cosa a la que accedí de grado, aunque no entretendré al lector con los detalles.

Tras agasajar buen rato a sus excelencias a su infinita satisfacción y sorpresa, les rogué que me hiciesen el honor de presentar mis humildes respetos al emperador su señor, cuyo renombre y virtudes habían llenado el mundo entero de admiración, y a cuya real persona tenía decidido rendir visita antes de regresar a mi país; así que a la siguiente vez que tuve el honor de ver a nuestro emperador solicité su licencia general para ir a presentar mis respetos al monarca blefuscudiano; licencia que tuvo a bien

concederme muy fríamente, como pude notar; aunque sin sospechar el motivo, hasta que cierta persona me contó confidencialmente que Flimnap y Bolgolam habían hecho ver en mi entrevista con los embajadores un signo de desafección, a la que por supuesto mi ánimo era totalmente ajeno. Y fue entonces cuando por primera vez empecé a hacerme una cierta idea de la imperfección de las cortes y los ministros.

Hay que decir que estos embajadores me hablaron por medio de un intérprete, dado que las lenguas de los dos imperios difieren entre sí tanto como dos europeas cualesquiera, y una y otra nación se enorgullecen de la antigüedad, belleza y vigor de su propio idioma, a la vez que muestran un claro menosprecio hacia el de su vecino; no obstante, nuestro emperador, valiéndose de la ventaja adquirida con la captura de su flota, los obligó a presentar sus credenciales y pronunciar sus discursos en lengua liliputiense. Y hay que reconocer que, debido al gran intercambio de tráfico y comercio entre ambos reinos, a la continua acogida de exiliados, que es recíproca entre ellos, y a la costumbre de los dos imperios de enviar al otro a su joven nobleza y miembros de la clase más acomodada para que se perfeccionen viendo mundo, y conozcan a los hombres y sus costumbres, son pocas las personas de distinción, mercaderes, marineros, y habitantes de las ciudades costeras, que no sean capaces de sostener una conversación en una u otra lengua, como descubrí unas semanas más tarde cuando fui a presentar mis respetos al emperador de Blefuscu, lo que en medio de las grandes desgracias que me sobrevinieron por intrigas de mis enemigos, resultó una felicísima aventura para mí, como contaré en el lugar apropiado.

El lector recordará que cuando firmé las cláusulas por las que recobraba la libertad, había algunas que me desagradaron por demasiado serviles, y nada sino la extrema necesidad me había forzado a aceptarlas. Pero dado que ahora era un *nardac* del más alto rango de ese imperio, consideraba tales obligaciones impropias de mi dignidad; y el emperador (para hacerle justicia) jamás me las recordó. Sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo cuando se me presentó la ocasión de hacerle a su majestad, al menos eso me pareció entonces, un servicio señalado. En mitad de la noche me alarmó un griterío de cientos de ciudadanos ante mi puerta, que al sacarme súbitamente del sueño, me produjeron una especie de terror. Oía

repetir de manera incesante la palabra *burglum*; varias personas de la corte, abriéndose paso entre la muchedumbre, me suplicaron que acudiese en seguida a palacio, donde el aposento de su majestad imperial la reina estaba en llamas por negligencia de una dama de honor que se había dormido mientras leía una novela. Me levanté al punto; y tras dar orden de que despejaran el camino ante mí, y aprovechando que había luna, logré llegar a palacio sin pisar a nadie. Observé que habían arrimado escalas de mano a los muros del aposento y que se habían provisto de cubos; pero el agua se hallaba a cierta distancia. Los cubos eran como del tamaño de un dedal grande, y la pobre gente me los pasaba lo más deprisa que podía; pero el fuego era tan violento que tenían poco efecto. Podía haberlo sofocado fácilmente con la casaca, pero por desgracia me la había dejado con la precipitación, y había salido sólo con el jubón de piel. La situación parecía desesperada; y el suntuoso palacio habría ardido irremediabilmente hasta la base si, con una presencia de ánimo inusitada en mí, no se me hubiera ocurrido de repente un remedio. La noche antes había estado bebiendo copiosamente un vino de lo más delicioso, llamado *glimigrim* (que los blefuscudianos llaman *flunec*, pero el nuestro está considerado de mejor clase) que es muy diurético. Por la más feliz casualidad del mundo, no me había aliviado aún. El calor que me producían la proximidad de las llamas y los esfuerzos por apagarlas hizo que el vino me empezase a salir en forma de orina; y evacué tal cantidad, y la dirigí tan bien a los sitios apropiados, que en tres minutos quedó totalmente extinguido el incendio; y el resto del noble edificio, que habían tardado tantos siglos en erigir, se salvó de la destrucción.

Se había hecho de día, y regresé a mi casa sin esperar a congratularme con el emperador. Porque aunque le había prestado un servicio inestimable, no sabía cómo iba tomar su majestad el medio con que lo había llevado a cabo; pues según las leyes fundamentales del reino, cualquier persona que haga aguas menores dentro del recinto del palacio, sea cual sea su categoría, será reo de pena capital. Aunque me animó un poco un mensaje de su majestad, en el sentido de que iba a dar orden al justicia mayor de que aprobase mi indulto formalmente; cosa que sin embargo no logré obtener. Y me aseguraron en secreto que la emperatriz, que había concebido la más

grande repugnancia a mi acción, se había trasladado a la parte más alejada del patio, firmemente decidida a que los edificios afectados jamás se reparasen para su uso, y que, en presencia de sus principales confidentes, no pudo contenerse y juró que se vengaría.



Capítulo VI

De los habitantes de Liliput, su saber, sus leyes y costumbres, y manera de educar a sus hijos. Forma de vida del autor en ese país. Su vindicación de una gran dama.

Aunque tengo intención de reservar la descripción de este imperio para un tratado aparte, me complace satisfacer al lector curioso con alguna idea general. Si el tamaño de los naturales es algo menor de seis pulgadas, todos los demás animales, así como las plantas y los árboles, guardan exacta proporción; por ejemplo, los caballos y los bueyes más altos están entre las cuatro y las cinco pulgadas, las ovejas tienen una pulgada y media más o menos; los gansos son como del tamaño de un gorrión, y así van disminuyendo los diversos grados, hasta los seres más pequeños, que eran casi invisibles para mí; en cambio la naturaleza ha adaptado los ojos de los liliputienses para captar objetos apropiados a ellos; ven con gran exactitud, aunque no a mucha distancia. Y para dar una idea de la agudeza de su visión de lo que tienen cerca: he tenido el placer de observar cómo un cocinero desplumaba una alondra más pequeña que una mosca corriente, y a una muchacha enhebrar una aguja invisible con un hilo de seda invisible. Sus árboles más grandes medirían unas siete pulgadas; me refiero a los que hay en el gran parque real, a cuyas copas podía llegar yo con el puño cerrado. El resto de la flora guarda la misma relación; pero esto lo dejo a la imaginación del lector.

De momento no me voy a referir al saber, que durante muchos siglos ha florecido entre ellos en todas las ramas; pero su manera de escribir es muy

peculiar, ya que no va ni de izquierda a derecha como la de los europeos, ni de derecha a izquierda como la de los árabes, ni de arriba abajo como la de los chinos, sino en diagonal, de una esquina del papel a la otra, como escriben las damas inglesas.

Entierran a sus muertos cabeza abajo porque tienen la teoría de que resucitarán dentro de once mil lunas, término en el que la tierra (que ellos conciben plana) se dará la vuelta y, por este medio, el momento de la resurrección los encontrará preparados y en pie. Los sabios reconocen el absurdo de esta doctrina, pero su práctica continúa para seguirle la corriente al vulgo.

Hay leyes y costumbres muy singulares en este imperio; y si no fueran totalmente contrarias a las de mi querido país, habría estado tentado de decir algo en su justificación. Sólo sería de desear que fueran igualmente aplicadas. La primera que citaré se refiere a los delatores. Todo delito contra el estado se castiga aquí con el máximo rigor; pero si el acusado demuestra claramente su inocencia ante el tribunal, el acusador es ejecutado inmediatamente de manera ignominiosa, y de sus bienes o tierras, la persona inocente recibe cuádruple compensación por la pérdida de su tiempo, el peligro que ha corrido, las penalidades de su reclusión, y las costas que ha tenido en su defensa. Pero si ese fondo resulta insuficiente, la corona se encarga de resarcirle ampliamente. Asimismo, el emperador le concede algún signo público de su favor, y manda que se pregone un bando en toda la ciudad proclamando su inocencia.

Consideran el fraude un delito más grave que el robo, por lo que rara vez se deja de castigar con la muerte; porque alegan que con cuidado y vigilancia, y una inteligencia normal, un hombre puede preservar sus bienes de los ladrones, pero la honradez carece de barreras frente a una astucia superior; y dado que es necesario que exista constante relación de compra y venta, y de comercio a crédito —donde se permite o tolera el fraude, o no hay una ley que lo castigue—, el perjudicado es siempre el comerciante honrado, y el granuja el que saca provecho. Recuerdo que una vez intercedí cerca del rey en favor de un delincuente que había quitado a Su señor una gran suma de dinero que había recibido por orden y había huido con ella; y al decirle a su majestad, a manera de atenuante, que se

trataba sólo de un abuso de confianza, el emperador consideró una monstruosidad por mi parte proponer como defensa el más grande agravante del delito; y, sinceramente, no supe qué replicar, quitando la respuesta normal de que diferentes naciones tienen diferentes costumbres; porque confieso que me sentí totalmente avergonzado.

Aunque normalmente hacemos del premio y el castigo los dos goznes sobre los que gira la acción de todo gobierno, sin embargo tengo observado que en ninguna nación se practica más esta regla que en Liliput. Cualquier habitante capaz de aducir pruebas suficientes de que ha observado estrictamente las leyes de su país durante setenta y tres lunas tiene derecho a ciertos privilegios, de acuerdo con su categoría social y condición de vida, además de recibir una cantidad proporcional de dinero de un fondo destinado a tal uso: asimismo, recibe el título de *snilpall*, o *legal*, que se añade a su nombre, aunque no es transmisible a sus descendientes. Y esta gente juzgó un enorme defecto de nuestra política lo que les conté de nuestras leyes, que sólo imponen castigos y no hablan para nada de premios. Esta es la razón por la que la efigie de la Justicia, en los juzgados, se represente con seis ojos, dos delante, otros dos detrás y uno a cada lado, para significar circunspección, con una bolsa de oro abierta en la mano derecha y una espada en la izquierda para indicar que está más dispuesta a premiar que a castigar.

A la hora de elegir a alguien para cualquier puesto tienen más en cuenta su moralidad que su gran inteligencia; porque como la humanidad necesita de gobierno, creen que la dimensión común del entendimiento se ajusta a un puesto o a otro, y que la Providencia jamás ha pretendido hacer de la gestión de los asuntos públicos un misterio inteligible sólo para unas pocas personas de genio sublime, de las que rara vez nacen tres en un siglo, sino que afirman que la verdad, la justicia, la templanza y demás son accesibles a todo hombre, y la práctica de estas virtudes, asistida por la experiencia y la buena intención, capacitan a cualquiera para servir a su país, salvo donde se requiera un estudio de especialización. Pero piensan que la falta de virtudes morales está tan lejos de poderse suplir con dotes intelectuales superiores, que las plazas jamás han de ponerse en manos tan peligrosas como las de personas así dotadas; y que al menos las faltas cometidas por

ignorancia, con una disposición virtuosa, jamás tienen fatales consecuencias para el bienestar público como las prácticas del hombre cuyas inclinaciones propenden a la corrupción, y tiene gran habilidad para utilizar y multiplicar y defender sus corrupciones.

De igual manera, no creer en la divina Providencia incapacita al hombre para ocupar un puesto en la función pública; porque, dado que los reyes se proclaman delegados de la Providencia, los liliputienses piensan que nada puede haber tan absurdo como que un príncipe utilice hombres que no reconocen la autoridad bajo la que él actúa.

Al hablar de estas leyes y de las siguientes quiero que se entienda que me refiero sólo a instituciones originales, y no a las escandalosas corrupciones en que cae esta gente por la naturaleza degenerada del hombre. En cuanto a esa infame práctica de conseguir puestos de importancia danzando sobre la cuerda, o símbolos de favor y distinción saltando por encima de un palo o gateando por debajo de él, debe saber el lector que fueron introducidas al principio por el abuelo del emperador actualmente reinante, y que aumentó hasta los actuales niveles por el gradual aumento de partido y facción.

La ingratitud es entre ellos delito capital, como leemos que lo ha sido en otros países; porque razonan que cualquiera que corresponde mal a su benefactor, por necesidad ha de ser enemigo común del resto de la humanidad, de la que no ha recibido ninguna obligación; y por tanto tal hombre no merece vivir.

Sus ideas sobre los deberes de los padres y los hijos son muy distintas de las nuestras. Porque dado que la unión de macho y hembra se funda en la gran ley de la naturaleza, que se ordena a propagar y continuar la especie, los liliputienses sostienen que los hombres y las mujeres se unen necesariamente igual que los demás animales, por motivos de concupiscencia, y que su ternura hacia sus crías proviene del mismo principio natural; razón por la que no reconocen que un hijo tenga ninguna obligación con su padre por haberlo engendrado, ni con su madre por haberlo traído al mundo; lo que, considerando las miserias de la vida humana, no ha supuesto un beneficio en sí, ni los padres han pretendido que lo fuera, cuyo pensamiento en sus encuentros amorosos tenían puesto en

otra cosa. En estos y otros razonamientos por el estilo, la opinión de esta gente es que los padres son los últimos a los que debe confiarse la educación de sus hijos; por lo que en las ciudades hay guarderías públicas a las que todos los padres, salvo los campesinos y los agricultores, tienen obligación de enviar a sus hijos de uno y otro sexo, para que sean cuidados y educados a partir de las veinte lunas, edad a la que se supone que poseen ciertos rudimentos de docilidad. Estas escuelas son de varias clases, conforme a las distintas categorías, y a uno y otro sexo. Tienen profesores muy especializados en preparar niños para la clase de vida que conviene al rango de sus padres, así como a su propio talento y aptitudes. En primer lugar diré algo sobre las guarderías para niños, y luego sobre las destinadas a las niñas.

Las guarderías para niños de familia noble o ilustre están dotadas de graves y sabios profesores, con sus diversos auxiliares. La ropa y la comida de los niños es sencilla y corriente. Se les inculcan los principios del honor, la justicia, el valor, la modestia, la clemencia, la religión y el amor a su país; los tienen ocupados siempre en alguna actividad, excepto en las horas de comer o de dormir, que son muy pocas, más dos horas de esparcimiento, que consiste en ejercicios físicos. Hasta los cuatro años son hombres los que se ocupan de vestirlos; a partir de esa edad tienen obligación de hacerlo por sí mismos, por muy alta que sea su condición; y las mujeres del servicio, cuya edad es equivalente a los cincuenta años de las nuestras, se encargan sólo de las tareas domésticas. No se permite a los niños hablar con la servidumbre, sino que se divierten siempre juntos en grupos grandes o pequeños, y siempre en presencia de un profesor o sustituto, por donde evitan esos malos impactos del desatino y del vicio a los que prematuramente están expuestos nuestros niños. A los padres se les consiente verlos sólo dos veces al año; pero la visita no debe durar más de una hora. Se les permite besar al niño al llegar y al despedirse; pero un profesor, que siempre está presente en esas ocasiones, no consentirá que le susurren o digan palabras cariñosas, ni que le den juguetes, golosinas ni nada parecido.

Cuando no es debidamente abonada la pensión que cada familia debe pagar para la educación y hospedaje del hijo, se encargan de recaudarla los

funcionarios del emperador.

Las guarderías para hijos de caballeros, comerciantes, empresarios y artesanos corrientes se administran proporcionalmente de la misma manera; sólo que a los destinados a oficios se les saca para colocarlos de aprendices a los siete años, mientras que las personas de calidad continúan en su internado hasta los quince, que corresponden a nuestros veintiún años; aunque su encierro se va suavizando gradualmente a lo largo de los tres últimos años.

En las guarderías femeninas, las niñas de calidad son educadas casi igual que los varones, sólo que las visten personas disciplinadas de su mismo sexo, aunque siempre en presencia de una profesora o una auxiliar, hasta que se visten ellas solas, lo que hacen a partir de los cinco años. Y si se descubre que estas niñeras osan entretener a las pequeñas con cuentos horripilantes o con las bobadas que acostumbran contar las doncellas entre nosotros, son azotadas públicamente tres veces en la ciudad, encarceladas durante un año, y desterradas de por vida a las regiones más desoladas del país. Así que allí a las señoritas les da tanta vergüenza ser cobardes o tontas como a los varones, y desdeñan todo adorno personal fuera del decoro y la limpieza: tampoco noté que hubiera ninguna diferencia en la educación por la diferencia de sexo; sólo que los ejercicios de las niñas no eran tan vigorosos; y que se les daba alguna noción sobre la vida doméstica, y se les enseñaba un ciclo de materias más reducido: porque su máxima es, entre personas de calidad, que una esposa debe ser siempre una compañera sensata y agradable, porque no siempre será joven. Cuando las muchachas llegan a los doce años, que entre ellos es la edad de casarse, sus padres o tutores se las llevan a casa con grandes muestras de agradecimiento a los profesores, y rara vez sin lágrimas por parte de la jovencita y de sus compañeras.

En las guarderías femeninas de las clases inferiores se instruye a las niñas en toda suerte de tareas propias de su sexo, y sus diversos grados: las que van a ser aprendizas abandonan el centro a los siete años; el resto continúa hasta los once.

Las familias modestas con hijos en esos internados, además de pagar su pensión anual, que es lo más baja posible, están obligadas a entregar al

administrador del centro una pequeña cantidad de sus ingresos mensuales que constituirá una parte de la herencia para el hijo; por lo que todos los padres tienen por ley limitación en sus gastos. Porque los liliputienses piensan que nada puede haber más injusto que traer hijos al mundo, y dejar el peso de su mantenimiento al erario público. En cuanto a las personas de calidad, garantizan asignar una determinada cantidad para cada hijo, acorde con su condición; y estos fondos se administran siempre con una buena economía, y la justicia más estricta.

Los campesinos y agricultores conservan a los hijos en casa, porque lo que les interesa es sólo labrar y cultivar la tierra, y por tanto su educación carece de relevancia para el público; pero los viejos y los enfermos son acogidos en hospitales, porque la mendicidad es algo que se desconoce en este imperio.

Y aquí, quizá divierta al lector curioso que dé alguna noticia de mi vida doméstica, y cómo me desenvolví en este país durante una estancia de nueve meses y trece días. Dada mi inclinación a lo artesanal, y empujado también por la necesidad, me había hecho una mesa y una silla bastante cómodas con los árboles más grandes del parque real. Hicieron falta doscientas costureras para confeccionarme camisas, sábanas y manteles, todo del tejido más basto y resistente que se pudo conseguir, que sin embargo se vieron obligados a acolchar con varias capas, porque el más grueso era varios grados más fino que el linón. Las piezas tienen normalmente un ancho de tres pulgadas, y un largo de tres pies. Las costureras me tomaron las medidas tumbado en el suelo, una de pie sobre mi cuello, y otra en mitad de la pierna, con una cuerda extendida que sostenían cada una de un extremo, mientras la tercera medía la longitud de la cuerda con una regla de una pulgada de larga. Me midieron después el pulgar derecho, y no necesitaron seguir; porque mediante un cálculo matemático, por el que dos veces el perímetro del pulgar equivale al perímetro de la muñeca, y lo mismo el cuello y la cintura, y con la ayuda de una camisa vieja que extendí en el suelo ante ellas para que sacaran el patrón, obtuvieron las medidas exactas.

De la misma manera se emplearon trescientos sastres para hacerme ropa; aunque para tomarme las medidas recurrieron al otro procedimiento:

me arrodillé, y pusieron una escala desde el suelo a mi cuello; uno de ellos se subió a lo alto de esta escala, y dejó caer una plomada desde mi cuello al suelo, distancia que correspondía exactamente a mi casaca; pero la cintura y los brazos me los medí yo. Al terminar de coser las ropas, tarea que hicieron en mi casa (porque no habrían cabido en la más grande de las suyas), parecían un centón de esos que hacen las damas en Inglaterra, sólo que el mío era todo de un color.





Los sastres liliputienses toman medidas
a Gulliver para hacerle un nuevo traje

Tenía trescientos cocineros que me guisaban los alimentos en prácticas dependencias construidas alrededor de mi casa, donde vivían con sus familias; y me preparaban dos platos cada uno. Tomaba a veintidós camareros en la mano, y los depositaba en la mesa; cien más atendían abajo en el suelo, unos con fuentes de comida, otros con barriles de vino y demás licores que cargaban sobre el hombro, los camareros de arriba lo iban subiendo todo a medida que yo lo pedía, mediante un ingenioso aparejo de cuerdas, como subimos nosotros en Europa el cubo del pozo. Una fuente de comida equivalía a un buen bocado, y un barril de su licor a un trago moderado. Su cordero es inferior que el nuestro, pero su vaca es excelente. He tomado un lomo tan grande que he tenido que cortarlo en tres trozos; aunque eso fue una excepción. Los criados se asombraron al vérmelo comer con huesos y todo, como nos comemos en mi país una pata de alondra. Los gansos y los pavos los solía despachar de un solo bocado; y debo confesar que son mucho mejores que los nuestros. De aves más pequeñas podía tomarme veinte o treinta, pinchadas con la punta del cuchillo.

Un día su majestad imperial, informado de mi modo de alimentarme, quiso tener la dicha (como se dignó calificarlo) de comer conmigo él y su real consorte, con los jóvenes príncipes de sangre de uno y otro sexo. Así que vinieron, y los acomodé en sillas de ceremonia sobre la mesa, justo frente a mí, con su guardia alrededor. Flimnap, lord tesorero mayor, estaba presente también, con su bastón blanco; y observé que me miraba a menudo con una expresión desabrida que yo aparentaba no advertir, sino que comí más de lo habitual en honor a mi querido país, y también para asombrar a la corte. Tengo motivos particulares para creer que esta visita de su majestad brindó a Flimnap ocasión para hacerme disfavores con su señor. Este ministro había sido siempre secreto enemigo mío, aunque por fuera me halagaba más de lo que podía esperarse de su carácter avinagrado. Expuso al emperador la mala situación del tesoro, y dijo que se veía obligado a aceptar dinero con gran descuento; que los bonos del tesoro no circulaban a menos del nueve por ciento por debajo del par; que, en suma, yo había costado ya a su majestad más de un millón y medio de *sprugs* (su moneda de oro más alta, del tamaño de una lentejuela), y que, en resumen, sería

aconsejable que el emperador aprovecharse la ocasión que primero se presentase para librarse de mí.

No tengo más remedio que vindicar aquí la reputación de una excelente dama, que fue víctima inocente por mi causa. Le dio al tesorero por ponerse celoso con su esposa, por maldad de algunas lenguas que le insinuaron que su excelencia había concebido un apasionado afecto hacia mi persona, y durante un tiempo corrió el chisme palaciego de que una vez había acudido en secreto a mi morada. Solemnemente afirmo que esto es una falsedad infame y sin fundamento, salvo que su excelencia se complacía en tratarme con todas las inocentes muestras de despreocupación y amistad. Reconozco que venía a menudo a mi casa, pero siempre de manera abierta, y nunca sin que la acompañasen tres personas en el coche, por lo general su hermana y su hija pequeña, y alguna amiga particular; pero esto lo hacían igual muchas otras damas de la corte. Y ruego incluso a los criados que me rodeaban, que digan si alguna vez vieron un coche ante mi puerta sin saber qué personas había en él. En esas ocasiones, cuando un criado me anunciaba la llegada de un carruaje, mi costumbre era acudir inmediatamente a la puerta; y después de presentar mis respetos, coger con cuidado el coche y los dos caballos (porque si traía seis caballos el postillón siempre desenganchaba cuatro) y colocarlos sobre una mesa, a la que había adaptado un borde desmontable a todo alrededor, de cinco pulgadas de alto, para evitar accidentes. Y a menudo llegué a tener a la vez cuatro coches con sus caballos encima de la mesa llena de personas, sentado en mi silla y con la cara inclinada hacia ellos; y mientras atendía a un grupo, los cocheros paseaban a los demás plácidamente alrededor de la mesa. He pasado muchas tardes agradables en estas conversaciones. Pero desafío al tesorero, y a sus confidentes (a los que nombro, y allá se las apañen) Clustril y Drunlo, a que prueben que haya venido nadie a verme de incógnito, quitando el secretario Reldresal, enviado por orden expresa de su majestad imperial, como he contado ya. No me habría extendido en este asunto, si no afectara tan de cerca a la reputación de una gran dama, por no hablar de la mía. Aunque yo tenía el honor de ser un *nardac*, cosa que el tesorero no; porque todo el mundo sabe que es sólo un *clumglum*, título un grado inferior, como el de marqués respecto al de duque en Inglaterra;

aunque reconozco que estaba por encima de mí debido a su puesto. Esas falsedades, que llegaron a mi conocimiento más tarde por un incidente que no tengo por qué citar, hicieron que durante un tiempo el tesorero pusiese mala cara a su esposa, y peor a mí; porque, aunque finalmente se deshizo el malentendido y se reconcilió con ella, yo en cambio perdí todo crédito para él, y vi cómo menguaba deprisa mi credibilidad ante el emperador, quien se deja gobernar demasiado por ese valido.



Capítulo VII

El autor, informado de un plan para acusarle de alta traición, huye a Blefuscu. Su acogida allí.

Antes de dar cuenta de mi marcha de este reino quizá convenga informar al lector de una intriga que se venía gestando desde hacía dos meses contra mí.

Toda mi vida había vivido ajeno a las cortes, para las que carecía de títulos dado mi origen humilde. Es verdad que había oído y leído bastante sobre el talante de los grandes príncipes y ministros; pero no esperaba descubrir sus terribles consecuencias en un país tan remoto, gobernado, como creía, por principios muy distintos de los de Europa.

Me estaba preparando para rendir visita al emperador de Blefuscu, cuando un importante personaje de la corte (al que había prestado buenos oficios en unos momentos en que había caído en el más grande desfavor de su majestad imperial) vino a mi casa muy en secreto, de noche, en una silla de manos cerrada; y sin dar su nombre, solicitó verme. Despedí a los silleteros. Me metí la silla, con su señoría dentro, en el bolsillo de la casaca; y tras ordenar a un criado de mi confianza que dijera que me sentía indispuesto y que me retiraba a dormir, eché el cerrojo a la puerta de casa, deposité la silla de manos sobre la mesa como solía hacer, y me senté al lado. Terminados los saludos habituales, al observar el semblante de preocupación de su señoría, y preguntarle el motivo, me pidió que escuchase con paciencia un asunto que afectaba grandemente a mi honor y

mi vida. Estas fueron sus palabras, ya que tomé notas en cuanto se marchó:

—Debéis saber —dijo— que recientemente se han reunido muy en secreto varias comisiones del consejo para tratar de vos; y que hace sólo dos días su majestad adoptó una clara resolución.

»Sabéis bien que el caballero Bolgolam (*galbet*, o sea almirante supremo) es enemigo mortal vuestro casi desde que llegasteis; ignoro los motivos que tuviera al principio, pero su odio ha aumentado mucho desde vuestro gran éxito contra Blefuscu, que ha contribuido a oscurecer su gloria como almirante. Este personaje, junto con Flimnap, tesorero mayor, cuya enemistad con vos es notoria a causa de su señora, el general Limtoc, el chambelán Lalcon, y el justicia mayor Balmuff, han preparado un memorial contra vos, acusándoos de traición y de otros delitos capitales».

Este preámbulo me impacientó, consciente como era de mis méritos y mi inocencia; e iba a interrumpirle cuando, pidiéndome que guardase silencio, prosiguió:

—En agradecimiento a los favores que me habéis hecho, he obtenido información de todo el debate, y una copia del memorial, en lo que me juego la cabeza para haceros servicio.

Memorial de acusaciones contra Quinbus Flestrin (el Hombre Montaña)

ARTÍCULO I

Por cuanto la ley, puesta en vigor durante el reinado de su majestad imperial Calin Deffar Plune, decreta que quienquiera que haga aguas menores dentro del recinto del palacio real incurre en la pena y castigo de alta traición, pese a lo cual, dicho Quinbus Flestrin, en abierto quebrantamiento de dicha ley, y so pretexto de apagar el incendio declarado en el aposento de la muy imperial consorte de su majestad, traidora y malvadamente, mediante el aliviamiento de su orina, apagó dicho incendio habido en dicho aposento, ubicado en el recinto de dicho palacio real, quebrantando así la ley prevista para el caso, etc., en contra del deber, etcétera.

ARTÍCULO II

Que habiendo traído al real puerto dicho Quibus Flestrin la flota de Blefuscu, y habiéndole ordenado después su majestad imperial que apresara el resto de las naves de dicho imperio Blefuscu, y redujese tal imperio a una provincia para ser gobernada por un virrey de nuestro país, y destruyese y matase no sólo a todos los extremoanchistas allí refugiados, sino también a todo el pueblo de ese imperio que se negase a abjurar de la herejía extremoanchista; este, el dicho Flestrin, como falso traidor a su muy propicia y serena majestad imperial, pidió que se le excusase de dicho servicio, so pretexto de que es contrario a forzar su conciencia y a destruir la libertad y la vida de gente inocente.

ARTÍCULO III

Que así que llegaron ciertos embajadores de la corte de Blefuscu a la corte de su majestad para pedir la paz, este dicho Flestrin, como falso traidor, apoyó, confortó y agasajó a dichos embajadores, aun sabiéndolos servidores de un príncipe que hacía poco había sido enemigo declarado de su majestad imperial, y había estado en guerra abierta contra su majestad.

ARTÍCULO IV

Que dicho Quibus Flestrin, en contra del deber de un súbdito leal, se dispone actualmente a efectuar un viaje a la corte e imperio de Blefuscu, para lo que sólo ha recibido licencia verbal de su majestad imperial, y al amparo de la dicha licencia, falsa y traidoramente pretende emprender dicho viaje, y por este medio ayudar, sostener y dar aliento al emperador de Blefuscu, hasta hace poco enemigo, y en guerra abierta con la mencionada majestad imperial.

—Hay otros artículos, pero los más importantes son estos de los que os acabo de leer un resumen.

»En varios debates sobre esta acusación hay que reconocer que su majestad ha tenido muchos detalles de gran benevolencia, a menudo movido por los servicios que le habéis prestado, esforzándose en atenuar la gravedad de vuestros crímenes. El tesorero y el almirante han insistido en que se os debe aplicar la más dolorosa e ignominiosa muerte, prendiendo fuego a vuestra casa por la noche, con el concurso del general al mando de veinte mil soldados armados con flechas envenenadas para acribillaros la cara y las manos. Algunos de vuestros criados recibirían órdenes secretas del salpicar vuestras camisas y sábanas con un jugo venenoso que al punto haría que os arrancarais la carne y murieseis en medio de dolores espantosos. El general se mostró de la misma opinión; de manera que durante mucho rato la mayoría estuvo contra vos; pero su majestad, dispuesto a perdonaros la vida a toda costa, consiguió finalmente disuadir al chambelán.

»Tras este incidente, el emperador ordenó a Reldresal, Secretario Principal de Asuntos Privados, que siempre ha demostrado ser fiel amigo vuestro, que expusiese su opinión, lo que hizo debidamente, justificando con su intervención el buen concepto que tenéis de él. Admitió que vuestros delitos eran graves, pero que sin embargo había ocasión para la clemencia, muy loable virtud en un príncipe, y por la que su majestad era tan justamente celebrado. Dijo que era tan conocida de todos la amistad entre él y vos, que quizá el muy ilustre consejo podía considerarlo parcial; no obstante, en acatamiento a la orden recibida, expondría libremente su opinión: que si su majestad, en consideración a vuestros servicios, y llevado de su naturaleza indulgente, se dignaba perdonaros la vida, y ordenaba que sólo os arrancasen los ojos, humildemente creía que por este expediente quedaba en cierto modo cumplida la justicia, y todo el mundo aplaudiría la indulgencia del emperador, así como el justo y generoso proceder de los que tienen el honor de ser sus consejeros. Que la pérdida de vuestros ojos no mermaría en nada vuestra fuerza corporal, por lo que podríais seguir siendo útil a su majestad. Que la ceguera acrecienta el valor, puesto que oculta el peligro; que el temor que teníais por vuestros ojos era la principal causa de no haber traído la flota del enemigo, y que os

bastaría con ver por los ojos de los ministros, dado que los más grandes príncipes no hacen otra cosa.

»Esta propuesta obtuvo la mayor desaprobación del consejo entero. El almirante Bolgolam no pudo contenerse, sino que, levantándose con furia, exclamó que no comprendía cómo el secretario osaba pronunciarse a favor de perdonarle la vida a un traidor; que los servicios que habéis prestado eran, por verdaderas razones de estado, el gran agravamiento de vuestros crímenes; que lo mismo que pudisteis apagar el fuego orinando sobre las habitaciones de su majestad la reina (lo que mencionó con horror), podríais en otro momento originar una inundación por el mismo medio, y anegar el palacio entero; y la misma fuerza que os permitió traer la flota del enemigo podría, al primer disgusto, servir para devolverla; que él tenía fundados motivos para creer que en el fondo de vuestro corazón sois extremoanchista; y como es en el corazón donde toda traición germina antes de manifestarse en claras acciones, os acusaba de traición, y por tanto insistía en que se os diera muerte.

»El tesorero fue del mismo parecer. Demostró en qué apurada situación había dejado reducidas las rentas de su majestad la carga de vuestra manutención, la cual no tardaría en volverse insoportable; que el expediente del secretario, de arrancaros los ojos, estaba muy lejos de ser el remedio de ese mal, y que probablemente lo aumentaría, como revela la práctica común de cegar aves de corral, que después comen mucho más y engordan más deprisa; que su sacra majestad y el consejo, que son vuestros jueces, estaban íntimamente convencidos de vuestra culpa, que era argumento suficiente para condenaros a muerte sin las pruebas formales que exige por la estricta letra de la ley.

»Pero su majestad imperial, radicalmente opuesto a la pena capital, tuvo la gracia de explicar que puesto que el consejo consideraba la pérdida de vuestros ojos un correctivo demasiado blando, podría aplicárseos algún otro más adelante. Entonces volvió a pedir la palabra vuestro amigo el secretario; y en respuesta a la objeción del tesorero sobre la gran carga que representaba para su majestad tener que manteneros, dijo que su excelencia, único encargado de la distribución de las rentas de su majestad, podía fácilmente prevenir ese mal reduciendo gradualmente

vuestra asignación, con lo que, por falta de alimento suficiente, os iríais debilitando, desfalleceríais, perderíais el apetito, y os consumiríais en pocos meses; y así el hedor de vuestro cadáver no sería entonces tan peligroso, dado que vuestro peso habría disminuido más de la mitad; e inmediatamente después de vuestra muerte, cinco o seis mil súbditos de su majestad, en dos o tres días, os deshuesarían, se llevarían vuestra carne en carretas, y la enterrarían en diferentes lugares para evitar el riesgo de infección, dejando el esqueleto a manera de monumento para admiración de la posteridad.

»Y así es como, por la gran amistad del secretario, se ha acordado finalmente resolver el asunto. Se ha recomendado llevar a término, en riguroso secreto, el plan de haceros morir por inanición, pero haciendo constar en acta la sentencia de arrancaros los ojos. Nadie se ha pronunciado en contra, excepto el almirante Bolgolam, quien, instrumento de la emperatriz, era constantemente presionado por ella para que insistiese en vuestra muerte, movida por la perpetua malquerencia que os tiene por ese infame e ilegal procedimiento que habéis utilizado para apagar el incendio de su apartamento.

»Dentro de tres días, vuestro amigo el secretario recibirá instrucciones de venir a vuestra casa a leeros los cargos, y significaros seguidamente la gran lenidad y favor de su majestad y del consejo, por la que se os condena sólo a la pérdida de los ojos, a lo que su majestad no duda que os someteréis humildemente, con asistencia de veinte cirujanos de su majestad, a fin de cuidar que la operación se ejecute limpiamente, disparando muy afiladas flechas a los globos de vuestros ojos mientras os tienen tumbado en el suelo.

»Dejo a vuestra discreción las medidas que consideréis prudente adoptar; por mi parte, para evitar sospechas, debo regresar en seguida tan secretamente como he venido».

Así lo hizo su señoría, y me quedé solo, sumido en un mar de dudas y perplejidades.

Había una costumbre, introducida por este príncipe y sus ministros (muy distinta, por lo que me han asegurado, de las prácticas de otros tiempos) de que una vez que la corte decretaba una ejecución cruel, ya

fuera para satisfacer el enojo del monarca o el rencor de un favorito, el emperador siempre pronunciaba un discurso a su consejo en pleno, en el que proclamaba su lenidad y ternura, cualidades conocidas y reconocidas por todo el mundo. Dicho discurso era inmediatamente difundido por todo el reino; y nada aterraba tanto al pueblo como estos elogios de la clemencia de su majestad; porque se tenía observado que cuanto más se prodigaban y más se insistía en ellos, tanto más inhumano era el castigo, y más inocente la víctima. En cuanto a mí, debo confesar que como no estaba destinado a ser cortesano, ni por nacimiento ni por vocación, era tan mal juez de esas cosas que no descubría lenidad ni favor en tal sentencia, sino que la consideraba (quizá erróneamente) más rigurosa que generosa. A veces pensaba hacer frente a mi proceso; porque aunque no podía negar los hechos que me imputaban en los diversos artículos, sin embargo esperaba que se admitiese cierta atenuación. Pero dado que había leído en mi vida muchos procesos por delitos políticos, y había observado que siempre acababan como los jueces consideraban conveniente, no me atreví a confiar en tan azaroso fallo, en tan crítica coyuntura, y frente a tan poderosos enemigos. En determinado momento consideré la posibilidad de oponer resistencia; porque mientras estaba en libertad, toda la fuerza de ese imperio no lograría doblegarme, y podía acabar con la metrópoli a pedradas. Pero en seguida deseché esta medida con horror, al recordar el juramento hecho al emperador, los favores que había recibido de él, y el alto título de *nardac* que me había otorgado. Y no me había instruido tan pronto en la gratitud de los cortesanos, para convencerme de que los presentes rigores de su majestad me excusaban de mis pasadas obligaciones.

Por último tomé una determinación que probablemente me hará merecedor de alguna crítica; y no injustamente, porque confieso que debo la conservación de los ojos, y consiguientemente la libertad, a mi gran irreflexión y falta de experiencia; porque, si hubiese conocido el carácter del príncipe y de sus ministros, como ahora los he estudiado en muchas otras cortes, y su manera de tratar a criminales menos reprobables que yo, con gran diligencia y presteza me habría sometido a un castigo tan suave. Pero movido por el atolondramiento de la juventud, y dado que tenía

licencia de su majestad imperial para ir a visitar al emperador de Blefuscu, mandé una carta a mi amigo el secretario, notificándole mi decisión de partir esa misma mañana hacia Blefuscu, conforme a la licencia obtenida; y sin aguardar a ninguna respuesta, me dirigí al lado de la isla donde estaba amarrada nuestra flota. Cogí un gran buque de guerra, le amarré un cable en la proa, y sacándole las anclas, me quité la ropa, la puse (junto con el cubrecama, que me había llevado bajo el brazo) encima del barco, y arrastrándolo detrás de mí, vadeando unas veces y nadando otras, llegué al real puerto de Blefuscu, donde hacía tiempo que me esperaba la gente, y me facilitaron dos guías para que me condujesen hasta la capital, que tiene el mismo nombre. Los llevé en la mano hasta que estuve a unas doscientas yardas de las puertas; entonces les pedí que anunciaran mi llegada a uno de los secretarios, y le hiciesen saber que esperaba órdenes de su majestad. Como una hora después recibí respuesta de que su majestad, acompañado por su real familia y altos funcionarios de la corte, había salido a darme la bienvenida. Avancé un centenar de yardas. El emperador y su séquito se apearon de sus caballos, la emperatriz y las damas de sus coches, y no vi que mostrasen temor ni inquietud de ninguna clase. Me tumbé en el suelo para besar la mano de sus majestades, y dije al emperador que había ido en cumplimiento de mi promesa, y con la licencia del emperador mi señor, para tener el honor de ver a tan poderoso monarca, y ofrecerle los servicios que estuviesen a mi alcance, siempre que no entrasen en conflicto con mi deber para con mi príncipe, sin mencionar mi caída en desgracia, porque hasta el momento no se me había comunicado de manera oficial, y se me suponía totalmente ignorante de mi destino. Tampoco podía imaginar razonablemente que el emperador revelaría el secreto mientras estuviese fuera de su alcance; aunque no tardé en averiguar que en eso equivocaba.

No aburriré al lector con los detalles de mi recibimiento en esta corte, acorde con la generosidad de tan grande príncipe, ni de los apuros que tuve por carecer de casa y de lecho, y tener que dormir en el suelo, envuelto en el cubrecama.



Capítulo VIII

El autor, por un feliz accidente, encuentra el medio de abandonar Blefuscu, y tras algunas dificultades regresa sano y salvo a su país natal.

A los tres días de mi llegada, paseando con curiosidad por la costa noreste de la isla, divisé en el mar, como a media legua, algo que parecía un bote vuelto del revés. Me quité los zapatos y las medias, y tras vadear doscientas o trescientas yardas, vi que el objeto se acercaba empujado por la marea; y a continuación vi claramente que era un bote de verdad, que quizá un temporal había barrido de la cubierta de algún barco. Así que regresé inmediatamente a la ciudad, y pedí a su majestad imperial que me prestase veinte barcos de los más altos que le habían quedado después de la pérdida de la flota, y tres mil marineros, bajo el mando de su vicealmirante. Esta flota dio la vuelta, mientras yo tomaba el camino más corto al lugar de la costa donde había descubierto el bote, y encontré que la marea lo había acercado aún más. Los marineros iban todos provistos de cabos, que yo había colchado previamente para que tuviesen la suficiente resistencia. Cuando llegaron los barcos, me desvestí, y vadeé hasta unas cien yardas del bote, después tuve que nadar hasta llegar a él. Los marineros me arrojaron un extremo del cabo, que amarré a un orificio que el bote tenía a proa, y el otro extremo a un buque de guerra. Pero comprobé que me valía de poco este trabajo; porque al no hacer pie, me era imposible hacer fuerza. En esta situación, me vi obligado a nadar

detrás, y empujar el bote las veces que podía con la mano; y como la marea me era favorable, avancé tanto que en seguida pude sacar la barbilla y tocar fondo con el pie. Descansé dos o tres minutos; luego di otro empujón al bote, y seguí de este modo hasta que el agua me llegó a los sobacos; y ahora, concluida la parte más trabajosa, saqué los otros cables que iban en uno de los barcos, los amarré primero al bote, y después a nueve de los barcos que me acompañaban; con el viento favorable, fuimos los marineros remolcando y yo empujando, hasta que llegamos a unas cuarenta yardas de la playa; y tras esperar a que vaciase la marea, pude dejar al bote en seco, y con ayuda de dos mil marineros, con cuerdas y máquinas, conseguí darle la vuelta, y lo encontré muy poco dañado.

No molestaré al lector con las dificultades que tuve para, con ayuda de un canaleta que tardé diez días en hacer, llevar el bote al puerto real de Blefuscu, donde apareció una multitud de gente a mi llegada, maravillada ante la visión de tan prodigiosa nave. Dije al emperador que mi buena estrella me había puesto este bote en el camino para llevarme a algún lugar desde el que quizá podría regresar a mi país natal, y supliqué a su majestad que diese órdenes de conseguir los materiales necesarios para aparejarlo, junto con su licencia para partir; lo que, tras alguna amable protesta, se dignó conceder.

Me extrañaba muchísimo, en todo este tiempo, no tener noticia de la llegada de ningún expreso de nuestro emperador a la corte de Blefuscu referente a mí. Más tarde me contaron confidencialmente que su majestad imperial, imaginando que ignoraba cuáles eran sus propósitos, creía que sólo había ido a Blefuscu para cumplir mi promesa conforme a la licencia que él me había concedido, lo que era bien sabido en nuestra corte, y que regresaría a los pocos días una vez concluida dicha ceremonia. Pero al final le despertó recelos mi larga ausencia; y tras consultar con el tesorero y el resto de esa camarilla, despachó a una persona de calidad con una copia de la acusación contra mí. Este enviado tenía instrucciones de exponer al monarca de Blefuscu la gran lenidad de su señor, que se contentaba con castigarme tan sólo con la pérdida de los ojos; que yo había huido de la justicia y, si no regresaba en dos horas, se me privaría de mi título de *nardac* y sería declarado traidor. El enviado añadió además

que a fin de mantener la paz y la amistad entre los dos imperios, su señor esperaba que su hermano de Blefuscu diera orden de que se me devolviese a Liliput atado de pies y manos para ser castigado como traidor.

El emperador de Blefuscu, tras tomarse tres días para evacuar consultas, envió una respuesta, consistente en muchas cortesías y excusas. Decía que en cuanto a enviarme atado, su hermano sabía que era imposible; que aunque lo había privado de su flota, sin embargo estaba muy agradecido a mí por los buenos oficios que le había prestado para lograr la paz; que, no obstante, pronto iban a tener sosiego ambas majestades, porque yo había encontrado una enorme nave en la playa, capaz de transportarme, que él había dado orden de aparejarla con mi ayuda y dirección; y que en pocas semanas, esperaba, ambos imperios se verían libres de tan insoportable estorbo.

Con esta respuesta regresó el enviado a Liliput, y el monarca de Blefuscu me contó todo lo ocurrido, a la vez que me ofreció (pero en la más estricta confidencia) su graciosa protección, si decidía seguir a su servicio; aquí, aunque lo creía sincero, estaba yo decidido a no confiar más en príncipes ni en ministros siempre que pudiera evitarlo, y, por tanto, con los debidos agradecimientos por su amable intención, le supliqué humildemente que me excusase. Le dije que ya que la fortuna, fuese buena o mala, había puesto una embarcación en mi camino, estaba resuelto a aventurarme en el océano, antes que ser motivo de diferencia entre dos monarcas tan poderosos. No encontré que esto causara disgusto al emperador; al contrario, por cierta casualidad, descubrí que se alegraba muchísimo de mi decisión, y lo mismo la mayoría de sus ministros.

Estas consideraciones me movieron a decidir mi marcha algo antes de lo que había planeado; cosa a la que la corte, impaciente por perderme de vista, contribuyó de buen grado. Se emplearon quinientos obreros en confeccionar dos velas para el bote, conforme a mis instrucciones, superponiendo trece capas de su lienzo más fuerte. Yo me afané en confeccionar jarcia y cables, colchando diez, veinte o treinta de las suyas más gruesas y fuertes. Una gran piedra que encontré, después de buscar bastante por la playa, me sirvió de ancla. Me proporcionaron el sebo de trescientas vacas para calafatear el bote y otros usos. Me costó un trabajo

increíble hacer remos y palos con troncos de los árboles más altos, empresa en la que sin embargo encontré no poca asistencia en los calafates de su majestad, que me ayudaron a alisarlos después que los desbastara yo.

En aproximadamente un mes, cuando todo estuvo dispuesto, mandé un mensajero para recibir órdenes de su majestad, y despedirme. El emperador y la familia real salieron de palacio; me tumbé de bruces para besarle la mano, lo que me concedió él graciosamente; y lo mismo la emperatriz, y los jóvenes príncipes sus hijos. Su majestad me ofreció cincuenta bolsas de doscientos *sprugs* cada una, junto con su retrato de cuerpo entero, que guardé inmediatamente en uno de mis guantes para que no sufriese daño. Fueron demasiadas las ceremonias de despedida para aburrir ahora al lector con ellas.

Cargué el bote con un centenar de canales de buey y trescientos de cordero, además de una cantidad proporcional de pan y bebida, y toda la comida que cuatrocientos cocineros pudieron preparar. Me llevé vivos dos toros y seis vacas, y otros tantos carneros y ovejas, con el propósito de introducirlos en mi país y difundir la especie. Y para alimentarlos a bordo cogí un buen brazado de heno, y un costal de avena. De buen grado me habría llevado una docena de habitantes; pero esto era algo que el emperador no estaba de ningún modo dispuesto a permitir; y además de ordenar un minucioso registro de mis bolsillos, su majestad me pidió mi palabra de honor de que no me llevaría a ningún súbdito, ni aun con el consentimiento o deseo de este.

Una vez dispuestas las cosas lo mejor que pude, puse vela el día veinticuatro de septiembre de 1701, a las seis de la madrugada; y cuando ya me había alejado unas cuatro leguas hacia el norte, con viento del sudeste, avisté a las seis de la tarde una pequeña isla como de media legua, al noroeste. Avancé, y solté el ancla a sotavento de la isla, que parecía deshabitada. A continuación tomé un refrigerio y me tumbé a descansar. Dormí bien, y calculo que unas seis horas lo menos, porque el día empezó a clarear a las dos horas de haberme despertado. Fue una noche serena. Desayuné antes de que saliera el sol; y tras levar ancla, como el viento era favorable, tomé el mismo rumbo que había seguido el día anterior, para lo que me guiaba por mi brújula de bolsillo. Mi propósito era alcanzar, si

podía, una de esas islas que tenía motivos para creer que se hallaban al noreste de la tierra de Van Diemen. No descubrí nada en todo ese día; pero al siguiente, a eso de las tres de la tarde, cuando por mis cálculos había hecho veinticuatro leguas desde Blefuscu, divisé una vela que navegaba hacia el sudeste; mi rumbo era Este derecho. Lo saludé, pero no obtuve respuesta; sin embargo, me di cuenta de que le ganaba distancia, porque el viento había aflojado. Puse toda la vela que pude, y media hora más tarde me avistó; entonces izó su enseña y disparó un cañonazo. No es fácil expresar la alegría que sentí ante la súbita esperanza de ver de nuevo mi amado país y a los seres queridos que había dejado en él. Redujo vela el barco, y le di alcance entre las cinco y las seis de la tarde del 26 de septiembre; pero el corazón se me salía del pecho cuando vi los colores ingleses. Me metí las vacas y las ovejas en los bolsillos de la casaca, y subí a bordo con mi pequeño cargamento de provisiones. El barco era un mercante inglés que regresaba de Japón por los Mares del Norte y del Sur; el capitán, el señor John Bidel, de Depford, era un hombre muy cortés, y un marino excelente. Estábamos ahora en la latitud de 30 grados Sur; había unos cincuenta hombres a bordo; y aquí encontré, entre ellos, con un antiguo camarada mío, un tal Peter Williams, quien dio buena referencia de mí al capitán. Este caballero me trató con amabilidad, y me pidió que le hablase del lugar donde había estado recientemente y adónde me dirigía, lo que hice en pocas palabras; pero creyó que deliraba, y que las penalidades a que había estado sometido me habían trastornado el juicio. Así que me saqué del bolsillo las vacas y las ovejas, las cuales, tras unos momentos de estupefacción, lo convencieron plenamente de mi veracidad. Seguidamente le mostré el oro que me había dado el emperador de Blefuscu, junto con el retrato de su majestad de cuerpo entero, y algunas otras curiosidades de ese país. Le di dos bolsas de doscientos *sprugs* cada una, y le prometí, cuando llegara a Inglaterra, regalarle una vaca y una oveja preñadas.

No quiero molestar al lector con una relación detallada de este viaje, que fue venturoso en su mayor parte. Llegamos a las Lomas el 13 de abril de 1702. Sólo tuve un contratiempo, y es que las ratas de a bordo se me llevaron una oveja; encontré los huesos en un agujero, totalmente limpios

de carne. El resto del ganado lo desembarqué sin novedad, y lo puse a pastar en un campo del juego de bochas, en Greenwich, donde la fina hierba las invitó a pacer con mucha gana, aunque yo había temido lo contrario; tampoco habría podido mantenerlas durante tan largo viaje si el capitán no me hubiera dado un poco de su mejor galleta, que, deshecha y mezclada con agua, constituyó el pienso diario. En el poco tiempo que estuve en Inglaterra, saqué buenos beneficios mostrando este ganado a multitud de personas de calidad, y a otras; y antes de emprender mi segundo viaje, las vendí por seiscientas libras. A mi último regreso me he encontrado con que han aumentado considerablemente; en especial el de ovejas, lo que espero que sea una gran ventaja para la producción de lana, por la delicadeza de su vellón.

Estuve sólo dos meses con mi esposa y mi familia; porque mi insaciable deseo de conocer países no me permitió quedarme más tiempo. Dejé a mi esposa mil quinientas libras, y la instalé en una buena casa de Redriff. El resto de mi fortuna me la llevé, parte en dinero y parte en mercancía, con la esperanza de incrementarla. Mi tío John, el más viejo, me había dejado una propiedad cercana a Epping, de unas treinta libras al año; además había arrendado para bastante tiempo el toro negro en Fetter Lane, lo que me proporcionaba otro tanto; de manera que no corría peligro de dejar a mi familia en la calle. Mi hijo Johnny, bautizado así por su tío, iba al colegio y era un chico dócil. Mi hija Betty (en la actualidad casada y con familia) estaba entonces aprendiendo costura. Me despedí de mi esposa y de los niños con lágrimas por ambas partes, y embarqué en el *Adventure*, mercante de trescientas toneladas, con destino a Surat, capitán John Nicholas de Liverpool al mando. Pero el relato de este viaje debo dejarlo para la segunda parte de mis Viajes.

FIN DE LA PARTE PRIMERA





PARTE SEGUNDA

VIAJE A BROBDINGNAG



Capítulo I

Descripción de una gran tempestad. Mandan una lancha por agua, el autor va en ella para explorar la región. Es abandonado en la playa, apresado por los naturales, y llevado a casa de un campesino. Su acogida, con varios percances que allí le ocurren. Descripción de los habitantes.

Condenado por la naturaleza y la fortuna a una vida activa e inquieta, a los dos meses de regresar abandoné mi país natal y embarqué en las Lomas el día 20 de junio de 1702 en el *Adventure*, mandado por el capitán John Nicholas, de Cornualles, con destino a Surat. Tuvimos muy favorable viento hasta que llegamos al Cabo de Buena Esperanza, donde bajamos a tierra para hacer aguada; pero al descubrir una vía de agua desembarcamos las mercancías y pasamos allí el invierno, ya que el capitán había contraído unas fiebres intermitentes, y no pudimos abandonar el Cabo hasta finales de marzo. Entonces pusimos vela, y tuvimos buen viaje hasta que pasamos el estrecho de Madagascar; pero al llegar al norte de esta isla, y encontrarnos a cinco grados de latitud Sur aproximadamente, los vientos, que en esos mares se ha observado que soplan constantemente fuertes entre norte y oeste desde primeros de diciembre a primeros de mayo, el 19 de abril empezaron a soplar con mucha más violencia, y más del oeste que lo habitual, y de la misma manera continuó durante veinte días, tiempo en el cual nos abatió un poco al este de las Molucas, unos tres grados al norte de la línea, como nuestro capitán descubrió por una observación que tomó el 2

de mayo, momento en que cesó el viento, y sobrevino una calma total, de lo que me alegré no poco. Pero como él tenía mucha experiencia en esos mares, mandó que nos preparásemos para un temporal, como efectivamente se presentó al día siguiente; porque empezó a soplar un viento del sur llamado monzón meridional.

Comprendiendo que iba a arreciar, metimos la cebadera y nos preparamos para aferrar el trinquete; pero como el tiempo era malo, nos ocupamos de trincar los cañones, y aferramos la mesana. El barco iba muy abierto respecto del viento; así que pensamos que era mejor navegar empopados, que pairear o correrlo a palo seco. Arrizamos y mareamos el trinquete, y cazamos a popa su escota; metimos el timón todo a sotavento. El barco arribó con valentía. Amarramos la cargadera del trinquete; pero la vela se había rifado, así que arriamos a cubierta la verga correspondiente, y quitamos la vela. El temporal era horroroso; la mar rompía extraña y peligrosa. Halamos del acollador de la barra, y ayudamos al que iba al timón. No calamos el mastelero, sino que dejamos toda la arboladura, ya que corríamos muy bien la mar de popa, y sabíamos que con el mastelero arriba el barco iba más equilibrado y abría mejor el agua, dado que teníamos franquía. Cuando disminuyó el temporal, largamos el trinquete y la mayor, y pairamos. A continuación largamos la mesana, el juanete mayor y el de trinquete. Nuestro rumbo era este-noreste, con viento del sudoeste. Amuramos las velas por estribor, amollamos las brazas y amantillos de barlovento; halamos a proa las bolinas de barlovento, las llevamos a la cuadra, y las trincamos; cazamos la amura de mesana a barlovento, y mantuvimos el barco todo lo ceñido al viento de que era capaz.

Durante este temporal, al que siguió un viento fuerte del oeste-sudoeste, fuimos abatidos según mis cálculos unas quinientas leguas al este, de manera que el marinero más veterano a bordo no sabía en qué parte del globo estábamos. Las provisiones duraban bien, el barco resistía firme y la tripulación estaba sana; pero padecíamos la más angustiosa escasez de agua. Consideramos que era mejor mantener el mismo rumbo, antes que meter más al norte, lo que podría llevarnos a las regiones noroeste de la Gran Tartaria y a los mares helados.

El día 16 de junio de 1703, un grumete que iba en la cofa avistó tierra. El 17 llegamos a plena vista de una gran isla o continente (no sabíamos qué), en cuya parte sur había una pequeña punta de tierra que sobresalía en el mar, con una cala demasiado somera para dar abrigo a un barco de más de cien toneladas. Largamos ancla a una lengua de esta cala, y nuestro capitán mandó una docena de hombres bien armados en la lancha, con recipientes para agua, por si encontraban. Le pedí licencia para ir con ellos, a fin de reconocer la comarca, y efectuar los descubrimientos que pudiese. Al llegar a tierra, no encontramos ningún río ni fuente, ni el menor vestigio de habitantes. Así que nuestros hombres se pusieron a vagar por la playa para ver si topaban con agua dulce cerca del mar, en tanto yo me alejaba solo una milla en la otra dirección, donde observé que el campo era árido y rocoso. Empezaba a sentirme cansado; y dado que no había nada que despertase mi curiosidad, emprendí el regreso despacio hacia la cala; y cuando tenía el mar totalmente a la vista, vi que nuestros hombres habían subido al bote y bogaban con todas sus fuerzas hacia el barco. Iba a llamarlos a gritos (aunque habría sido en balde), cuando vi a un ser inmenso que iba tras ellos, metido en el mar, lo de prisa que podía; el agua no le llegaba mucho más arriba de las rodillas, y sus pasos eran prodigiosos; pero nuestros hombres le llevaban media legua de ventaja, y como el mar en ese paraje está plagado de rocas afiladas, el monstruo no pudo dar alcance al bote. Esto me lo contaron después, porque yo no me atreví a quedarme a ver en qué paraba la aventura, sino que eché a correr lo más de prisa que podía en la dirección por la que había vuelto, y luego me subí a un cerro empinado que me proporcionó cierta perspectiva del campo. Lo descubrí enteramente cultivado; pero lo primero que me llamó la atención fue la altura de la hierba, que en el terreno que parecía reservado para heno alcanzaba unos veinte pies de altura.

Topé con un camino real, porque eso es lo que me pareció, aunque a los habitantes les servía sólo de sendero en mitad de un campo de cebada. Avancé por él un rato, aunque veía poca cosa a uno y otro lado, dado que era ya casi época de la siega, y el cereal se alzaba lo menos a cuarenta pies. Tardé una hora en llegar al final de este campo, que estaba cercado por un seto de lo menos ciento veinte pies de alto; y los árboles eran tan

gigantescos que me sentí incapaz de calcular su altura. Había una escala pasadera para cruzar de un campo a otro. Tenía cuatro escalones, y una piedra encima para cruzar cuando llegabas arriba. Me fue imposible subir por esa escala, porque cada escalón tenía seis pies de alto, y la piedra de arriba más de veinte. Estaba intentando encontrar alguna abertura en el seto, cuando descubrí en el campo vecino a un habitante que se dirigía a la escala; era igual de grande que el que había visto en el mar persiguiendo al bote. Tenía la altura de un campanario corriente, y cubría unas diez yardas con cada paso que daba, según pude calcular. Dominado por el miedo y el asombro, corrí a esconderme en el trigo, desde donde lo vi en lo alto de la escala, oteando el campo contiguo, a la derecha, y le oí llamar con una voz muchísimo más fuerte que una bocina; pero se elevó con tal fuerza en el aire que al principio creí que se trataba de un trueno. A lo cual acudieron siete monstruos como él, con hoces en la mano, cada una del tamaño de seis guadañas. Esta gente no iba tan bien vestida como el primero, sino que parecían criados o peones del que los llamaba; porque, por algunas palabras que este dijo, se pusieron a segar el campo donde yo me había tumbado. Me alejé de ellos lo más que pude, aunque tenía que moverme con extrema dificultad, porque los tallos de las plantas no distaban a veces unos de otros ni siquiera un pie, de manera que apenas podía deslizarme entre ellos. Sin embargo, logré seguir adelante, hasta que llegué a una parte del campo donde el viento y la lluvia habían abatido el trigo. Aquí me fue imposible dar un paso; porque los tallos estaban tan enmarañados que no había forma de abrirme paso, y las raspas de las espigas eran tan fuertes y puntiagudas que me atravesaban la ropa y me herían la carne. A todo esto oía a los segadores a no más de cien yardas detrás de mí.





Gulliver se lleva un susto mortal
al ver a los segadores brobdingnagianos

Totalmente desalentado por el esfuerzo, y dominado por la angustia y la desesperación, me tumbé entre dos caballones, y deseé fervientemente acabar allí mis días: compadecí a mi desconsolada viuda y a mis hijos huérfanos, y lamenté mi insensatez y terquedad en intentar un segundo viaje desoyendo el consejo de todos mis amigos y parientes; y en esta terrible tribulación espiritual no pude por menos de pensar en Liliput, cuyos habitantes me habían tenido por el más grande prodigio aparecido en el mundo, donde pude llevarme una flota imperial con una mano, y realizar otras acciones que habrán quedado consignadas para siempre en los anales de ese imperio, aunque la posteridad apenas las creará, pese a estar atestiguadas por millones; pensé en la humillación que sería para mí parecer tan insignificante ante esta nación como lo sería un liliputiense ante nosotros. Pero esta, pensaba, sería sin duda la menor de mis desdichas; porque dado que se ha observado que los seres humanos son tanto más crueles y salvajes cuanto más aumente su tamaño, ¿qué podía esperar yo sino ser un bocado para las fauces del primero de estos bárbaros gigantes que consiguiera atraparme? Sin duda están en lo cierto los filósofos cuando nos dicen que nada es grande ni pequeño sino por comparación. Igual podría la fortuna disponer que los liliputienses descubriesen una nación cuya gente fuera tan diminuta para ellos como ellos lo habían sido para mí. Y quién sabe si incluso esta raza prodigiosa de mortales era igualmente superada en alguna remota región del mundo de la que aún no tenemos noticia.

Asustado y confundido como estaba, no paraba de darle vueltas a estas cosas, cuando un segador se acercó a unas diez yardas del surco donde yo estaba tumbado, lo que me hizo comprender que si daba un paso más me aplastaría con el pie, o me cortaría en dos con la hoz. Así que, cuando vi que iba a avanzar de nuevo, di un alarido que me salió del alma. Esto hizo que el gigantesco ser contuviera el paso, y tras escrutar el suelo a su alrededor unos momentos, acabó por descubrirme tumbado. Me observó un rato, con la cautela del que se dispone a atrapar una bestezuela peligrosa de forma que no le pueda arañar ni morder, como he atrapado yo a veces una comadreja en Inglaterra. Finalmente me cogió por la mitad, con el pulgar y el índice, y me acercó a menos de tres pulgadas de sus ojos, a fin de

examinarme con más detalle. Adiviné su intención, y mi buena estrella me dio tal presencia de ánimo, que decidí no forcejear lo más mínimo mientras me tuviera en el aire, a unos sesenta pies del suelo, aunque me hacía bastante daño la manera en que me apretaba los costados, por temor a escurrirme entre sus dedos. A lo más que me atreví fue a alzar los ojos hacia el sol, juntar las manos en actitud suplicante, y proferir unas palabras en tono humilde y compungido, en consonancia con la situación en que me hallaba. Porque comprendía que en cualquier momento podía arrojarme contra el suelo, como solemos hacer con un bicho asqueroso cuando decidimos acabar con él. Pero mi buena estrella hizo que le agradaran mi voz y mis gestos, y se quedó mirándome con curiosidad, maravillado de oírme articular palabras, aunque no las comprendía. Entretanto, yo no dejaba de gemir y derramar lágrimas, y señalarme los costados con la cabeza, dándole a entender como podía cuán cruelmente me dolía la opresión de sus dedos. Pareció comprender lo que intentaba decirle; porque se levantó la tapa del bolsillo de la casaca, me metió dentro con suavidad, y corrió conmigo a su amo, que era un importante agricultor, y la persona que yo había visto al principio en el campo.

Tras dar el criado cuenta de mí al agricultor (como supongo por su conversación), este cogió una pajita, como del tamaño de un bastón, y me levantó con ella las solapas, al parecer creyendo que era una especie de envoltura que la naturaleza me había dado. Me apartó el pelo hacia los lados con un soplo para verme mejor la cara. Llamó a los mozos junto a él, y les preguntó (como me enteré después) si habían visto en los campos algún ser parecido a mí; después me depositó suavemente en el suelo, a cuatro patas, pero me incorporé inmediatamente y me puse a andar despacio, arriba y abajo, para hacer ver a esta gente que no tenía intención de huir. Entonces se sentaron todos en círculo a mi alrededor, para observar mejor mis movimientos. Me quité el sombrero e hice una inclinación ante el agricultor. Caí de rodillas, alcé las manos y los ojos, y proferí unas palabras lo más alto que pude: saqué una bolsa de oro del bolsillo, y se la ofrecí humildemente. Él la recibió en la palma de su mano, luego se la llevó a los ojos, para ver qué era, y seguidamente la volvió varias veces con la punta de un alfiler (que se sacó de una manga); pero no comprendió de

qué se trataba. Así que le hice seña de que pusiese la mano en el suelo. Entonces cogí la bolsa, y abriéndola, le vertí todo el oro en la palma. Había seis piezas españolas de cuatro doblones cada una, además de veinte o treinta monedas más pequeñas. Ví que se mojaba la punta del dedo con la lengua y cogía una de las piezas grandes, y luego otra, aunque parecía ignorar qué eran. Me hizo seña de que las volviera a meter en la bolsa y me la guardara otra vez en el bolsillo, lo que, tras ofrecérsela varias veces, concluí que era lo mejor.

Con todo esto, el agricultor se había convencido de que yo era un ser racional. Me hablaba a menudo; pero su voz me traspasaba los oídos como un molino de agua, aunque articulaba sobradamente las palabras. Yo le contestaba lo más fuerte que podía en diversas lenguas, y él acercaba a menudo la oreja a unas dos yardas de mí; aunque en vano, porque éramos totalmente incomprensibles el uno para el otro. Entonces mandó al trabajo a sus criados y, sacándose el pañuelo del bolsillo, lo dobló y lo extendió sobre su mano izquierda, que colocó plana en el suelo, con la palma hacia arriba, y me hizo seña de que me subiese allí, lo que hice fácilmente, porque no tenía un pie de grosor. Pensé que debía obedecer; y por temor a caer, me tumbé en el pañuelo; y él me envolvió con el sobrante hasta la cabeza para mayor seguridad, y de esta manera me llevó a su casa. Una vez allí llamó a su esposa y me enseñó a ella; pero ella dio un chillido y echó a correr, como hacen las mujeres en Inglaterra al ver un sapo o una araña. Sin embargo, después de observar durante un rato mi comportamiento, y lo bien que ejecutaba las indicaciones que su marido me hacía, se reconcilió en seguida; y poco a poco se fue mostrando sumamente solícita conmigo.

Eran alrededor de las doce, y un criado sirvió la comida, consistente sólo en un abundante plato de carne (acorde con la condición sencilla de un agricultor), en una fuente de unos veinticuatro pies de diámetro. La familia la formaban el campesino y su esposa, tres hijos y una abuela. Cuando estuvieron sentados, el agricultor me colocó a cierta distancia de él, sobre la mesa que estaba a treinta pies del suelo. Yo me sentía terriblemente asustado, y me coloqué lo más alejado posible del borde, por miedo a caerme. La esposa desmenuzó un trocito de carne, luego desmigó un poco de pan en un trincherero, y lo dejó delante de mí. Yo le hice una profunda

reverencia, saqué mi cuchillo y mi tenedor, y empecé a comer, lo que les produjo un indecible deleite. La señora mandó a su doncella por una copita, de unos dos galones de capacidad, y la llenó de bebida; cogí el recipiente con gran dificultad con las dos manos, y de la manera más respetuosa brindé a la salud de la dama, pronunciando las palabras lo más fuerte que podía en inglés, lo que hizo reír a los reunidos con tanta gana que casi me atronaron. Este licor sabía a una sidra floja, y no resultaba desagradable. Luego el dueño me hizo seña de que me acercase a su trincherero; pero al andar por la mesa, muy cohibido como estaba a todo esto, lo que el lector indulgente puede fácilmente imaginar y excusar, tropecé con una miga y me caí de bruces, aunque no me hice daño. Me levanté en seguida; y al notar muy alarmada a esta buena gente, cogí el sombrero —que llevaba bajo el brazo para observar los buenos modales— y alzándolo por encima de la cabeza, grité tres hurras, a fin de mostrar que ningún daño había sufrido con la caída. Pero al seguir avanzando hacia mi amo (como lo llamaré en adelante), su hijo más joven, que estaba sentado junto a él, un chico travieso de diez años, me cogió por las piernas, y me levantó tan alto en el aire que me eché a temblar; pero su padre me cogió de él, al tiempo que le daba una bofetada tal en el oído izquierdo que habría derribado a una tropa europea del caballo a tierra, y le mandó que se fuera de la mesa. Pero temiendo que el muchacho pudiera cogerme ojeriza, y recordando lo dañinos que son por naturaleza todos los niños entre nosotros con los gorriones, los conejos, los gatitos y los cachorrillos, caí de rodillas; y señalando al niño, hice comprender a mi amo, lo mejor que pude, que quería que perdonase a su hijo. Accedió el padre, y el chico volvió su sitio otra vez; y acto seguido fui y le besé la mano, que mi amo le cogió y le hizo que me acariciara suavemente con ella.

A mitad de la comida, la gata favorita de mi ama saltó a su regazo. Detrás de mí oí un ruido como de una docena de calceteros trabajando; y al volverme, descubrí que procedía del ronroneo de dicho animal, que parecía el triple de grande que un buey, según calculé al verle la cabeza y una de las zarpas mientras su ama la acariciaba y le daba de comer. La fiereza del semblante de este ser me descompuso completamente, aunque me hallaba a más de cincuenta pies, en el otro extremo de la mesa, y aunque mi ama lo

tenía sujeto por temor a que diese un salto y me atrapase con sus garras. Pero no había peligro, porque la gata no hizo el menor caso de mí cuando mi amo me colocó a tres yardas de ella. Y como he oído decir siempre, y he comprobado que es verdad en mis viajes, que huir o manifestar miedo ante un animal feroz es una manera segura de hacer que te persiga o te ataque, decidí, en esta peligrosa coyuntura, no mostrar ninguna preocupación. Me paseé con intrepidez cinco o seis veces ante la mismísima cabeza de la gata, y me acerqué a menos de media yarda de ella; lo que hizo que se retrajera como si tuviese miedo de mí. Menos temor me produjeron los perros, de los que entraron tres o cuatro en la estancia, como es habitual en casa de los campesinos, uno de ellos un mastín del tamaño de un elefante, y otro un galgo, un poco más alto que el mastín, aunque no tan corpulento.

Cuando casi había concluido la comida entró la nodriza con un niño de un año en brazos, que inmediatamente me descubrió, y empezó a chillar de tal manera que habríais podido oírlo del puente de Londres a Chelsea, con la oratoria habitual de los niños pequeños, al tomarme por un juguete. La madre, por pura indulgencia, me cogió y me acercó al niño, que en seguida me agarró por la mitad, y se llevó mi cabeza a la boca, lo que me hizo rugir de tal manera que el pilluelo se asustó y me soltó; y me habría partido el cuello infaliblemente si la madre no llega a extender el delantal debajo de mí. La nodriza, para tranquilizar al bebé, empezó a tocar un sonajero, una especie de recipiente hueco lleno de grandes piedras que el niño llevaba prendido a la cintura; pero todo fue inútil, de manera que se vio obligada a recurrir al último remedio dándole de mamar. Debo confesar que nada me ha producido nunca más repugnancia que la visión de aquel pecho monstruoso, que no sé con qué comparar para dar al curioso lector una idea de su volumen, figura y color. Sobresalía unos seis pies, y no tenía menos de dieciséis de circunferencia. El pezón era como la mitad de mi cabeza, y su color y el de la teta eran tan multivarios con los lunares, granos y pecas que nada podía resultar más repugnante: porque tenía a la matrona muy cerca, cómodamente sentada como estaba para dar de mamar, y yo de pie encima de la mesa. Esta visión me hizo pensar en la piel delicada de nuestras damas inglesas, que nos parece hermosa sólo porque son de nuestro tamaño, y sus defectos no se ven si no es con una lupa, con cuyo

experimento descubrimos que la piel más tersa y blanca tiene un aspecto áspero y tosco y mal color.

Recuerdo, cuando estaba en Liliput, que la tez de aquella gente diminuta me parecía la más blanca del mundo; y hablando de esto con una persona instruida de allí, un íntimo amigo mío, me dijo que mi cara le parecía mucho más blanca y lisa si la veía desde el suelo que si la tenía cerca, cuando yo lo levantaba sobre mi mano y lo colocaba a poca distancia; y me confesó que al principio le parecía una visión estremecedora. Decía que podía distinguir grandes orificios en la piel; que los pelos de mi barba eran diez veces más fuertes que las cerdas de jabalí, y que mi piel mostraba una mezcla de colores de lo más desagradable; aunque, si se me permite hablar en mi defensa, soy de piel tan blanca como la mayoría de mi sexo y mi país, y muy poco tostado por los viajes. Por otro lado, disertando sobre las damas de la corte de aquel emperador, solía decirme que una tenía pecas, otra la boca demasiado grande, y una tercera la nariz demasiado larga; nada de lo cual conseguía distinguir yo. Confieso que esta reflexión era bastante evidente; lo que, sin embargo, no podía abstenerme de hacerla, no vaya a pensar el lector que estos seres inmensos son efectivamente deformes; porque para hacerles justicia debo decir que son una raza de gente bien parecida; y en especial los rasgos del semblante de mi amo, aunque campesino, cuando lo contemplaba desde la altura de sesenta pies, parecían bien proporcionados.

Terminada la comida, mi amo salió a reunirse con sus peones y, como adiviné por su voz y ademán, dio a su esposa orden estricta de que cuidara de mí. Yo estaba cansadísimo y con ganas de dormir, y al notarlo mi ama me depositó en su cama y me cubrió con un pañuelo limpio y blanco, aunque más grande y más basto que la vela mayor de un buque de guerra.

Dormí unas dos horas, y soñé que estaba en casa con mi esposa y mis hijos, cosa que agravó mis penas al despertarme y descubrirme solo en una habitación inmensa de doscientos a trescientos pies de ancho y una altura de más de doscientos pies, y acostado en una cama de unas veinte yardas cuadradas. Mi ama había ido a ocuparse de sus obligaciones domésticas, y me había dejado encerrado con llave. La cama se hallaba a ocho pies del suelo. Ciertas necesidades del cuerpo hacían que me fuera imprescindible

bajar, pero no me atrevía a llamar; y de haberlo hecho habría sido en vano, con una voz como la mía, y con tan grande distancia como había desde la habitación donde me encontraba a la cocina donde se había quedado la familia. Y estando en esta situación, treparon por las cortinas dos ratas, y empezaron a corretear olisqueando aquí y allá por la cama. Una de ellas se me acercó casi a la cara, con lo que me levanté espantado, y saqué el sable para defenderme.

Estos horribles animales se atrevieron a atacarme por los dos lados, y uno de ellos me agarró del cuello de la camisa con sus patas delanteras; pero tuve la suerte de rajarle la tripa antes de que me hiciese ningún daño. Cayó a mis pies; y la otra rata, al ver el destino de su camarada, escapó, aunque no sin una buena herida en el lomo que le hice mientras huía, dejando un rastro de gotas de sangre. Después de esta hazaña me puse a pasear despacio por la cama a fin de recobrar el aliento y el ánimo perdidos. Estos bichos eran del tamaño de un mastín grande, pero infinitamente más ágiles y feroces, de manera que, si me hubiese quitado el cinturón para acostarme, indefectiblemente me habrían destrozado y devorado. Medí la cola de la rata muerta, y comprobé que tenía dos yardas menos una pulgada; pero me revolvió el estómago echar el cuerpo de la cama, donde seguía sangrando; me di cuenta de que aún respiraba, y de un gran tajo en el cuello la despaché definitivamente.

Poco después entró mi ama en la habitación, y al verme todo ensangrentado, corrió a levantarme en su mano. Le señalé la rata muerta, sonriendo, y mediante señas le di a entender que no estaba herido, de lo que se alegró no poco, y ordenó a la doncella que cogiera la rata muerta con unas tenazas y la arrojara por la ventana. Entonces me dejó encima de una mesa, donde le enseñé el sable totalmente ensangrentado; y tras limpiarlo en el faldón de mi casaca, lo devolví a la vaina. Tenía urgencia de hacer más de una cosa que nadie podía hacer por mí, así que me esforcé en que mi ama comprendiese que deseaba que me bajara al suelo; hecho lo cual mi vergüenza no me permitió otra cosa que señalar la puerta, y hacer varias reverencias. La buena mujer comprendió finalmente, con mucha dificultad, qué quería, y cogiéndome otra vez en su mano, se dirigió al huerto, donde me dejó en el suelo. Me aparté unas doscientas yardas, y tras hacerle seña

de que no mirase ni me siguiese, me oculté entre dos hojas de acedera, y allí alivié las necesidades de la naturaleza.

Espero que el amable lector me excuse por demorarme en estos y otros detalles parecidos que, por insignificantes que puedan parecer a espíritus mezquinos y vulgares, sin duda ayudará al filósofo a ensanchar sus ideas y su imaginación, y practicarlas en beneficio de la vida tanto pública como privada, lo que ha sido mi único propósito al ofrecer esta y otras informaciones de mis viajes por el mundo, donde he puesto especial cuidado en la veracidad, sin añadir ornato alguno de erudición o estilo. Pero el panorama entero de este viaje hizo tan fuerte impresión en mi espíritu, y se me quedó tan profundamente grabado en la memoria, que al llevarlo al papel no he omitido un solo detalle esencial; sin embargo, al efectuar un repaso minucioso, he tachado del primer borrador varios pasajes de poca relevancia por temor a que se me tilde de aburrido y de trivial, como son acusados a menudo, quizá no sin razón, muchos viajeros.



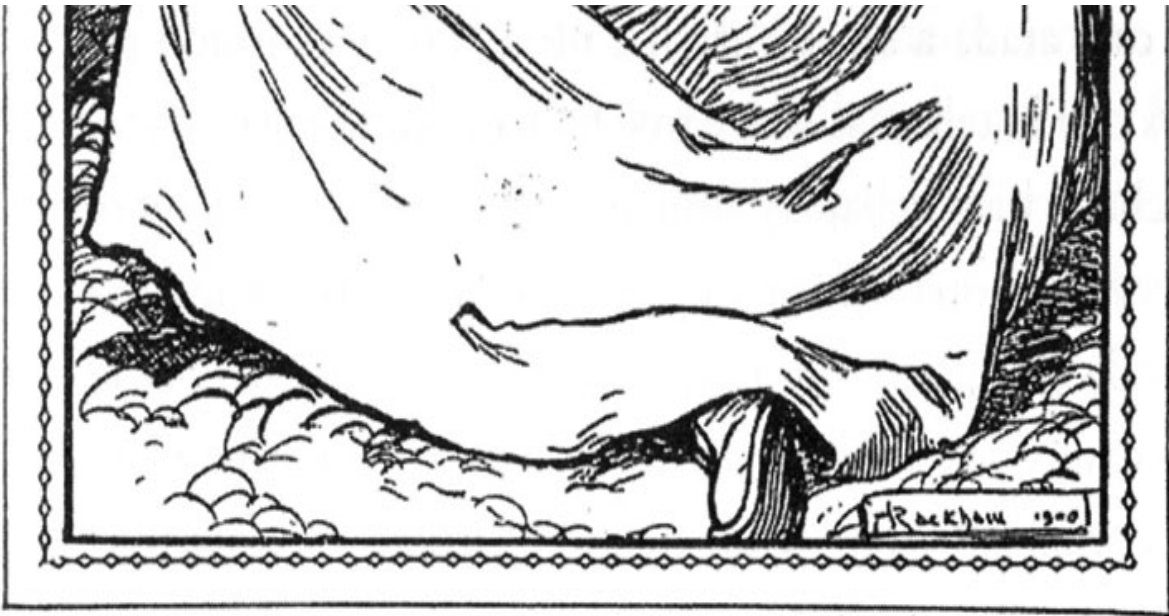
Capítulo II

Descripción de la hija del agricultor. El autor es llevado a un mercado, y después a la metrópoli. Detalles de su viaje.

Mi ama tenía una hija de nueve años, criatura bastante despierta para su edad, hábil con la aguja, y diestra en vestir a su muñeco-bebé. Su madre y ella idearon prepararme la cuna del bebé para la noche. Alojaron la cuna en un cajoncito en un armario, y lo pusieron en un estante colgado por miedo a las ratas. Esa fue mi cama todo el tiempo que estuve con esa gente, aunque poco a poco la fueron haciendo más cómoda, a medida que aprendía yo su lengua y les hacía saber qué necesitaba. La niña era tan mañosa que, después de quitarme yo la ropa delante de ella un par de veces, fue capaz de vestirme y desvestirme; aunque yo nunca quise delegar en ella tal molestia si me dejaba que lo hiciera por mí mismo. Me hizo siete camisas y alguna otra prenda interior con la tela más fina que pudo encontrar, que de todas maneras resultaba más basta que la arpillera, y me las lavaba constantemente con sus propias manos. Era asimismo mi profesora, y me enseñaba la lengua de ellos: cuando yo señalaba una cosa, ella me decía su nombre, de manera que en pocos días fui capaz de pedir lo que se me ocurriera. Era muy buena, y no tenía más de cuarenta pies de estatura, ya que era un poco baja para su edad. Me puso de nombre Grildrig, que la familia utilizó, y después todo el reino. Significa lo que los latinos llaman *nanunculus*, los italianos *homuncelino*, y los ingleses *mannikin*. A ella debo principalmente mi preservación en ese país: nunca nos separamos mientras estuve allí; yo la llamaba mi *glumdalclitch*, o «pequeña niñera»; y

pecaría de desagradecido si no hiciese aquí honrosa mención de sus cuidados y su afecto hacia mí, que fervientemente desearía que estuviese a mi alcance corresponder como se merecen, en vez de ser el inocente pero desgraciado instrumento de su desgracia, como tengo sobradas razones para temer.





Ahora empezó a conocerse y comentarse en la vecindad que mi amo había encontrado un extraño animal en el campo, del tamaño de un *splacknuck*, pero exactamente igual en hechura al ser humano, al que imitaba asimismo en todas sus acciones; parecía hablar una lengua propia, había aprendido varias palabras de la de ellos, caminaba erguido sobre dos patas, era dócil y pacífico, acudía cuando se le llamaba, hacía lo que se le decía, tenía las extremidades más finas del mundo, y la piel más blanca que la hija de tres años de un noble. Otro campesino, que vivía cerca y era muy amigo de mi amo, vino de visita con intención de comprobar la verdad de estos rumores. Me sacaron inmediatamente, y me pusieron encima de la mesa, donde paseé como me ordenaron, saqué el sable, lo enfundé otra vez, hice una reverencia al invitado de mi amo, le pregunté en su propia lengua qué tal estaba, y le di la bienvenida, tal como mi pequeña niñera me había instruido. Este hombre, que era viejo y cegato, se puso sus lentes para verme mejor, a lo cual no pude evitar echarme a reír de buena gana, porque sus ojos parecían la luna llena asomando a una cámara con dos ventanas. Los de nuestra casa, que comprendieron la causa de mi hilaridad, se unieron a mis risas, lo que hizo que el anciano fuera lo bastante necio para enojarse y quedarse confuso. Tenía fama de avaro, y para mi desgracia muy bien se la merecía, por el maldito consejo que dio a mi amo de que me exhibiera como espectáculo el día de mercado en un pueblo vecino, que estaba a media hora a caballo, o sea a unas veintidós millas de nuestra casa. Sospeché que algo malo se tramaba al observar que mi amo y su amigo hablaban largo tiempo en voz baja, señalando a veces hacia mí; y mi recelo me hizo imaginar que oía y comprendía algunas de sus palabras. Pero a la mañana siguiente mi pequeña niñera Glumdalclitch me contó todo el asunto, que astutamente le había sonsacado a su madre. La pobre niña me echó sobre su pecho, y rompió a llorar de vergüenza y de pena. Temía que me viniera alguna desgracia de la gente ordinaria y vulgar, que me despachurasen o me rompieran una pierna o un brazo al cogerme en sus manos. También había observado lo recatado que era respecto a mi persona, mi gran sentido del honor, y qué indigno me parecería que me exhibiesen como espectáculo público ante la gente más despreciable. Dijo que sus papas le habían prometido que Grildrig sería suyo, pero ahora veía que

pensaban hacerle lo mismo que el año anterior; le prometieron un corderito, y cuando estuvo cebado, lo vendieron al carnicero. Por mi parte, puedo asegurar sinceramente que estaba menos preocupado que mi niñera. Tenía la firme esperanza —que no me abandonó nunca— de que un día recobraría la libertad; y en cuanto a la ignominia de que me fuesen enseñando por ahí como un monstruo, me consideraba un completo extranjero en el país, y tal desgracia jamás pesaría sobre mí como un baldón, si alguna vez regresaba a Inglaterra, dado que el propio rey de Gran Bretaña, en mi situación, habría tenido que soportar la misma vejación.

Mi amo, conforme al consejo de su amigo, me llevó en una caja al siguiente día de mercado al pueblo vecino, trayéndose a su hijita, mi niñera, en una silla que aparejó detrás de él. La caja estaba cerrada por todos los lados, con una puertecita para que yo saliese y entrase, y unos agujeros hechos con barrena como ventilación. La niña había tenido el cuidado de meter en ella la colcha de su bebé para que fuese tumbado en ella. Sin embargo, el viaje me dejó terriblemente molido y deshecho, aunque sólo duró media hora. Porque cada paso del caballo era de unos cuarenta pies, y tenía un trote tan alto que su movimiento equivalía al cabeceo de un barco en un temporal, aunque más frecuente. El trayecto fue algo más largo que de Londres a Saint Albans. Mi amo descabalgó en una posada que solía frecuentar; y tras intercambiar unas palabras con el posadero, y hacer los preparativos necesarios, contrató al *grultrud*, o pregonero, para que anunciase por el pueblo la exhibición de un extraño ser, en la posada de «El Águila Verde», más pequeño que un *splacknuck* (animal de ese país de figura muy hermosa, de unos seis pies de largo), semejante en todo al ser humano, y capaz de pronunciar varias palabras y ejecutar un centenar de habilidades divertidas.

Me dejó encima de una mesa del aposento más grande de la posada, que podía tener unos trescientos pies cuadrados. Mi pequeña niñera se subió a un taburete junto a la mesa para cuidar de mí y mandarme lo que tenía que hacer. Mi amo, para evitar aglomeraciones, sólo admitiría treinta personas cada vez para verme. Me paseé por la mesa según me ordenó la niña; me hizo preguntas hasta donde sabía ella que podía comprender su lengua, y contesté lo más fuerte que pude. Me volví varias veces hacia los asistentes,

les presenté mis humildes respetos, les di la bienvenida, y utilicé algunas otras expresiones que me habían enseñado. Levanté un dedal lleno de licor que Glumdalclitch me había dado a modo de vaso, y bebí a la salud de todos. Saqué el sable e hice con él unos cuantos molinetes a la manera de los esgrimistas de Inglaterra. Mi niñera me dio parte de una paja que blandí como una pica, dado que había aprendido dicho arte en mi juventud. Ese día fui mostrado a doce grupos, y obligado a ejecutar las mismas monerías una y otra vez, de manera que acabé muerto de cansancio y de fastidio. Porque los que me habían visto contaron tales prodigios de mí que la gente estuvo a punto de echar abajo la puerta para entrar. Mi amo, por su propio interés, no consintió que nadie me tocara excepto mi niñera; y para evitar toda tentación, los bancos alrededor de la mesa se habían colocado a una distancia que me ponía fuera del alcance de todo el mundo. Sin embargo, un desdichado escolar me disparó una avellana directamente a la cabeza, y no me dio por poco; si me llega a dar con la fuerza que traía, infaliblemente me habría saltado los sesos, porque era casi tan grande como una calabaza. Pero tuve la satisfacción de ver cómo recibía una buena tunda y era expulsado del aposento.

Mi amo hizo público anuncio de que me volvería a exhibir el próximo día de mercado; y entre tanto preparó un vehículo más cómodo para mí. Tenía sobradas razones para hacerlo; porque yo estaba tan cansado del primer viaje y de divertir a los asistentes durante ocho horas seguidas que las piernas apenas podían tenerme de pie, ni era capaz de decir una palabra. Tardé lo menos tres días en recobrar fuerzas; y para que no pudiese tener descanso en casa todos los caballeros de los alrededores, hasta cien millas a la redonda, al saber de mi popularidad, acudieron a casa de mi amo para verme. No había menos de treinta señores, con sus esposas e hijos (porque la comarca es muy populosa), y mi amo exigía que la habitación estuviese llena cada vez que me enseñaba en casa, aunque se tratase de una sola familia; de manera que durante cierto tiempo tuve muy poco descanso entre semana (salvo los miércoles, que es su día festivo); aunque no era llevado al pueblo.

Mi amo, al ver lo rentable que podía serle, decidió llevarme a las ciudades más importantes del reino. Así que, tras proveerse de todo lo

necesario para un largo viaje, arregló los asuntos de casa. Y el 17 de agosto de 1703, a los dos meses más o menos de mi llegada, se despidió de su mujer, y partimos hacia la metrópoli, situada casi en el centro del imperio, a unas tres mil millas de nuestra casa, con su hija Glumdalclitch detrás. Ella me llevaba en su regazo, en una caja atada a su cintura. La niña la había forrado por todos lados con la tela más suave que había podido encontrar, la había acolchado bien debajo, y amueblado con la camita de su bebé. Me proveyó de ropa blanca y otras cosas necesarias y la hizo lo más cómoda que pudo. No llevábamos otra compañía que un mozo de la casa, que cabalgaba detrás de nosotros con el equipaje.

El propósito de mi señor era exhibirme en todos los pueblos por los que pasábamos, apartándonos del camino real entre cincuenta a cien millas para visitar cualquier pueblo o residencia de personas de calidad donde esperase tener clientela. Hicimos cómodos trayectos de no más de ciento cuarenta o ciento cincuenta millas al día; porque Glumdalclitch, a fin de ahorrarme fatigas, se quejaba de que le cansaba el trote del caballo. A menudo me sacaba de la caja, a petición mía, para que me diese el aire y enseñarme el paisaje; aunque siempre sujetándome con un cordel que tenía atado. Cruzamos cinco o seis ríos, bastante más anchos y profundos que el Nilo o el Ganges; y apenas si había algún pequeño arroyo como el Támesis a su paso por el puente de Londres. Invertimos diez semanas en el viaje y fui exhibido en dieciocho grandes ciudades, así como en muchos pueblos y familias particulares.

El día 26 de octubre llegamos a la metrópoli, llamada, en su propia lengua, Lorbrulgrud, u Orgullo del Universo. Mi amo tomó alojamiento en la principal calle de la ciudad, no lejos del palacio real, y puso carteles como era costumbre suya, en los que se contenía una descripción exacta de mi persona y mis habilidades. Alquiló un amplio aposento de trescientos a cuatrocientos pies cuadrados. Lo proveyó de una mesa de sesenta pies de diámetro, encima de la cual debía actuar yo, y le puso un cerco alrededor, a tres pies del borde, y tan alto como yo, para impedir que me cayera. Fui exhibido diez veces al día, para maravilla y satisfacción de toda la gente. Ahora hablaba yo su lengua medianamente bien, y comprendía cada palabra que me decían. Además, había aprendido su alfabeto, y me las arreglaba

para construir alguna frase aquí y allá; porque Glumdalclitch había sido mi maestra mientras estuvimos en casa, y en las horas de descanso durante el viaje. Ella llevaba un librito en el bolsillo no más grande que un Atlas Sanson; era un manual corriente para uso de las niñas que trataba brevemente de su religión. Con él me enseñó las letras, y a interpretar las palabras.

Capítulo III

La corte envía por el autor. La reina lo compra a su amo el agricultor y lo regala al rey. Discute con los grandes sabios de su majestad. Construyen en la corte un aposento para el autor. La reina lo tiene en gran favor. Sale en defensa del honor de su país. Sus peleas con el enano de la reina.

Las frecuentes fatigas que soportaba a diario me afectaron en pocas semanas muy considerablemente a la salud; cuanto más dinero ganaba conmigo mi amo, más insaciable se volvía. Yo había perdido por completo el apetito, y casi me había quedado en los huesos. El agricultor se había dado cuenta; y calculando que no iba a durar mucho, decidió sacar de mí el mayor partido posible. Mientras así meditaba, y decidía en su fuero interno, llegó de palacio un *slardral*, o ujier de corte, y ordenó a mi amo que me llevase inmediatamente a palacio para divertir a la reina y sus damas. Algunas de estas ya me habían visto, y habían contado cosas singulares sobre mi donosura, conducta y buen sentido. La reina y las damas que la acompañaban disfrutaron sobremanera con mis modales: me hincé de rodillas, y rogué que se me concediese el honor de besar su imperial pie; pero esta graciosa princesa me tendió el dedo meñique (después de ponerme encima de la mesa), que yo estreché con los dos brazos, y me llevé la punta, con la mayor deferencia, a los labios. Ella me hizo algunas preguntas generales, sobre mi país y mis viajes, a las que contesté lo más claramente y con el menor número de palabras que pude. Me preguntó si me gustaría vivir en la corte. Hice una inclinación hasta el tablero de la

mesa, y humildemente contesté que era esclavo de mi amo; pero que si dispusiera de mi persona estaría orgulloso de dedicar mi vida al servicio de su majestad. Entonces preguntó a mi amo si quería venderme a buen precio. Él, que se temía que no iba a vivir un mes, se mostró dispuesto a desprenderse de mí, y pidió mil piezas de oro, cantidad que se ordenó pagarle en el acto; y cada pieza era como del tamaño de ochocientos moidores; pero teniendo en cuenta la proporción de las cosas entre ese país y Europa, y el alto precio del oro entre ellos, apenas equivaldría tan grande cantidad a mil guineas en Inglaterra. Entonces dije a la reina que, dado que ahora era el más humilde servidor y vasallo del su majestad, debía pedir el favor de que Glumdalclitch, que siempre había cuidado de mí con la mayor solicitud y cariño, y creía que lo hacía muy bien, fuese admitida a mi servicio, y siguiera siendo mi niñera e instructora. Accedió su majestad a mi petición, y el agricultor dio fácilmente su consentimiento, ya que se alegraba de tener a su hija preferida en la corte. En cuanto a la pobre niña, no podía ocultar su alegría; se retiró mi anterior amo, y se despidió de mí diciendo que me dejaba en un buen servicio; a lo que no repliqué una sola palabra, sino con una leve inclinación de cabeza.





Gulliver besa la mano a la reina
de Brobdingnag

La reina notó mi frialdad; y cuando el agricultor hubo salido de la estancia me preguntó el motivo. Me atreví a contarle a la reina que no tenía nada que agradecer a mi anterior amo, salvo que no le saltara los sesos a una criatura pobre e indefensa que encontró por casualidad en su campo; gesto que le había recompensado ampliamente con los beneficios que le había reportado exhibiéndome por medio reino, y con el precio al que ahora me había vendido. Que la vida que había llevado yo desde entonces había sido lo bastante fatigosa como para matar a un animal con diez veces mi fuerza. Que tenía bastante maltrecha la salud debido al continuo agobio de divertir a la chusma a todas las horas del día, y que si mi amo no se hubiera convencido de que mi vida estaba en peligro, su majestad quizá no me habría comprado tan barato. Pero no tenía ningún temor de que fuera a recibir mal trato bajo la protección de tan grande y buena emperatriz, ornamento de la naturaleza, predilecta del mundo, deleite de sus súbditos y fénix de la creación; de manera que esperaba que los temores de mi anterior amo se revelasen infundados, pues ya notaba que el ánimo me revivía por el influjo de su muy augusta presencia.

Esa fue la suma de mi discurso, pronunciado con bastantes incorrecciones y vacilaciones; la última parte expuesto en el estilo propio de esa gente, de la que aprendí algunas frases de Glumdalclitch mientras me llevaba a la corte.

La reina, concediendo gran indulgencia a mis defectos de expresión, se sorprendió sin embargo ante el juicio y la sensatez en un animal tan diminuto. Me cogió en sus manos, y me llevó al rey, que en ese momento se hallaba en su gabinete. Su majestad, príncipe de mucha gravedad y semblante austero, no bien observó mi forma a la primera ojeada, preguntó a la reina fríamente cuánto tiempo llevaba encaprichada de un *splacknuck*; pues por tal parecía que me había tomado, ya que me hallaba de bruces sobre la mano derecha de su majestad la reina. Pero la princesa, que posee infinito ingenio y sentido del humor, me dejó suavemente de pie encima del escritorio, y me mandó que diera cuenta de mí a su majestad, cosa que hice en muy pocas palabras; y Glumdalclitch, que esperaba en la puerta del gabinete y no soportaba perderme de vista, tras recibir permiso para entrar, confirmó todo lo que había pasado desde mi llegada a la casa de su padre.

El rey, aunque era la persona más sabia de sus dominios, y se había instruido en el estudio de la filosofía, y en especial de las matemáticas, una vez que observó mi constitución, y vio que andaba erguido, antes de que empezara yo a hablar creyó que era una pieza de relojería (que en ese país ha llegado a una grandísima perfección), construida por algún artista ingenioso. Pero cuando oyó mi voz, y encontró sensato y razonable lo que le decía, no pudo ocultar su asombro. No se quedó satisfecho ni mucho menos con la relación que le hice sobre cómo llegué a su reino, sino que creyó que era una historia fraguada entre Glumdalclitch y su padre, que me habrían enseñado una sarta de palabras para venderme más caro. Con esta suposición me hizo varias preguntas más, y asimismo recibió respuestas razonables, que no tenían otro defecto que el imperfecto conocimiento de la lengua, con algunas expresiones rústicas que yo había aprendido en casa del agricultor y no eran propias del estilo refinado de una corte.

Su majestad mandó llamar a tres grandes sabios que entonces se encontraban de servicio semanal (conforme a la costumbre de ese país). Dichos caballeros, después de estudiar con detalle mi persona durante un rato, llegaron a conclusiones diferentes respecto a mí. Estaban de acuerdo en que no podía haber sido originado conforme a las normales leyes de la naturaleza porque carecía de capacidad para defender mi vida, ya fuera mediante la huida, trepando a los árboles, o haciendo un agujero en la tierra. Observaban por mis dientes, que examinaron con gran detenimiento, que era un animal carnívoro; sin embargo, dado que la mayoría de los cuadrúpedos eran demasiado grandes para mí, y los ratones de campo y otros animalillos demasiado ágiles, no imaginaban cómo podía sustentarme, a menos que fuera con caracoles y otros insectos, lo que trataron de probar que era imposible con muchos argumentos. Uno de ellos creía que podía ser un embrión, o un aborto. Pero esta opinión la rechazaron los otros dos, que comentaron que mis miembros eran perfectos y acabados, y que llevaba viviendo varios años, como se evidenciaba por mi barba, cuyos pelos cortados distinguían claramente con una lupa. No admitieron que fuera un enano, porque mi pequeñez estaba más allá de cualquier grado de comparación; porque el enano favorito de la reina, el más pequeño que se había conocido en el reino, tenía una estatura de casi

treinta pies. Tras mucha discusión, llegaron a la conclusión unánime de que era sólo un *replum scaalcatch*, lo que traducido literalmente significa *lusus naturæ*, resolución que era conforme en todo con la moderna filosofía de Europa, cuyos teóricos, desdeñando el viejo subterfugio de las *causas occultas*, con las que los seguidores de Aristóteles trataban en vano de disfrazar su ignorancia, han inventado esta maravillosa solución a todas sus dificultades, para indecible progreso del saber humano.

Tras esta conclusión decisiva, supliqué que se me escuchase una palabra o dos. Me dirigí al rey, y aseguré a su majestad que venía de un país que estaba habitado por varios millones de ambos sexos, todos de mi estatura, donde los animales, los árboles, las casas y todo guardaba proporción, y que por tanto era tan capaz de defenderme, y hallar sustento, como cualquier súbdito de su majestad aquí; lo que entendía que contestaba sobradamente a los argumentos de estos señores. A lo que replicaron ellos con una sonrisa de desprecio, diciendo que el campesino me había enseñado muy bien la lección. El rey, que tenía bastante más juicio, despidió a los sabios y mandó llamar al campesino, que por suerte aún no había abandonado la ciudad: y tras interrogarlo primero en privado, y luego confrontándolo conmigo y con la niña, su majestad empezó a pensar que probablemente lo que le decíamos era verdad. Pidió a la reina que mandase que me cuidaran de manera especial, y fue de la opinión de que Glumdalclitch debía seguir encargándose de atenderme, porque había observado que nos teníamos gran afecto ella y yo. Se dispuso un cómodo aposento para ella en la corte; se le asignó una especie de institutriz para que se ocupase de su educación, una doncella para que la vistiese, y otras dos criadas para tareas domésticas; pero el cuidado de mi persona se le asignó enteramente a ella. La reina ordenó a su ebanista que hiciese una caja que pudiera servirme de alcoba, conforme al modelo que Glumdalclitch y yo acordáramos. Este hombre era un artista de lo más ingenioso, y siguiendo mis instrucciones, en tres semanas terminó para mí una cámara de madera de dieciséis pies cuadrados y doce de altura, con ventanas de guillotina, una puerta, y dos gabinetes, como una alcoba londinense. El tablero que hacía de techo se podía levantar y bajar mediante dos bisagras, para meter una cama preparada por el tapicero de su majestad,

que Glumdalclitch sacaba a orear todos los días, la hacía con sus manos, la metía por las noches, y cerraba el tejado sobre mí. Un artesano primoroso que había ganado fama por sus pequeñas curiosidades, se propuso hacerme dos sillas con respaldo y armazón de una materia no muy distinta del marfil, y dos mesas, además de un armario para guardar mis cosas. El aposento tenía acolchados todos los lados, así como el suelo y el techo, para evitar cualquier accidente por falta de cuidado de quienes me transportaran, y para amortiguar las sacudidas cuando me llevasen en coche. Pedí una cerradura para la puerta, a fin de evitar que entrasen las ratas y los ratones; el herrero, tras varios intentos, hizo la más pequeña que se había visto entre ellos; porque yo conozco una más grande en la puerta de la casa de un caballero en Inglaterra. Me las arreglé para guardarme la llave en el bolsillo, por temor a que Glumdalclitch la perdiera. Asimismo ordenó la reina que me hiciesen ropas con la seda más fina que se encontrase, no mucho más gruesa que una manta inglesa, las cuales me resultaron bastante molestas, hasta que me acostumbré a ellas. Eran según la moda del reino, en parte parecidas a las persas, y en parte a las chinas, y muy sobrias y decorosas.

La reina se aficionó tanto a mi compañía que no era capaz de comer sin mí. Yo tenía una mesa sobre aquella en la que comía su majestad, junto a su codo izquierdo, y una silla para sentarme. Glumdalclitch se ponía de pie sobre un taburete, cerca de mi mesa, para ayudarme y cuidar de mí. Yo tenía un cubierto completo de plata, y platos, y otros objetos que, comparados con los de la reina, no eran mucho más grandes que los que he visto en una juguetería de Londres como accesorios de las casitas de muñecas. Mi pequeña niñera los guardaba en su bolsa, en una cajita de plata, y me los daba en las comidas cuando me hacían falta; y siempre los fregaba ella. Nadie comía con la reina excepto las dos princesas reales, la mayor de dieciséis años, y la más joven, en aquel entonces, de trece y un mes. Su majestad solía ponerme en una de mis fuentes un trocito de carne, del que me servía yo; y su diversión era verme comer en miniatura. Porque la reina (que era desganada) tomaba en cada bocado la cantidad que una docena de campesinos ingleses eran capaces de consumir en una comida, lo que representó para mí, durante un tiempo, un espectáculo repugnante.

Trituraba con los dientes un ala de alondra, huesos y todo, pese a que era nueve veces el tamaño de un pavo cebado; y se metía en la boca un trozo de pan del tamaño de dos hogazas de doce peniques. Bebía, de una copa de oro, más de un tonel en cada sorbo. Los cuchillos eran el doble de largos que una guadaña recta a continuación del astil. Las cucharas, tenedores y demás utensilios tenían la misma proporción. Recuerdo, cuando Glumdalclitch me llevó por curiosidad a ver algunas mesas de la corte, donde se usaban diez o doce de esos enormes cuchillos y tenedores a la vez, que pensé que jamás había contemplado hasta entonces una visión más terrible.

Es costumbre que cada miércoles (que como ya he dicho era su día festivo) el rey y la reina, con la real progenie, comiesen juntos en el aposento de su majestad el rey, de quien me había convertido ahora en favorito; y en esas ocasiones colocaban mi silla y mi mesa a su izquierda, delante de un salero. Este príncipe disfrutaba conversando conmigo, y haciéndome preguntas sobre las costumbres, la religión, las leyes, el gobierno y el saber en Europa, materias sobre las que le daba toda la información de que era capaz. Su discernimiento era tan claro, y su juicio tan exacto, que hacía muy sabias reflexiones y observaciones sobre todo cuanto yo decía. Pero confieso que después de mostrarme un poco demasiado prolijo hablando de mi amado país, de nuestro comercio y de nuestras guerras por tierra y por mar, de nuestros cismas religiosos, y de los partidos políticos, los prejuicios de su educación eran tan fuertes que no pudo por menos de cogerme con su mano derecha, y acariciándome con la otra, me preguntó con una risotada si era *wig* o *tory*. Luego, volviéndose hacia su primer ministro, que estaba de pie detrás de él con una vara blanca casi tan alta como el palo mayor del *Royal Sovereign*, comentó cuán despreciable era la grandeza humana, que podía ser remedada por insectos tan diminutos como yo: «Y no obstante —dijo—, apuesto a que estos seres tienen títulos y distinciones honoríficas, construyen pequeñas madrigueras y refugios que llaman casas y ciudades; se revisten de importancia con la ropa y el aparato; aman, luchan, disputan, engañan y traicionan». Y así siguió hablando, mientras a mí un color se me iba y otro se me venía de indignación, al oír con qué menosprecio era tratado nuestro noble país,

señor de las artes y las armas, azote de Francia, árbitro de Europa, sede de la virtud, la piedad, el honor y la verdad, orgullo y envidia del mundo.

Pero como no estaba en situación de tomar a mal las injurias, tras madurada reflexión, empecé a dudar si se me estaba injuriando o no. Porque, habiéndome acostumbrado desde hacía varios meses a ver y oír conversar a esta gente, y a observar que todos los objetos a los que volvía la mirada eran de una magnitud proporcionada, el horror que al principio me había inspirado su tamaño y aspecto se me disipó a tal extremo que si entonces hubiese tenido delante una compañía de damas y caballeros ingleses con sus galas y atavíos de fiesta, representando sus papeles con la más galante manera de pavonearse, haciendo inclinaciones de cabeza y parloteando, me habrían dado tantas ganas de reírme de ellos como el rey y sus grandes se reían de mí. Y desde luego no podía por menos de reírme de mí mismo, cuando la reina me acercaba en su mano a un espejo, en el que aparecían las dos figuras enteras reflejadas ante mí, y no había nada más ridículo que la comparación; de manera que realmente empecé a imaginar que mi tamaño se había reducido gran número de veces respecto del normal.

Nada me irritaba y mortificaba tanto como el enano de la reina, que siendo la más baja estatura que se había registrado en todo el país (porque creo sinceramente que no llegaba a los treinta pies de alto), se volvía insolente al ver un ser tan por debajo de él, de manera que nunca dejaba de recrecerse y sacar pecho cada vez que pasaba junto a mí en la antecámara de la reina, si estaba yo de pie en alguna mesa hablando con los caballeros y las damas de la corte, y rara vez dejaba de soltar alguna frase hiriente sobre mi diminutez, de la que sólo podía vengarme llamándolo hermano, desafiándolo a luchar, y con réplicas de esas que menudean en boca de los pajes. Un día, en la comida, este bicho rencoroso se picó tanto con algo que le dije que se subió al travesaño de la silla de su majestad, me cogió por la mitad cuando iba a sentarme, sin sospechar que fuera a hacerme nada, me dejó caer en un gran cuenco de plata lleno de leche, y salió corriendo lo más deprisa que pudo. Caí de cabeza, y de no haber sido buen nadador lo habría pasado muy mal; porque en ese momento Glumdalclitch estaba en el otro extremo del aposento, y la reina se llevó tal susto que le faltó

presencia de ánimo para auxiliarme. Pero mi pequeña niñera acudió corriendo en mi ayuda y me sacó, después que había tragado yo más de un cuarto de galón de leche. Me metió en la cama; sin embargo, no sufrí otro daño que la pérdida de un traje, que quedó totalmente inservible. El enano recibió una buena tunda, y como castigo adicional, se le obligó a beberse el tazón de leche al que me había arrojado; y no volvió a recuperar el favor; porque, poco después, la reina lo transfirió a una dama de alcurnia; de manera que no lo volví a ver, para grandísima satisfacción mía; porque no sabía a qué extremidad habría llevado su resentimiento esa sabandija.

Antes me había gastado una jugarreta que había hecho reír a la reina, aunque al mismo tiempo se sintió sinceramente enojada, y lo habría despedido allí mismo, si no llego a interceder yo generosamente. Su majestad se había servido en el plato un hueso de caña y, después de sacarle el tuétano, puso el hueso en la fuente, de pie, como estaba antes; el enano, al ver en ello una ocasión, mientras Glumdalclitch había ido al aparador, se encaramó en el taburete donde se subía ella para atenderme en las comidas, me cogió con las dos manos y, juntándome las piernas, me embutió en el agujero del hueso hasta más arriba de la cintura, y allí estuve encajado unos momentos, en una situación de lo más ridícula; creo que transcurrió un minuto antes de que nadie se diera cuenta de lo que me pasaba; porque consideré una indignidad ponerme a gritar. Pero, como los príncipes casi nunca toman su comida caliente, no se me escaldaron las piernas, y sólo las medias y los calzones sufrieron el desacato. El enano, gracias a mis súplicas, no recibió más castigo que una buena azotaina.

A menudo la reina se burlaba de mi medrosidad; y solía preguntarme si la gente de mi país era tan miedosa como yo. El motivo era el siguiente: el reino en verano se plaga de moscas; y estos odiosos insectos, grandes como una alondra de Dunstable, no me dejaban en paz mientras comía, con su continuo zumbido y bordoneo en mis oídos. Unas veces se posaban sobre mi comida. Otras se me ponían en la nariz o en la frente, donde me picaban de manera irritante, con su olor desagradable, y veía fácilmente esa sustancia viscosa que nuestros naturalistas dicen que permite a tales seres caminar patas arriba por el techo. Encontraba muy difícil defenderme de estos bichos detestables, y no podía reprimir un sobresalto cada vez que se

me acercaban a la cara. Y era práctica habitual del enano coger varios insectos de estos, como hacen nuestros escolares, y soltármelos bajo la nariz, a fin de asustarme y divertir a la reina. Mi remedio era hacerlas trozos con el cuchillo cuando volaban en el aire, en lo que mi destreza era muy admirada.

Recuerdo que una mañana en que Glumdalclitch me había puesto en una ventana, dentro de la caja, como acostumbraba hacer en los días soleados para que me diese el aire (porque no me atrevía a dejarla que la colgase de un clavo, por fuera, como hacemos con las jaulas en Inglaterra), después de levantar la hoja de cristal, me había sentado a la mesa a tomarme un trozo de tarta para desayunar cuando, atraídas por el olor, entraron volando más de veinte avispas con un zumbido más fuerte que los roncones de otras tantas gaitas. Unas se precipitaron sobre la tarta y se la llevaron a trozos; otras se pusieron a revolotear alrededor de mi cabeza, atronándome con su ruido, e inspirándome un terror indecible con sus agujones. Sin embargo, tuve suficiente valor para levantarme, sacar el sable y atacarlas en el aire. Despaché a cuatro, y el resto se fue; y a continuación cerré la ventana. Estos insectos eran gordos como perdices. Les quité el agujón y comprobé que medían pulgada y media de largo; y eran afilados como agujas. Me los guardé cuidadosamente; y después de mostrarlos con otras curiosidades en varios lugares de Europa, a mi regreso a Inglaterra, doné tres al Gresham College, y me quedé con el cuarto.







Gulliver combate con las avispas

Capítulo IV

Descripción del país. Proposición para corregir los mapas modernos. El palacio del rey y breve relación sobre la metrópoli. Manera de viajar del autor. Descripción del principal templo.

Es ahora mi propósito ofrecer al lector una breve descripción de este país, hasta donde lo recorrí, que no fueron más allá de dos mil millas alrededor de Lorbrulgrud, la metrópoli. Porque la reina, a la que acompañaba siempre, jamás rebasaba esa distancia cuando acompañaba al rey en sus viajes, y se quedaba ahí hasta que su majestad regresaba de inspeccionar sus fronteras. La extensión entera de los dominios de este príncipe tiene unas seis mil millas de longitud, y de tres a cinco mil de anchura; de lo que no puedo por menos de concluir que nuestros geógrafos de Europa yerran grandemente al suponer que entre Japón y California sólo hay mar; porque yo siempre he sido de la opinión de que debe de haber un equilibrio de tierra que compense el gran continente de Tartaria; y por tanto deberían corregir sus mapas añadiendo esta vasta porción de tierra a las regiones noroccidentales de América, tarea en la que estoy dispuesto a prestarles ayuda.

El reino es una península limitada al noreste por una cordillera de treinta millas de altura, totalmente infranqueable debido a los volcanes de las cimas. Los más versados no saben qué clase de mortales habitan al otro lado de esas montañas, ni si están estas habitadas. Los otros tres confines

los limita el océano. No hay un solo puerto de mar en todo el reino, y los litorales en los que desaguan los ríos están tan llenos de escollos afilados y el mar se encuentra generalmente tan tumultuoso que nadie se atreve a desafiarlo con la más pequeña embarcación, así que esta gente se halla excluida de cualquier comercio con el resto del mundo. En cambio los grandes ríos están llenos de naves, y abundan en excelente pescado, ya que rara vez pescan en el mar, porque los peces marinos son del mismo tamaño que los de Europa, y por consiguiente no valen el trabajo de pescarlos; por donde es manifiesto que la Naturaleza, tocante a producción de plantas y animales de tan extraordinario tamaño, se limita estrictamente a este continente, cuyas razones dejo que determinen los filósofos. Sin embargo, a veces cogen alguna ballena, cuando por azar se estrellan contra los escollos, y el pueblo las come con gusto. Estas ballenas que he visto son tan grandes que un habitante no podía cargárselas al hombro; y a veces las han llevado en cestos a Lorbrulgrud como curiosidad. Vi una en un plato, en la mesa del rey, que pasaba por un manjar especial; aunque no observé que le gustara excesivamente, sino más bien me dio la impresión de que le desagradaba el tamaño; aunque he visto una más grande en Groenlandia.

El país está bastante poblado, dado que comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien pueblos amurallados, y gran número de aldeas. Para satisfacer a mi curioso lector, bastará con que describa Lorbrulgrud. Esta ciudad la forman dos partes casi iguales a uno y otro lado del río que la atraviesa. Contiene más de ochenta mil casas, y unos seiscientos mil habitantes. Su longitud es de tres *blomgluns* (que equivalen a unas cincuenta y cuatro millas inglesas) y su anchura de dos y media, según la medí yo, por orden del rey, en el mapa real que desplegaron en el suelo para mí, y que tenía cien pies de extensión; medí descalzo los pasos de su diámetro y su circunferencia, y cotejándolos con la escala, hice su medición con bastante exactitud.

El palacio del rey no es un edificio regular, sino un apilamiento de edificios que ocupan unas siete millas en total: los aposentos principales tienen por lo general una altura de doscientos cuarenta pies y una anchura proporcional. Nos asignaron un coche a Glumdalclitch y a mí, en el que su

institutriz la llevaba a menudo a visitar la ciudad o de compras; yo siempre formaba parte del grupo, metido en mi caja, aunque la niña me sacaba cada vez que se lo pedía, y me tenía en la mano, a fin de que pudiera ver con más comodidad las casas y la gente cuando recorriamos las calles. Calculo que nuestro coche era del tamaño de Westminster Hall aunque no tan alto; pero no puedo precisarlo con exactitud. Un día la institutriz ordenó a nuestro cochero que parase en varias tiendas, donde los mendigos, al ver la ocasión de pedir, se agolparon a los lados del coche, y me ofrecieron el más horrible espectáculo que hayan podido contemplar unos ojos europeos. Había una mujer con un cáncer en el pecho, hinchado de manera monstruosa, lleno de agujeros, en dos o tres de los cuales habría podido meterme yo y caber entero. Había un individuo con un lobanillo en el cuello más grande que cinco balas de lana, y otro con dos patas de palo: cada una medía unos veinte pies. Pero la visión más odiosa fueron los piojos que pululaban por sus ropas. Pude distinguir claramente las patas de estos bichos a simple vista, mucho mejor que los de un piojo europeo con el microscopio, así como el hocico con que hozaban como los cerdos. Eran los primeros que veía, y habría tenido la curiosidad suficiente para disecar uno, si hubiese contado con los instrumentos adecuados (que por desgracia había dejado en el barco); aunque la verdad es que su visión era tan repugnante que me revolvió totalmente el estómago.

Además de la caja grande en la que me llevaban normalmente, la reina mandó que me hicieran otra más pequeña, de unos doce pies cuadrados y diez de altura, para comodidad del viaje, porque la otra era algo grande para llevarla Glumdalclitch en el regazo, y molesta en el coche; la hizo el mismo artista, al que dirigí yo en toda su construcción. Este gabinete de viaje era un cubo exacto con una ventana en el centro de tres de los cuadrados, y las tres enrejadas con alambre por fuera, para evitar accidentes en los viajes largos. La cuarta pared, que carecía de ventana, tenía clavadas dos fuertes grapas por las que la persona que me llevara, cuando me apeteciera ir a caballo, podía pasarle una correa y abrochársela alrededor de la cintura. Esta era siempre misión de algún criado serio y formal en el que yo podía confiar, ya acompañase al rey o a la reina en sus viajes, o quisieran pasear por el parque, o efectuar una visita a alguna gran

dama o ministro de la corte, si por causalidad Glumdalclitch no estaba disponible; porque pronto empecé a ser conocido y estimado entre las grandes personalidades; más porque gozaba del favor de sus majestades que por ningún mérito mío, supongo. En los viajes, cuando me cansaba del coche, un criado a caballo se ceñía la caja, la colocaba sobre un cojín delante de él, y allí gozaba yo de una completa perspectiva del campo a los tres lados, desde las tres ventanas. En este gabinete tenía una cama de campo y una hamaca colgada del techo, dos sillas y una mesa bien atornilladas al piso para impedir que fueran de un lado para otro con la agitación del caballo o del coche. Y como estaba acostumbrado desde hacía mucho a los viajes por mar, estos movimientos, aunque a veces eran muy violentos, no me alteraban.

Cada vez que me apetecía visitar la ciudad, lo hacía siempre en mi gabinete de viaje, que Glumdalclitch llevaba sobre el regazo en una especie de silla de manos abierta, a la manera del país, transportada por cuatro hombres y escoltada por otros dos con librea de la reina. La gente, como oía hablar de mí con frecuencia, se apiñaba alrededor de la silla de manos, y la niña era lo bastante complaciente para ordenar a los silleteros que se detuviesen, y cogirme en su mano para que me vieses mejor.

Yo tenía muchas ganas de ver el templo principal, y sobre todo la torre adosada a él, que se decía que era la más alta del reino. Así que un día mi niñera me llevó allí; pero con sinceridad puedo decir que regresé decepcionado; porque no llegaba a los tres mil pies de altura, contando desde el suelo a la punta del pináculo más alto; lo que, teniendo en cuenta la diferencia de tamaño entre esta gente y la nuestra de Europa, no es de admirar tanto, ni iguala (si no recuerdo mal) en proporción a la torre de la catedral de Salisbury. Pero para no quitar mérito a una nación a la que durante toda la vida me consideraré agradecido, he de reconocer que, le falte lo que le falte en altura a esa famosa torre, lo tiene sobradamente compensado en belleza y solidez. Porque los muros tienen cerca de cien pies de grosor, y están hechos con sillares de piedra, cada uno de ellos de unos cuarenta pies cuadrados, y están adornados en todos los lados con estatuas de dioses y emperadores talladas en mármol a tamaño más grande que el natural, y alojadas en sus correspondientes hornacinas. Medí un

dedo meñique de una de estas estatuas a la que se le había caído y encontré inadvertido entre escombros, y vi que medía exactamente cuatro pies y una pulgada de largo. Glumdalclitch lo envolvió con su pañuelo, se lo metió en el bolsillo y se lo llevó para guardárselo junto a otras chucherías, a las que la niña era muy aficionada, como suelen serlo todos los niños de su edad.

La cocina del rey es un edificio realmente noble, abovedado, y de unos seiscientos pies de alto. Al gran horno le faltan diez pasos para ser como la cúpula de san Pablo de ancho; porque a mi regreso fui expresamente a medirla. Pero si tuviera que describir la parrilla del fogón, las prodigiosas ollas y cazuelas, los asados dando vueltas en los espetones, y multitud de otros detalles, quizá no se me creería; un crítico riguroso, al menos, tendería a pensar que exagero, como a menudo se sospecha que hacen los viajeros. Intentando evitar este reproche, me temo que me he ido demasiado al otro extremo, y que si este tratado fuera a traducirse a la lengua de Brobdingnag (que es el nombre general de dicho reino) y llevado allí, el rey y su pueblo tendrían razón en quejarse de que he sido injusto con ellos al dar una descripción falsa y disminuida.

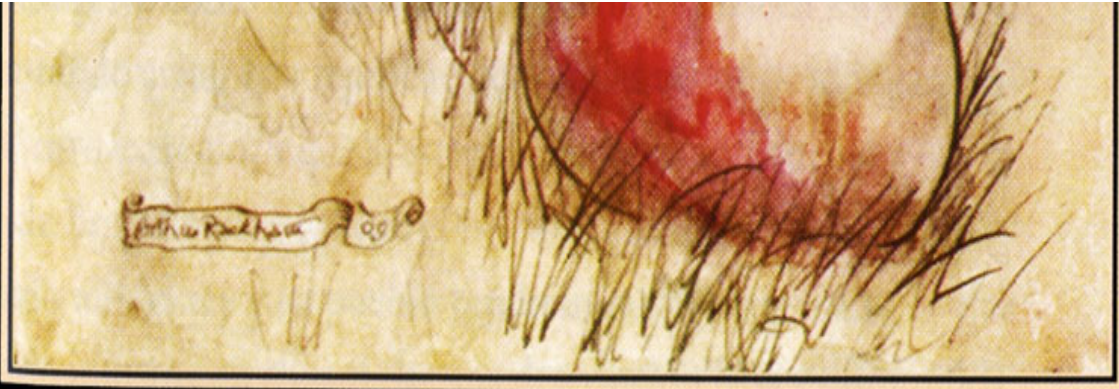
Raramente guarda su majestad en sus cuabras más de seiscientos caballos, que por lo general tienen de cincuenta y cuatro a sesenta pies de altos. Pero cuando sale en los días solemnes, se hace acompañar de una escolta militar de quinientos a caballo, lo que sinceramente me parecía el espectáculo más espléndido jamás contemplado, hasta que vi parte de su ejército en formación, de lo que tendré ocasión de hablar más tarde.

Capítulo V

Varias aventuras que le acontecieron al autor. Ejecución de un reo. El autor muestra su pericia en navegación.

Habría vivido bastante feliz en ese país si mi pequeñez no me hubiera expuesto a diversos accidentes ridículos y molestos, de los que voy a permitirme contar algunos: Glumdalclitch solía llevarme a menudo al parque de la corte en la caja más pequeña, y a veces me sacaba y me tenía en la mano, o me dejaba en el suelo para que paseara. Recuerdo que un buen día el enano, antes de que dejase a la reina, se vino con nosotros a ese parque, y habiéndome depositado mi niñera en el suelo, estábamos él y yo juntos cerca de unos manzanos enanos, cuando se me ocurrió exhibir mi ingenio con una estúpida alusión a él y a los árboles, que casualmente en su lengua tenía igual sentido que en la nuestra. Conque el malvado granuja esperó la ocasión, y cuando andaba yo debajo de uno de ellos lo sacudió justo sobre mi cabeza, con lo que cayeron a tierra una docena de manzanas gordas como barriles de Bristol; una de ellas me dio en la espalda en el momento en que me había agachado, y me tiró de bruces; pero no sufrí ningún otro daño, y el enano fue perdonado por intercesión mía, ya que era yo quien lo había provocado.





Empezaron a lloverme manzanas

Otro día Glumdalclitch me dejó en un cuadro de suave hierba para que me distrajese, mientras ella paseaba un poco con su institutriz. Entretanto cayó de repente una granizada tan violenta que su fuerza me derribó a la primera; y una vez en el suelo el granizo me siguió golpeando cruelmente en todo el cuerpo como si me acosasen con pelotas de tenis; sin embargo, conseguí arrastrarme a gatas, y me protegí tumbándome boca abajo, al amparo de un borde de santolina, pero quedé tan magullado de pies a cabeza que estuve sin salir diez días. Aunque no tiene esto nada de extraño, porque como la Naturaleza en ese país observa la misma proporción en todas sus manifestaciones, una piedra de granizo es casi mil ochocientas veces más grande que las de Europa, lo que puedo asegurar por experiencia, ya que he tenido la curiosidad de pesarlas y medirlas.

Más peligroso fue un percance que me ocurrió en ese mismo parque cuando mi pequeña niñera, convencida de que me dejaba en lugar seguro, como yo le pedía con frecuencia que hiciera para poder disfrutar pensando, y habiendo dejado la caja en casa para ahorrarse la molestia de cargar con ella, se alejó con la institutriz y otras damas amigas suyas. Y estando ausente y más allá del alcance de la voz, un pequeño spaniel blanco de un jardinero jefe que había entrado casualmente en el parque se puso a corretear cerca de donde yo me encontraba tumbado. El perro, siguiendo el olor, vino directamente a mí; y cogiéndome con la boca, corrió en busca de su amo meneando la cola, y me depositó suavemente en el suelo. Por suerte estaba tan bien enseñado que me llevó entre los dientes sin hacerme el menor daño ni estropearme siquiera la ropa. Pero el pobre jardinero, que me conocía y era muy amable conmigo, se asustó mortalmente. Me recogió suavemente con las dos manos, y me preguntó si me encontraba bien. Yo estaba tan afectado y sin aliento que no fui capaz de pronunciar una palabra. Cinco minutos después me había recobrado, y me llevó sin percance a mi pequeña cuidadora, que en ese momento había vuelto al sitio donde me había dejado y estaba angustiada al no verme ni oírme contestar a sus llamadas: reprendió varias veces al jardinero por dejar suelto al perro. Pero el accidente se silenció y no llegó a conocimiento de la corte; porque la niña tenía miedo de que enojara a la reina, y por lo que a mí se refería,

pensé que realmente no iba a beneficiar a mi reputación que se difundiera semejante historia.

Este percance decidió de manera radical a Glumdalclitch a no perderme de vista en lo sucesivo. Yo temía desde hacía tiempo que acabase adoptando esta resolución, y por eso le ocultaba algún que otro pequeño tropiezo que me ocurría en los momentos en que estaba solo. Una vez, un milano que sobrevolaba el jardín se abatió sobre mí; y si no llego a sacar el sable con resolución y corro a meterme bajo un espeso emparrado, seguro que se me habría llevado en sus garras. En otra ocasión, al subirme a una topera reciente, me hundí hasta el cuello en el agujero por el que ese animal había estado sacando tierra, e inventé una mentira que no hace falta repetir aquí para justificar mi ropa manchada. También, me rompí la espinilla de la pierna derecha contra la concha de un caracol con que tropecé cuando caminaba pensando en la pobre Inglaterra.

No sabría decir si me resultaba grato o mortificante observar, en esos paseos solitarios, que los pajarillos no se asustaban en absoluto de mí, sino que saltaban a menos de una yarda, buscando lombrices y demás alimentos con la misma indiferencia y tranquilidad que si no hubiera ser ninguno en la cercanía. Recuerdo que un tordo tuvo incluso el atrevimiento de quitarme de la mano, con el pico, un trozo de tarta que Glumdalclitch acababa de darme para desayunar. Cuando intentaba atrapar alguno de estos pájaros se revolvían osadamente contra mí, tratando de picarme los dedos, por lo que no me atrevía a ponerme a su alcance; y luego daban un salto atrás despreocupadamente, para seguir cazando lombrices y caracoles como antes. Un día, sin embargo, cogí un garrote y se lo lancé con todas mis fuerzas a un pardillo con tal fortuna que lo derribé, lo cogí por el cuello con las dos manos, y corrí triunfal a mi niñera. Sin embargo, el pájaro, que sólo había quedado aturdido, al recobrase, me dio tantos aletazos a un lado y al otro de la cabeza y el cuerpo, aunque lo sujetaba a la distancia de los brazos y estaba fuera del alcance de sus garras, que pensé una veintena de veces en soltarlo. Pero no tardé en ser relevado por uno de nuestros criados, que le retorció el cuello, y me lo sirvieron de comida al día siguiente por orden de la reina. Este pardillo, según puedo recordar, teñía un tamaño algo más grande que un cisne inglés.

Las damas de honor solían invitar a Glumdalclitch a sus aposentos y pedirle que me llevase con ella a fin de disfrutar viéndome y tocándome. A menudo me desnudaban de pies a cabeza y me echaban cuan largo era sobre sus pechos, lo que me daba mucho asco; porque, a decir verdad, el olor que exhalaba su piel era repugnante; y no lo digo para perjudicar a esas excelentes damas —nada más lejos de mi intención—, a las que tributo todos mis respetos; pero creo que mis sentidos corporales eran más agudos en proporción a mi pequeñez, y que sus ilustres personas no eran más desagradables para sus amantes, o recíprocamente, unas para otras, de lo que es la gente de la misma calidad para nosotros en Inglaterra. Y, en resumen, encontraba que su olor natural era bastante más soportable si no le añadían perfumes, con los que me desmayaba inmediatamente. No se me olvida que un íntimo amigo mío de Liliput, un día de calor en que yo había hecho bastante ejercicio, se tomó la libertad de quejarse del fuerte olor que yo desprendía, aunque en eso soy tan poco censurable como la mayoría de mi sexo; pero supongo que su sentido del olfato era tan fino respecto a mí, como el mío respecto al de esta gente. Sobre dicho particular no puedo por menos de hacer justicia a la reina mi señora, y a Glumdalclitch, mi niñera, cuyas personas eran tan fragantes como las de cualquier dama de Inglaterra.

Lo que más me desazonaba de estas damas de honor, cuando me llevaba mi niñera a visitarlas, era que me manipulasen sin ninguna ceremonia como si fuese un ser insignificante. Porque me dejaban en cueros, y se ponían la camisa en mi presencia, mientras me colocaban sobre el tocador, justo delante de sus cuerpos desnudos, visión que para mí, desde luego, estaba muy lejos de ser tentadora, y no me producía otras emociones que las de repugnancia y horror. Su piel parecía áspera e irregular, de gran variedad de color, cuando las veía de cerca, con lunares aquí y allá, grandes como trincheros, y pelos saliendo de ellos más gruesos que un cordel; eso por no hablar del resto de sus personas. Tampoco tenían ningún escrúpulo, estando yo delante, en aliviarse de lo que hubiesen bebido, lo que representaba una cantidad de dos toneles lo menos, en un recipiente capaz de contener más de tres tinas. La más guapa de estas damas, una joven alegre y juguetona de dieciséis años, me ponía a veces a horcajadas sobre

uno de sus pezones, y me hacía otras muchas picardías, que debe excusarme el lector que no detalle. El caso es que me desagradaba todo esto de tal manera que supliqué a Glumdalclitch que ideara alguna excusa para no ver más a esta joven.

Un día vino un joven caballero, sobrino de la institutriz de mi niñera, a pedirles con insistencia que asistiesen a una ejecución. Se trataba de un hombre que había matado a un amigo íntimo del caballero. Convenció a Glumdalclitch de que le acompañase, muy en contra de su inclinación, ya que era de natural compasiva; en cuanto a mí, aunque tengo aversión a esa clase de espectáculos, sin embargo me tentaba la curiosidad por ver algo que consideraba que debía de ser extraordinario. Ataron al malhechor a una silla en lo alto de un cadalso erigido a tal propósito, y le cortaron la cabeza de un tajo con una espada de unos cuarenta pies de largo. De las venas y arterias brotó una cantidad prodigiosa de sangre, y llegó tan arriba que el gran *jet d'eau* de Versalles no lo habría igualado en el tiempo que duró; y la cabeza, al caer del cadalso al suelo, rebotó de tal modo que me sobresaltó, pese a que me hallaba lo menos a media milla inglesa de distancia.

La reina, que solía oírme hablar con frecuencia de mis viajes por mar, y aprovechaba cualquier ocasión para alegrarme cuando me veía triste, me preguntó si sabía manejar la vela y los remos, y si no me vendría bien para la salud un poco de ejercicio de remo. Le contesté que ambas cosas las conocía bien; porque aunque mi profesión había sido de cirujano o médico de barco, sin embargo a menudo, en momentos de apuro, me había visto obligado a trabajar como simple marinero. Pero no veía cómo podía practicar lo uno ni lo otro en su país, donde el más pequeño esquife tenía el tamaño de un buque de guerra de primer orden entre nosotros, y una embarcación que yo pudiera manejar no sobreviviría en ninguno de sus ríos. Su majestad dijo que si diseñaba yo un bote, su carpintero lo haría, y que ella me proporcionaría un sitio donde navegar. El carpintero era un artesano ingenioso; y con mis instrucciones, en diez días terminó un bote de recreo, con todo su aparejo, capaz de acoger cómodamente a ocho europeos. Cuando estuvo terminado, la reina se sintió tan complacida que corrió con él en el regazo hasta el rey, quien mandó que lo pusieran en un barreño lleno de agua, conmigo en él, a manera de prueba, donde no pude

manejar las dos palas, o pequeños remos, por falta de espacio. Pero a la reina se le había ocurrido ya otra idea: mandó al carpintero que hiciera un abrevadero de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de hondo; y una vez bien calafateado para que no perdiera agua, fue colocado en el suelo junto a la pared, en un aposento exterior de palacio. Tenía un grifo cerca del fondo para soltar el agua cuando empezara a estropearse, y dos criados podían llenarlo fácilmente en media hora. Aquí solía remar a menudo para mi propia diversión, y también para la de la reina y sus damas, que se sentían gratamente distraídas con mis habilidades y mi agilidad. A veces ponía la vela, y entonces todo mi trabajo consistía en llevar el timón, mientras las damas creaban para mí un vendaval con sus abanicos; y cuando se cansaban, unos cuantos pajes soplaban sobre la vela para mover la embarcación con su aliento, mientras yo exhibía mi pericia cayendo a estribor o a babor según se me ocurría. Al terminar, Glumdalclitch se llevaba siempre el bote a su aposento y lo colgaba de un clavo a secar.

Practicando este ejercicio tuve una vez un percance que casi me cuesta la vida: después de poner un paje el bote en el abrevadero, la institutriz que acompañaba a Glumdalclitch me cogió oficiosamente para ponerme en el bote, pero me escurrí entre sus dedos; y habría caído indefectiblemente al suelo desde una altura de cuarenta pies si, por la más feliz casualidad del mundo, no me llega a detener un alfiler que la dama llevaba prendido en el peto; la cabeza del alfiler se me enganchó entre la camisa y la pretina de los calzones, y así me quedé colgando en el aire, hasta que Glumdalclitch acudió corriendo en mi auxilio.

En otra ocasión, uno de los criados, encargado de llenar el abrevadero cada tres días con agua dulce, era tan descuidado que dejó (inadvertidamente) que una rana enorme se zambullera en el recipiente. La rana se quedó escondida hasta que me pusieron en el bote; entonces, al ver que este ofrecía buen sitio para descansar, se subió a él, inclinándolo tanto de un costado que me vi obligado a equilibrarlo con todo mi peso para evitar que zozobrara. Cuando la rana estuvo arriba, saltó de repente al centro del bote, y luego sobre mi cabeza, volviéndose adelante y atrás, y pringándome la cara y la ropa con su repugnante baba. La anchura de su

cara hacía que pareciese el animal más deforme que cabe imaginar. Sin embargo, pedí a Glumdalclitch que dejase que me ocupara yo solo de ella. Le estuve pegando bastante rato con un remo, y al final la obligué a abandonar el bote de un salto.





Gulliver se enfrenta con la rana

Pero el peligro más grande que corrí en ese reino provino de un mono que pertenecía a un oficial de la cocina. Glumdalclitch me había encerrado en su aposento mientras iba a hacer un recado o una visita. Como hacía mucho calor, había dejado abierta la ventana del cuarto, así como la ventana y la puerta de la caja grande, que era la que utilizaba yo normalmente por su amplitud y comodidad. Y estaba plácidamente sentado junto a la mesa pensando, cuando oí que alguien saltaba de la ventana al interior del cuarto, y andaba de un lado para otro; y aunque me alarmé mucho, me atreví a asomarme, aunque sin moverme de la silla; y entonces vi al revoltoso animal andando y brincando arriba y abajo, hasta que finalmente llegó a la caja, pareció inspirarle gran placer y curiosidad, y miró por la puerta y por cada ventana. Retrocedí hasta el último rincón de mi habitación, o caja; pero el mono, que miraba desde todos los ángulos, me asustó de tal manera que me faltó presencia de ánimo para esconderme debajo de la cama, como podía haber hecho fácilmente. Tras pasarse un rato fisgando, sonriendo y dando chillidos, me descubrió por fin; y metiendo una zarpa por la puerta, como hacen los gatos cuando juegan con un ratón, aunque yo cambiaba de sitio a menudo para evitarlo, acabó atrapándome por el faldón de la casaca (que como estaba hecha de seda de ese país era muy gruesa y fuerte) y me sacó. Me levantó con su mano anterior derecha, y me sostuvo como hacen las nodrizas con un niño cuando van a darle de mamar, y como he visto yo hacer a esa misma clase de criatura con un gatito en Europa; y cuando quise forcejear, me estrujó de tal modo que juzgué más prudente desistir. Tengo buenas razones para creer que me tomó por una cría de su especie; porque me acarició suavemente la cara muchas veces con su otra zarpa. En esta diversión estaba cuando le interrumpió un ruido en la puerta del aposento, como si alguien la abriese; a lo cual saltó de repente a la ventana por la que había entrado, y de allí a las tuberías y canalones, andando con tres patas y sujetándome con la cuarta, hasta que se subió a un tejado vecino al nuestro. Oí a Glumdalclitch proferir un grito en el instante en que salía conmigo. La pobre niña casi enloqueció; se armó un tumulto en esa parte del palacio: los criados corrieron en busca de escalas de mano; el mono fue visto por centenares de personas sentado en el borde de un edificio, sujetándome como un bebé con

una de sus zarpas, y con la otra dándome de comer por el procedimiento de embutirme en la boca las vituallas que había sacado de la bolsa que tenían a un lado sus zahones, y acariciándome porque no quería comer; a lo que muchos de la multitud de abajo no pudieron por menos de echarse a reír; y no creo en justicia que se les pueda reprochar, porque evidentemente la escena era bastante cómica para todo el mundo excepto para mí. Algunos empezaron a lanzar piedras, con la esperanza de obligar a bajar al mono; pero les prohibieron inmediatamente hacer tal cosa, porque probablemente me iban a saltar los sesos.

Empinaron ahora escalas, y subieron varios hombres; cosa que estuvo observando el mono, y al verse casi rodeado, como no podía moverse suficientemente deprisa con tres patas, me dejó sobre una teja del caballete y huyó. Aquí me quedé sentado un rato, a quinientas yardas del suelo, temiendo a cada momento que el viento me arrojara al vacío, o que el vértigo me hiciera caer rodando desde el caballete al alero; pero un muchacho valeroso, criado de mi niñera, trepó y, metiéndome en un bolsillo de sus calzones, me bajó sano y salvo.

Casi me sentía asfixiado con la porquería que el mono me había metido hasta la garganta; pero mi inestimable niñera me la sacó de la boca con una pequeña aguja, y entonces vomité; lo que me alivió mucho. Sin embargo, estaba tan débil y tenía tan magullados los costados por los estrujamientos a que me había sometido el odioso animal que tuve que guardar cama quince días. El rey, la reina y toda la corte mandaban diariamente a preguntar por mi salud, y la reina me hizo varias visitas durante mi postración. Sacrificaron al mono, y se prohibió tener animales de esos en palacio.

Cuando acudí al rey, tras mi recuperación, para darle las gracias por sus favores, se rio un montón a mi costa con esta aventura. Me preguntó cuáles habían sido mis pensamientos y especulaciones mientras estaba en las garras del mono; si me había gustado la comida de que me había dado y su manera de alimentarme, y si el aire del tejado me había abierto el apetito. Quiso saber qué habría hecho en semejante trance en mi país. Dije a su majestad que en Europa no teníamos monos, salvo los que se traían de otros lugares como curiosidades, y eran tan pequeños que podía enfrentarme con

una docena a la vez si se les ocurría atacarme. Y en cuanto a ese animal monstruoso con el que había tenido que habérmelas (desde luego era del tamaño de un elefante), si mis miedos me hubieran dejado pensar en el sable (adoptando una expresión fiera y apoyando la mano en el puño mientras hablaba) cuando metió la zarpa en mi cámara, puede que le hubiera infligido tal herida que la habría sacado más de prisa de lo que la había metido. Todo esto lo dije con voz firme, como una persona celosa de que no se pusiera en duda su valor. No obstante, mi discurso no consiguió otra cosa que una risotada general de los presentes que el respeto debido a su majestad no logró contener. Esto me hizo pensar cuán vano intento es para un hombre tratar de darse importancia ante quienes no son sus iguales ni con los que se puede comparar. Y sin embargo, desde mi regreso he visto la moraleja de mi conducta muchas veces repetida en Inglaterra, donde un insignificante y despreciable lacayo, sin el más pequeño título de nacimiento, persona, inteligencia o sentido común, se atreve a darse importancia y a ponerse en pie de igualdad con los más grandes personajes del reino.

Yo proporcionaba diariamente a la corte alguna ridícula anécdota; y Glumdalclitch, aunque me quería sobremanera, era lo bastante pilluela para correr a informar a la reina, cada vez que cometía alguna estupidez que ella juzgaba que divertiría a su majestad. Como había estado indispuesta, su institutriz la había sacado a tomar el aire a una hora de distancia, o sea a tres millas de la ciudad. Se apearon del coche cerca de un pequeño sendero del campo; y tras dejar Glumdalclitch en el suelo mi gabinete de viaje, salí a dar un paseo. Había en el sendero un boñigo, y juzgué oportuno probar que me encontraba en forma intentando saltarlo. Cogí carrera, pero por desgracia el salto fue corto, fui a caer justo en medio, y me hundí hasta las rodillas. Salí de él con cierta dificultad, y un lacayo me limpió lo mejor que pudo con su pañuelo; porque estaba pringado de porquería. Mi niñera me encerró en el gabinete hasta que regresamos a casa, donde la reina fue informada en seguida de lo que había ocurrido, y los lacayos lo airearon por la corte, de manera que durante días se estuvieron riendo todos a mi costa.



Capítulo VI

*Varios artificios del autor para agradar al rey y a la reina.
Muestra su habilidad en música. El rey pregunta sobre el
estado de Europa, de lo que el autor le hace relación.
Comentarios del rey sobre el particular.*

Solía asistir una o dos veces por semana a las recepciones del rey al levantarse, y a menudo lo había visto en manos del barbero, lo que, desde luego, al principio me pareció una escena terrible; porque la navaja era casi el doble de larga que una guadaña normal. Su majestad, según la costumbre del país, sólo se afeitaba dos veces a la semana. Un día logré que el barbero me diera un poco de la espuma, de la que saqué cuarenta o cincuenta pelos de los más fuertes. Después cogí un trozo de madera fina, y la tallé como un forzal de peine, le hice varios agujeros equidistantes con una pequeña aguja que le pedí a Glumdalclitch. Enhebré hábilmente los pelos en ellos raspándolos y adelgazándolos con el cuchillo hacia las puntas, con lo que hice un peine bastante pasable; artículo que me fue muy oportuno, ya que el que usaba tenía las púas tan rotas que casi estaba inservible; y no sabía de ningún artesano en ese país tan cuidadoso y preciso que fuera capaz de hacerme otro.

Y esto me trae a la memoria una diversión en la que pasé muchas horas de ocio. Pedí a la dama que peinaba a la reina que me guardase cabellos de su majestad, de los que con el tiempo conseguí reunir bastantes; y tras consultar con mi amigo el ebanista, que había recibido la orden general de

hacerme pequeños trabajos, le di instrucciones para que hiciese dos armazones de silla, no más grandes que la que tenía en la caja, y después hiciese agujeritos con una lezna fina en las partes destinadas al respaldo y al asiento; por estos agujeros pasé los cabellos más fuertes que pude escoger, a la manera de las sillas de rejilla de Inglaterra. Cuando estuvieron terminadas se las regalé a la reina, que las guardó en su vitrina y las utilizó para mostrarlas como curiosidades, dado que eran efectivamente la admiración de todo el que las contemplaba. La reina habría querido que utilizase una de estas sillas para sentarme, pero me negué en redondo a obedecerla, declarando que prefería recibir mil muertes antes que poner la parte vergonzosa de mi persona sobre aquellos preciosos cabellos que una vez habían adornado la cabeza de su majestad. Con cabellos de estos (dado que siempre he tenido cierta aptitud para lo manual) hice también una preciosa bolsita de unos cinco pies de larga, con el nombre de su majestad la reina en letras de oro, que regalé a Glumdalclitch con el consentimiento de la reina. A decir verdad, era más para exhibirla que para usarla, ya que no era lo bastante fuerte para soportar el peso de las monedas más grandes; así que la niña no guardó nada en ella, quitando alguna pequeña chuchería a las que son aficionadas las niñas.

El rey, a quien le encantaba la música, celebraba frecuentes conciertos en la corte; y a veces me llevaban a mí, y me ponían en mi caja sobre una mesa para que los escuchase; pero el sonido era tan fuerte que apenas distinguía la melodía. Estoy seguro de que ni todos los tambores y trompetas de un ejército real batiendo y sonando a un tiempo junto a tus oídos podrían igualarlo. Mi costumbre era pedir que alejasen mi caja lo más posible del sitio donde se sentaban los músicos, cerraba puertas y ventanas, y corría las cortinas; después de lo cual no me era desagradable su música.

De joven había aprendido un poco a tocar la espineta. Glumdalclitch tenía una en su cámara, y un profesor iba dos veces por semana a enseñarle. La llamo espineta porque se parecía un poco a ese instrumento, y se tocaba de la misma manera. Se me metió en la cabeza la idea de entretener al rey y a la reina tocando un aire inglés con ese instrumento.

Pero la cosa parecía bastante difícil porque la espineta tenía una anchura de cerca de sesenta pies, y cada tecla dos pies, de manera que no abarcaba más de cinco teclas con los brazos extendidos, y tocarlas requería por mi parte un enérgico golpe con el puño, lo que representaba demasiado esfuerzo, y en balde. El método que ideé fue el siguiente: me preparé dos palos redondos del tamaño de los garrotes corrientes, más gruesos por un extremo que por el otro, y les forré el extremo grueso con un trozo de piel de ratón, a fin de que al golpear con ellos no dañasen la parte superior de las teclas, ni estorbase el sonido. Colocaron delante de la espineta un banco unos cuatro pies más bajo que las teclas, y me pusieron en él. Yo corría de un lado a otro lo más deprisa que podía, golpeando las teclas que convenía con los dos palos, y así logré tocar una jiga para gran satisfacción de sus majestades; pero fue el ejercicio más violento que he hecho en mi vida; y sin embargo no pude tocar más de dieciséis teclas ni, consiguientemente, notas bajas y altas a la vez, como hacen los músicos; lo que deslució bastante mi ejecución.

El rey, que como he dicho era un príncipe de amplios conocimientos, mandaba a menudo que me llevasen en mi caja, y la dejasen sobre la mesa de su gabinete. Entonces me ordenaba que sacase una silla, y me sentase a tres yardas de él, encima del gabinete, lo que me situaba casi a la altura de su cara. De esta manera tuve varias conversaciones con él. Un día me tomé la libertad de decir a su majestad que el desdén que manifestaba hacia Europa y el resto del mundo no parecía condecir con las excelentes cualidades intelectuales que lo adornaban. Que la razón no se ensanchaba conforme al volumen del cuerpo: al contrario, observábamos en nuestro país que las personas más altas eran por lo general las menos dotadas de ella. Que entre otros animales, las abejas y las hormigas tenían fama de poseer más industria, arte y sagacidad que muchas de las especies más grandes. Y que, aunque insignificante como era yo, esperaba poder vivir para hacer a su majestad algún servicio importante. El rey me escuchó con atención, y empezó a formarse una opinión mucho mejor de mí de la que había tenido hasta ahora. Me pidió que le hiciese una relación exacta, hasta donde pudiese, de cómo era el gobierno de Inglaterra; porque, amantes como son los príncipes de sus propias costumbres (pues así

suponía él que eran otros monarcas por mis discursos anteriores), le agradaría oír algo que mereciera ser imitado.

Imagínate, amable lector, la de veces que deseé tener el verbo de Demóstenes o de Cicerón, a fin de poder cantar las alabanzas de mi querido país natal en un estilo que igualase a sus méritos y a su prosperidad.

Empecé mi discurso informando a su majestad de que nuestros dominios consistían en dos islas, que componían tres poderosos reinos bajo un soberano, además de nuestras colonias en América. Me demoré hablando de la feracidad de nuestro suelo y de la temperatura de nuestro clima. Luego hablé extensamente de la constitución del parlamento inglés formado en parte por un cuerpo ilustre, llamado la Cámara de los Pares, personas de la más noble sangre y poseedoras de los más antiguos y amplios patrimonios. Describí el extraordinario cuidado que siempre se ponía en su educación en las artes y las armas, con objeto de hacerlos aptos para ser consejeros del rey y del reino, tomar parte del cuerpo legislativo, y ser miembros del más alto tribunal de justicia, desde el que no cabía ya apelación; para que fuesen paladines siempre dispuestos a defender con su valor, conducta y fidelidad a su príncipe y su país. Que eran ornamento y baluarte del reino, y dignos descendientes de sus muy renombrados antecesores, cuyo honor había sido la recompensa a su virtud, del que la posteridad jamás supo que degenerase una sola vez. A ellos se sumaban varias personas sagradas como parte de esa asamblea, con el título de obispos, cuya misión especial era ocuparse de la religión y de quienes instruyen en ella al pueblo. Estos eran buscados por el príncipe y sus más sabios consejeros por toda la nación, y escogidos de entre los sacerdotes más merecidamente distinguidos por la santidad de sus vidas y la profundidad de su erudición; y eran, efectivamente, los padres espirituales del clero y del pueblo.

Que la otra parte del parlamento la formaba una asamblea llamada Cámara de los Comunes, que eran todos los caballeros principales libremente escogidos y designados por el pueblo mismo, por sus grandes dotes y amor a su país, para que representasen el buen juicio de la nación

entera. Y estos dos cuerpos formaban la más augusta asamblea de Europa, a la que, junto con el príncipe, está encomendada la entera legislatura.

Después descendí a los tribunales de justicia, sobre los que los jueces, sabios venerables e intérpretes de la ley presidían para determinar los disputados derechos y propiedades de los hombres, así como el castigo del vicio y la protección de la inocencia. Mencioné la prudente administración de nuestro erario, y el valor y las hazañas de nuestras fuerzas por mar y por tierra. Hablé del número de nuestra población, calculando cuántos millones podía haber de cada secta religiosa o partido político entre nosotros. No omití siquiera los deportes y pasatiempos, ni ningún otro pormenor que pensaba que podía redundar en honra de mi país. Y terminé con una breve relación histórica de las empresas y acontecimientos de Inglaterra durante los últimos cien años.

Esta conversación no terminó en menos de cinco audiencias, cada una de varias horas; y el rey lo escuchó todo con gran atención, tomando frecuentes notas mientras yo hablaba, y apuntando las preguntas que pensaba hacerme.

Cuando finalicé estos largos discursos, su majestad, en una sexta audiencia, y tras consultar sus notas, formuló multitud de dudas, interrogantes y objeciones en cada apartado. Preguntó qué métodos se seguían para cultivar la mente y el cuerpo de nuestra joven nobleza, y en qué clase de asuntos ocupaban normalmente la parte primera y educable de sus vidas. Qué medidas se tomaban para proveer esa asamblea cuando una familia noble se extinguía. Qué requisitos necesitaban los que debían ser nombrados nuevos lores: si el humor del príncipe, una cantidad de dinero entregada a una dama de la corte o a un primer ministro, o una pretensión de fortalecer un partido contrario al interés público, habían podido decidir alguna vez tales nombramientos. Qué conocimientos tenían estos lores de las leyes de su país, y cómo los adquirirían, al extremo de permitírseles decidir sobre las propiedades de sus semejantes en su último recurso. Si siempre les eran ajenas la avaricia, la parcialidad y la necesidad, de manera que no podía tener lugar entre ellos el soborno ni otros expedientes siniestros. Si esos sagrados varones de que hablaba yo eran siempre ascendidos a ese rango por su saber en cuestiones religiosas,

y por la santidad de sus vidas, y nunca habían sido condescendientes con los tiempos, mientras fueron simples sacerdotes, ni capellanes serviles y prostituidos de algún noble, cuyas opiniones no siguieron siendo serviles después que fueron admitidos en esa asamblea.

Después quiso saber qué artes se practicaban para elegir a los que yo había llamado Comunes. Si un extraño, con una buena bolsa no podía influir en el votante vulgar para que le eligiese por encima de su propio señor, o del caballero más considerado de la vecindad. Cómo podía ser que la gente se empeñara tan violentamente en introducirse en esa asamblea, lo que yo reconocía que suponía enormes dificultades y gastos, y a menudo la ruina de sus familias, sin ningún salario ni pensión; porque parecía este tan exaltado esfuerzo de virtud y de espíritu público, que su majestad dudaba que fuese en todo sincero; y quiso saber si tan celosos caballeros podían abrigar algún propósito de resarcirse de las cargas y trabajos que asumían, sacrificando el bien público a los designios de un príncipe débil y depravado, en connivencia con un ministerio corrupto. Multiplicó sus preguntas, y me interrogó a fondo sobre cada aspecto de este capítulo, planteando innumerables interrogantes y objeciones que no creo que sea prudente ni conveniente que repita.

Sobre lo que yo había contado en relación con nuestros tribunales de justicia, su majestad quiso que le aclarase varios aspectos; y esto sí fui capaz de hacerlo mejor, ya que casi me había arruinado a causa de un largo litigio en los tribunales, que sentenciaron que yo debía pagar las costas. Preguntó cuánto tiempo se tardaba normalmente en resolver entre lo justo y lo injusto, y qué gastos generaba. Si los abogados y oradores tenían libertad para defender causas que se sabía manifiestamente que eran injustas, vejatorias u opresivas. Si se observaba que tomar partido en religión o en política añadía algún peso a la balanza de la justicia. Si los oradores de la defensa eran personas formadas en el conocimiento general de la equidad, o sólo en los usos provinciales, nacionales y locales. Si ellos o sus jueces intervenían en alguna medida en la redacción de esas leyes que se tomaban la libertad de interpretar y glosar a su antojo. Si, en diferentes momentos, habían pleiteado a favor y en contra de una misma causa, y habían citado precedentes para probar opiniones contrarias. Si era

una corporación rica o pobre. Si recibían alguna recompensa pecuniaria por defender o formular sus opiniones. Y en particular, si eran admitidos como miembros de la Cámara Baja.

Después abordó la administración de nuestro erario, y dijo que creía que la memoria me fallaba, porque calculaba que nuestros impuestos eran de cinco o seis millones al año, y al hablar de las partidas, encontraba que a veces ascendían a más del doble; porque las notas que había tomado eran muy precisas en este punto, dado que esperaba, como me dijo, que el conocimiento de nuestro proceder podía serle útil, y que no podía equivocarse en sus cálculos. Pero si lo que le había dicho era verdad, entonces no sabía cómo un reino podía quedarse sin fondos como si fuese una persona particular. Me preguntó quiénes eran nuestros acreedores, y de dónde salía el dinero para pagarles. Le asombraba oírme hablar de guerras prolongadas y costosas; que sin duda éramos gente belicosa, o vivíamos entre muy malos vecinos, y que nuestros generales debían de ser forzosamente más ricos que nuestros reyes. Preguntó qué intereses teníamos fuera de nuestras islas, aparte del comercio o de los tratados, o de defender la costa con nuestra flota. Sobre todo, le asombraba oírme hablar de un ejército mercenario permanente en plena paz, y en un pueblo libre. Dijo que si éramos gobernados por nuestra propia delegación en las personas de nuestros representantes no imaginaba de quién podíamos tener miedo, o contra quién teníamos que luchar; y quiso saber mi opinión sobre si la casa de un hombre particular no podía ser mejor defendida por él mismo, sus hijos y su familia, que por media docena de bribones recogidos al azar de las calles, por un salario insignificante, que podían centuplicarlo cortándoles el cuello.

Se rio de mi singular clase de aritmética (como le dio por llamarla), al calcular el número de nuestra población por el procedimiento de contar las varias sectas religiosas y políticas entre nosotros. Dijo que no sabía de ninguna razón por la que los que abrigaban opiniones perjudiciales para el público debiera obligárseles a cambiar, o no se les obligaba a ocultarlas. Y del mismo modo que era tiranía que un gobierno exigiese lo primero, era también una debilidad no imponer lo segundo; porque se puede consentir

que un hombre guarde venenos en su armario, pero no venderlos públicamente como cordiales.

Comentó que entre las diversiones de nuestra nobleza y pequeña aristocracia había citado yo los juegos de azar. Quiso saber a qué edad empezaban a practicar normalmente esta diversión, y cuándo la abandonaban; cuánto tiempo se les dedicaba; si alguna vez se apostaba tan alto que afectara a sus fortunas. Si gente ruin y depravada, con habilidad y destreza en ese arte, no podía conseguir grandes fortunas, y a veces tener a nuestros mismos nobles en dependencia, así como habituarlos a compañías ruines, apartarlos del cultivo de la inteligencia, y obligarlos, por las pérdidas sufridas, a aprender y practicar en otros esa infame habilidad.

Se quedó totalmente asombrado ante la relación histórica que le hice de nuestros asuntos durante el siglo último, y afirmó que eran sólo un montón de conspiraciones, rebeliones, homicidios, matanzas, revoluciones, destierros, efectos mucho peores que los que la avaricia, la bandería, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la rabia, la locura, el odio, la envidia, la lujuria, la malicia o la ambición podían producir.

Su majestad, en otra audiencia, se tomó la molestia de resumir cuanto yo le había dicho; comparó las preguntas que había hecho con las respuestas que yo le había dado; luego me cogió en sus manos y, acariciándome suavemente, se expresó con estas palabras que no olvidaré nunca, ni el tono con que las dijo: «Mi pequeño amigo Grildrig, me has hecho el más admirable panegírico de tu país; has probado claramente que la ignorancia, la ociosidad y el vicio son ingredientes idóneos para capacitar a alguien para legislador; que las leyes las explican, interpretan y aplican mejor aquellos cuyo interés y habilidad está en pervertirlas, confundirlas y eludirlas. Observo entre vosotros ciertas líneas de una institución que en su origen pudo ser tolerable; pero unas casi se han borrado, y el resto las han emborronado y ensuciado las corrupciones. No se ve, de todo lo que has dicho, que haga falta perfección alguna para ocupar ningún puesto entre vosotros; mucho menos que los hombres sean ennoblecidos por su virtud, que los sacerdotes sean ascendidos por su piedad o saber, los soldados por su conducta o valor, los jueces por su integridad, los senadores por el amor a su país, o los consejeros por su

prudencia y discreción. En cuanto a ti —prosiguió el rey—, que has pasado la mayor parte de tu vida viajando, me inclino a esperar que hayas escapado hasta aquí de los muchos vicios de tu país. Pero por lo que he entendido de tu propia relación, y de las respuestas que con gran esfuerzo he logrado sacarte y arrancarte, no puedo sino concluir que la mayoría de tus compatriotas son la más perniciosa especie de sabandijas que la Naturaleza ha permitido que se arrastre sobre la faz de la tierra».



Capítulo VII

Amor del autor a su país. Hace al rey una proposición muy ventajosa, que es rechazada. Gran ignorancia del rey en política. El saber en ese país es muy imperfecto y limitado. Sus leyes, asuntos militares y partidos en el estado.

Nada sino un amor extremo a la verdad habría podido impedirme ocultar esta parte de mi historia. Era inútil revelar mis enojos, que siempre se convierten en ridículo, y no tuve más remedio que aguantar con paciencia, mientras mi noble y queridísimo país era injuriosamente tratado. Lo siento de veras, tanto como lo pueda sentir cualquiera de mis lectores, que se produjera semejante situación; pero era tan curioso e inquisitivo este príncipe sobre cada detalle, que no se compadecía con la gratitud y los buenos modales no satisfacerle en lo que pudiera. Sin embargo, una cosa debe permitírseme que diga en mi justificación: eludí ladinamente muchas preguntas, y ofrecí de cada asunto un aspecto muchísimos grados más favorable del que habría permitido la estricta verdad. Porque siempre he practicado con mi país esa loable parcialidad que Dionisio de Halicarnaso con tanta justicia recomienda al historiador: ocultar las fragilidades y deformidades de mi madre política, y poner bajo la luz más favorecedora sus virtudes y bellezas. Este fue mi sincero esfuerzo en los numerosos discursos que celebré con ese poderoso monarca, aunque por desgracia no tuve éxito.

Pero había que tener mucha consideración con un rey que vive completamente aislado del resto del mundo, e ignora por tanto los modales y costumbres que deben prevalecer en otras naciones, cuya ignorancia causa siempre multitud de prejuicios, y cierta estrechez de pensamiento, de lo que nosotros y los países más refinados de Europa estamos totalmente exentos. Y sería verdaderamente duro que tuvieran que ofrecerse las nociones de virtud y de vicio de tan remoto príncipe como modelo para la humanidad.

En confirmación de lo que digo, y para mostrar además los penosos efectos de una educación limitada, incluyo aquí un pasaje que difícilmente se juzgará creíble: con la esperanza de ganarme aún más el favor de su majestad, le hablé de una invención descubierta hacía trescientos o cuatrocientos años, para hacer cierto polvo que, de caer en un montón de este la más pequeña chispa de fuego se inflamaba al instante aunque fuese como una montaña de grande, haciéndolo volar todo por los aires, con un estampido y una sacudida más grandes que el trueno. Que una cantidad determinada de este polvo, comprimida en un tubo hueco de latón o de hierro, según el tamaño, lanzaría una bala de hierro o de plomo con tal violencia y velocidad, que nada podría resistir su fuerza. Que las balas más grandes así disparadas no sólo destruirían de una vez filas enteras de un ejército, sino que demolería las murallas más fuertes, mandarían al fondo del mar barcos con mil hombres cada uno; y en caso de que estuviesen amarrados por una cadena, les cortarían la jarcia y los palos, partirían cientos de cuerpos por la mitad, y lo devastaría todo a su paso. Que muchas veces llenábamos con este polvo grandes bolas huecas de hierro, y las lanzábamos mediante un ingenio al interior de la ciudad que estuviéramos asediando, y estas destrozaban el pavimento, hacían añicos las casas, reventaban y lanzaban metralla en todas direcciones, saltándole los sesos a todo el que cogiese cerca. Que yo conocía los ingredientes, y eran baratos y corrientes; sabía la manera de mezclarlos, y podía enseñar a sus obreros a fundir esos tubos de un tamaño proporcionado a todas las demás cosas del reino de su majestad, y el más grande no haría falta que superase los cien pies de longitud, ya que veinte o treinta tubos de estos, cargados con la cantidad adecuada de polvo y balas, podían derribar en pocas horas las

murallas de la plaza más fuerte de sus dominios, o destruir la metrópoli entera si alguna vez osaba resistirse a sus órdenes absolutas. Esto le ofrecí humildemente a su majestad, como un pequeño tributo de agradecimiento por las muchas muestras que había recibido de su real favor y protección.

El rey estaba horrorizado ante la descripción que le había hecho de esos terribles ingenios, y de lo que le proponía. Le asombraba cómo un insecto impotente y rastrero como yo (esos fueron sus calificativos) podía abrigar ideas tan inhumanas, y con tanta familiaridad, al extremo de mostrarse completamente impasible ante las escenas de sangre y desolación que le había pintado como efectos normales de esas máquinas destructoras, de las que, dijo, su primer autor debió de ser algún genio malvado, enemigo de la humanidad. En cuanto a él, declaró que, aunque pocas cosas le deleitaban tanto como los nuevos descubrimientos en el arte y en la Naturaleza, antes querría perder la mitad de su reino que ser informado de semejante secreto; y me ordenaba que si tenía en alguna estima mi vida no volviera a mencionárselo nunca más.

¡Extraño efecto de la estrechez de principios y cortedad de miras, que un príncipe adornado de todas las cualidades que procuran la veneración, el amor y la estima, de sólidas virtudes, gran sabiduría y conocimientos profundos, dotado de un talento admirable para el gobierno, y casi adorado por sus súbditos, por unos escrúpulos melindrosos e inútiles, de los que en Europa no tenemos la menor conciencia, dejase escapar la oportunidad que le ponía en las manos de hacerle dueño absoluto de la vida, libertad y fortuna de su pueblo! No digo esto con intención de rebajar las numerosas virtudes de este excelente rey, cuyo carácter, me doy cuenta, quedarán por tal motivo menoscabado ante la opinión de un lector inglés. Pero supongo que este defecto suyo proviene de la ignorancia: por no haber reducido la política a una ciencia, como han hecho los cerebros más perspicaces de Europa. Porque recuerdo muy bien, en una conversación con él, un día, al ocurrírseme decir que entre nosotros se habían escrito miles de libros sobre el arte de gobernar, que le mereció —exactamente lo contrario de lo que era mi intención— muy mala opinión de nuestro discernimiento. Afirmó que abominaba y despreciaba todo misterio, sutileza e intriga, tanto en un príncipe como en un ministro. No sabía qué entendía yo por

secretos de estado, si no era con relación a un enemigo o a una nación rival. Reducía el saber gobernar a unos límites muy estrechos: al sentido común y la razón, a la justicia y la indulgencia, a la rápida resolución de las causas civiles y penales, así como a otras parcelas obvias que no vale la pena enumerar; y expresó su opinión de que quien podía sacar dos espigas de trigo o dos hojas de hierba de un trozo de suelo que hasta el momento había dado sólo una, merecía más del género humano, y hacía más esencial servicio a su país, que toda la raza de políticos juntos.

El saber de este pueblo dista mucho de ser completo, ya que consiste sólo en moral, historia, poesía y matemáticas, en las que hay que reconocer que sobresalen. Pero la última de estas materias la aplican enteramente a lo que puede ser útil para la vida: el mejoramiento de la agricultura y de todas las artes mecánicas; de manera que entre nosotros sería poco estimada. Y en cuanto a ideas, entes, abstracciones y trascendentales, no logré metérselas en la cabeza.

Ninguna ley de ese país puede exceder en palabras al número de letras de su alfabeto, que consta sólo de veintidós. Pero en realidad son pocas las que alcanzan esa extensión. Están redactadas en los términos más claros y simples, a los que esa gente no es lo bastante despierta para darles más de una interpretación. Y escribir cualquier comentario sobre una ley es delito capital. En cuanto a los fallos en las causas civiles o en los procesos penales, sus precedentes son tan escasos que tienen poco motivo para presumir de ninguna habilidad en ellos.

Cuentan con el arte de imprimir, igual que los chinos, desde tiempo inmemorial; pero sus bibliotecas no son muy grandes; porque la del rey, que está considerada la más grande, no contiene más de un millar de volúmenes, ordenados en una galería de doscientos pies de larga, de la que yo tenía libertad para sacar los libros que quisiera. El ebanista de la reina había construido en un aposento de Glumdalclitch una especie de máquina de madera, de una altura de veinticinco pies, en forma de una escala plegable, con travesaños que tenían cincuenta pies de longitud. Era de hecho una escala de tijera, cuyo lado más bajo se ponía a diez pies de la pared de la cámara. El libro que quería leer lo apoyaba de pie contra la pared; subía al travesaño superior de la escala, de cara al libro, y

empezaba por la cabecera de la página, andando a derecha e izquierda, unos ocho o diez pasos, según la longitud de las líneas, hasta que llegaba un poco por debajo del nivel de mis ojos; entonces bajaba, y seguía de este modo, hasta que llegaba abajo; después de lo cual volvía a subir y empezaba la página siguiente de la misma manera y daba la vuelta a la hoja, lo que podía hacer fácilmente con las dos manos, porque eran gruesas y tiesas como el cartón, y en los infolios más grandes no tenían más de dieciocho o veinte pies de altas.

El estilo de los textos es claro, masculino y suelto, aunque no florido; porque nada evitan tanto como multiplicar palabras innecesarias, o utilizar maneras diferentes de expresar. Yo he leído muchos libros suyos, sobre todo de historia y de moral. De estos últimos, me divertía mucho un viejo tratado que siempre había en la alcoba de Glumdalclitch y pertenecía a su institutriz, dama seria, entrada en años, que siempre estaba leyendo obras de moral y de devoción. Dicho libro trataba de la debilidad del género humano, y era poco estimado, salvo entre las mujeres y el vulgo. Sin embargo, tuve curiosidad por ver qué podía decir un autor de ese país sobre dicho asunto. Este abordaba todas las cuestiones habituales en los moralistas europeos, y mostraba qué animal más pequeño, despreciable y desvalido es el hombre en su naturaleza; cuán incapaz es de defenderse de los rigores del tiempo y de la ferocidad de las bestias salvajes; cuánto lo aventajaba en fuerza una criatura, en velocidad otra, en previsión una tercera y en industria una cuarta. Añadía cómo la naturaleza había degenerado en estas últimas etapas de decadencia del mundo, y cómo ahora sólo engendraba pequeños abortos si se comparaba con los tiempos antiguos. Decía que era razonable pensar no sólo que la especie de los hombres fue originalmente mucho más grande, sino que debió de ser gigantesca en los primeros tiempos; que, según lo mantienen la historia y la tradición, así mismo lo confirman los enormes huesos y cráneos casualmente exhumados en varios lugares del reino, los cuales exceden con mucho a la común raza menguante del hombre de nuestros días. Sostenía que las mismas leyes de la Naturaleza exigían absolutamente, al principio, que estuviéramos hechos de una constitución más grande y robusta, no tan expuesta a sucumbir por un pequeño accidente como la

caída de una teja de una casa, la pedrada de un crío, o ahogarse en un riachuelo. De este modo de razonamiento, el autor extraía varias aplicaciones morales útiles para la conducta en la vida que no hace falta repetir aquí. Por mi parte, no pude por menos de pensar cuán universalmente estaba extendida esta capacidad de extraer lecciones morales, o mejor, materia de descontento y aflicción, de las luchas que mantenemos con la Naturaleza. Y creo que si indagáramos con rigor estas luchas, tal vez se revelarían tan faltas de fundamento entre nosotros como entre esa gente.

En cuanto a la cuestión militar, presumen de que el ejército del rey está formado por ciento setenta y seis mil soldados de a pie, y treinta y dos mil de a caballo; si es que puede llamarse ejército al formado por comerciantes de las distintas ciudades y hombres del campo, y cuyos jefes son sólo la nobleza y la pequeña aristocracia, sin paga ni recompensa. Es verdad que cumplen bastante bien en sus ejercicios, y con muy buena disciplina; pero no veo gran mérito en ello; y ¿cómo podría ser de otra manera, cuando cada campesino está bajo el mando del señor de sus tierras, y cada ciudadano bajo el de los hombres principales de su ciudad, elegidos por votación a la manera de Venecia?

He visto a menudo sacar a la milicia de Lorbrulgrud para hacer ejercicios a un gran campo próximo a la ciudad, de veinte millas cuadradas. En total no podían ser más de veinticinco mil de a pie y seis mil de a caballo; pero me era imposible calcular su número, dado el espacio que ocupaban. Un jinete, montado sobre un gran corcel, podía tener una altura de unos noventa pies. He visto toda una formación de caballería sacar sus sables a una orden, y blandirlos en el aire. ¡No puede la imaginación concebir nada más grandioso, más impresionante, ni más digno de asombro! Parecía como si diez mil relámpagos cayesen a un tiempo fulgurantes desde todos los rincones del cielo.

Yo tenía curiosidad por saber cómo el príncipe, a cuyos dominios no hay acceso desde ninguna otra región, llegó a pensar en ejércitos, o a enseñar a su pueblo la práctica de la disciplina militar. Pero no tardé en enterarme por conversaciones y lecturas de su historia que, en el transcurso de muchos siglos, han sufrido la misma enfermedad a la que el

género humano está sujeto: las frecuentes contiendas de la nobleza por el poder, del pueblo por la libertad, y del rey por el dominio absoluto. Todo ello atemperado felizmente por las leyes de ese reino, que sin embargo han violado a veces los tres estamentos, y han ocasionado más de una guerra civil, a la última de las cuales puso felizmente fin el abuelo de este príncipe mediante un acuerdo general. Y la milicia, establecida entonces por común acuerdo, se ha mantenido hasta ahora dentro del más estricto deber.



Capítulo VIII

El rey y la reina hacen un viaje a las fronteras. Los acompaña el autor. Manera en que este abandona el país, muy particularizadamente relatada. Regresa a Inglaterra.

Yo siempre había tenido un fuerte presentimiento de que algún día recuperaría la libertad, aunque era imposible conjeturar por qué medio, ni trazar ningún plan con una mínima perspectiva de poder llevarlo a término. El barco en el que había llegado era, que se supiese, el primero avistado desde esa costa; y el rey había dado órdenes estrictas de que, si aparecía otro, fuese llevado a tierra y transportado en carreta, con tripulación y pasajeros, a Lorbrulgrud. Estaba firmemente decidido a conseguirme una mujer de mi tamaño con la que pudiese perpetuar la especie; pero creo que antes me habría dejado morir que consentir el baldón de dejar una progenie que tendrían encerrada en jaulas como canarios, y quizá, con el tiempo, venderían por el reino como curiosidades a personas de calidad. Desde luego, se me trataba con gran consideración: era favorito de un gran rey y reina, y deleite de la corte; pero por esta misma razón se conjugaba mal con la dignidad de la especie humana. No podía olvidar a los seres queridos que había dejado atrás. Necesitaba estar entre personas con las que poder conversar en pie de igualdad, y pasear por las calles y el campo sin miedo a que me pisasen o me despachurasen como una rana un cachorrillo. Pero la liberación me llegó antes de lo que

esperaba, y de una manera muy singular: cuya historia y circunstancias voy a relatar puntualmente:

Hacía dos años que estaba en este país; y a principios del tercero, Glumdalclitch y yo acompañamos a los reyes en un viaje a la costa sur del reino. Como de costumbre, me llevaron en mi caja de viaje, que, como he descrito ya, era como un gabinete de viaje de doce pies cuadrados. Yo había pedido que me sujetasen la hamaca, con cordones de seda, de los cuatro ángulos superiores, a fin de amortiguar las sacudidas cuando me llevase delante un criado a caballo, como a veces quería, y a menudo dormía en la hamaca mientras hacíamos camino. En el techo del gabinete, coincidiendo con el centro de la hamaca, mandé al ebanista que hiciese una abertura cuadrada para que entrase el aire en los días de calor, con una tapa que corriese adelante y atrás por una ranura.

Cuando llegamos al final de ese viaje, el rey juzgó conveniente pasar unos días en un palacio que posee cerca de Flanflasnic, ciudad a dieciocho millas inglesas de la costa. Glumdalclitch y yo estábamos muy cansados. Yo había cogido un resfriado; pero la pobre niña se sentía tan mal que se quedó en su aposento. Yo tenía muchas ganas de ver el océano, único escenario capaz de brindarme la posibilidad de escapar, si se me presentaba alguna vez. Fingí estar peor de lo que realmente me encontraba, y pedí licencia para respirar el aire fresco del mar, con un paje al que tenía mucho afecto, y al que a veces me habían confiado. Nunca olvidaré de qué mala gana accedió Glumdalclitch, ni la estricta recomendación que hizo al paje de que cuidase de mí, a la vez que prorrumpía en un mar de lágrimas como si presintiese lo que iba a ocurrir. El muchacho me llevó en la caja a dar un paseo de media hora del palacio a las rocas de la costa. Le pedí que la dejase en el suelo, y tras levantar la hoja de una ventana, lancé muchas miradas de nostalgia hacia el mar. No me sentía muy bien, y le dije al paje que iba a descabezar un sueño en la hamaca, lo que esperaba que me sentase bien. Me acosté, y el muchacho bajó el cristal de la ventana para resguardarme del frío. Me quedé dormido en seguida, y lo único que puedo suponer es que mientras dormía, creyendo él que nada malo podía ocurrirme, se fue a las rocas a buscar huevos de pájaros, ya que le había visto antes desde la ventana cómo

andaba buscando, y sacar uno o dos de las oquedades. Sea como fuese, el caso es que de repente me despertó un violento tirón de la anilla que la caja tenía en lo alto para comodidad del transporte. Sentí que elevaban la caja muy arriba en el aire y que a continuación la llevaban a grandísima velocidad. La primera sacudida estuvo a punto de arrojarme de la hamaca, pero después el movimiento se hizo bastante suave. Llamé varias veces con todas mis fuerzas, pero sin resultado. Miré por las ventanas, y no vi otra cosa que nubes y cielo. Oía un ruido sobre mi cabeza como de golpeteo de alas, y entonces empecé a comprender en qué trance me hallaba: que alguna águila había agarrado la anilla de la caja con el pico, con intención de dejarla caer contra las rocas como haría con una tortuga con su caparazón, para luego extraer mi cuerpo y devorarlo. Porque la sagacidad y el olfato de esta ave le permitía descubrir a su presa a gran distancia, por muy escondido que yo pudiera estar dentro de unas tablas de dos pulgadas.

Poco rato después noté que el ruido y batir de alas se aceleraban, y la caja se agitaba de un lado a otro como un poste de señales en día ventoso. Oí varios golpes o embestidas, según pensé, dirigidos contra el águila (porque estoy seguro de que era un águila la que había agarrado con el pico la anilla de la caja); y entonces, de repente, sentí que caía a plomo durante un minuto, a tan increíble velocidad que casi se me cortó la respiración. La caída paró en un terrible chapotón, que sonó a mis oídos más fuerte que las cataratas del Niágara; después de lo cual me sumí en la oscuridad durante otro minuto, y seguidamente la caja empezó a ascender tan arriba que pude ver luz por la parte superior de las ventanas. Ahora comprendí que había caído en el mar. La caja, por el peso de mi cuerpo, las cosas que contenía, y las anchas chapas de hierro que reforzaban las cuatro esquinas de arriba y abajo, se hundió hasta unos cinco pies. Supuse entonces, y supongo ahora, que el águila que huía con la caja había sido acosada por otras dos o tres, y se había visto obligada a soltarme para defenderse de las otras, que pretendían participar de la presa. Las chapas de hierro clavadas en la parte de abajo de la caja —que eran las más fuertes— mantuvieron el equilibrio en la caída e impidieron que se rompiera con el impacto. Cada junta estaba bien ensamblada; y la puerta

no giraba sobre bisagras sino que se deslizaba hacia arriba como una ventana de guillotina, lo que hacía el gabinete tan estanco que entró poquísima agua. Abandoné la hamaca con mucha dificultad, tras atreverme a descorrer la tapa de la abertura del techo, así ideada, como he dicho, para dejar entrar el aire, por cuya falta me sentía casi asfixiado.

¡Cuántas veces deseé entonces encontrarme junto a mi querida Glumdalclitch, de la que una simple hora me había alejado tantísimo! Y puedo decir con toda sinceridad que en medio de mis desventuras no podía por menos de pensar en mi pobre niñera, la pena que sentiría por haberme perdido, el disgusto de la reina, y la ruina de su porvenir. Quizá muchos viajeros no se han visto en tan grandes dificultades y peligros como yo en esta comprometida situación, esperando ver a cada momento cómo se hacía añicos la caja, o la volcaba una ráfaga violenta, o una ola al romper. Sólo una raja en el cristal de una ventana habría supuesto mi muerte instantánea; nada habría preservado las ventanas tampoco de los accidentes del viaje, si no llega a ser por el fuerte enrejado de alambre. Vi cómo el agua rezumaba en varias juntas, aunque estas vías no eran de importancia, y procuré taponarlas como pude. No conseguí levantar el tejado del gabinete, lo que desde luego habría hecho, y me habría sentado encima, lo que al menos me habría evitado ir encerrado en la bodega, como puedo llamarla. Ahora bien, aunque escapase de estos peligros un día o dos, ¿qué podía esperar sino una muerte desdichada por frío y hambre? En esta situación estuve cuatro horas, esperando y deseando de veras que cada momento fuera el último para mí.

Ya he contado al lector que había dos fuertes grapas hechas firmes en la pared de la caja que carecía de ventana, por las que pasaba una correa el criado que solía llevarme a caballo, y se abrochaba a la cintura. Y estando en esta desconsolada situación, oí, o al menos creí oír, una especie de restregar en el lado de la caja donde estaban las grapas, y poco después me dio la sensación de que arrastraban o remolcaban la caja; porque de vez en cuando notaba una especie de tirón, que hacía que las olas se levantasen casi hasta más arriba de las ventanas, dejándome casi a oscuras. Esto me dio una débil esperanza de salvación; aunque no podía imaginar quién lo hacía. Decidí desatornillar una de las sillas, que iban siempre

fijadas al suelo; y tras conseguir trabajosamente atornillarla otra vez directamente bajo el tablero deslizante que había abierto previamente, me subí a la silla, acerqué la boca lo más que pude a la abertura, y grité pidiendo ayuda en todas las lenguas que conocía. Después até el pañuelo a un bastón que llevaba normalmente y, sacándolo por el agujero, lo agité varias veces en el aire, a fin de que, si había cerca algún bote o barco, comprendiesen los marineros que en la caja iba encerrado un desventurado mortal.

No vi que tuviera efecto nada de cuanto pude hacer, sino que notaba que el gabinete se desplazaba claramente; y al cabo de una hora o más, el lado de la caja donde estaban las grapas, y no tenía ventana chocó contra algo duro. Supuse que era una roca, y sentí una sacudida más violenta que nunca. Oí claros ruidos sobre la tapa del gabinete, como de un cable, y que rozaba en ella al pasar por la anilla. A continuación noté que me izaban poco a poco, lo menos tres pies. Así que volví a sacar el bastón con el pañuelo, y empecé a pedir auxilio hasta enronquecer. En respuesta, oí un gran grito que se repitió tres veces, lo que me inspiró un transporte de alegría como sólo puede imaginar quien ha experimentado otro igual. Y ahora oí pisadas arriba, y alguien que preguntaba a través del agujero, con voz sonora y en lengua inglesa, que si había alguien abajo, hablase. Contesté que era inglés, empujado por la mala suerte a la más grande calamidad que había sufrido nunca criatura alguna, y suplicaba, por compasión, que me liberasen de la mazmorra en que estaba. La voz replicó que estaba a salvo, ya que habían amarrado la caja al barco, y que en seguida vendría el carpintero y aserraría una abertura en la tapa lo bastante grande para sacarme. Contesté que no hacía falta, que eso llevaría demasiado tiempo; que lo único que había que hacer era que uno de la tripulación metiese el dedo por la anilla, subiese la caja a bordo del barco, y la llevase a la cámara del capitán. Algunos, al oír semejante desatino, pensaron que estaba loco; otros se echaron a reír; porque lo cierto es que ni se me había pasado por la cabeza que ahora estaba entre gente de mi fuerza y estatura. Llegó el carpintero, y en pocos minutos aserró un paso de alrededor de cuatro pies cuadrados, bajaron una pequeña escala, salí por ella, y de allí me subieron al barco muy débil.

Los marineros estaban asombrados, y me hicieron mil preguntas, a las que no me sentí con ánimo de contestar. Estaba confuso también ante la visión de tantos pigmeos, pues por tales los tomaba al tener la vista tanto tiempo acostumbrada a los individuos monstruosos que había dejado. Pero el capitán, el señor Thomas Wilcocks, un hombre digno y respetable de Shropshire, al darse cuenta de que estaba a punto de desmayarme, me llevó a su camarote, me dio un cordial, me reanimó, y me obligó a acostarme en su cama, aconsejándome que descansara un poco, cosa de la que tenía gran necesidad. Antes de dormirme le dije que tenía algunos muebles valiosos en la caja que no quería que se perdiesen: una hamaca preciosa, una elegante litera de campo, dos sillas, una mesa y un armario; que el gabinete estaba forrado todo por dentro, o más bien acolchado, con seda y algodón; que si ordenaba a uno de la tripulación que lo trajera a su camarote, se lo abriría para que lo viese, y le enseñaría mis pertenencias. El capitán, al oírme decir todos estos absurdos, concluyó que deliraba; sin embargo —supongo que para tranquilizarme—, me prometió dar la orden que le pedía; subió a cubierta, y mandó bajar a algunos de sus hombres al gabinete, del que —como supe después—, sacaron todas mis pertenencias y arrancaron el tapizado; pero las sillas, el armario y la cama, que estaban atornillados al suelo, sufrieron gran daño por ignorancia de los marineros, que los arrancaron a la fuerza. Después le quitaron algunas tablas para utilizarlas en el barco; y una vez que tuvieron todo lo que querían, arrojaron el armatoste al mar, y dadas las numerosas rajaduras abiertas en las paredes y el suelo y los lados se fue inmediatamente al fondo. Y desde luego me alegré de no presenciar el estrago; porque seguro que me habría afectado enormemente, al traerme a la memoria episodios de mi vida que prefería olvidar.

Dormí unas horas, aunque asaltado continuamente por sueños sobre el lugar que había abandonado, y sobre los peligros de los que había escapado. Sin embargo, al despertar, me sentí bastante recuperado. Eran ahora alrededor de las ocho de la noche; así que el capitán pidió que trajeran la cena inmediatamente, pensando que podía llevar demasiado tiempo sin comer. Me obsequió con gran amabilidad, al observar que no tenía aspecto de trastornado, y que hablaba con coherencia; y cuando nos

quedamos solos me pidió que le contase sobre mis viajes, y por qué accidente andaba a la deriva en aquel monstruoso cofre de madera. Dijo que hacia el mediodía, al mirar con el catalejo, lo avistó a lo lejos; lo tomó por una embarcación y decidió acercarse, ya que no necesitaba desviarse demasiado de su rumbo, con la esperanza de comprar galleta, dado que la que llevaba a bordo empezaba a escasear; que al aproximarse y descubrir su error envió la lancha para averiguar qué era; que sus hombres volvieron asustados, jurando que habían visto una casa flotante; que se echó a reír ante tal disparate, y fue él mismo en el bote, ordenando a sus hombres que llevasen un cable resistente; que como el tiempo era tranquilo, dieron varias vueltas a su alrededor, y vieron las ventanas y las rejas que las defendían; que descubrió dos grapas en una pared toda hecha de tablas, sin vano para que entrase luz. Mandó a sus hombres que remasen hasta ese lado, y tras amarrar el cable a una de las asas les ordenó que remolcasen el cofre —como lo llamaban— hacia el barco. Cuando estuvo allí, dio instrucciones para que diesen otro cable a la argolla fijada en la tapa, e izaran el cofre mediante motones; pero ni todos los marineros juntos consiguieron hacerlo subir más de dos o tres pies. Dijo que vieron el bastón con el pañuelo que yo sacaba por el agujero, y concluyeron que sin duda iba dentro algún desdichado. Pregunté si él o la tripulación habían visto por los alrededores, en el momento de descubrirme, alguna ave prodigiosa. A lo que contestó que, hablando de este asunto con los marineros mientras yo dormía, uno de ellos dijo que había visto tres águilas que volaban hacia el norte, pero que no notó que fueran más grandes de lo normal, lo que supongo que debe atribuirse a la gran altura a la que volaban; aunque el capitán no sospechó por qué se lo preguntaba. Luego le pregunté a qué distancia calculaba que podíamos estar de tierra. Dijo que según el cómputo más preciso que podía hacer estábamos lo menos a cien leguas. Le aseguré que se equivocaba en casi la mitad, porque yo no había abandonado el país del que venía más de dos horas antes de caer al agua. A lo cual empezó a pensar otra vez que tenía trastornado el cerebro, cosa que me dio a entender, y me aconsejó que me acostase en una cámara que había ordenado disponer. Le aseguré que estaba muy descansado gracias a sus atenciones y su compañía, y más en

mi juicio que nunca en mi vida. Entonces se puso serio, y me preguntó abiertamente si no me turbaba la conciencia algún crimen, y si no había sido condenado, por orden de algún príncipe, a ser abandonado en ese cofre, como en otros países se condena a los grandes criminales a hacerse a la mar en una nave que hace agua y sin provisiones; porque aunque sentía haber recogido a bordo de su barco a un malvado, me daba su palabra de desembarcarme sin daño en el primer puerto que tocáramos. Añadió que sus sospechas habían aumentado mucho al oír las muy absurdas palabras que había dicho al principio a los marineros, y después a él, con relación al gabinete o cofre, así como por el extraño aspecto y conducta mientras cenaba.

Le rogué que tuviese la paciencia de escuchar toda la historia, que le contaría con total fidelidad, desde la última vez que abandoné Inglaterra hasta el momento en que él me había avistado. Y como la verdad siempre se abre paso en las mentes razonables, así este digno y justo caballero, que tenía cierto barniz de cultura, y mucho sentido común, se convenció inmediatamente de mi franqueza y veracidad. Pero para confirmar aún más lo que le había contado, le rogué que diese orden de traer el armario, cuya llave tenía en el bolsillo —porque ya me había contado cómo los marineros lo habían sacado—; abrí el armario en su presencia, y le mostré una pequeña colección de rarezas que había reunido en el país del que tan extrañamente había escapado. Había un peine que me había hecho yo con pelos de la barba del rey, y otro del mismo material, pero montado en un recorte de uña del pulgar de la reina, que hacía de forzal. Había una colección de agujas y alfileres de un pie a una yarda de largas; cuatro aguijones de avispa como púas de carpintero; algunos cabellos de la reina; un anillo de oro que ella me regaló un día con toda generosidad, quitándoselo del dedo meñique, y pasándomelo por encima de la cabeza a manera de collar. Rogué al capitán que tuviese la amabilidad de aceptar este anillo en agradecimiento a sus atenciones; pero él lo rechazó de manera irrevocable. Le enseñé un callo que había cortado con mi propia mano a un dedo del pie de una dama de honor; era del tamaño de una manzana de Kent, y había endurecido tanto que al regresar a Inglaterra lo

mandé tallar en forma de vaso y engastar en plata. Finalmente, le pedí que se fijase en los calzones que yo llevaba puestos, hechos con piel de ratón.

No pude convencerlo de que aceptase nada, salvo una muela de un lacayo que vi que examinaba con gran curiosidad, y noté que le gustaba. La recibió con abundantes muestras de agradecimiento, más de las que semejante bagatela merecía. Se la había extraído un cirujano poco hábil, equivocadamente, a un criado de Glumdalclitch al que le dolía, pero que la tenía tan sana como la que más. La había limpiado y me la había guardado en el armario. Tenía como un pie de larga, y unas cuatro pulgadas de diámetro. El capitán se consideró totalmente satisfecho con la sencilla relación que acababa de hacerle, y dijo que esperaba que, cuando volviese a Inglaterra, complaciera al mundo dándola a la prensa y haciéndola pública. Le contesté que consideraba que estábamos sobradamente abastecidos de libros de viajes; que nada ocurría en la actualidad que no fuera extraordinario, lo que me hacía temer que para algunos contaba menos la verdad que su propia vanidad o interés, o divertir a lectores ignorantes. Que mi historia podía contener poca cosa, aparte de sucesos corrientes, sin esas ornamentales descripciones de plantas, árboles, aves y otros animales; o de las costumbres bárbaras e idolatría de los pueblos salvajes, en lo que insisten la mayoría de los escritores. Sin embargo, le agradecía su buena opinión, y prometía considerar tal posibilidad.

Dijo que había una cosa que le extrañaba muchísimo, y era que hablase tan alto, y me preguntó si el rey o la reina de ese país eran sordos. Le dije que esa había sido mi manera de hablar durante más de dos años; y que admiraba mucho el tono en que hablaban él y sus hombres, que parecía un susurro, aunque los entendía perfectamente. Pero en aquel país, cuando hablaba yo era como si un hombre hablara desde la calle a otro asomado en lo alto de un campanario, salvo cuando me ponían encima de una mesa, o alguien me tenía en su mano. Le dije asimismo que había observado otra cosa: que al subir a bordo al principio, y me rodearon todos los marineros, pensé que eran los seres más pequeños e insignificantes que había visto. Porque desde luego, mientras estuve en el país de ese príncipe, no soportaba mirarme en un espejo, dado que tenía los ojos acostumbrados a tan seres prodigiosos, y la comparación me daba una idea bastante

despreciable de mí. El capitán dijo que, mientras cenábamos, había observado que lo miraba todo como con extrañeza, y que a menudo le daba la impresión de que yo estaba a punto de no poder contener la risa, y no sabía muy bien cómo interpretarlo, aunque lo había atribuido a algún desequilibrio de mi cerebro. Le contesté que era muy cierto; y me sorprendía poderme dominar cuando veía los platos del tamaño de una moneda de plata de tres peniques, una pierna de cerdo que apenas tenía un bocado, un vaso como una cáscara de nuez... y así seguí describiéndole, en ese mismo tenor, el resto del servicio y las provisiones. Porque, aunque la reina había mandado hacer un pequeño juego de objetos necesarios para mí mientras estuviese a su servicio, sin embargo yo me formaba las nociones según lo que veía a mi alrededor, y cerraba los ojos a mi propia pequeñez, como los cierra la gente a sus propios defectos. El capitán comprendió muy bien mi sorna, y replicó alegremente con el viejo proverbio inglés, que se temía que tenía yo los ojos más grandes que la tripa, porque no veía que mi estómago fuera tan bueno, aunque había ayunado todo un día; y siguiendo la broma, afirmó que con gusto habría pagado cien libras por ver mi gabinete en el pico del águila, y su caída, después, desde una gran altura al mar; lo que sin duda había sido de lo más asombroso, y digno de contar a las generaciones venideras; y la comparación con Faetón era tan evidente que no pudo por menos de aludir a ella; aunque a mí no me hizo mucha gracia la agudeza.

El capitán, que había estado en Tonkín, de regreso a Inglaterra fue empujado hacia el noreste, hasta la latitud de 44 grados, y longitud 143. Pero tras encontrar un viento alisio dos días después que llegara yo a bordo, navegamos hacia el sur mucho tiempo y, costeano Nueva Holanda, mantuvimos nuestro rumbo oeste-suroeste, y luego sur-suroeste, hasta que doblamos el Cabo de Buena Esperanza. El viaje fue muy próspero; pero no aburriré al lector con un diario de él. El capitán tocó uno o dos puertos, y mandó la lancha por provisiones y agua dulce, aunque no abandonó el barco ni una sola vez hasta que entramos en las Lomas, que fue el día 3 de junio de 1706, unos nueve meses después de mi huida. Ofrecí dejar mis pertenencias como garantía del pago de mi pasaje; pero el capitán dijo que no me aceptaría un cuarto de penique. Nos despedimos cordialmente, y le

hice prometer que vendría a visitarme a mi casa de Redriff. Y con cinco chelines que me prestó el capitán, alquilé un caballo y un guía.

Mientras iba de camino, observando la pequeñez de las casas, de los árboles, del ganado y de la gente, empecé a pensar que estaba en Liliput. Temía atropellar a cada viajero con el que me cruzaba, y a menudo les gritaba que se apartasen del camino, por lo que casi me parten la cabeza una o dos veces por mi impertinencia.

Cuando llegué a mi casa —por la que me vi obligado a preguntar—, al abrir la puerta un criado me agaché para entrar (como hace un ganso para pasar por debajo de una cerca) por temor a chocar con la cabeza. Mi esposa salió corriendo a abrazarme, pero yo me agaché más abajo de sus rodillas, convencido de que de otro modo no me llegaría a la boca. Mi hija se arrodilló para recibir mi bendición, pero no conseguí verla hasta que se levantó, tal era la costumbre que tenía de estar con la cabeza y los ojos vueltos hacia arriba para mirar hacia una altura de más de sesenta pies; y seguidamente quise levantarla con una mano cogiéndola por la cintura. Miré a los criados y a uno o dos amigos que estaban en casa como si fuesen pigmeos y yo un gigante. Le dije a mi esposa que había sido demasiado ahorrativa, porque observaba que, con las privaciones, tanto a ella como a su hija las encontraba muy empequeñecidas. En resumen, me comporté de manera tan insólita que todos fueron de la opinión del capitán al principio de verme, y concluyeron que había perdido el juicio. Cito esto como ejemplo del gran poder del hábito y el prejuicio.

En poco tiempo la familia, los amigos y yo llegamos a un correcto entendimiento; pero mi esposa declaró que no volvería a embarcar nunca más; aunque mi mala estrella tenía dispuesto que no iba ella a poder impedirlo, como el lector averiguará a continuación. Entretanto, concluyo aquí la segunda parte de mis infortunados viajes.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA





PARTE TERCERA

VIAJE A LAPUTA, BALNIBARBI,
GLUBB DUBDRIB,
LUGGNAGG Y JAPÓN

Capítulo I

El autor emprende su tercer viaje. Es apresado por unos piratas. Malicia de un holandés. Su llegada a una isla. Es acogido en Laputa.

No llevaba en casa más de diez días, cuando vino a verme el capitán William Robinson, hombre de Cornualles, que mandaba el *Hope-well*, un sólido barco de trescientas toneladas. Yo había ido de cirujano de otro barco del que él era patrón, y propietario de una cuarta parte, en un viaje al Levante; siempre me había tratado más como a un hermano que como a un oficial inferior, y al enterarse de mi llegada vino a hacerme una visita, según deduje, sólo por amistad; porque no hablamos de otras cosas que las habituales después de largas ausencias. Pero tras repetir la visita muchas veces, y manifestar su alegría por verme en buena salud, me preguntó si me había estabilizado ya definitivamente, añadiendo que se proponía hacer un viaje a las Indias Orientales en el espacio de dos meses; por último me invitó claramente, aunque con disculpas, a ir de cirujano; que tendría a mis órdenes a otro cirujano, además de nuestros dos oficiales; que mi sueldo sería el doble de la paga habitual; y que teniendo en cuenta que mis conocimientos en asuntos de la mar eran al menos iguales que los suyos, asumiría tomar cualquier medida conforme a mi consejo, tanto como si tuviera parte en el mando.

Dijo tantas cosas amables, y le sabía tan honrado, que no pude rechazar su proposición; las ansias de ver mundo, a pesar de mis pasadas

desventuras, seguían siendo tan grandes como siempre. La única dificultad estaba en convencer a mi esposa; sin embargo obtuve finalmente su consentimiento, por la perspectiva de unas ganancias que ella deseaba para sus hijos.

Zarpamos el día 5 de agosto de 1706 y llegamos al fuerte St. George el 11 de abril de 1707. Estuvimos allí tres semanas a fin de que la tripulación se repusiera, dado que muchos hombres estaban enfermos. De allí fuimos a Tonkín, donde el capitán decidió continuar algún tiempo, porque gran parte del género que pretendía comprar aún no estaba listo, ni esperaba que lo pudiesen expedir en varios meses. Así que, con la esperanza de cubrir ciertos gastos que debía afrontar, compró una balandra, la cargó con diversos géneros con los que los tonquineses comercian normalmente con las islas vecinas y, tripulándola con catorce hombres, de los que tres eran del país, me nombró a mí patrón, y me dio poderes para comerciar, mientras él se ocupaba de sus asuntos en Tonkín.

No hacía más de tres días que habíamos salido, cuando se levantó una gran borrasca que nos abatió durante cinco días en dirección nor-noroeste, y luego al este; después de lo cual tuvimos tiempo despejado, aunque con viento fuerte del oeste. Al décimo día nos persiguieron dos piratas que no tardaron en alcanzarnos; porque la balandra iba tan hundida por la carga que navegaba despacio; y tampoco estábamos en condiciones de defendernos.

Fuimos abordados a la vez por los dos piratas, que entraron furiosamente a la cabeza de sus hombres; pero al hallarnos tumbados boca abajo —porque así había dado yo orden—, nos maniataron con fuertes cuerdas, nos pusieron una guardia, y pasaron a registrar la balandra.

Observé entre ellos a un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no mandaba ninguna de las dos embarcaciones. Se dio cuenta por nuestros rasgos de que éramos ingleses y, farfullando en su propia lengua, juró que nos iba a atar espalda con espalda y arrojarnos al mar. Yo hablaba holandés pasablemente; así que le dije quiénes éramos, y le supliqué, en consideración a que éramos cristianos y protestantes de países vecinos, y en estricta alianza, que pidiese a los capitanes alguna compasión para nosotros. Esto encendió su rabia; repitió sus amenazas y, volviéndose a sus

compañeros, habló con gran vehemencia en lengua japonesa, supongo, utilizando muchas veces la palabra *cristianos*.

La más grande de las naves piratas estaba mandada por un capitán japonés que hablaba un poco de holandés, aunque muy mal. Se llegó a mí y, tras varias preguntas, a las que contesté con gran humildad, dijo que no moriríamos. Hice al capitán una profunda inclinación de cabeza y, volviéndome después al holandés, le dije que sentía hallar más compasión en un pagano que en un hermano cristiano. Pero no tardé en tener motivos para arrepentirme de estas palabras estúpidas; porque el malvado réprobo, tras esforzarse sin resultado en convencer a los dos capitanes de que debían arrojarme al mar —a lo que no cedieron después de la promesa que me habían hecho, de que no moriría—, logró que accedieran a que se me aplicase un castigo peor que la muerte según toda humana apariencia. Mis hombres fueron trasladados, divididos en igual número, a ambos barcos piratas, y la balandra recibió otra tripulación. En cuanto a mí, decidieron dejarme a la deriva, en una pequeña canoa, con pagayas y una vela, y provisiones para cuatro días, cuya duración el capitán japonés tuvo la amabilidad de doblar con sus propias vituallas, y no consintió que ningún hombre me registrase. Bajé a la canoa, mientras el holandés, de pie en la cubierta, descargaba sobre mí todas las maldiciones e injurias que su lengua podía proporcionar.

Una hora antes de que avistásemos a los piratas más o menos había tomado yo una observación, y había averiguado que estábamos en la latitud de 46 N y longitud 183. Cuando aún me hallaba a cierta distancia de los piratas, descubrí con el catalejo de bolsillo, al sureste, varias islas. Así que desplegué la vela, ya que el viento era favorable, con el propósito de ganar la más cercana de esas islas, cosa que conseguí en unas tres horas. Era totalmente rocosa, aunque encontré muchos huevos de aves; y haciendo chispa, encendí una fogata con algas secas, con la que cocí los huevos. No cené nada más, decidido a alargar las provisiones lo más posible. Pasé la noche al cobijo de una roca, extendiendo un poco de brezo debajo de mí, y dormí bastante bien.

Al día siguiente me dirigí a otra isla, y de allí a una tercera, y a una cuarta, unas veces utilizando la vela, y otras las pagayas. Pero para no

aburrir al lector con los pormenores de mis desventuras, baste decir que al quinto día llegué a la última isla que había visto, situada al sur-sureste de la primera.

La isla estaba más distante de lo que yo esperaba, de manera que no tardé menos de cinco horas en llegar a ella. Le di un rodeo casi completo antes de encontrar un lugar conveniente donde desembarcar, que era un pequeño entrante, unas tres veces el ancho de la canoa. Descubrí que la isla era toda rocas, sólo un poco entremezcladas con hierbas y matas olorosas. Saqué mis escasas provisiones, y tras reponer fuerzas, guardé el resto en una cueva, de las que había gran número. Conseguí gran cantidad de huevos en las rocas, y recogí buena cantidad de algas y hierba seca, con lo que pensé hacer fuego al día siguiente, para asar los huevos lo mejor posible —ya que tenía pedernal, eslabón, mecha y un cristal de aumento—. Pasé la noche tumbado en la cueva donde había guardado las provisiones. De lecho me sirvieron las mismas hierbas y algas secas que tenía para hacer fuego. Dormí muy poco, ya que las inquietudes del cerebro prevalecieron sobre el cansancio y me tuvieron desvelado. Pensaba en lo imposible que era sobrevivir en un medio tan desolado, y lo desdichado que sería mi fin. Sin embargo, sentía tal indiferencia y desaliento que no tenía ánimo para levantarme; y antes de que reuniera suficiente valor para salir de la cueva el día había avanzado ya bastante. Anduve un rato por las rocas; el cielo estaba totalmente despejado, y el sol calentaba tanto que tenía que apartar la cara, cuando, de repente, se oscureció, me pareció a mí, de manera totalmente distinta de como ocurre cuando se interpone una nube. Me volví, y descubrí entre el sol y yo un cuerpo inmenso y opaco que se desplazaba hacia la isla: parecía estar a unas dos millas de altura, y ocultó el sol durante seis o siete minutos; pero no noté que el aire se volviera más frío ni el cielo más oscuro que si me hubiera puesto a la sombra de una montaña. Al acercarse al lugar donde yo estaba, adquirió aspecto de una masa corpórea, con la parte inferior plana, lisa, y resplandeciente a causa del reflejo del mar que tenía debajo. Yo me encontraba en una elevación, a unas doscientas yardas de la orilla; y vi cómo este cuerpo inmenso descendía casi hasta situarse a mi altura, a menos de una milla inglesa de distancia. Saqué el catalejo de bolsillo, y

pude divisar claramente varias personas que subían y bajaban a sus bordes, que parecían en pendiente; aunque no podía distinguir qué hacía esa gente.

El natural apego a la vida me inspiró un movimiento interior de júbilo, y me sentí inclinado a esperar que esta aventura me ayudara de alguna forma a liberarme del desolado lugar y situación en que me encontraba. Pero, a la vez, no puede hacerse el lector idea de mi asombro, al ver una isla en el aire, habitada por hombres capaces —como parecía— de subirla o bajarla, o hacer que avanzase, según deseaban. Pero dado que no estaba en esos momentos en situación de ponerme a filosofar sobre dicho fenómeno, decidí observar qué curso tomaba la isla; porque de momento se había quedado inmóvil. Pero poco después siguió acercándose, y pude ver sus lados, cercados por galerías a distintos niveles, con escalinatas a intervalos, para bajar de unas a otras. En la galería de más abajo vi personas pescando con largas cañas, y a otras que miraban. Agité el gorro (el sombrero hacía tiempo que se me había estropeado) y el pañuelo hacia la isla; y al acercarse más, llamé y grité con todas mis fuerzas; y entonces, muy circunspectamente, observé que la multitud se agolpaba en el lado que tenía yo más a la vista. Observé, porque señalaban hacia mí y se volvían unos hacia otros, que me habían descubierto, aunque no hacían nada por contestar a mis llamadas. Pero distinguí que cinco o seis corrían apresuradamente escaleras arriba, hacia lo alto de la isla, y desaparecieron a continuación. Deduje acertadamente que habían sido enviados para recibir órdenes de quien tuviera la autoridad en ese momento.

El número de personas fue en aumento, y menos de media hora después pusieron la isla en movimiento, y se elevó, de manera que la galería más baja se situó paralela a la altura donde yo estaba, a menos de cien yardas de distancia; entonces adopté una actitud de lo más suplicante, y les hablé en el tono más humilde; pero no obtuve respuesta. Los que tenía más cerca, frente a mí parecían personas distinguidas, como deduje por sus ropas. Hablaban gravemente entre sí, mirando a menudo en mi dirección. Por último, uno de ellos habló en un dialecto claro, cortés, suave, no muy distinto del italiano; así que respondí en esa lengua, esperando al menos que la cadencia fuera más grata a sus oídos. Aunque

no nos entendimos, sin embargo adivinaron fácilmente lo que les decía, porque la gente se daba cuenta de lo angustioso de mi situación.

Me hicieron seña de que bajase de la roca y fuese hacia la orilla, cosa que hice; y elevándose la isla volante a una altura conveniente, con el borde directamente encima de mí, arriaron una cadena desde la galería inferior, con un asiento hecho firme en el extremo, en el que me acomodé, y fui izado mediante motones.

Capítulo II

Descripción del humor y talante de los laputanos. Relación sobre su saber. Del rey y su corte. Recibimiento en ella del autor. Los habitantes sufren temores e inquietudes. Descripción de las mujeres.

Al bajarme del asiento me rodeó una multitud; pero los que estaban más cerca parecían personas de más calidad. Me miraron con todas las muestras y manifestaciones de asombro; pero no lo estaba yo menos respecto de ellos, ya que hasta entonces no había visto una raza de mortales tan singular en cuanto a figura, atuendo y semblante. La cabeza la tenían todos ladeada a la derecha o a la izquierda; un ojo lo teñían vuelto hacia dentro, y el otro miraba directamente al cénit. Sus ropas externas estaban adornadas con figuras de soles, lunas y estrellas que se entremezclaban con violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, clavecines y multitud de instrumentos musicales desconocidos en Europa. Observé que había muchos, aquí y allá, con vestimenta de criados, con una vejiga hinchada atada al extremo de un bastón corto, como un mayal, que llevaban en la mano. Cada vejiga contenía una pequeña cantidad de guisantes secos, o pequeños guijarros — como me informaron después—. Con estas vejigas golpeaban de vez en cuando a los que tenían cerca en la boca o en las orejas, práctica cuyo sentido no era capaz de hacerme la más remota idea; al parecer, el cerebro de esta gente se abstrae de tal modo en especulaciones que no son capaces de hablar ni prestar atención al discurso de otro, a menos que alguna acción externa sobre sus órganos del habla o del oído les saque del

ensimismamiento; motivo por el cual las personas que pueden permitírselo tienen siempre un zurrador (su denominación original es *climenole*) en la familia, como un criado más, y nunca salen ni hacen una visita sin hacerse acompañar por este. Y la función de tal agente es, cuando se reúnen dos o tres personas, golpear suavemente con la vejiga en la boca al que debe hablar, y en la oreja a aquel o aquellos a los que se dirige el hablante. Dicho zurrador se dedica asimismo a acompañar diligentemente a su amo en sus paseos, y a darle con suavidad de vez en cuando en los ojos, porque este se halla siempre tan inmerso en meditaciones que corre claro peligro de caerse en cada precipicio, y golpearse la cabeza con cada poste y, en las calles, de arrojar a la gente, o la gente a él, al arroyo.





Caballero laputiano dando un paseo

Era preciso dar al lector esta información, ya que sin ella se encontraría en el mismo estado de perplejidad que yo, para entender el proceder de esta gente, cuando me hicieron subir por la escalinata a la parte superior de la isla, y de allí al palacio real. Mientras subíamos se olvidaron varias veces a qué iban y me dejaron solo, hasta que los zurradores les despertaban la memoria; porque no les decía absolutamente nada la visión de mi atuendo, ni mi aspecto extranjero, ni los gritos del vulgo, cuyo pensamiento y cerebro eran menos propensos a la concentración.

Finalmente entramos en el palacio, y nos dirigimos a la cámara de audiencias, donde vi al rey sentado en su trono, acompañado de varias personas principales a cada lado. Delante del trono había una gran mesa llena de globos, esferas e instrumentos matemáticos de todas clases. Su majestad no advirtió nuestra presencia, aunque nuestra entrada no dejó de causar suficiente revuelo, al acudir todas las personas pertenecientes a la corte. Pero en esos momentos se hallaba absorto en un problema, y tuvimos que esperar lo menos una hora antes de que lograra resolverlo. Tenía junto a él, a cada lado, un joven paje, cada uno con su zurriago en la mano, y al notar que se quedaba alelado, uno de ellos le golpeó suavemente en la boca, y el otro en la oreja derecha; a lo cual se sobresaltó como el que despierta de súbito; y mirándome a mí, y a los que me acompañaban, se acordó del motivo de nuestra llegada, de la que había sido informado previamente. Dijo unas palabras, a lo que en seguida un mancebo con zurriago se llegó a mí y me dio suavemente en la oreja derecha; pero yo le indiqué lo mejor que pude con una seña que no hacía falta que usara de dicho instrumento; lo que, como me enteré más tarde, hizo que su majestad y la corte entera se formasen una opinión muy pobre de mi inteligencia. El rey, según pude deducir, me hizo varias preguntas, y yo le hablé en todas las lenguas que conocía. Cuando se hizo evidente que ni le comprendía ni era comprendido, me condujeron, por orden suya, a un aposento de su palacio (este príncipe destacaba sobre sus predecesores por su hospitalidad con los desconocidos), donde me asignaron dos criados para que me asistiesen. Me trajeron la comida, y cuatro personajes de calidad, a los que recordaba haber visto muy cerca de la persona del rey, me honraron comiendo conmigo. Nos trajeron dos servicios de tres platos cada uno. El primero

consistió en paletilla de cordero, cortada en forma de un triángulo equilátero, un filete de vaca de forma romboidal y un budín cicloidal. El segundo menú consistió en dos patos ensartados de manera que parecían violines, salchichas con aspecto de flautas y oboes, y pecho de ternera en forma de arpa. Los sirvientes nos cortaron el pan en conos, cilindros, paralelogramos y otras figuras matemáticas.

Mientras comíamos tuve el atrevimiento de preguntar los nombres de varias cosas en su lengua, y aquellos nobles personajes, con la ayuda de sus zurradores, me contestaron de buen grado, esperando con ello que admirara aún más su gran inteligencia, si lograban que conversara con ellos. Poco después fui capaz de pedir pan, bebida y cualquier cosa que necesitara.

Después de comer se retiraron los que me habían acompañado, y se me envió una persona, por orden del rey, asistida por un zurrador. Trajo consigo pluma, tinta y papel, y tres o cuatro libros; y me dio a entender por señas que había sido enviado para enseñarme la lengua. Estuvimos trabajando cuatro horas, tiempo en el que escribí gran número de palabras, en columnas, con su traducción enfrente; asimismo conseguí aprender varias frases breves. Porque mi profesor ordenaba a uno de mis criados ir por algo, darse la vuelta, saludar con la cabeza, sentarse, levantarse caminar y cosas por el estilo. Luego lo escribía. También me mostró, en un libro las figuras del sol, la luna, las estrellas, el zodíaco, los trópicos y los círculos polares, junto con el nombre de muchas figuras planas y tridimensionales. Me dio el nombre y la descripción de todos los instrumentos musicales, así como los términos generales del arte de tocar cada uno de ellos. Cuando se marchó, puse todas las palabras con su traducción por orden alfabético, y así, en pocos días, con ayuda de mi fidelísima memoria, adquirí ciertas nociones de su lengua.

La palabra que yo interpreto por *isla volante* o *flotante* es, en su original Laputa, de la que no llegué a saber nunca la verdadera etimología. *Lap*, en la vieja lengua arcaizante, significa «alto», y *untuh* «gobernador», términos de los que dicen que deriva, *laputa* por corrupción de *lapuntuh*. Pero a mí no me convence esa etimología, ya que me parece algo forzada. Me atreví a sugerir a los entendidos una teoría personal: que *laputa* era casi *lap outed*; *lap* significaba propiamente el cabrilleo de los rayos del sol en el

mar; y *outed* «ala»; teoría que no obstante no pretendo imponer, sino que la someto al lector juicioso.

Aquellos a los que el rey me había confiado, al observar lo mal vestido que iba, hicieron venir un sastre a la mañana siguiente, a tomarme las medidas para un traje. Este artesano hizo su trabajo de manera diferente de como se trabaja dicho oficio en Europa. Primero me tomó la talla con un cuadrante; luego, con regla y compases, describió las dimensiones y contorno de todo mi cuerpo, pasándolo todo al papel; y a los seis días me trajo la ropa muy mal confeccionada, y completamente deforme, porque había equivocado una cifra en los cálculos. Pero, para mi consuelo, comprobé que tales accidentes eran bastante frecuentes y poco tenidos en cuenta.

Durante mi reclusión por falta de ropa, y por una indisposición que me retuvo varios días más, amplié bastante mi diccionario; y cuando volví a comparecer ante la corte, fui capaz de comprender muchas cosas que el rey dijo, y contestar amablemente a algunas de sus preguntas. Su majestad había dado orden de desplazar la isla hacia el noreste y este derecho, hasta la vertical sobre Lagado, metrópoli del reino en tierra firme. Estaba a unas noventa leguas de distancia, y nuestro viaje duró cuatro días y medio. No noté en absoluto el movimiento progresivo que la isla efectuaba en el aire. A la segunda mañana, hacia las once, el propio rey en persona, acompañado de su nobleza, cortesanos y oficiales, una vez preparados todos los instrumentos musicales, tocaron durante tres horas sin descanso, de manera que acabé completamente atontado por el ruido; pero no tenía idea de su significado, hasta que me lo explicó mi profesor. Dijo que la gente de la isla tenía los oídos adaptados para oír la música de las esferas, que siempre tocaban en determinados periodos, y en la corte estaban ahora dispuestos a interpretar su parte con los instrumentos que más destacaran.

Durante el viaje a Lagado, la capital, su majestad ordenó detener la isla sobre determinadas ciudades y pueblos, a fin de poder recoger las peticiones de sus súbditos. Con tal objeto se bajaron varios bramantes con pequeñas pesas en el extremo. La gente ataba sus peticiones a estos bramantes, que eran subidos inmediatamente, como los papeles que los

escolares atan en el rabo de la cometa para estabilizarla. A veces recibíamos vino y provisiones de abajo, que se subían con aparejos.

Los conocimientos que tenía de matemáticas me fueron de gran ayuda para adquirir su fraseología, que dependía en gran medida de esa ciencia y de la música; y en cuanto a esta última, no me era desconocida. Sus ideas están continuamente haciendo referencia a líneas y figuras. Si por ejemplo quieren alabar la belleza de una mujer, o de cualquier otro animal, la describen como rombos, círculos, paralelogramos, elipses y demás términos geométricos, o mediante términos sacados del arte de la música que no hace falta repetir aquí. Observé en la cocina del rey toda suerte de instrumentos matemáticos y musicales, según la figura que querían dar a los asados que servían a la mesa de su majestad.

Sus casas están muy mal construidas, las paredes están inclinadas, y no hay un solo ángulo recto en ningún aposento, defecto que proviene del menosprecio en que tienen la geometría práctica por considerarla vulgar y mecánica; las instrucciones que dan son demasiado elevadas para el entendimiento de sus trabajadores, que cometen continuos errores. Y aunque son bastante diestros sobre una hoja de papel con el manejo de la regla, el lápiz y el compás, aunque en las actividades corrientes y en la vida cotidiana no he visto gente más torpe, tosca y desmañada, ni más lenta y perpleja en sus ideas respecto a todos los terrenos, salvo el de las matemáticas y la música. Son muy malos razonadores, y muy dados a polemizar, menos cuando su opinión es la correcta, lo que ocurre rara vez. La imaginación, la fantasía y la invención les son totalmente ajenas, y no existen en su lengua términos con que expresar esas ideas; todo el ámbito de su pensamiento y de su entendimiento se circunscribe a las dos mencionadas ciencias.

Casi todos, y en especial los que se relacionan con la parte astronómica, poseen una gran fe en la astrología judiciaria, aunque les da vergüenza reconocerlo en público. Pero lo que yo admiraba principalmente, y me parecía de lo más inexplicable, era la fuerte propensión que observé en ellos hacia las noticias y la política, ya que estaban siempre inquiriendo sobre los asuntos públicos, emitiendo juicios sobre cuestiones de estado, y discutiendo apasionadamente cada pulgada de opinión de los partidos. He

observado, desde luego, la misma disposición en la mayoría de los matemáticos de Europa que he conocido, aunque jamás he logrado encontrar la menor analogía entre las dos ciencias; a no ser que esta gente crea que por el hecho de que el más pequeño círculo tenga los mismos grados que el más grande, la regulación y gobierno del mundo no requieren más habilidad que la de manejar y hacer girar un globo terráqueo: aunque creo que esa tendencia proviene de una debilidad muy común de la naturaleza humana, que nos inclina a ser más curiosos y vanidosos en materias con las que tenemos relación, y para las que, por estudio o por naturaleza, estamos menos preparados.

Esta gente es presa de continuas inquietudes, y jamás disfruta de un minuto de paz interior; y sus tribulaciones provienen de causas que afectan poco al resto de los mortales. Sus temores se deben a diversos cambios que puedan acontecer a los cuerpos celestes. Por ejemplo, que la tierra, debido a los continuos acercamientos del sol, sea absorbida o tragada por este en el transcurso del tiempo; que la faz del sol quede poco a poco recubierta de una costra de sus propios efluvios, y deje de iluminar al mundo; que la tierra se ha librado por muy poco de que la barrera la cola del último cometa, lo que infaliblemente la habría reducido a cenizas; y que el cometa siguiente, que han calculado que pasará dentro de treinta y un años, nos destruirá con toda probabilidad. Porque, si en su perihelio se acercase a determinada distancia del sol (como tienen motivos para temer, según sus cálculos), adquirirá un grado de calor diez mil veces más intenso que el del hierro al rojo; y al irse del sol, llevará una cola llameante un millón catorce millas de larga; con lo que si la tierra pasase a la distancia de cien mil millas del núcleo, o principal cuerpo del cometa, se inflamaría y se reduciría a cenizas; que el sol, al emitir sus rayos diariamente sin ningún nutriente que lo alimente, se consumirá y se apagará por completo, lo cual irá acompañado de la destrucción de esta tierra y de todos los planetas que reciben su luz de él.

Están tan perpetuamente alarmados con el temor de estos y parecidos peligros inminentes que no pueden ni dormir tranquilamente en la cama, ni disfrutar de placeres o diversiones corrientes de la vida. Cuando se encuentran con un conocido por la mañana, la primera pregunta es sobre la

salud del sol, qué aspecto tenía a la puesta y a la salida, y qué esperanzas hay de esquivar el choque con el cometa que se aproxima. Esta conversación suelen abordarla con el mismo ánimo que los chicos cuando se deleitan oyendo historias terribles de espíritus y duendes, que las escuchan embelesados, y no quieren irse a la cama por miedo.

Las mujeres de la isla son muy pletóricas; desdeñan a sus maridos, y les gustan extraordinariamente los forasteros, de los que siempre hay muchos del continente de abajo, que acuden a la corte, bien por asuntos de las diversas ciudades y ayuntamientos, o por cuestiones particulares; aunque son menospreciados porque carecen del talento de los de arriba. Las damas escogen entre estos a sus galanes; pero lo irritante es que actúan con demasiado descaro y seguridad, porque el marido está siempre embebido en sus meditaciones, de manera que esposa y amante pueden entregarse a las mayores familiaridades en su cara, con tal que él esté provisto de papel y utensilios, y no tenga al zurrador a su lado.

Las esposas e hijas lamentan su confinamiento en la isla, aunque la consideran el lugar más delicioso de la tierra; y aunque viven aquí en medio de la mayor abundancia y magnificencia, y se les permite hacer lo que les plazca, anhelan ver mundo y divertirse en la metrópoli, cosa que no pueden hacer sin un permiso especial del rey; lo que no es fácil de obtener, porque la gente de calidad ha comprobado por frecuentes experiencias cuán difícil es convencer a sus esposas de que regresen de abajo. Y me contaron que una gran dama de la corte, que tenía varios hijos y estaba casada con el primer ministro, el hombre más rico del reino, muy gallardo de persona, sumamente enamorado de ella, y dueño del palacio más hermoso de la isla, bajó a Lagado, con un pretexto de salud, y se ocultó allí varios meses, hasta que el rey dio orden de buscarla, y la hallaron en un figón oscuro, vestida con harapos porque había empeñado las ropas para mantener a un lacayo viejo y deforme que le pegaba diariamente, y de cuyo lado la arrancaron muy contra su voluntad. Y aunque su marido la recibió con toda benevolencia, y sin el más mínimo reproche, no tardó ella en arreglárselas para bajar furtivamente otra vez, con todas sus joyas, a reunirse con el mismo galán, y desde entonces no se ha sabido nada de ella.

Quizá le parezca esto al lector más una historia europea o inglesa, que un sucedido de un país tan remoto. Pero debe tener en cuenta que los caprichos femeninos no están limitados por ningún clima ni nación, y que son mucho más uniformes de lo que fácilmente cabe imaginar.

En espacio de un mes conseguí un relativo dominio de su lengua, y era capaz de contestar a las preguntas del rey, cuando tenía el honor de acompañarle. Su majestad no mostraba la más mínima curiosidad por las leyes, gobierno, historia, religión y costumbres de los países en los que yo había estado, sino que limitaba sus preguntas a la situación de las matemáticas, y acogía la explicación que yo le daba con gran desdén e indiferencia; aunque a menudo lo despertaban los zurradores que tenía a cada lado.



Capítulo III

Solución de un fenómeno por la filosofía y la astronomía modernas. Grandes avances de los laputanos en esta última. Método del rey para sofocar insurrecciones.

Pedí permiso a este príncipe para ver las curiosidades de la isla, cosa que él graciosamente se dignó concederme, y ordenó a mi profesor que me acompañase. Yo quería sobre todo saber a qué causa artificial o natural debía sus diversos movimientos, de lo que paso ahora a dar una explicación filosófica al lector.

La isla volante, o flotante, es totalmente circular, de un diámetro de 7.837 yardas, o unas cuatro millas y media, y por consiguiente abarca diez mil acres. Tiene trescientas yardas de grosor. Su parte inferior, o base, visible a los que la miran desde abajo, es una placa de diamante que se alza a una altura de doscientas yardas. Sobre ella se encuentran los diversos minerales en su orden habitual, y encima de todo hay un manto de rica tierra vegetal de diez o doce pies de espesor. El declive de la superficie de arriba, desde la circunferencia al centro, es la causa natural de que el rocío y la lluvia que cae sobre la isla discurran en arroyuelos hacia el centro, donde desaguan en cuatro anchas charcas, cada una de media milla de perímetro, y a unas doscientas yardas del centro. Durante el día el sol evapora continuamente el agua de estas charcas, lo que impide que se desborden. Además, como el monarca tiene poder para elevar la isla por encima de la región de las nubes y los vapores, puede impedir cuando

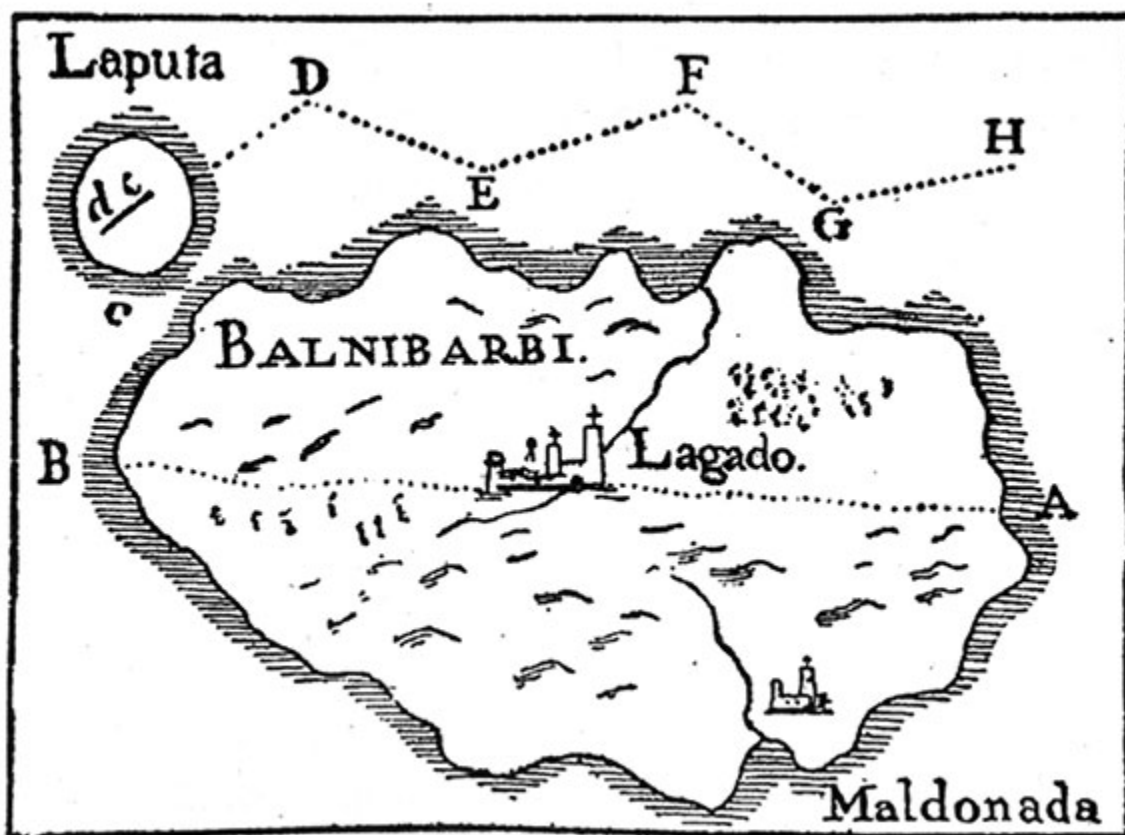
quiera que caigan rocío o lluvia. Porque las nubes no pueden elevarse más de dos millas, como reconocen los naturalistas; al menos no se sabe que haya ocurrido nunca en ese país.

En el centro de la isla hay una sima de unas cincuenta yardas de diámetro, por la que descienden los astrónomos a un gran domo, llamado Flan dona Gagnole, o Cueva del Astrónomo, situado a la profundidad de cien yardas bajo la cara superior del diamante. En esta cueva hay veinte lámparas continuamente encendidas que, mediante la reflexión del diamante, arrojan una fuerte luz en todas direcciones. El lugar está provisto de numerosos sextantes, cuadrantes, telescopios, astrolabios y otros instrumentos astronómicos. Pero la curiosidad más grande, de la que depende el destino de la isla, es una magnetita de tamaño prodigioso, cuya forma se parece a una lanzadera. Tiene una longitud de seis yardas, y en la parte más gruesa más de tres yardas lo menos. Este imán está sostenido por un eje de diamante que lo atraviesa por el centro, sobre el cual gira, y conserva un equilibrio tal que la mano más débil la puede hacer girar. Está alojado en un cilindro hueco de diamante, de cuatro pies de alto, otros tantos de ancho, y doce yardas de diámetro, colocado horizontalmente, y sostenido por ocho pies de diamante, cada uno de seis yardas de alto. En el centro de su cara cóncava tiene un surco de doce pulgadas de profundidad, en el que van los extremos del eje, y gira por él llegado el momento.

Ninguna fuerza puede quitar la piedra de su sitio, porque el anillo y las patas forman un todo con el cuerpo de diamante que constituye la base de la isla.

Por medio de esta magnetita se hace que la isla baje o suba, y se desplace de un lugar a otro. Porque, respecto a la parte de la tierra sobre la que el monarca preside, la piedra está dotada, en uno de sus extremos, de una fuerza de atracción, y en el otro, de repulsión. Colocando vertical la piedra imán, con el extremo de atracción hacia la tierra, la isla desciende; pero si se apunta hacia abajo el extremo repelente, la isla asciende rápidamente en línea recta. Cuando la posición de la piedra es oblicua, el movimiento de la isla es oblicuo también. Porque en esta magnetita las fuerzas siempre actúan en líneas paralelas a su dirección.

Con este desplazamiento oblicuo dirigen la isla a distintas regiones de los dominios del monarca. Para explicar la manera de este desplazamiento, supongamos que $A B$ representan una línea que cruza los dominios de Balnibarbi, y que la línea $c d$ representa la magnetita, de la que d , vamos a suponer, es el extremo repelente, y c el atrayente, y que la isla está sobre C ; ahora supongamos que la piedra se coloca en posición $c d$, con su extremo repelente hacia abajo: la isla se elevará oblicuamente hacia D ; una vez que ha llegado a D , giramos la piedra sobre su eje hasta que el extremo atrayente apunta a E , y la isla se desplazará oblicuamente hacia E ; donde, si la piedra vuelve a girar sobre su eje, hasta colocarse en posición $E F$, con la punta repelente hacia abajo, la isla se elevará oblicuamente hacia F , desde donde, al dirigir el extremo atrayente hacia G , se la puede desplazar a G , y de G a H , haciendo girar la piedra hasta hacer que el extremo repelente apunte directamente hacia abajo. Y así, cambiando la posición de la piedra las veces necesarias, se hace subir y bajar la isla alternativamente en una trayectoria oblicua, y por estas subidas y bajadas alternas (la oblicuidad no es considerable) se desplaza de una región a otra de los dominios.



Pero hay que decir que esta isla no puede sobrepasar los límites de los dominios de abajo, ni elevarse por encima de las cuatro millas. Esto los astrónomos (que han escrito gruesos tratados sobre la piedra) lo atribuyen a la siguiente causa: que la virtud magnética no se extiende más allá de la distancia de cuatro millas y que el mineral que actúa sobre la piedra en las entrañas de la tierra y en el mar, hasta unas seis leguas fuera de la costa, no se halla extendido por todo el globo, sino que termina en los límites de los dominios del rey; y era fácil para un príncipe, con la gran ventaja de tan superior posición, someter a la obediencia a cualquier región que estuviese dentro de la zona de atracción del imán.

Cuando se coloca la piedra paralela al plano del horizonte, la isla se queda inmóvil; porque en ese caso sus extremos, al estar a igual distancia de la tierra, actúan con igual fuerza, el uno atrayendo hacia abajo, el otro empujando hacia arriba, y por consiguiente no se produce ningún movimiento.

Esta magnetita está bajo el cuidado de ciertos astrónomos que, de vez en cuando le dan la posición que el monarca les ordena. Pasan la mayor parte de sus vidas observando los cuerpos celestes, lo que hacen con ayuda de lentes muchísimo más potentes que las nuestras. Porque aunque sus telescopios más grandes no sobrepasan los tres pies, amplían infinitamente más que los nuestros de cien yardas, a la vez que muestran las estrellas con mucha más claridad. Esta ventaja les ha permitido extender los descubrimientos bastante más que nuestros astrónomos europeos; porque han elaborado un catálogo de diez mil estrellas fijas, mientras que los nuestros más completos sólo registran una tercera parte. Han descubierto asimismo dos estrellas menores, o «satélites», que orbitan alrededor de Marte, de los que el interior dista del centro del planeta primario exactamente tres diámetros suyos, y el exterior cinco; el primero describe su órbita en espacio de diez horas, y el segundo en veinticuatro y media; de manera que el cuadrado de sus tiempos periódicos es más o menos proporcional al cubo de su distancia al centro de Marte, lo que evidentemente demuestra que están gobernados por la misma ley de gravitación que influye en el resto de los cuerpos celestes.

Han descubierto noventa y tres cometas diferentes. Si es verdad eso (y ellos afirman con gran seguridad que lo es), sería muy de desear que hicieran públicas sus observaciones, por donde la teoría de los cometas, que en la actualidad es muy floja y defectuosa, podría llevarse a la perfección de otras áreas de la astronomía.

El rey sería el príncipe más absoluto del universo si consiguiese que se le uniera un cuerpo de ministros; pero estos tienen sus posesiones abajo en el continente, y considerando que el cargo de favorito es un puesto muy inseguro, nunca consentirán que se esclavice su país.

Si una ciudad se lanza a una rebelión o motín, promueve tumultos violentos o se niega a pagar el tributo habitual, el rey tiene dos formas de reducirla a la obediencia. El primero y más suave procedimiento es estacionar la isla sobre esa ciudad y las tierras de alrededor, con lo que las privará del beneficio del sol y de la lluvia, y consiguientemente afligirá a los habitantes con la escasez y las enfermedades. Y si el delito lo merece, descargará al mismo tiempo sobre ellos una lluvia de grandes piedras,

contra la que no tendrán otro modo de protegerse que refugiándose en cuevas o sótanos, mientras se hunden y derrumban los tejados de sus casas. Pero si persisten en su obstinación, o se les ocurre sublevarse, pasa al último remedio, consistente en dejar caer la isla directamente sobre sus cabezas, lo que causa la destrucción total de casas y hombres. Sin embargo, este es un extremo al que rara vez se ve obligado el príncipe a recurrir, ni desde luego desea poner en práctica: tampoco sus ministros se atreven a aconsejarle una acción que, al hacerlos odiosos a los ojos del pueblo, acarrearía gran daño a sus propias posesiones, que tienen abajo porque la isla es propiedad del rey.

Pero aún hay una razón de más peso por la que los reyes de este país han sido siempre contrarios a aplicar tan terrible medida, si no es por la más absoluta necesidad: que si el pueblo que quiere destruir tuviese peñascos, como suele ser el caso de las grandes ciudades, situación probablemente escogida desde el principio con idea de impedir tal catástrofe, o abundase en torres de campanario, o en columnas de piedra, una súbita caída podría poner en peligro el fondo o base de la isla, ya que aunque es, como he dicho, un solo diamante de doscientas yardas de grosor, podría agrietarse con tan fuerte golpe, o resquebrajarse al acercarse demasiado a los fuegos de las casas de abajo, como le ocurre a menudo a la base de hierro o de piedra de nuestras chimeneas. De todo lo cual está bien informada la gente, y sabe hasta dónde llevar su porfía tocante a su libertad y sus bienes. Y el rey, cuando se le desafía en exceso, ordena que la isla descienda con gran suavidad, como si simulase cariño hacia su pueblo; aunque en realidad es por temor a que se raje la base diamantina; en cuyo caso, es opinión de todos sus filósofos que la magnetita no podría sostenerla en alto, y la masa entera se vendría al suelo.

Unos tres años antes de mi llegada entre ellos, mientras el rey sobrevolaba sus dominios, ocurrió un accidente que casi puso punto final al destino de esa monarquía, al menos según se halla actualmente constituida. Lindalino, segunda ciudad del reino, fue la primera que su majestad visitó en su recorrido. Tres días después de abandonarla, los habitantes, que a menudo se quejaban de sufrir grandes opresiones, cerraron las puertas de la ciudad, detuvieron al gobernador, y con increíble

rapidez y trabajo erigieron cuatro grandes torres, una en cada esquina de la ciudad (que es un cuadrado exacto) igual de altas que un peñasco puntiagudo que se alza justo en el centro de la ciudad. Encima de cada torre, y también del peñasco, colocaron una gran magnetita; y por si fallaba este plan, pusieron gran cantidad del combustible más inflamable, con el propósito de hacer estallar la base diamantina de la isla si el recurso de las magnetitas salía mal.

El rey no tuvo cabal noticia de que los lindalineses se habían sublevado hasta ocho meses después. Entonces mandó situar la isla encima de la ciudad. La gente se había puesto de acuerdo y había almacenado provisiones, y un gran río atravesaba el centro de la ciudad. El rey estuvo estacionado encima de ellos varios días para privarles del sol y de la lluvia. Mandó que se bajasen multitud de bramantes, pero nadie quiso mandarle peticiones; sino, en vez de eso, osadas exigencias, reparaciones de agravios, grandes exenciones, poder elegir a su gobernador, y otros excesos. A lo cual su majestad ordenó a los habitantes de la isla que arrojasen grandes piedras desde la galería más baja a la ciudad; pero los ciudadanos se habían preparado para este daño trasladándose con sus efectos a las cuatro torres y otros edificios fuertes, y a las cámaras subterráneas.

El rey, decidido ahora a someter a este pueblo orgulloso, ordenó hacer descender la isla suavemente hasta cuarenta yardas del coronamiento de las torres. Se hizo así; pero los funcionarios encargados de estas operaciones hallaron que el descenso se efectuaba más deprisa de lo habitual, y girando la magnetita lograron, no sin gran dificultad, mantenerla en una posición estable; pero notaron que la isla tendía a caer. Se envió inmediata información de esta asombrosa novedad y pidieron permiso a su majestad para elevar más la isla; accedió el rey, se convocó un consejo general, y se ordenó a los funcionarios de la magnetita que estuviesen presentes. Se concedió permiso a uno de los expertos más viejos para que intentase un experimento. Cogió una cuerda resistente de cien yardas, y tras elevar la isla más arriba de la fuerza de atracción que sentían, ató en el extremo del cordel un trozo de diamante que tenía mezcla de mineral del hierro, de la misma naturaleza que el de la base o

superficie inferior de la isla, y desde la galería más baja fue soltándolo poco a poco hacia el coronamiento de una torre. No había bajado aún el diamante cuatro yardas, cuando el funcionario sintió que era atraído fuertemente hacia abajo, al extremo de que le resultaba muy difícil recobrarlo. Entonces arrojó varios trozos pequeños de diamante, y observó que todos eran atraídos violentamente por la cima de la torre. Hizo el mismo experimento en las otras tres, y en el peñasco, con el mismo efecto.

Este incidente desbarató por entero las medidas del rey, por lo que — para no alargarnos en más detalles— se vio forzado a conceder a la ciudad las condiciones que pedía.

Un importante ministro me aseguró que si la isla hubiera bajado tanto sobre la ciudad que no hubiese podido elevarse, los ciudadanos estaban decididos a fijarla para siempre, matar al rey y a todos sus funcionarios, y cambiar enteramente el gobierno.

Por una ley fundamental de este reino, ni al rey ni a ninguno de sus dos hijos mayores les está permitido abandonar la isla, ni a la reina hasta que haya pasado su edad de fecundidad.



Capítulo IV

El autor abandona Laputa, es llevado a Balnibarbi, llega a la metrópoli. Descripción de la metrópoli y alrededores. El autor es hospitalariamente acogido por un gran señor. Su conversación con dicho señor.

Aunque no puedo decir que recibiera mal trato en esta isla, debo confesar que me sentía demasiado ignorado, y en cierto modo menospreciado. Porque ni el príncipe ni la gente parecían tener curiosidad por ninguna área del saber, salvo las matemáticas y la música, en las que yo estaba muy por debajo de su nivel; y por esa razón se me tenía muy poco considerado.

Por otra parte, una vez vistas todas las curiosidades de la isla, tenía muchas ganas de abandonarla, ya que estaba bastante cansado de esa gente. Eran, desde luego, excelentes en dos ciencias que tengo en gran estima, y de las que no carezco de nociones, pero al mismo tiempo son tan abstraídos y están tan absortos en sus especulaciones que como compañía jamás he conocido a nadie más antipático. Durante los dos meses de mi estancia allí sólo conversé con mujeres, comerciantes, zurradores y pajes de la corte, por lo que al final me sentí claramente despreciado; sin embargo, esta gente fue la única de la que pude recibir respuesta razonable.

Había conseguido con arduo estudio un buen nivel de conocimientos de su lengua; estaba cansado de vivir confinado en una isla donde recibía

tan poco favor, y resolví abandonarla a la primera ocasión.

Había un gran señor en la corte, muy cercano al rey y, por ese solo motivo, tratado con respeto. Se le consideraba de manera general como la persona más ignorante y estúpida de todos ellos. Había prestado muchos y destacados servicios a la corona, tenía grandes cualidades naturales y adquiridas, y lo adornaban la integridad y el sentido del honor; pero tenía tan mal oído para la música que sus detractores contaban que a menudo marcaba el compás donde no correspondía. Los profesores no habían conseguido sino con mucha dificultad enseñarle a demostrar la más sencilla proposición matemática. Y se dignaba tener multitud de atenciones conmigo; a menudo me honraba con su visita, me pedía que le hablase de las cosas de Europa, de las leyes y las costumbres, de los hábitos y educación de los diversos países que yo había visitado. Y me escuchaba con gran atención, y hacía muy atinados comentarios sobre cuanto yo decía. Le tenían asignados dos zurradores, pero nunca hacía uso de ellos, salvo en la corte y en las visitas de ceremonia; y cuando estábamos a solas los dos les mandaba siempre que se retirasen.

A este ilustre personaje le rogué que intercediera por mí ante su majestad para que me concediese licencia para irme, cosa que hizo con pesar, como tuvo a bien contarme; porque, efectivamente, me había hecho muchos y muy ventajosos ofrecimientos que, no obstante, rechacé manifestándole todo mi agradecimiento.

El día 16 de febrero me despedí de su majestad y de la corte. El rey me hizo un regalo por valor de unas doscientas libras inglesas, y mi protector, pariente suyo, otro igual, junto con una carta de recomendación para un amigo suyo de Lagado, la metrópoli; dado que la isla se hallaba sobre una montaña a unas dos millas de ella, me bajaron de la galería inferior de la misma manera que habían subido.

El continente, la parte sometida al monarca de la Isla Volante, recibe el nombre general de Balnibarbi; y la metrópoli, como ya he dicho, se llama Lagado. Sentí cierta satisfacción al encontrarme en suelo firme. Me dirigí a la ciudad sin preocupación, vestido como los del país, y suficientemente preparado para entenderme con ellos. No tardé en dar con el domicilio de la persona a la que iba recomendado; presenté la carta de su amigo el

grande de la isla, y fui recibido con toda amabilidad. Este gran señor, llamado Munodi, ordenó que preparasen para mí un aposento en su propia casa, donde seguí alojado durante mi estancia, y fui acogido de la manera más hospitalaria.

A la mañana siguiente de mi llegada me llevó en su faetón a ver la ciudad, que es como la mitad de Londres, aunque los edificios son de una construcción muy rara, y la mayoría no tienen arreglo. La gente de las calles caminaba deprisa, con expresión extraviada, la mirada fija y las ropas harapientas por lo general. Cruzamos una de las puertas de la ciudad y salimos unas tres millas hacia el campo, donde vi muchos campesinos trabajando la tierra con varias clases de aperos; pero no conseguía adivinar qué hacían exactamente; tampoco notaba que hubiese vestigios de cereal o de hierba, aunque el suelo parecía excelente. No podía por menos de admirar el singular aspecto de la ciudad y el campo; y armándome de osadía, pedí a mi guía que me explicase qué significaba tanto afán como denotaban las cabezas, las manos y los rostros en las calles y en el campo, porque no veía que produjesen ningún buen efecto, sino al contrario, nunca había visto una tierra tan mal cultivada, ni unas casas tan mal diseñadas y ruinosas, ni una gente cuyos semblantes e indumentaria reflejaran tanta necesidad y miseria.

Este lord Munodi era una persona de primera categoría, y hacía unos años que era gobernador de Lagado; pero una camarilla de ministros lo había destituido por incompetente. No obstante, el rey lo trataba con afecto, como a una persona honesta, aunque de escasa y desdeñable inteligencia.

Cuando le hice esa franca censura del país y sus habitantes, me dijo por toda respuesta que no llevaba viviendo entre ellos el tiempo suficiente para formarme un juicio, y que las diferentes naciones del mundo tenían diferentes costumbres, con algún otro tópico del mismo tenor. Pero cuando regresamos a su palacio me preguntó qué me parecía el edificio, qué absurdos observaba, y qué pegas encontraba a la indumentaria y aspecto de la servidumbre. Podía preguntar sin temor, porque todo a su alrededor era magnífico, ordenado y distinguido. Contesté que la prudencia, la calidad y la fortuna de su excelencia le habían evitado caer en los defectos que la

insensatez y la miseria habían producido en otros. Entonces me dijo que si lo acompañaba a su casa de campo, a unas veinte millas, donde tenía su alquería estaríamos más a gusto para esta clase de conversación. Dije a su excelencia que me considerase a su entera disposición; y allí nos dirigimos a la mañana siguiente.

Durante el trayecto me hizo observar los diversos métodos que los labradores utilizaban para trabajar su tierra, para mí totalmente inexplicables; porque, salvo en poquísimos lugares, no descubrí una sola espiga de trigo ni hoja de hierba. Pero cuando ya llevábamos tres horas de viaje, el paisaje cambió por completo; entramos en una comarca de lo más hermosa; con casas de agricultores a poca distancia unas de otras, esmeradamente construidas, los campos cercados con viñedos, trigales y pastos. No recuerdo haber visto un escenario más encantador. Su excelencia observó que se me iluminaba el semblante; y me dijo, con un suspiro, que aquí empezaba su propiedad, y que continuaría igual hasta que llegáramos a la casa. Que sus compatriotas lo ridiculizaban y menospreciaban porque no llevaba mejor sus intereses, y por dar tan mal ejemplo al reino, el cual seguían muy pocos, sólo los viejos, los tercios y los débiles como él.

Llegamos finalmente a la casa, que efectivamente era un noble edificio, construido según las mejores reglas de la antigua arquitectura. Las fuentes, jardines, paseos, avenidas y arboledas, estaban dispuestos con exquisito gusto y discernimiento. Yo le alababa debidamente todo lo que veía, pero su excelencia no hizo el menor comentario hasta después de la cena, momento en que, sin la presencia de terceros, me contó con expresión triste que creía que debía derribar su casa de la ciudad y la del campo, y volverlas a hacer conforme a la moda actual, destruir los cultivos e iniciar otros según dictaba la moderna usanza; y dar las mismas instrucciones a sus colonos, si no quería que le tildasen de orgulloso, extravagante, afectado, ignorante, caprichoso, y aumentar quizá el desagrado de su majestad.

Que la admiración que parecía suscitar en mí cesaría, o disminuiría, cuando me informase de algunos detalles, de los que probablemente no había oído hablar en la corte, dado que la gente allí andaba demasiado

absorta en sus propias meditaciones para hacer caso de lo que ocurría aquí abajo.

La sustancia de su discurso fue la siguiente: que hacía unos cuarenta años, ciertas personas subieron a Laputa, bien por negocios o bien por diversión, y tras cinco meses de estancia, regresaron con muy pocos conocimientos de matemáticas, pero llenos de espíritu volátil adquirido en esa región aérea. Que estas personas, a su vuelta, empezaron a mostrar desagrado por la manera con que se hacía todo aquí abajo, y a hacer planes para fundamentar las artes, las ciencias, las lenguas y la mecánica sobre una nueva base. Con este fin solicitaron un privilegio real para crear en Lagado una academia de PROYECTISTAS; y tan fuertemente se impuso el capricho en la gente, que no hay pueblo de importancia en el reino que no tenga tal academia. En estos colegios, los profesores elaboran nuevos sistemas y modelos de construcción y de agricultura, así como nuevas herramientas e instrumentos para todas las profesiones y oficios con los que, como ellos prometen, un hombre realizará el trabajo de diez. En una semana se puede erigir un palacio con materiales tan resistentes que pueden durar eternamente sin necesidad de reparación; los frutos de la tierra madurarán en la época del año que se quiera, y su producción aumentará cien veces la de ahora; así como una infinidad de venturosas propuestas más. El único inconveniente es que ninguno de estos proyectos se ha llevado todavía a la perfección; y entretanto, el campo entero permanece lamentablemente yermo, las casas se hallan en ruinas y la gente se encuentra sin ropas y sin alimentos. Ante esto, en vez de desanimarse, se muestran cincuenta veces más encendidamente empeñados en proseguir sus proyectos, igualmente empujados por la esperanza y la desesperación. Que en cuanto a él, que no era de espíritu emprendedor, se contentaba con seguir los métodos antiguos, vivir en las casas que sus antecesores habían construido, y comportarse como se habían comportado ellos en todas las facetas de la vida sin introducir innovaciones. Que otras personas de calidad y de la aristocracia habían hecho lo mismo, aunque se las miraba con menosprecio y aversión, como enemigas del arte, ignorantes, y contrarias al bienestar común, que prefieren su propia comodidad y apatía al progreso general de su país.

Su señoría añadió que de ninguna manera quería estropear con más detalles el placer que sin duda me proporcionaría visitar la gran academia, a la que estaba dispuesto a llevarme. Y se limitó a indicarme que me fijase en un edificio en ruinas que había en la ladera de una montaña, a unas tres millas de distancia, del que me contó lo siguiente: que él tenía un molino muy práctico a media milla de su casa, movido por un brazal de un gran río, suficiente para su familia, así como para gran número de colonos. Que hacía siete años, una comitiva de estos proyectistas fueron a verlo, con la oferta de demoler dicho molino, y construir otro en la ladera de esa montaña, en cuyo lomo habría que excavar un canal largo para depósito de agua, que habría que conducir mediante tuberías e ingenios para abastecer al molino; porque el viento y el aire en esas alturas agitaban el agua, con lo que la hacían más apta para el movimiento, y porque al bajar por la pendiente harían girar el molino con la mitad del caudal de un río, cuyo curso discurre más llano. Dijo que como en aquel entonces no estaba muy bien con la corte, y lo presionaban muchos amigos, accedió a dicha proposición; y después de tener trabajando a un centenar de hombres durante dos años, la obra fracasó, y los proyectistas se fueron —echándole toda la culpa a él y denostándolo desde entonces— a incordiar a otros con el mismo experimento, con iguales garantías de éxito, y con igual resultado.

Unos días después volvimos a la ciudad; y su excelencia, consciente de la mala reputación que tenía en la academia, no quiso acompañarme, sino que me recomendó a un amigo suyo para que lo hiciese. Milord se complació en presentarme como un gran admirador de proyectos, y persona de mucha curiosidad y fácil de convencer; lo que, desde luego, no dejaba de ser verdad; porque en mis tiempos mozos había sido proyectista en cierto modo.



Capítulo V

*Se permite al autor visitar la Ilustre Academia de Lagado.
Amplia descripción de la Academia. Artes a las que en ella
se dedican los profesores.*

Esta academia no ocupa un único edificio, sino varias casas sucesivas a ambos lados de una calle que, al ir deteriorándose, fueron compradas y destinadas a dicho uso.

Fui amabilísimamente recibido por el director, y estuve yendo muchos días a la academia. Cada aposento lo ocupa uno o más proyectistas; y creo que no estuve en menos de quinientos aposentos.

El primer hombre que vi era de tipo flaco, con las manos y la cara manchadas de hollín, barba y cabellos largos, desordenados, y chamuscados en varios sitios. Las ropas, la camisa y la piel eran del mismo color. Hacía ocho años que trabajaba en un proyecto para extraer rayos de sol de los pepinos; y había que guardarlos en frascos sellados herméticamente, y sacarlos para calentar el aire en los veranos crudos e inclementes. Me dijo que no dudaba que en ocho años más podría abastecer de sol el parque del gobernador a un coste razonable; pero se quejó de que las cantidades almacenadas fueran escasas, y me rogó que le diese algo a modo de contribución al fomento de la inventiva, sobre todo teniendo en cuenta lo caros que estaban los pepinos en esta época. Le hice una pequeña donación, ya que milord me había provisto de dinero para este fin; dado que conocía la práctica de pedir a todo el que los visitaba.

Entré en otra cámara, pero me eché rápidamente atrás, asaltado por un olor nauseabundo. Mi guía me empujó adentro, suplicándome en voz baja que no dijese nada ofensivo, que podían tomarlo como un gran agravio; así que no me atreví a taparme la nariz. El proyectista de esta celda era el investigador más antiguo de la Academia. Su rostro y su barba eran de un amarillo pálido; y tenía las manos y las ropas pringadas de porquería. Al ser presentados me dio un fortísimo abrazo (saludo del que con gusto le habría dispensado). Desde su incorporación a la Academia trabajaba en un procedimiento para reducir el excremento humano a su alimento original, separando las diversas partes, eliminando la tintura que recibe de la bilis, haciendo que exhale el olor, y quitándole la saliva. Recibía una asignación semanal de la sociedad, consistente en una vasija llena de excremento humano, del tamaño de un barril de Bristol.

Ví a otro ocupado en transmutar el hielo en pólvora por calcinación, quien me enseñó asimismo un tratado que había escrito, y pensaba publicar, sobre la maleabilidad del fuego.

Había un arquitecto de lo más ingenioso que había ideado un nuevo método de construir casas empezando por el tejado, edificando hacia abajo hasta los cimientos, proceso que me justificó por ser el practicado por dos prudentes insectos como son la abeja y la araña.

Había un ciego de nacimiento que tenía varios aprendices en su misma situación. El trabajo de estos consistía en confeccionar colores para pintores; colores que el maestro les enseñaba a distinguir por el tacto y el olor. Fue desde luego una mala suerte para mí, en esa ocasión, observar que no andaban muy acertados en lo aprendido, y que hasta el profesor se equivocaba por lo general; este artista es muy estimado y alentado por la institución entera.

En otro aposento, me sorprendió muy gratamente encontrar a un proyectista que había ideado una manera de arar la tierra con cerdos, de ahorrar gastos de arado, ganado y mano de obra. El método es el siguiente: en un acre de terreno se entierra, a seis pulgadas de distancia y ocho de profundidad, cierta cantidad de bellotas, dátiles, castañas y frutos por el estilo o de las hortalizas que más les gustan a estos animales: luego sueltas en ese campo seiscientos o más ejemplares, y en pocos días, buscando

alimento, dejan la tierra completamente levantada, y preparada para la siembra, a la vez que estercolada con sus excrementos; lo cierto, como han comprobado experimentalmente, es que el coste y el engorro eran considerables, y que al final encontraron poco o nada que cosechar. Sin embargo, no hay duda de que la invención es susceptible de grandes mejoras.

Entré en otra sala cuyas paredes y techo estaban cubiertos de telarañas, salvo un estrecho pasillo por donde salía y entraba el artista. Al asomarme yo me gritó que no tocara las telarañas. Lamentó el error fatal en el que vivía el mundo desde hacía tiempo, de utilizar gusanos de seda, cuando teníamos tantísimos insectos domésticos que los aventajaban infinitamente, porque dominaban tanto el arte de tejer como el de hilar. Y afirmaba además que empleando arañas se podía ahorrar el coste de teñir sedas; cosa de la que me dejó totalmente convencido cuando me enseñó una inmensa cantidad de moscas de hermosísimos colores con las que alimentaba a las arañas, asegurándonos que las telarañas tomarían la tintura de ellas; y como las tenía de todos los matices, esperaba satisfacer los gustos de todo el mundo en cuanto encontrase el alimento apropiado para las moscas, de ciertas resinas, aceites y otras sustancias pegajosas, para dar fuerza y consistencia a los hilos.

Había un astrónomo que se había propuesto colocar un reloj de sol en la gran veleta del ayuntamiento, ajustándole los movimientos anuales y diurnos de la tierra y el sol, a fin de que se correspondiesen y coincidiesen con los giros eventuales debidos al viento.

Me iba quejando yo de un dolorcillo de cólico, y mi guía me llevó a un aposento donde residía un gran físico que tenía fama de curar esa enfermedad mediante operaciones opuestas a la función de este aparato, con un gran fuelle que tenía, dotado de un canuto largo y delgado tallado en marfil. Introducía el canuto unas ocho pulgadas por el ano; y aseguraba que extrayendo el viento lo mismo podía vaciar las tripas como secar la vejiga. Pero cuando la enfermedad era persistente y violenta, metía el canuto con el fuelle lleno de aire, y lo vaciaba en el cuerpo del paciente; a continuación retiraba el instrumento y lo volvía a llenar, mientras aplicaba fuertemente el pulgar sobre el orificio anal; y tras repetir la operación tres

o cuatro veces, el aire adventicio salía con fuerza, arrastrando consigo el mal (como el agua del interior de una bomba), y entonces el paciente se recupera. Yo le vi aplicar ambos experimentos a un perro; aunque en el primero no observé que tuviera ningún efecto. Después, en el segundo, el animal se puso como a punto de reventar, y soltó una violenta descarga de lo más ofensiva para mí y mis acompañantes. El perro murió en el acto, y dejamos al doctor esforzándose en devolverlo a la vida mediante la misma operación.

Visité muchas otras salas, pero en aras de la brevedad no voy a aburrir al lector con todas las curiosidades que vi.

Hasta aquí había visto sólo un lado de la Academia, ya que el otro estaba reservado a los pioneros del saber especulativo, de los que diré algo cuando haya hecho mención de un ilustre personaje más, conocido entre ellos como «el artista universal». Nos dijo que llevaba treinta años dedicando sus capacidades mentales al mejoramiento de la vida humana. Tenía dos grandes estancias repletas de curiosidades maravillosas, y cincuenta hombres trabajando. Unos convertían el aire en una sustancia seca tangible extrayéndole el nitro y filtrando las partículas acuosas o fluidas; otros ablandaban mármol para hacer almohadas y acericos; otros petrificaban las pezuñas de un caballo vivo para evitar que se despeasen. El artista estaba en esos momentos ocupado en dos grandes proyectos; el primero era sembrar la tierra de cascarilla, en la que afirmaba que se contenía la auténtica virtud seminal, como había demostrado con varios experimentos que no tengo suficiente capacidad para comprender. El otro consistía en aplicar externamente a dos corderos lechales cierta mezcla de gomas, minerales y vegetales para impedir que les saliera lana, con lo que esperaba difundir por todo el reino, en un plazo razonable, la raza de oveja pelada.

Cruzamos un paseo y nos dirigimos al otro lado de la Academia, donde, como he dicho, residían los proyectistas del saber especulativo.

El primer profesor que vi estaba en una amplísima estancia, con cuarenta alumnos a su alrededor. Tras los saludos, al ver que observaba atentamente un marco que ocupaba la mayor parte del ancho y largo del aposento, dijo que quizá me asombrara verlo ocupado en un proyecto para

mejorar la enseñanza especulativa con trabajos prácticos y mecánicos; pero que no iba a tardar el mundo en darse cuenta de su utilidad; y se jactaba de que jamás había brotado pensamiento más noble y exaltado del cerebro de nadie. Todos sabían cuán laborioso es el método habitual de dominar las artes y las ciencias; mientras que, con su invención, el sujeto más ignorante, con un desembolso razonable, y un pequeño esfuerzo físico, podía escribir libros de filosofía, poesía, política, derecho, matemáticas y teología sin asistencia ninguna de genio o de estudio. Seguidamente me llevó al marco, en cuyos lados se hallaban en fila todos sus discípulos. Tenía veinte pies cuadrados, y estaba colocado en medio de la habitación. Su superficie la componían diversos tacos de madera, del tamaño de un dado, aunque unos más grandes que otros. Estaban ensartados todos con alambres delgados. Estos tacos de madera tenían las caras cubiertas con papeles pegados; y en esos papeles estaban escritas todas las palabras de su lengua en los diversos modos, tiempos y declinaciones; pero sin orden. El profesor me pidió que prestase atención, ya que iba a poner en marcha el ingenio. Los discípulos, a una orden suya, cogieron cada uno una manivela de hierro, de las que había cuarenta alrededor del marco; y al darles súbitamente una vuelta cambió la disposición de las palabras. Entonces mandó a treinta y seis muchachos que leyesen despacio varios renglones, según aparecían en el marco; y donde encontraban tres o cuatro palabras juntas que podían formar parte de una frase, las dictaban a los cuatro muchachos restantes que eran los escribientes. Repitieron esta operación tres o cuatro veces, y a cada giro, el ingenio estaba ideado de tal modo que las palabras se desplazaban a nuevos sitios, conforme los cuadrados de madera se volvían boca abajo.

Estos jóvenes estudiantes dedicaban seis horas al día a esta tarea, y el profesor me enseñó volúmenes en folio mayor ya recogidos con frases incompletas que tenía intención de ensamblar y, de ese rico material, ofrecer al mundo un corpus completo de las artes y las ciencias; lo que, sin embargo, aún podía mejorarse, y acelerarse si el público aportaba fondos para construir y poner en funcionamiento cuatrocientos marcos de estos en Lagado, y obligar a los directores a aportar sus diversas recopilaciones.

Me aseguró que este invento le había acaparado todo su pensamiento desde sus tiempos jóvenes; que había vaciado el vocabulario entero en ese marco, y había hecho el más riguroso cálculo de la proporción general que hay en los libros entre el número de partículas, nombres, verbos y otras partes de la oración.

Di humildemente las gracias a este ilustre personaje por su gran franqueza; y prometí, si alguna vez tenía la suerte de volver a mi país natal, que le haría justicia como inventor único de esta máquina prodigiosa, cuya forma y disposición pedía permiso para dibujar en un papel. Le dije que, aunque era costumbre de nuestros sabios europeos robarse inventos los unos a los otros, con lo que se tenía al menos la ventaja de convertir en controversia la cuestión de quién era el dueño verdadero, me tomaría todo el cuidado para que la honra fuera indiscutiblemente suya.

Luego fuimos a la escuela de lenguas, donde tres profesores se hallaban reunidos en consulta sobre cómo mejorar la del país.

El primer proyecto consistía en abreviar el discurso reduciendo los polisílabos a monosílabos, y suprimiendo las conjugaciones y los participios; porque en realidad todas las cosas imaginables son sólo nombres.

El otro era un procedimiento para suprimir toda clase de palabras; lo que se recomendaba como una gran ventaja en lo que se refería a la salud, así como a la brevedad. Porque está claro que cada palabra que pronunciamos supone cierta merma de nuestros pulmones por oxidación, lo que consiguientemente contribuye a acortar la vida. Por tanto se ofrecía un expediente: que dado que las palabras sólo son nombres de *cosas*, lo más práctico para todos era llevar encima las cosas necesarias para expresar el asunto concreto sobre el que se tiene que hablar; invención que sin duda se habría llevado a la práctica, para gran comodidad, y beneficio de la salud del sujeto, si las mujeres, conjuntamente con el vulgo y los analfabetos, no llegan a amenazar con sublevarse, a menos que se les concediese la libertad de hablar en la lengua de sus mayores; tan recalcitrante e irreconciliable enemigo de la ciencia es el común de la gente. Sin embargo, los más instruidos y sabios se adhieren al nuevo sistema de expresarse por *cosas*; lo que sólo tiene este inconveniente: que si el asunto de un hombre es muy

extenso y diverso estará obligado, en proporción, a ir con un gran surtido de *cosas* a la espalda, a menos que pueda permitirse la asistencia de dos fornidos criados. Yo he visto a menudo a dos de estos sabios casi doblados bajo el peso de sus fardos, como los buhoneros entre nosotros; y cuando se encuentran en la calle, sueltan la carga, abren sus sacos y se están conversando una hora seguida; luego vuelven a ensacar sus avíos, se ayudan mutuamente a cargar sus respectivos bultos, y se despiden.

Pero para las conversaciones breves uno puede llevar suficiente provisión de útiles en los bolsillos, o bajo el brazo; y si está en su casa, no le faltará con qué expresarse. Por todo ello, el aposento donde se reúne la tertulia que practica este arte está llena de toda clase de *cosas*, dispuestas a mano, a fin de facilitar material necesario para esta clase de conversación artificial.

Otra gran ventaja que ofrecía esta invención era que servía de lengua universal, comprendida en todas las naciones civilizadas, cuyas mercancías y utensilios son generalmente del mismo género, o muy parecido, de manera que su uso se podía entender sin dificultad. Y de esta manera los embajadores estarían en condiciones de tratar con príncipes o ministros extranjeros cuyas lenguas ignorasen.





Dos sabios... como buhoneros entre nosotros

Estuve en la escuela de matemáticas, donde el maestro enseñaba a sus alumnos con un método difícilmente imaginable en Europa. Se escribían con claridad la proposición y la demostración en una oblea delgada, con tinta elaborada con tintura cefálica. El estudiante se la tragaba con el estómago en ayunas, y durante los tres días siguientes no tomaba más que pan y agua. Al digerir la oblea, la tintura le subía al cerebro, llevando consigo la proposición. Sin embargo, hasta ahora no se había logrado obtener ningún éxito, en parte por algún error en las cantidades o en la composición, y en parte por la terquedad de los muchachos, a los que les resulta tan repugnante ese bolo que suelen escabullirse disimuladamente, y lo evacuan por arriba antes de que pueda actuar; por otro lado, tampoco se les ha podido convencer para que practiquen la larga abstinencia que la prescripción requiere.



Capítulo VI

Más sobre la Academia. El autor propone mejoras que son honrosamente acogidas.

En la escuela de proyectistas políticos, sin embargo, fui mal atendido: los profesores, en mi opinión, estaban completamente chiflados, espectáculo que nunca deja de producirme tristeza. Los desdichados proponían planes para convencer a los monarcas de que escogieran favoritos por su sabiduría, capacidad y virtud; favoritos que enseñasen a los ministros a consultar el bien público; que recompensasen el mérito, el talento y los servicios eminentes; que instruyesen a los príncipes en el conocimiento de su interés verdadero y a colocarlo en el mismo plano que el de su pueblo; que escogiesen para los cargos a personas capacitadas para ejercerlos, con muchas otras quimeras descabelladas e imposibles que jamás ha llegado nadie a concebir, y que me confirmaron el viejo dicho de que nada hay tan extravagante e irracional que no lo haya defendido algún filósofo como verdad.

No obstante, debo hacer justicia a esta parte de la Academia, reconociendo que no todos eran tan visionarios. Había un sapientísimo doctor que parecía muy versado en la entera naturaleza y sistema de gobierno. Este ilustre personaje había dedicado provechosamente sus estudios a hallar remedios eficaces contra todas las enfermedades y corrupciones a las que están expuestas las diversas formas de administración pública causa de los vicios y debilidades de los que

gobiernan, así como de la licenciosidad de los gobernados. Por ejemplo, dado que todos los escritores y razonadores coinciden en que hay una estricta y universal semejanza entre el cuerpo natural y el político, ¿puede haber nada más evidente que el que deba preservarse la salud del uno y el otro, y curar sus enfermedades con las mismas prescripciones? Es cosa admitida que los senados y los grandes consejos sufren frecuentes trastornos debido a humores excesivos, exuberantes y de otro género, además de numerosas enfermedades de la cabeza, y más del corazón, junto con fuertes convulsiones, graves contracciones de los nervios y tendones de ambas manos, y en especial de la derecha; con hipocondrías, flatos, vértigos y delirios; con tumores escrofulosos llenos de materia fétida y purulenta; con eructos agrios y espumajeados, con apetitos caninos y digestiones trabajosas, aparte de muchos otros males que no hace falta mencionar. Así que este doctor proponía que cuando un senado iniciase sus sesiones, asistiesen ciertos físicos en los tres primeros días, y al terminar los debates de cada día tomasen el pulso a los senadores; después de lo cual, y de estudiar y consultar maduradamente la naturaleza de las diversas afecciones, y los medios de curación, volvieran al cuarto día a la cámara del senado acompañados de sus boticarios provistos con las medicinas adecuadas, y antes de que los miembros se sentasen, les administrasen a cada uno el lenitivo, aperitivo, abstergente, corroyente, restringente, paliativo, laxante, cefalálgico, icterico, ótico o apoflemático que requiriese cada caso; y conforme fueran haciendo efecto dichas medicinas, repetir las, cambiarlas o suprimirlas en la siguiente asamblea.

El proyecto no podía suponer un gran gasto para el erario público, y en mi humilde opinión sería de mucha utilidad para resolver asuntos en aquellos países en los que el senado tiene participación en el poder legislativo; generar unanimidad, abreviar debates, abrir las pocas bocas que están cerradas, y cerrar las muchas que están abiertas; refrenar la petulancia de los jóvenes, y corregir la terquedad de los viejos, estimular a los estúpidos y moderar a los insolentes.

Además, dado que existe la queja general de que los favoritos de los príncipes adolecen de frágil y corta memoria, este mismo doctor proponía que quienquiera que fuese recibido por un primer ministro, después de

exponer su asunto con la mayor brevedad y en los términos más sencillos, al retirarse debía darle a dicho ministro un tirón en la nariz y un puntapié en la tripa, o pisarle un callo, o tirarle tres veces de ambas orejas, o hincarle un alfiler en el trasero, o darle un pellizco el brazo que le deje moretones, a fin de impedir que se olvide; y repetir la misma operación en cada audiencia, hasta que resuelva el asunto, o lo rechace de manera definitiva.

Asimismo, enseñaba que cada senador del gran consejo de una nación, tras exponer su opinión y aducir las razones en su defensa, debería estar obligado a emitir su voto en contra; porque si se aprobaba, su resultado acabaría indefectiblemente en bien del público.

Cuando los partidos de un estado son violentos, proponía un medio maravilloso para reconciliarlos; era el método siguiente: coges cien dirigentes de cada partido; los distribuyes por parejas procurando que las cabezas sean lo más parecidas de tamaño; luego haces que dos esmerados cirujanos les sierren el occipucio a cada pareja a la vez, de manera que el cerebro quede idénticamente dividido. A continuación intercambias los occipucios seccionados, ajustando cada uno a la cabeza del miembro del partido opuesto. Al parecer, se trata verdaderamente de un trabajo de cierta precisión; pero el profesor nos aseguró que si se ejecuta con destreza, la curación está garantizada: porque sostiene que dejando que los dos medios cerebros debatan el asunto entre sí en el interior de un mismo cráneo, llegarán en seguida a un entendimiento, y producirán esa moderación, así como la regularidad de pensamiento que tanto se desea en la cabeza de quienes se imaginan que vienen al mundo únicamente a vigilar y gobernar su movimiento; y en cuanto a la diferencia en cantidad o cualidad de los cerebros de quienes son dirigentes de una facción, el doctor nos aseguró que, por lo que él sabía, era una completa bagatela.

Presenció un encendido debate entre dos profesores, sobre el modo y manera más eficaz y conveniente de recaudar dinero sin agobiar al súbdito. El primero afirmaba que el método más justo era aplicar cierto impuesto al vicio y al desenfreno, y la cantidad señalada para cada hombre debía establecerla con toda imparcialidad un jurado de vecinos suyos. El segundo era de opinión diametralmente opuesta: gravar aquellas

cualidades corporales e intelectuales por las que más se valora a los hombres; la cuantía debía ser más o menos acorde con los grados de valía, cuya determinación se dejaría enteramente a criterio del interesado. El impuesto más alto recaería en los más grandes favoritos del otro sexo, y las tasas serían acordes con el número y naturaleza de los favores recibidos, para lo que se les permitiría ser sus propios garantes. Asimismo, proponía que se gravasen considerablemente el ingenio, el valor y la cortesía, y se recaudase de la misma manera, dando cada persona palabra de la cuantía de su peculio. Pero en cuanto al honor, la justicia, el juicio y el saber, no debían gravarse en absoluto; porque son méritos de carácter tan singular que nadie los reconocerá en su vecino ni los valorará en sí mismo.

A las mujeres se proponía que se las gravase de acuerdo con su belleza y su gusto en el vestir; en lo que tenían el mismo privilegio que los hombres, de determinarlo a su propio juicio. Pero no se les debía gravar la constancia, la castidad, la sensatez, y el buen carácter, porque no compensaba el coste de cobrarles.

A fin de que los senadores guardasen el interés de la corona, se proponía que los miembros se rifaran los cargos, prestando previamente juramento cada hombre, y garantizando que votaría a favor de la corte, tanto si ganaba como si no; tras lo cual los perdedores tenían a su vez libertad para rifarse la siguiente plaza vacante. De este modo se mantendrían vivas la esperanza y la expectación; ninguno se quejaría de promesas incumplidas, sino que atribuiría su decepción enteramente a Fortuna, cuyos hombros son más anchos y fuertes que los de un ministro.

Otro profesor me enseñó un largo documento con instrucciones para descubrir tramas y conspiraciones contra el gobierno. Aconsejaba a los grandes estadistas que estudiaran la dieta de todas las personas sospechosas, sus horas de comida, de qué lado se acostaban, y con qué mano se limpiaban el trasero; que examinasen sus excrementos, y a partir del color, olor, sabor, consistencia y crudeza o madurez de la digestión, extrajesen una idea de sus pensamientos y propósitos. Porque los hombres nunca son tan serios, cuidadosos y atentos como cuando hacen del cuerpo, lo que descubrió él con frecuentes experimentos; porque en tales aprietos,

cuando meditaba, sólo a manera de prueba, en cuál era la mejor manera de asesinar a un rey, sus heces adquirirían un tinte verdoso, y otro totalmente diferente cuando pensaba en levantar una insurrección o incendiar la metrópoli.

El discurso entero estaba escrito con gran perspicacia y contenía multitud de observaciones curiosas y útiles para los políticos, aunque, a lo que me pareció, no era del todo completo. Me atreví a decírselo a su autor, y me brindé a facilitarle algún dato complementario si quería. Acogió mi proposición más receptivamente de lo que es habitual en los escritores, sobre todo los de la especie proyectista, declarando que le alegraría tener más información.

Le dije que en el reino de Tribnia, que los nativos llaman Langden, donde yo había vivido mucho tiempo, la mayoría del pueblo la formaban descubridores, testigos, denunciadores, acusadores, demandantes, testigos, juradores, junto con sus diversos instrumentos serviles y subalternos, todos bajo los colores, conducta y sueldo de los ministros y sus delegados. Las intrigas de ese reino son habitualmente obra de esas personas, deseosas de acrecentar su fama de políticos profundos, dar nuevo vigor a una administración disparatada, sofocar o distraer el descontento general, llenar sus arcas con sanciones, y realzar o desprestigiar la opinión pública, según lo que más convenga a su beneficio personal. Primero acuerdan y establecen entre ellos qué personas sospechosas deben ser acusadas de intrigar; después se toman eficaces medidas para intervenir sus cartas y documentos, y encarcelar a sus poseedores. Se trasladan estos papeles a un grupo de expertos hábiles en desentrañar significados misteriosos en palabras, sílabas y cartas; por ejemplo, llegan a descubrir que un excusado puede significar un consejo privado; una manada de gansos, un senado; un perro lisiado, un invasor; una plaga, un ejército permanente; un buitre, un primer ministro; la gota, un alto sacerdote; una horca, un secretario de estado; un orinal, un comité de dignatarios; un cedazo, una dama de la corte; una escoba, una revolución; una ratonera, un cargo público; un pozo sin fondo, el Erario; una alcantarilla, una corte; un gorro con cascabeles, un favorito; una caña rota, un tribunal de justicia; un tonel vacío, un general; una llaga supurante, la administración.

Donde falla dicho método, tienen otros dos más eficaces, que los entendidos llaman acrósticos y anagramas. Primero, pueden traducir las letras iniciales a significados políticos. Así, la N significará una conspiración, la B un regimiento de caballería, la L una flota. Y en el segundo, transponiendo las letras del alfabeto de cualquier documento sospechoso se pueden desenmascarar las más oscuras maquinaciones de un partido descontento. Así, por ejemplo, si digo en una carta a un amigo que nuestro hermano Tom tiene almorranas, un experto en descifrado puede descubrir que las letras que forman dicha frase pueden descomponerse en las siguientes palabras: «Resiste —se ha destapado una conspiración— el viaje». Y este es el método anagramático.

El profesor me expresó su profundo agradecimiento por hacerle estas sugerencias, y prometió citarme honrosamente en su tratado.

No vi nada en este país que me invitase a alargar más tiempo la estancia, y empecé a pensar en volver a Inglaterra.



Capítulo VII

El autor abandona Lagado, llega a Maldonada. No hay ningún barco listo para zarpar. Efectúa un corto viaje a Glubbudrib. Su recibimiento por el gobernador.

El continente del que forma parte este reino se extiende, como tengo motivos para creer, hacia el este de esa región desconocida de América, al oeste de California y norte del Océano Pacífico, y no distará más de unas ciento cincuenta millas de Lagado; hay allí un buen puerto, y abundante comercio con la gran isla de Luggnagg, situada al noroeste unos 29 grados latitud norte, y 140 de longitud. Esta isla de Luggnagg se encuentra al sureste de Japón, a unas cien leguas de distancia. Hay una estrecha alianza entre el emperador japonés y el rey de Luggnagg, lo que proporciona numerosas ocasiones para navegar de una isla a la otra. Así que decidí dirigir mis pasos en esa dirección a fin de regresar a Europa. Alquilé dos mulas con un guía para que me mostrara el camino y llevara mi pequeño equipaje. Me despedí de mi noble protector, que tanto favor me había dispensado, y me hizo un espléndido regalo a mi partida.

Hice el viaje sin percances ni aventuras dignos de reseñar. Al llegar al puerto de Maldonada (que así se llama), no había en él ningún barco con destino a Luggnagg, ni parecía que fuera a haberlo durante algún tiempo. La ciudad es más o menos como Portsmouth de grande. No tardé en conocer gente, y fui muy hospitalariamente acogido. Un distinguido caballero me dijo que dado que no habría aparejados barcos con destino a

Luggnagg no hasta dentro de un mes, quizá no fuera mala distracción efectuar una excursión a la pequeña isla de Glubbdubdrib, unas cinco leguas al suroeste. Se ofrecieron a acompañarme él y un amigo, y dijeron que me proporcionarían un pequeño velero para el viaje.

Glubbdubdrib, según yo interpreto la palabra, significa Isla de Hechiceros o Magos. Su tamaño es como un tercio de la isla de Wight, y es extremadamente feraz; está gobernada por el jefe de cierta tribu, en la que todos son magos. En dicha tribu sólo se casan entre sí, y el de más edad, por riguroso orden, es príncipe o gobernador; tiene un noble palacio, y un parque de unos tres mil acres, rodeado por un muro de sillares, de veinte pies de alto. En este parque hay varios pequeños cercados para ganado, cereal y huerta.

El gobernador y su familia son atendidos y servidos por criados de una clase algo inusual porque, dado su dominio de las artes necrománticas, son capaces de llamar a quien le place de entre los muertos, y tenerlo a su servicio durante veinticuatro horas, aunque no más; tampoco puede volver a llamar a la misma persona durante tres meses, salvo en ocasiones sumamente excepcionales.

Cuando llegamos a la isla, que fue hacia las once de la mañana, uno de los caballeros que me acompañaban fue al gobernador y solicitó permiso para introducir a un extranjero que llegaba con el deseo de tener el honor de ser recibido por su alteza. Se le concedió inmediatamente, y cruzamos las tres puertas del palacio entre dos filas de soldados, armados y vestidos de manera extrañísima, y con unos semblantes que me erizaron la carne y me produjeron un horror que no soy capaz de expresar. Cruzamos varios aposentos, entre criados del mismo estilo, alineados a uno y otro lado como los soldados, hasta que llegamos a la cámara de audiencias donde, efectuadas tres profundas reverencias, y tras unas preguntas generales, se nos dio permiso para sentarnos en tres escabeles, junto al primer peldaño del trono de su alteza. Este conocía la lengua de Balnibarbi, aunque era distinta de la de su isla. Me pidió que le contase algo sobre mis viajes; y para hacerme comprender que debía tratarle sin ceremonia, despidió a los que le acompañaban con un movimiento de dedo, a lo cual, para gran asombro mío, desaparecieron instantáneamente como visiones de un sueño

cuando despertamos de repente. Estuve unos momentos sin poder recuperarme, hasta que el gobernador me aseguró que no iba a sufrir ningún daño. Y tras comentar mis dos compañeros, que habían sido acogidos a menudo de la misma manera, que no debía abrigar ningún temor, empecé a sentirme mejor, e hice a su alteza un breve resumen de mis diversas aventuras, aunque no sin cierta vacilación, y mirando de vez en cuando por encima del hombro, hacia el sitio donde había visto esos espectros asistentes. Tuve el honor de comer con el gobernador, donde un nuevo grupo de fantasmas sirvió la comida y atendió la mesa. Ahora me di cuenta de que me sentía menos asustado que por la mañana. Estuvimos hasta la puesta del sol; pero supliqué humildemente a su alteza que me excusase por no aceptar su invitación de alojarme en palacio. Paramos mis dos amigos y yo en una casa particular de la ciudad vecina, que es la capital de esta pequeña isla; y a la mañana siguiente volvimos a cumplimentar al gobernador, como se había dignado ordenarnos.

Así continuamos en la isla durante diez días, pasando la mayor parte del día con el gobernador, y retirándonos por la noche a nuestro alojamiento. En seguida me acostumbré a la visión de los espíritus, que a la tercera o cuarta vez dejaron de producirme emoción alguna; y si me quedaba algún temor, mi curiosidad pudo más. Porque su alteza el gobernador se me brindó a evocar a los difuntos que quisiese, fuera cual fuese su número, desde los principios del mundo hasta el presente día, para que contestasen a cuantas preguntas se me ocurrieran; con esta condición: que las preguntas debían circunscribirse a los límites del tiempo en que habían vivido. Y en una cosa podía confiar: que con toda certeza me dirían la verdad; porque la mentira era una habilidad inútil en el mundo inferior.

Expresé mi humilde agradecimiento a su alteza por tan grande favor. Estábamos en una cámara desde la que se dominaba una hermosa perspectiva del parque. Y dado que mi primer impulso fue solazarme con escenas de pompa y magnificencia, pedí ver a Alejandro Magno al frente de su ejército, justo después de la batalla de Arbelas, y a un gesto del gobernador con el dedo surgió al punto en un gran campo al pie de la ventana en la que estábamos. Alejandro fue llamado a la sala: me fue muy

difícil comprender su griego, y él entendió muy poco del mío. Me aseguró por su honor que no fue envenenado, sino que murió de unas fiebres por beber en exceso.

A continuación vi a Aníbal cruzando los Alpes, quien me dijo que no había una sola gota de vinagre en su campamento.

Vi a César y a Pompeyo al frente de sus tropas a punto de entablar batalla. Vi al primero en su último gran triunfo. Pedí que apareciese ante mí el senado de Roma en una gran cámara, y enfrente otra moderna de representantes. La primera parecía una asamblea de héroes y semidioses, la otra un hato de buhoneros, rateros, salteadores y camorristas.

El gobernador, a petición mía, hizo una seña a César y a Bruto para que se acercasen a nosotros. Me dominó un hondo sentimiento de respeto ante la visión de Bruto, y en cada rasgo de su semblante descubrí fácilmente la más consumada virtud, la más grande intrepidez y firmeza de espíritu, el más sincero amor a su país, y una benevolencia general para con la humanidad. Comenté, con gran placer, que había buen entendimiento entre ambos personajes; y César me confesó con franqueza que las más grandes acciones de su vida no igualaban ni de lejos la gloria de habérsela quitado. Tuve el honor de hablar largamente con Bruto, quien me dijo que sus antepasados, Junio, Sócrates, Epaminondas, Catón el Joven, sir Thomas Moro, y él mismo estaban perpetuamente juntos: sextumvirato al que todas las edades del mundo serán incapaces de añadir un séptimo.

Sería tedioso abrumar al lector con una relación de la infinidad de personajes ilustres que fueron evocados para satisfacer el insaciable deseo que yo tenía de ver el mundo desplegado ante mí en cada uno de los periodos de la antigüedad. Sobre todo me recreé viendo a los grandes destructores de tiranos y usurpadores, y a los que devolvieron la libertad a las naciones oprimidas y atropelladas. Pero es imposible expresar la satisfacción que sentí en mi interior de manera que resulte adecuada distracción para el lector.

Capítulo VIII

Más información acerca de Glubbudrib. Se corrige la historia antigua y moderna.

Dado que quería ver a los antiguos más famosos por su inteligencia y saber, reservé un día a tal propósito. Pedí que apareciesen Homero y Aristóteles a la cabeza de sus comentaristas; pero eran estos últimos tan numerosos que unos centenares tuvieron que quedarse en el patio y estancias adyacentes del palacio. Conocía y pude distinguir a primera vista a los dos héroes, no sólo entre la multitud, sino a uno del otro. Homero era el de figura más alta y gentil de los dos; caminaba muy erguido para su edad, y sus ojos eran los más vivos y penetrantes que he visto en mi vida. Aristóteles iba encorvado y utilizaba un cayado; tenía el rostro flaco, el cabello fino y lacio, y la voz cavernosa. En seguida descubrí que los dos eran totalmente desconocidos para el resto de los reunidos, y que nunca habían visto ni oído hablar de ellos. Y un espectro, que dejaré en el anonimato, me susurró que, en el mundo inferior, estos comentaristas se han mantenido siempre lo más apartados de sus principales, conscientes de su vergüenza y de su culpa, por haber tergiversado horriblemente lo que tales autores habían pretendido transmitir a la posteridad. Presenté a Dídimo y Eustacio a Homero, y logré que los tratase mejor quizá de lo que se merecían; porque en seguida se dio cuenta de que carecían de genio para penetrar el espíritu de un poeta. En cambio Aristóteles se impacientó

con Escoto y con Ramus, al presentárselos, y les preguntó si el resto de la tribu eran igual de zopencos que ellos.

Luego pedí al gobernador que evocase a Descartes y a Gassendi, de los que conseguí que explicasen sus sistemas a Aristóteles. Este gran filósofo reconoció libremente sus propios errores en filosofía natural, porque en muchos aspectos procedía por conjetura, como hacen todos los hombres; y encontró que Gassendi, que había hecho la doctrina de Epicuro lo más aceptable que podía, y los *torbellinos* de Descartes estaban igualmente desacreditados. Predijo el mismo destino a la *atracción*, de la que los actuales sabios son firmes defensores. Dijo que los nuevos sistemas de la naturaleza no eran sino modas que podían variar en cada época; e incluso los que pretendían demostrarlos mediante principios matemáticos gozaban de popularidad durante un breve periodo de tiempo, y caían en el olvido en cuanto este plazo expiraba.

Pasé cinco días conversando con muchos otros sabios antiguos. Vi a casi todos los emperadores romanos. Hice que el gobernador llamase a los cocineros de Heliogábalo para que nos prepararan una comida, aunque no pudieron exhibir todas sus habilidades por falta de materiales. Un ilota de Agesilao nos preparó una sopera de caldo espartano, aunque yo no fui capaz de tomar una segunda cucharada.

Los dos caballeros que me habían llevado a la isla, reclamados por sus asuntos personales, tuvieron que ausentarse tres días, tiempo que yo aproveché para entrevistarme con algunos difuntos modernos que habían sido las más grandes figuras durante los dos o tres últimos siglos en nuestro país y en otros lugares de Europa; y como yo había sido siempre gran admirador de las viejas dinastías, pedí al gobernador que evocase a una o dos docenas de reyes, con sus antecesores, por orden, hasta ocho o nueve generaciones. Pero mi decepción fue tan grande como inesperada; porque en vez de un largo cortejo de figuras con diademas reales, en una familia vi a dos violinistas, tres petimetres y un prelado italiano; y en otra a un barbero, un abad y dos cardenales. Tengo demasiada veneración por las cabezas coronadas para extenderme en tan delicado asunto. En cuanto a condes, marqueses, duques, barones y demás, no tuve tantos escrúpulos; y confieso que no dejó de producirme cierto placer el ver que podía seguir

hasta sus orígenes los rasgos por los que ciertas familias se habían distinguido. Descubrí sin dificultad de dónde proviene la barbilla larga de determinada familia, por qué en una segunda abundaron los bellacos durante dos generaciones, y los idiotas en dos más; por qué una tercera estaba chiflada, y los de una cuarta eran estafadores; de dónde venía lo que Polidoro Virgilio dice de cierta gran casa, *nec vir fortis, nec femina casta*; cuánta crueldad, falsedad y cobardía llegaron a ser los rasgos que distinguieron a ciertas familias tanto como sus escudos de armas; quién introdujo en una casa noble la sífilis, que ha pasado en línea recta a su posteridad en forma de tumores escrofulosos. Pero nada de esto me sorprendía cuando veía el linaje interrumpido por pajes, lacayos, ayudas de cámara, cocheros, jugadores, violinistas, comediantes, capitanes y rateros.

Me asqueó sobre todo la historia moderna. Porque tras observar detenidamente a los personajes de más nombre en las cortes principescas de los últimos cien años, descubrí cómo escritores prostituidos habían engañado al mundo atribuyendo a cobardes las más grandes hazañas de guerra, a necios el más sabio consejo, sinceridad a aduladores, virtud romana a quienes traicionaron a su país, piedad a quienes fueron ateos, castidad a sodomitas y veracidad a delatores. ¡Cuántas personas inocentes y excelentes habían sido condenadas a muerte o desterradas por la presión de grandes ministros sobre jueces corrompidos y la maldad de las facciones!; ¡cuántos malvados habían sido exaltados a los más altos puestos de confianza, poder, dignidad y provecho!; ¡cuántas mociones y fallos de tribunales, consejos y senados podían ser recusados por alcahuetas, ramera, rufianes y bufones!; ¡cuán baja era la opinión que me mereció la prudencia y la integridad humanas al enterarme fidedignamente de los móviles y motivos de las grandes empresas y revoluciones del mundo, y de los insignificantes accidentes a los que debían su éxito!

Aquí descubrí la bellaquería y la ignorancia de los que simulan escribir *anécdotas*, o historia secreta, que mandan a tantos reyes a la tumba con una copa de veneno; pretenden repetir la conversación entre un príncipe y su primer ministro cuando no había testigos presentes; abrir los pensamientos y los cajones de embajadores y secretarios de estado, con la

desdicha de equivocarse perpetuamente. Aquí descubrí las verdaderas causas de muchos acontecimientos importantes que han sorprendido al mundo: cómo una ramera puede gobernar las intimidades de un consejo, y el consejo las de un senado. Un general confesó en mi presencia que había obtenido una victoria puramente a fuerza de cobardía y mal comportamiento; y un almirante que, por carecer de suficiente inteligencia, batió al enemigo al que pretendía entregar su flota. Tres reyes me declararon que durante sus reinados jamás dieron prioridad a nadie de mérito, salvo por equivocación, o traición de algún ministro en el que confiaban; pero no lo volverían a hacer si vivieran otra vez, y demostraron con sólidos argumentos que un trono no puede sostenerse sin corrupción, porque ese carácter positivo, seguro e inquieto que la virtud imprime en el hombre es un obstáculo perpetuo para la administración pública.

Tuve la curiosidad de preguntar especialmente por qué método había obtenido mucha gente grandes títulos honoríficos y enormes propiedades, limitando mi pregunta a un periodo moderno, sin rozar no obstante la época presente, porque quería asegurarme de no ofender siquiera a extranjeros (porque creo que no hace falta advertir al lector que lo que voy a decir no se refiere ni muchísimo menos a mi país). Se evocaron gran número de personas que estaban en ese caso para que yo las interrogase muy ligeramente, y descubrí tal panorama de infamia que no puedo pensar en él sin cierto malhumor. El perjurio, la opresión, el soborno, el fraude, el rufianismo y demás flaquezas por el estilo se contaban entre las artes más excusables a que hicieron mención; y como era de razón, me mostré comprensivo. Pero cuando confesaron unos que debían su grandeza y su riqueza a la sodomía o al incesto, otros a la prostitución de sus propias esposas o hijas, otros a haber traicionado a su país o a su príncipe, unos envenenando y los más pervirtiendo la justicia a fin de destruir al inocente; espero que se me perdone si tales descubrimientos hicieron que se me enfriara la encendida veneración que en principio tiendo a tributar a las personas de rango elevado, a las que sus inferiores debemos tratar con el mayor respeto, dada su sublime dignidad.

He leído a menudo cuán grandes servicios se han hecho a veces a príncipes y estados, y he querido conocer a las personas que los llevaron a

cabo. Al preguntar, me dijeron que sus nombres no se hallaban registrados en ninguna parte, salvo los de unos pocos a los que la historia presenta como los más viles bellacos y traidores. En cuanto a los demás, nunca había oído hablar de ellos. Todos aparecieron con el semblante abatido y la indumentaria más lamentable; la mayoría me dijo que habían muerto en la pobreza y la vergüenza, y el resto en el cadalso o en la horca.

Entre ellos había un personaje cuyo caso parecía un poco singular. Tenía de pie junto a él a un joven de unos dieciocho años. Me dijo que durante muchos años había mandado un barco; y que en la batalla naval de Accio había tenido la suerte de romper la gran línea de batalla del enemigo, hundir tres barcos excelentes y apresar un cuarto, lo que fue la única causa de la huida de Antonio, y de la victoria que siguió; que el joven que tenía junto a él, su hijo único, había muerto en la acción. Añadió que, confiando en que se le reconociese algún mérito una vez acabada la guerra, regresó a Roma, y solicitó en la corte de Augusto que se le concediese el mando de un barco grande cuyo comandante había muerto; y sin la menor consideración a sus pretensiones, se dio el mando a un joven que jamás había navegado, hijo de una liberta que servía a una de las amantes del emperador, y al regresar a su barco fue acusado de abandono de su puesto, con lo que el mando del barco pasó a manos de un paje favorito del vicealmirante Publicóla; así que se retiró a una modesta propiedad, muy lejos de Roma, donde acabó sus días. Sentí tanta curiosidad por saber la verdad de esta historia que pedí que se evocase a Agripa, que fue el almirante de esa batalla. Apareció y confirmó toda la historia; pero con mucha más honra para el capitán, cuya modestia había atenuado u ocultado gran parte de su mérito.

Me tenía asombrado descubrir cómo la corrupción había medrado tanto y tan deprisa en ese imperio a causa del lujo tardíamente introducido, lo que hacía que no me sorprendiera tanto la multitud de casos parecidos en otros países, en los que han prevalecido mucho más tiempo vicios de todas clases, y en los que la gloria y el saqueo han sido privilegio del jefe supremo, que seguramente era quien menos derecho tenía a lo uno y a lo otro.

Como cada personaje evocado se aparecía con el aspecto exacto que había tenido en vida, me inspiró lúgubres reflexiones constatar lo mucho que había degenerado la especie humana entre nosotros en los últimos siglos. Cómo la sífilis, en todas sus facetas y denominaciones, había alterado los rasgos del semblante inglés, reducido el tamaño de los cuerpos, debilitado los nervios, relajado los tendones y los músculos, introducido un color cetrino y vuelto la carne floja y rancia.

Llegué lo bastante abajo como para pedir que se hicieran comparecer algunos terratenientes ingleses de viejo cuño, famosos por la sencillez de sus maneras, su comida y su vestido, por la honradez de su trato, su auténtico espíritu de libertad, su valor y el amor a su país. Y no pude sentirme indiferente, después de comparar a los vivos con los muertos, al pensar cómo todas estas virtudes puras y originales las habían prostituido a cambio de una moneda los nietos, los cuales, al vender sus votos y manipular las elecciones, han adquirido todos los vicios y corrupciones que pueden aprenderse en una corte.



Capítulo IX

Regreso del autor a Maldonada. Viaja al reino de Luggnagg. El autor es encerrado. La corte envía por él. Manera en que es admitido. Gran indulgencia del rey con sus súbditos.

Llegado el día de nuestra marcha, me despedí de su alteza el gobernador de Glubbudrib, y regresé con mis dos compañeros a Maldonada, donde, tras una espera de quince días, estuvo un barco preparado para zarpar hacia Luggnagg. Los dos caballeros, y algunos más, fueron lo bastante generosos y amables para proporcionarme provisiones y acompañarme a bordo. Tardé un mes en este viaje. Tuvimos una violenta tempestad, y nos vimos obligados a poner rumbo oeste para coger los alisios, que persisten durante más de sesenta leguas. El 21 de abril de 1708 entramos en el río de Clumegnig, que es una ciudad portuaria situada en la punta sureste de Luggnagg. Largamos ancla a una legua de la ciudad, e izamos la señal de que queríamos un práctico. Llegaron a bordo dos en menos de media hora, y nos guiaron entre bajíos y arrecifes, muy peligrosos en el paso, hasta una dársena, donde podría fondear sin peligro una escuadra a menos de un cable de la muralla de la ciudad.

Algunos de nuestros marineros, por deslealtad o inadvertencia, habían contado a los prácticos que yo era extranjero y un gran viajero, y ellos informaron de esto a un oficial de la aduana, que me registró minuciosamente en cuanto bajé a tierra. Este oficial me habló en la lengua

de Balnibarbi, que debido al gran comercio la conocen casi todos en esa ciudad, sobre todo los marineros y los funcionarios de la aduana. Le hice una breve relación de algunos detalles, y presenté mi historia lo más plausible y coherentemente que pude; pero consideré necesario ocultar mi país y decir que era holandés; porque mi intención era dirigirme a Japón, y sabía que los holandeses eran los únicos europeos a los que se permitía la entrada en ese reino. Así que le dije al oficial que tras naufragar en la costa de Balnibarbi, y ser arrojado a un escollo, fui acogido en Laputa, o isla volante (de la que había oído hablar bastante), y ahora me proponía dirigirme a Japón, donde podía encontrar el medio de regresar a mi país. El oficial me dijo que debía permanecer confinado hasta que él recibiese órdenes de la corte, para lo cual escribiría inmediatamente, y esperaba tener respuesta en un par de semanas. Me llevaron a un cómodo alojamiento con un centinela en la puerta; sin embargo, tenía la libertad de un gran jardín, y fui tratado con bastante humanidad, y mantenido todo el tiempo a expensas del rey. Me visitaron varias personas, sobre todo por curiosidad, porque había corrido la voz de que era de países muy remotos de los que nunca habían oído hablar.

Contraté a un joven que venía en el mismo barco para que hiciese de intérprete; era natural de Luggnagg, pero había vivido unos años en Maldonada, y dominaba perfectamente las dos lenguas. Con su ayuda pude conversar con los que venían a visitarme; pero estas conversaciones consistían sólo en preguntas por parte de ellos y respuestas por la mía.

El despacho de la corte llegó más o menos en el plazo en que lo esperábamos. Contenía una autorización para que fuéramos conducidos mi séquito y yo a Traldragdubb —o Trildrogdrib, porque se pronuncia de las dos maneras según recuerdo— por un tropel de diez caballos. Mi séquito consistía en el pobre muchacho que hacía de intérprete, al que había convencido de que se pusiera a mi servicio. Y a humilde petición mía, nos cedieron una mula a cada uno para ir. Se despachó un mensajero media jornada antes que nosotros, a fin de que informase al rey de que yo estaba en camino, y solicitar a su majestad que tuviese a bien fijar el día y la hora en que se dignaría concedernos el honor de lamer el polvo delante de su escabel. Ese es el estilo de la corte; y como descubrí, era más que una

cuestión de forma. Porque, al ser recibido dos días después de llegar, se me ordenó que me tumbase boca abajo y lamiese el suelo como había dicho; aunque, por ser extranjero, se tuvo el miramiento de que estuviese lo bastante limpio para que el polvo no fuese desagradable. Esta, sin embargo, era una gracia especial que no se tiene sino con personas del más alto rango cuando solicitan audiencia. Es más, a veces esparcen polvo a propósito, cuando la persona que solicita la audiencia tiene poderosos enemigos en la corte. Yo he visto a todo un lord con la boca tan llena que cuando llegó arrastrándose a la distancia adecuada del trono no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Y no tenía remedio; porque los que al ser recibidos en audiencia osen escupir o lavarse la boca en presencia de su majestad incurren en delito capital. Hay otra costumbre, por cierto, que no apruebo del todo: cuando al rey se le ocurre ordenar ejecutar a algún noble de manera amable e indulgente, manda esparcir por el suelo un polvo marrón que contiene un compuesto mortal, el cual, al ser lamido, lo mata indefectiblemente en veinticuatro horas. Pero para hacer justicia a la gran clemencia de este príncipe, y a su preocupación por la vida de sus súbditos (en lo que sería muy de desear que lo imitasen los monarcas de Europa), hay que decir en su honor que ha dado órdenes estrictas de que después de tal ejecución se frieguen bien las partes manchadas del suelo; lo que, si la servidumbre deja sin hacer, corre peligro de concitarse el enojo real. Yo mismo le oí mandar azotar a un paje cuya misión era avisar que se fregase el suelo después de una ejecución, pero maliciosamente había dejado de hacerlo, omisión por la que un joven lord de grandes expectativas que había acudido a una audiencia tuvo la desgracia de envenenarse, pese a que entonces el rey no tenía ningún propósito contra su vida. Pero este buen príncipe era tan benévolo que perdonó el castigo al pobre paje, después de prometer este que no volvería a hacerlo sin una orden específica.

Pero dejemos esta digresión: cuando, arrastrándome, hube llegado a cuatro yardas del trono me incorporé despacio sobre las rodillas; luego toqué siete veces el suelo con la frente, y pronuncié las palabras que me habían enseñado la víspera: *Ickpling gloffthrobb squut scrumm blihop mlashnalt zwin tnodbalkuffh slhiophad gurdlubh asht*. Es el saludo que establece la legislación del país para toda persona al ser admitida a la

presencia del rey, y puede traducirse por lo siguiente: «Sobreviva al sol vuestra majestad celestial once lunas y media». A esto el rey contestó algo a lo que, aunque no logré entender, repliqué como me habían apuntado: *Fluft drin yalerick dwuldom prastrad mirpush*, que significa exactamente: «Mi lengua está en la boca de mi amigo»; expresión que significa que deseaba que trajesen a mi intérprete; con lo que hicieron pasar al joven del que ya he hablado, por cuyo intermedio respondí a cuantas preguntas pudo hacerme su majestad en el espacio de una hora. Yo hablaba en lengua balnibarbiana, y mi intérprete vertía lo que decía a la de Luggnagg.

El rey se sintió muy complacido con mi compañía, y mandó a su *bliffmarklub*, o gran chambelán, que mandase preparar en palacio alojamiento para mí y para mi intérprete, con una asignación diaria para mi manutención, y una gran bolsa de oro para mis gastos corrientes.

Estuve tres meses en ese país, en total obediencia al deseo de su majestad, que estaba sumamente encantado en favorecerme, y me hizo muy honrosos ofrecimientos. Pero me pareció más acorde con la prudencia y la justicia pasar el resto de mis días junto a mi esposa y mi familia.



Capítulo X

Elogio de los luggnaggianos. Especial descripción de los struldbruggs, con muchas conversaciones entre el autor y eminentes conocedores de dicho asunto.

Los luggnaggianos son gente educada y generosa, y aunque no carecen de ese orgullo que es característico de todos pueblos orientales, se muestran corteses con los extranjeros, en especial con los favorecidos por la corte. Hice muchas amistades entre las personas de la alta sociedad, y dado que siempre estuve asistido por mi intérprete, las conversaciones que teníamos no resultaban incómodas.

Un día que estaba rodeado de muy buena compañía, me preguntó una persona de calidad si había visto sus *struldbruggs*, o inmortales. Le dije que no y le pedí que me explicase qué quería decir tal apelativo aplicado a una criatura. Me dijo que a veces, aunque muy raramente, nacía algún niño en el seno de una familia con una mancha circular de color rojo en la frente, encima justo de la ceja izquierda; era la marca infalible de que no moriría. La mancha, según la describió, era del tamaño de una moneda de tres peniques, pero con el tiempo se hacía más grande, y cambiaba de color: a los doce años se volvía verde, y seguía igual hasta los veinticinco, edad en que cambiaba a azul oscuro; y a los cuarenta y cinco, a negro como el carbón, y se hacía del tamaño de un chelín inglés; y no se conocía ningún otro cambio. Dijo que estos nacimientos eran tan raros que no creía que hubiese más de mil cien *struldbruggs* de ambos sexos en todo el reino, de los que calculaba que unos cincuenta estaban en la metrópoli; y entre el

resto había una niña de unos tres años; que estos nacimientos no eran característicos de ninguna familia, sino meros productos de la casualidad; y que los hijos de los propios *struldbruggs* eran tan mortales como el resto de la gente.

Confieso sinceramente que me alegró lo indecible oír esta noticia; y como la persona que me la facilitó comprendía la lengua balnibarbiana, que yo hablaba muy bien, no pude por menos de prorrumpir en expresiones quizá un poco demasiado desorbitadas. Exclamé con entusiasmo: «¡Dichosa nación esta, en la que cada niño tiene al menos una posibilidad de ser inmortal! ¡Dichoso su pueblo, que goza de tantos ejemplos vivos de la antigua virtud, y tiene maestros que pueden instruirle en la sabiduría de épocas pasadas! ¡Y más dichosos aún esos excelentes *struldbruggs* que, ajenos a esa desdicha universal de la naturaleza humana, tienen el espíritu libre y desembarazado, sin el peso y abatimiento de ánimo que causa el continuo temor a la muerte!».

Manifesté mi admiración de que no hubiera observado a ninguna de estas ilustres personas en la corte; porque una mancha negra en la frente era algo tan llamativo que no me habría pasado fácilmente inadvertida; y era imposible que su majestad, príncipe de lo más juicioso, no se rodeara de buen número de tan sabios y buenos consejeros. Aunque quizá la virtud de estos sabios venerables era demasiado estricta para las prácticas corruptas y libertinas de una corte. Y a menudo hallamos por experiencia que los jóvenes son demasiado tercos e inconstantes para dejarse guiar por los sobrios dictados de sus mayores. Sin embargo, dado que el rey se dignaba concederme acceso a su real presencia, tenía decidido, a la primera ocasión, manifestarle abiertamente y por extenso mi opinión sobre el particular con ayuda de mi intérprete; y tanto si se dignaba seguir mi consejo como si no, estaba dispuesto, ya que su majestad me ofrecía a menudo una posición en este país, a aceptar agradecido el favor, y pasarme aquí la vida conversando con los *struldbruggs*, esos seres superiores, si tenían la gentileza de aceptarme.

El caballero al que dirigía mi discurso, que —como ya he comentado— hablaba la lengua de Balnibarbi, me dijo, con esa sonrisa que normalmente nace de la compasión hacia el ignorante, que se alegraba de cualquier motivo que sirviese para retenerme entre ellos; y me pidió permiso para

explicar a los presentes lo que yo acababa de decir. Así lo hizo, y hablaron entre sí durante un rato en su propia lengua, de la que no entendí una sílaba, y pude observar por sus semblantes qué impresión hacían mis palabras en ellos. Tras un breve silencio, la misma persona me dijo que mucho complacían a sus amigos y míos (así juzgó conveniente expresarse) las discretas razones que había expresado sobre la gran dicha y ventajas de la vida inmortal, y que deseaban saber concretamente qué plan de vida me habría hecho yo si me hubiese tocado la suerte de nacer *struldbrugg*.

Contesté que era fácil explayarse en tema tan amplio y tan agradable, especialmente a mí, que tan acostumbrado estaba a distraerme imaginando lo que haría si fuese rey, general, o grande de mi país; y en cuanto a este caso, había recorrido el sistema entero de a qué me dedicaría y en qué me ocuparía si tuviese la seguridad de vivir eternamente.

Que si hubiese tenido la suerte de nacer *struldbrugg*, tan pronto como hubiese descubierto esa dicha, sabedor de la diferencia entre la vida y la muerte, decidiría primero procurarme riquezas utilizando todas las artes y métodos posibles. En esta empresa, con economía y administración, podía esperar razonablemente convertirme, en un plazo de doscientos años, en el hombre más rico del reino. En segundo lugar, desde temprana edad me aplicaría al estudio de las artes y las ciencias en las que con el tiempo llegaría a destacar por encima de todos los demás. Finalmente, consignaría cuidadosamente cada acción y acontecimiento de importancia pública que sucediera, trazaría con imparcialidad los caracteres de las diversas sucesiones de príncipes y grandes ministros de estado, con mis propias observaciones sobre cada aspecto. Tomaría nota exacta de los diversos cambios de costumbres, lenguas, vestidos, hábitos alimentarios y diversiones. Con todos estos conocimientos, sería un tesoro viviente de ciencia y sabiduría, y desde luego me convertiría en el oráculo de la nación.

No me casaría después de los sesenta años, sino que llevaría una vida hospitalaria, aunque sin dejar de ahorrar. Me dedicaría a formar y dirigir el espíritu de los jóvenes prometedores, convenciéndolos con mis remembranzas, experiencias y observaciones, reforzadas con numerosos ejemplos, de la utilidad de la virtud en la vida pública y privada. Pero mis compañeros escogidos y constantes serían un grupo de mi propia

fraternidad inmortal, entre los que elegiría una docena, de los más antiguos a coetáneos míos. Donde alguno de estos fuese necesitado, lo proveería de oportuno alojamiento vecino a mi propiedad, y sentaría siempre a mi mesa a algunos de ellos, entremezclándolos sólo con unos pocos de los más valiosos mortales, a los que el paso del tiempo me acostumbraría a perder con poco o ningún pesar, y trataría a vuestra posteridad de la misma manera, igual que se recrea un hombre en la sucesión anual de los claveles y los tulipanes de su jardín sin llorar la pérdida de los que se marchitaron el año anterior.

Estos *struldbruggs* y yo intercambiaríamos experiencias y recuerdos durante el transcurso del tiempo; estudiaríamos las diversas gradaciones con que la corrupción va invadiendo el mundo, y la combatiríamos en todas sus etapas, brindando perpetua advertencia e instrucción a la humanidad; lo que sumado a la poderosa influencia de nuestro ejemplo, probablemente impediría esa progresiva degeneración de la naturaleza humana, de la que tan justamente se han lamentado en todas las épocas.

A esto hay que añadir el placer de ver las diversas revoluciones de los estados y los imperios, los cambios que se operasen en el mundo inferior y superior, la conversión en ruinas de las ciudades antiguas, y en sedes de reyes pueblos oscuros, la reducción a pequeños arroyos de ríos ahora famosos; cómo el océano dejaba seco un litoral y anegaba otro; presenciar el descubrimiento de muchos países todavía desconocidos; la invasión por la barbarie de las naciones más cultas, y las más bárbaras volverse civilizadas. Después vería el descubrimiento de la longitud, del movimiento continuo, de la medicina universal, y cómo se elevaba a la total perfección muchos otros inventos.

Qué maravillosos descubrimientos haríamos en astronomía, sobreviviendo a nuestras predicciones y confirmándolas, y observando la marcha y retorno de los cometas, con los cambios de movimiento del sol, de la luna y de las estrellas.

Me extendí en otras muchas cuestiones que el deseo natural de una vida interminable y una felicidad sublunar podían proporcionarme fácilmente. Cuando terminé, y se hubo traducido como antes el total de mi discurso al resto de los presentes, se produjo un animado intercambio de comentarios

entre ellos en la lengua de su país, no sin algunas risas a mi costa. Por último, el mismo caballero que había sido mi intérprete dijo que el resto le pedía que me corrigiese algunos errores en que había caído por la común imbecilidad de la naturaleza humana, y que por tal consideración era menos responsable de ellos: que esta raza de *struldbruggs* era peculiar de su país, porque no había gente así ni en Balnibarbi ni en Japón, donde tenía el honor de ser embajador de su majestad, y encontraba que a los naturales de ambos reinos les costaba mucho creer que fuera posible algo así; y parecía por mi asombro, cuando se me habló de esto por primera vez, que había acogido la noticia como algo enteramente nuevo y apenas creíble; que en los dos reinos arriba mencionados, donde había conversado mucho durante su estancia, había observado que la longevidad era el deseo universal y la aspiración de la humanidad; que todo el que tenía un pie en la tumba mantenía el otro fuera lo más que podía; que el más decrepito abrigaba la esperanza de vivir un día más, y miraba la muerte como el más grande de los males, del que la Naturaleza le movía siempre a retraerse; que sólo en esta isla de Luggnagg el apetito de vivir no era tan acuciante, debido al ejemplo perenne de los *struldbruggs* que tenían ante los ojos.

Que el modo de vida que yo imaginaba no era razonable ni justo, porque suponía gozar de perpetua juventud, salud y vigor, lo que nadie podía ser tan necio de esperar, por disparatados que fuese en sus deseos; que la cuestión, por tanto, no era si un hombre escogería estar siempre en la flor de la juventud, asistido de la prosperidad y la salud, sino cómo pasaría una vida interminable soportando las desventajas que comporta la vejez. Porque aunque pocos hombres manifestarán el deseo de ser inmortales en semejantes condiciones, sin embargo, en los dos reinos antes citados, Balnibarbi y Japón, había observado que todos querían posponer la muerte algún tiempo más, lo más posible, y rara vez había oído de que nadie muriese de buen grado, salvo el acuciado por el sufrimiento o el dolor extremo. Y me preguntó si en los países que había visitado, y en el mío, no había observado la misma disposición general.

Tras este prefacio, me habló con detalle de los *struldbruggs* que había entre ellos. Dijo que normalmente se comportaban como mortales hasta los treinta años más o menos; después se volvían progresivamente tristes y

abatidos, estado que les seguía aumentando hasta los ochenta. Esto lo sabía por confesión de ellos mismos; porque como en una generación no solían nacer más de dos o tres de esa naturaleza, su número era demasiado escaso para extraer una observación general. Cuando cumplían los ochenta, que era el máximo de vida que se calculaba en este país, tenían no sólo todos los achaques y chifladuras de los viejos normales, sino otras muchas que derivaban de la espantosa perspectiva de no morir nunca. Eran no sólo tercos, quisquillosos, codiciosos, malhumorados, vanidosos y charlatanes, sino incapaces para la amistad, e insensibles a todo afecto natural que se extendiese más allá de sus nietos. Sus pasiones dominantes son la envidia y los deseos imposibles de cumplir. Pero lo que parece que envidian principalmente son los vicios de los jóvenes y la muerte de los viejos. Cuando reflexionan sobre los primeros, se dan cuenta de que están fuera de toda posibilidad de placer; y cada vez que presencian un funeral, se duelen y se afligen de que otros se vayan a un puerto de descanso al que saben ellos no llegarán jamás. No tienen recuerdo de nada sino de lo que aprendieron y observaron en su juventud y madurez, e incluso eso lo recuerdan de manera imperfecta. Y en cuanto a la verdad o detalles de algún hecho, es más seguro confiar en las tradiciones comunes que en sus mejores recuerdos. Los menos desdichados son los que entran en la decrepitud, y pierden la memoria por completo; estos encuentran más compasión y ayuda, porque han perdido los defectos que abundan en los otros.

Si un *struldbrygg* se casa por casualidad con alguien de su misma clase, el matrimonio naturalmente se disuelve, por cortesía del reino, en cuanto el más joven de los dos llega a los ochenta. Porque la ley considera razonable que los que están condenados a continuar perpetuamente en el mundo, sin culpa alguna por su parte, no vean doblada su desdicha con la carga de una esposa.

En cuanto alcanzan la etapa de los ochenta años se los considera muertos ante la ley; sus herederos toman inmediatamente posesión de sus bienes, y sólo se les respeta una miseria para su sustento; de manera que los pobres pasan a ser mantenidos por el erario público. Después de ese periodo, se les declara incapaces para cualquier puesto de confianza o

responsabilidad: no pueden comprar propiedades, ni arrendar, ni se les permite ser testigos en ningún juicio civil ni penal, ni siquiera para decidir sobre lindes o deslindes.

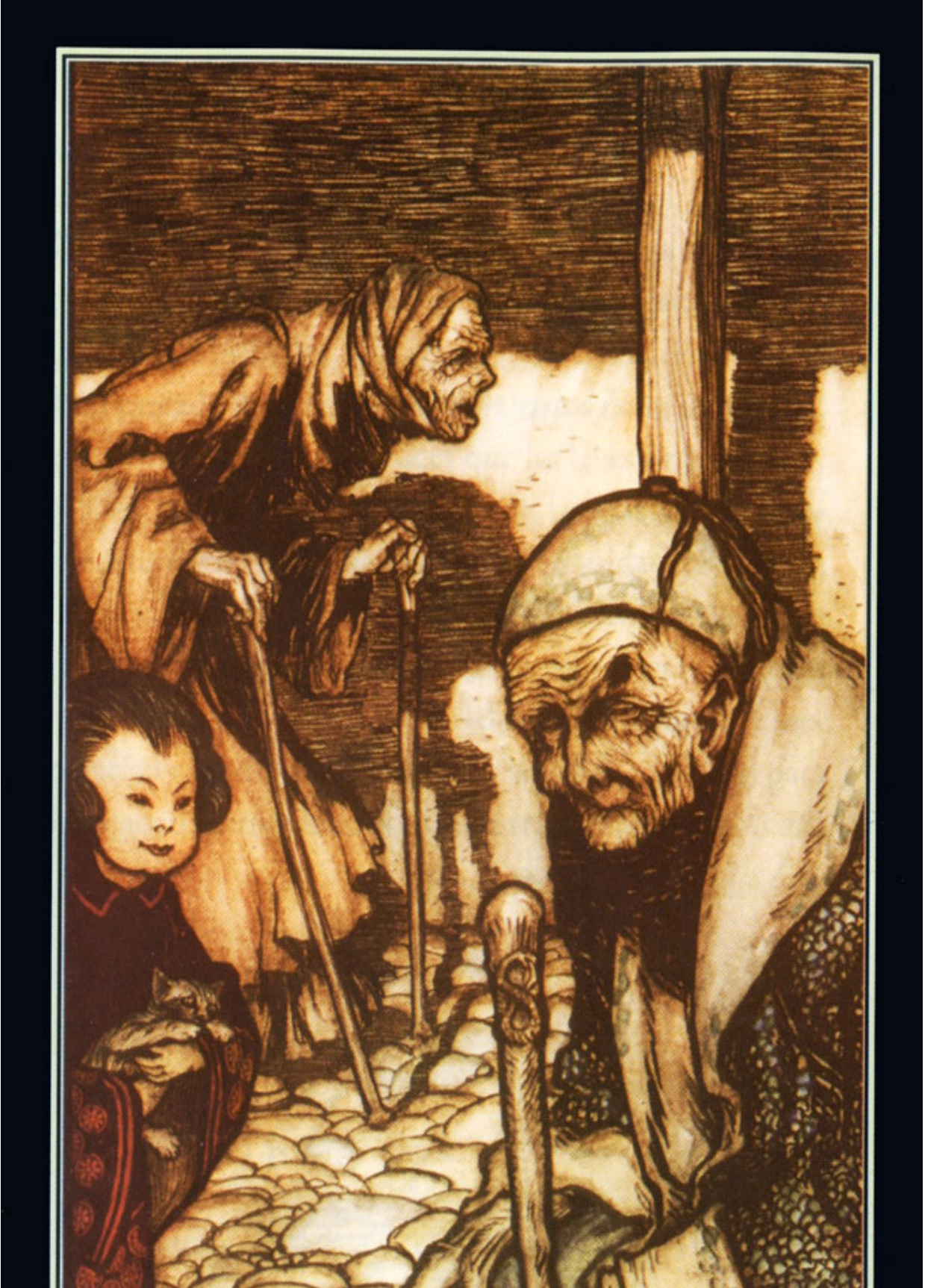
A los noventa pierden los dientes y el pelo. A esa edad no distinguen ya el sabor, sino que comen y beben lo que pueden sin gusto ni apetito. Las enfermedades a las que estaban sujetos siguen sin aumentar ni disminuir. Al hablar se les olvidan los nombres corrientes de las cosas y de las personas, incluso el de los amigos y familiares más allegados. Por la misma razón, no encuentran distracción en la lectura, porque la memoria no les dura del principio al final de una frase, y por ese defecto se ven privados de la única distracción de que podrían disponer.

Como la lengua de este país está cambiando constantemente, los *struldruggs* de una generación no comprenden a los de otra; y no son capaces tampoco, al cabo de doscientos años, de sostener una conversación—más allá de unas cuantas palabras— con sus vecinos los mortales; y así se encuentran en la desventaja de vivir como extranjeros en su propio país.

Esto es lo que me contó de los *struldruggs*, lo más exactamente que puedo recordar. Después vi a cinco o seis de edades distintas, de los que el más joven, al que me trajeron en diversas ocasiones unos amigos, no tendría más de doscientos años; pero aunque les dijeron que yo era un gran viajero, y había visitado el mundo entero, no manifestaron el menor interés por hacerme alguna pregunta; sólo me pidieron que les diera *slumskudask*, recuerdo, que es una manera velada de pedir limosna para soslayar la ley que prohíbe estrictamente mendigar; porque viven a cargo del estado, aunque desde luego reciben escasísima pensión.

Son menospreciados y odiados por toda clase de gentes; el nacimiento de uno se considera un acontecimiento presagioso, y se consigna con toda exactitud, a fin de que pueda saberse su edad consultando el registro, que no obstante, sólo hace mil años que se lleva, o quizá había uno que lo destruyó el tiempo, o los desórdenes públicos. Pero lo corriente para saber su edad es preguntarles qué reyes o grandes personajes recuerdan, y consultar después la historia; porque, infaliblemente, el último príncipe que recuerdan no empezó a reinar después de cumplir ellos los ochenta.

Eran el espectáculo más lamentable que he contemplado jamás; y el de las mujeres peor que el de los hombres. Además de las habituales deformaciones de la extrema decrepitud, adquirirían una lividez proporcional al número de años que para qué describir; y de la media docena que conocí, en seguida distinguí cuál era el más viejo, aunque la diferencia entre ellos no llegaba a un siglo o dos.





Los struldbruggs

Fácilmente habrá comprendido el lector que, por lo que oí y vi, mi ardiente apetito de una vida perpetua se enfrió bastante. Me sentí francamente avergonzado de las visiones placenteras que había forjado; y pensé que ningún tirano podía inventar una muerte a la que no corriera yo con gusto para acabar con semejante vida. El rey escuchó todo lo hablado entre mis amigos y yo en esta ocasión, y se burló de mí de buen humor, diciendo que le gustaría que me llevase a mi país un par de *struldbruggs*, para curar así a nuestro pueblo del miedo a la muerte; pero por lo visto lo prohíben las leyes fundamentales del reino; de lo contrario de buen grado habría cargado con la molestia y los gastos de su transporte.

No podía por menos de reconocer que las leyes de este reino, referentes a los *struldbruggs*, se fundaban en las más sólidas razones, y que cualquier otro país habría tenido necesidad de elaborar otras iguales en parecidas circunstancias. De lo contrario, dado que la avaricia es consecuencia insoslayable de la vejez, esos inmortales llegarían con el tiempo a convertirse en dueños de la nación entera, y acapararían el poder civil; lo que, por falta de habilidad para manejarlo, acabaría arruinando la administración pública.



Capítulo XI

El autor abandona Luggnagg y viaja a Japón. De allí regresa a Ámsterdam en un barco holandés, y de Ámsterdam a Inglaterra.

He creído que esta relación sobre *struldbruggs* podía ser de alguna distracción para el lector, dado que es algo que se aparta un poco de lo normal; al menos, no recuerdo haber encontrado nada parecido en ninguno de los libros de viajes que he tenido en mis manos; si estoy en un error, mi excusa está en que necesariamente los viajeros que describen el mismo país coinciden en extenderse en los mismos detalles sin que se les acuse de haber copiado o transcrito lo que otros escribieron antes que ellos.

Desde luego, hay un comercio constante entre este reino y el gran imperio de Japón; y es muy probable que los autores japoneses hayan dado alguna noticia de los *struldbruggs*; pero mi estancia en Japón fue tan breve, y me era tan completamente extraña su lengua, que no me juzgué en condiciones de hacer ninguna indagación. Pero espero que los holandeses, ante esta noticia, sientan curiosidad y sean capaces de suplir mis defectos.

Tras insistirme su majestad repetidamente que aceptase algún puesto en la corte, y hallarme totalmente determinado a regresar a mi país, tuvo a bien concederme licencia para partir, y honrarme con una carta de recomendación, de su puño y letra, para el emperador de Japón. Asimismo me hizo donación de cuatrocientas cuarenta y cuatro grandes piezas de oro

(a esta nación le encantan los números pares) y un diamante rojo, que vendí en Inglaterra por mil cien libras.

El día 6 de mayo de 1709, me despedí solemnemente de su majestad y de todos mis amigos. Este príncipe tuvo la gentileza de ordenar que una guardia me llevase a Glanguenstald, puerto real situado al suroeste de la isla. A los seis días encontré un barco dispuesto a embarcarme para Japón y tardé quince días hacer en el viaje. Desembarcamos en un pueblecito marineramente llamado Xamoschi, en la parte sureste de Japón; dicho pueblo está en la punta oeste, donde hay una estrecha bocana que da acceso a un largo brazo de mar, al noroeste del cual se alza Yedo, la metrópoli. Al bajar a tierra enseñé a los oficiales de la aduana la carta del rey de Luggnagg para su majestad imperial. Conocían perfectamente el sello, que era ancho como la palma de la mano. Su impresión representaba a *un rey levantando del suelo a un mendigo tullido*. Los magistrados del pueblo, al ser informados de mi carta, me recibieron como a un ministro público; me proveyeron de carruaje y criados, y llevaron mis bultos a Yedo, donde fui recibido en audiencia y entregué la carta, que fue abierta con gran ceremonia, y explicada al emperador a través de un intérprete, quien me pidió, por orden de su majestad, que expusiese mi petición, la cual, fuera la que fuese, me sería concedida en atención a su real hermano de Luggnagg. Este intérprete era una persona empleada en negociar asuntos con los holandeses; en seguida adivinó por mi semblante que era europeo; así que repitió la orden de su majestad en bajo holandés, lengua que hablaba perfectamente. Contesté —como había decidido de antemano— que era mercader holandés, y había naufragado en un país remoto del que había viajado por mar y por tierra hasta Luggnagg, y después había tomado pasaje para Japón, donde sabía que traficaban frecuentemente compatriotas míos, y esperaba tener ocasión de regresar a Europa con algunos de ellos; por tanto, muy humildemente suplicaba el favor real de que diese orden de llevarme a Nangasac; a esta añadí otra petición: que, en consideración a mi señor, el rey de Luggnagg, se dignase su majestad excusarme de ejecutar la ceremonia impuesta a mis compatriotas, de *pisar el crucifijo*; porque mis desventuras me habían arrojado a este reino sin ninguna intención de traficar. Al serle traducida esta última petición, el

emperador pareció sorprenderse un poco, y dijo que creía que era el primero de mis compatriotas que manifestaba escrúpulos sobre este punto, y que empezaba a tener dudas sobre si era holandés o no, aunque sospechaba más bien que era cristiano. Sin embargo, por las razones que le había dado, pero sobre todo para agradar al rey de Luggnagg, y como muestra especial de su favor, complacería la singularidad de mi antojo; pero había que llevar el asunto con habilidad, y ordenar a sus funcionarios que me dejaran pasar como por descuido, por así decir. Porque aseguré que si mis compatriotas los holandeses llegaban a descubrir el secreto, me cortarían el cuello durante el viaje. Le di las gracias por medio del intérprete, por tan excepcional favor; y dado que había tropas que en este momento se dirigían a Nangasac, el oficial al mando recibió orden de llevarme a salvo allí, con instrucciones especiales sobre el asunto del crucifijo.

El día 9 de junio de 1709 llegué a Nangasac, tras un viaje larguísimo y molesto. No tardé en entrar en relación con unos marineros holandeses pertenecientes al *Amboyne* de Ámsterdam, sólido barco de 450 toneladas. Yo había vivido mucho tiempo en Holanda, ya que había cursado mis estudios en Leiden, y hablaba bien holandés. Tan pronto como supieron los marineros de dónde había llegado, me preguntaron con curiosidad sobre mis viajes, y mi clase de vida. Fabriqué una historia lo más corta y creíble que pude, y me callé la mayor parte. Conocía a muchas personas de Holanda; me inventé los nombres de mis padres, de los que dije que eran gente oscura de la provincia de Gelderland. Le habría pagado al capitán (un tal Theodorus Vangrult) lo que me hubiera pedido por llevarme a Holanda; pero al enterarse de que era cirujano se contentó con cobrarme la mitad del pasaje, a cambio de que fuese como médico en el viaje. Antes de embarcar, la tripulación me preguntó a menudo si había cumplido la ceremonia a la que me he referido antes. Sorteé la pregunta contestando de manera genérica que había satisfecho al emperador y a la corte en todos los detalles. Sin embargo, un patrón taimado y malicioso fue a un oficial de la guardia y, señalándome, le dijo que aún no había *pisado el crucifijo*; pero el otro, que había recibido la orden de dejarme pasar, descargó sobre

los hombros del granuja veinte bastonazos con un bambú; después de lo cual dejaron de molestarme con preguntas.

No ocurrió nada digno de mención en este viaje. Navegamos con viento favorable hasta el Cabo de Buena Esperanza, donde tocamos tierra sólo para hacer aguada. El 16 de abril llegamos a Ámsterdam, con la pérdida de sólo tres hombres por enfermedad durante el viaje, y un cuarto que se cayó del palo de trinquete al mar, no lejos de la costa de Guinea. De Ámsterdam embarqué pronto para Inglaterra en una pequeña nave perteneciente a esa ciudad.

El 10 de abril de 1710 tocamos las Lomas. Salté a tierra a la mañana siguiente, y una vez más vi mi tierra natal tras una ausencia de cinco años y seis meses completos. Me dirigí directamente a Redriff, adonde llegué el mismo día a las dos de la tarde, y encontré a mi esposa y mi familia en buena salud.

FIN DE LA PARTE TERCERA





PARTE CUARTA

VIAJE AL PAÍS DE LOS HOUYHNHNMS

Capítulo I

El autor emprende un viaje como capitán de un barco. Sus hombres conspiran contra él, lo tienen mucho tiempo encerrado en su camarote. Lo desembarcan en una tierra desconocida. Se adentra en la región. Descripción de los yahoos, extraña especie animal. El autor topa con dos houyhnhnms.

Continué en casa con mi esposa y mis hijos unos cinco meses, muy felizmente si hubiera aprendido la lección de saber dónde estaba bien. Dejé a mi pobre esposa embarazada y acepté un ofrecimiento ventajoso que se me hizo de mandar el *Adventure*, sólido mercante de 350 toneladas, porque sabía navegación; estaba cansado de navegar como cirujano, práctica que no obstante podía ejercer en cualquier momento, y tomé a un joven habilidoso, un tal Robert Purefoy, para ese puesto en mi barco. Zarpamos de Portsmouth el día 2 de agosto de 1710; el 14 topamos con el capitán Pocock, de Bristol, en Tenerife, el cual se dirigía a la bahía de Campeche, a cortar palo. El 16 nos separó un temporal; a mi regreso me he enterado de que naufragó su barco y sólo se salvó un grumete. Era un hombre honrado, y buen marinero, aunque un poco demasiado radical en sus opiniones, lo que fue la causa de su muerte, como le ha ocurrido a muchos. Porque de haber seguido mi consejo ahora estaría en casa con su familia, igual que yo.

Varios hombres de mi barco murieron a causa de las fiebres tropicales, de manera que me vi obligado a enrolar gente de Barbados y de las Islas de Sotavento, donde toqué por consejo de los mercaderes que me habían contratado; de lo que tuve sobrado motivo para arrepentirme, porque hallé más tarde que la mayoría habían sido bucaneros. Llevaba cincuenta marineros a bordo, y las órdenes que había recibido eran comerciar con los indios de los Mares del Sur, y llevar a cabo los descubrimientos que pudiese. Estos bribones que tomé pervirtieron a mis hombres, y urdieron una conspiración para reducirme y apoderarse del barco, lo que hicieron una madrugada irrumpiendo en la cámara y atándome de pies y manos, con la amenaza de arrojarme por la borda si ofrecía resistencia. Les dije que era su prisionero y que me rendía. Me hicieron jurarlo, y a continuación me desataron, dejándome encadenado sólo por un pie a la cama, y pusieron un centinela en la puerta con el arma cargada, y la orden de matarme de un tiro si intentaba liberarme. Me mandaron abajo vituallas y bebida, y asumieron el gobierno del barco. Su propósito era dedicarse a la piratería, y saquear a los españoles, lo que no podían hacer hasta que reclutasen más hombres. Pero antes resolvieron vender la mercancía del barco, y luego dirigirse a Madagascar en busca de gente, dado que murieron varios después de encerrarme. Navegaron durante varias semanas y comerciaron con los indios; aunque yo ignoraba el rumbo que llevaban, ya que me tenían encerrado, y no esperaba sino que me mataran, como a menudo amenazaban hacer.

El día 9 de mayo de 1711, un tal James Welch bajó a la cámara y me dijo que tenía orden del capitán de llevarme a tierra. Traté de hacerle cambiar de opinión, aunque en vano; y no quiso decirme quién era el nuevo capitán. Me obligaron a embarcar en la lancha, permitiéndome que me pusiese mi mejor uniforme, que era bueno y nuevo, y llevase un pequeño bulto de ropa, aunque no armas, salvo el sable; y tuvieron el detalle de no registrarme los bolsillos, en los que me había guardado todo el dinero que tenía, además de algunas cosas necesarias. Bogaron alrededor de una milla, y me dejaron en una playa. Les pedí que me dijese que país era. Todos juraron que respecto a eso no sabían más que yo; pero dijeron que el capitán —como lo llamaban—, después de vender

la carga, había decidido librarse de mí en la primera tierra que avistase. Acto seguido emprendieron el regreso, aconsejándome que me diese prisa no fuera que me sorprendiese la marea, y me dijeron adiós.

En esta desolada situación eché a andar, y no tardé en llegar a suelo firme, donde me senté en un declive a pensar qué podía hacer. Cuando me sentí un poco descansado, me adentré en la región, dispuesto a entregarme a los primeros salvajes que encontrase, y comprar mi vida con brazaletes, aros de vidrio y otras baratijas de las que normalmente se proveen los marineros en esos viajes, y de las que llevaba algunas encima: el terreno se hallaba dividido por largas filas de árboles; no es que estuviesen plantados regularmente, sino que crecían de manera natural; había abundante hierba, y varios campos de avena. Caminaba muy precavidamente por temor a que me sorprendiesen, o me disparasen alguna flecha por detrás, o desde uno u otro lado. Salí a un camino frecuentado, en el que descubrí huellas de pies humanos, y unas cuantas de vaca, pero sobre todo de caballos. Finalmente, descubrí varios animales en un campo, y uno o dos de la misma especie en lo alto de árboles. Su figura era muy singular, y deforme, lo que me inquietó un poco; así que me escondí detrás de un arbusto para observarlos mejor. Un grupo se acercó al lugar donde yo estaba tumbado, lo que me permitió distinguir claramente en su forma. Tenían la cabeza y el pecho cubiertos de espeso pelo, unos rizado y otros lacio, barba como los chivos, y un largo lomo de pelo que les bajaba por la espalda y por la parte delantera de las extremidades y los pies; pero el resto del cuerpo lo tenían pelado, de manera que se les veía la piel, que era del color del ante. Carecían de cola, y de pelo en el trasero, salvo alrededor del ano, donde, supongo, la naturaleza había puesto allí para defenderlo cuando el animal se sentase en el suelo; porque adoptaban esa postura, lo mismo que la tumbada, y se levantaban sobre los pies. Trepaban a lo alto de los árboles con la agilidad de una ardilla porque tenían largas y fuertes garras delante y detrás que terminaban en afiladas y curvadas puntas como ganchos. A menudo saltaban y brincaban con agilidad prodigiosa. Las hembras no eran tan grandes como los machos; su pelo de la cabeza era largo y lacio, aunque no tenían ninguno en la cara, ni otra cosa en el resto del cuerpo que una especie de vello, salvo en el ano y las partes pudendas.

Las tetas les colgaban entre las patas delanteras, y a menudo casi les rozaban el suelo al caminar. El pelo en ambos sexos era de diverso color: castaño, rojizo, negro y amarillo. En general, no había visto en ninguno de mis viajes un animal tan desagradable, ni que me inspirase el más fuerte rechazo. Así que juzgando que había visto ya suficiente, y lleno de repugnancia y aversión, me levanté y proseguí por el camino hollado, con la esperanza de dar con la cabaña de algún indio. Y no había andado mucho, cuando descubrí en mitad del camino a una de esas criaturas que venía directamente hacia mí. El monstruo, al verme, contrajo de diversas maneras cada una de sus facciones, y se me quedó mirando como algo que no hubiera visto jamás; después, acercándose, levantó una zarpa delantera, no sé si por curiosidad o con alguna intención aviesa. Pero saqué el sable y le di un buen golpe con el plano de la hoja, ya que no me atreví a herirlo con el filo por temor a concitar a los habitantes contra mí, si llegaban a enterarse de que había matado o herido a un ejemplar de su ganado. La bestia, al sentir el escozor, se retrajo, y soltó tan fuerte rugido que del campo cercano acudió una manada de no menos de cuarenta y se apiñaron a mi alrededor, aullando y haciendo muecas odiosas. Así que eché a correr hacia el tronco de un árbol, y pegando la espalda a él, los mantuve alejados blandiendo el sable. Varios de esta maldita camada, cogiéndose a las ramas de atrás se subieron al árbol y empezaron a defecar sobre mi cabeza; no obstante, me libré bastante bien pegándome al tronco de un árbol, aunque casi me asfixiaba el hedor de lo que caía desde todas partes junto a mí.

De repente, en medio de este trance, vi que echaban todos a correr lo más deprisa que podían, por lo que me atreví a abandonar el árbol y a seguir el camino, preguntándome qué podía haberlos asustado. Pero al mirar a mi izquierda vi a un caballo que andaba plácidamente por el campo, y había sido la causa de que huyeran mis perseguidores al descubrirlo. El caballo se asustó un poco cuando estuvo cerca de mí; pero en seguida se recobró y me miró directamente a la cara con asombro manifiesto: me observó las manos y los pies, y dio varias vueltas a mi alrededor. Yo quería continuar mi camino, pero se me puso justo delante, aunque con ademán pacífico, sin la menor muestra de violencia. Nos

estuvimos mirando el uno al otro un rato; finalmente tuve el atrevimiento de alargar la mano hacia su cuello con intención de acariciarlo, recurriendo al estilo y silbido de los joqueis cuando se disponen a montar un caballo extraño. Pero este animal, acogiendo mis atenciones con desdén, sacudió la cabeza, arqueó las cejas, y levantó suavemente la pezuña delantera derecha como para apartarme la mano. Luego relinchó tres o cuatro veces, pero con una cadencia tan rara que casi llegué a creer que hablaba consigo mismo en alguna lengua propia.

Mientras estábamos así él y yo, se acercó otro caballo; y dirigiéndose al primero de manera ceremoniosa, chocaron suavemente la pezuña derecha, y relincharon varias veces por turno, variando el tono de tal manera que casi parecía articulado. Se alejaron unos pasos como para conferenciar, paseando de un lado a otro, adelante y atrás, como personas deliberando sobre algún asunto de peso; y volviéndose de vez en cuando hacia mí como para vigilar que no me escapara. Yo estaba asombrado ante la actitud y comportamiento de estos dos brutos; y concluí conmigo mismo que si los habitantes de este país estaban dotados de un grado proporcional de raciocinio eran por necesidad la nación más inteligente del mundo. Este pensamiento me produjo tal alivio que decidí seguir andando hasta encontrar alguna casa o aldea, o topar con algún natural del país, dejando a los dos caballos que parlamentasen cuanto quisieran. Pero el primero, que era tordo, al darse cuenta de que me alejaba, me relinchó en un tono tan conminatorio que me pareció entender qué quería decir; así que di media vuelta y me acerqué a él, a esperar a ver qué más se le ocurría mandar, aunque disimulando mi temor como podía; porque empezaba a preocuparme cómo podía acabar esta aventura; y podrá creerme fácilmente el lector si digo que no me hacía mucha gracia mi situación en esos momentos.

Se me acercaron los dos caballos, y me miraron con gran seriedad la cara y las manos. El tordo pasó la pezuña de su pata derecha por todo el sombrero y me lo descolocó de tal manera que me lo tuve que ajustar quitándomelo y volviéndomelo a poner, lo que pareció sorprenderles muchísimo a él y a su compañero —que era bayo—; este me tocó el faldón de la casaca, y al notar que colgaba suelto, me miraron los dos con

asombro. Me rozó la mano derecha, como extrañado por la suavidad y el color; pero me la apretó tan fuerte entre la pezuña y la cuartilla que solté un bramido, tras lo cual me siguieron tocando los dos con toda la delicadeza posible. Les tenían sumamente perplejos los zapatos y las medias, que me tantearon muchas veces, relinchándose el uno al otro de vez en cuando, y haciendo diversos gestos, no muy distintos de los del filósofo cuando intenta resolver algún fenómeno nuevo y difícil.

En general, el comportamiento de estos animales era tan ordenado y racional, tan grave y juicioso, que concluí que de necesidad debían de ser magos metamorfoseados de esta manera con algún propósito, y que al ver a un extranjero en el camino habían decidido divertirse a su costa; o quizá estaban realmente asombrados ante la visión de un hombre tan distinto en hábito, figura y piel de los que probablemente vivían en este clima remoto. Basándome en este razonamiento, me atreví a dirigirme a ellos en los siguientes términos: «Caballeros, si sois prestidigitadores, como tengo buenos motivos para creer, sin duda comprenderéis cualquier lengua; por tanto, me atrevo a poner en conocimiento de vuestras señorías que soy un pobre y atribulado inglés al que las desventuras han arrojado a esta costa, y suplico que una de vuestras mercedes me permita cabalgar sobre su lomo, como si de verdad fuese caballo, hasta alguna casa o pueblo donde se me pueda socorrer. A cambio de dicho favor, le haré regalo de este brazalete y este cuchillo» —al mismo tiempo, saqué ambos objetos del bolsillo—. Los dos seres estuvieron callados mientras hablaba, como si escuchasen con gran atención, y cuando terminé, se pusieron a relincharse el uno al otro, como enfrascados en seria conversación. Observé claramente que su lengua expresaba muy bien las pasiones, y que sus palabras podían resolverse en un alfabeto más fácilmente que el chino.

A menudo conseguía distinguir la palabra *yahoo*, que uno y otro repetían de vez en cuando; y aunque me era imposible adivinar qué significaba, mientras los dos caballos estaban enfrascados en su conversación, me esforcé en practicar ese término con mi voz; y en cuanto dejaron de hablar, pronuncié *yahoo* en voz alta, imitando al mismo tiempo, lo más que podía, el relincho de caballo, a lo cual se quedaron los dos visiblemente sorprendidos, y el tordo repitió el mismo vocablo dos veces,

como si quisiera enseñarme su correcta pronunciación, así que lo repetí después que él lo mejor que pude, y descubrí que lo hacía mejor cada vez, aunque aún estaba lejos de hacerlo bien del todo. Entonces el bayo probó con una segunda palabra, mucho más difícil de pronunciar, que reducida a la ortografía inglesa podría transcribirse como *houyhnhnm*. Con esta no logré hacerlo tan bien como con la primera, pero después de intentarlo otras dos o tres veces, tuve más suerte; y los dos parecieron asombrarse de mi capacidad.

Tras unos cuantos intercambios más, que entonces imaginé que se referían a mí, los dos amigos se despidieron con el mismo saludo de darse la pezuña; y el tordo me hizo seña de que echase a andar delante de él; lo que juzgué prudente acatar, hasta que encontrase mejor guía. Cuando traté de aflojar el paso, profirió: «¡Hhuun, hhuun!»; comprendí qué quería decir, y le di a entender lo mejor que pude que estaba cansado, y que no podía ir más deprisa; con lo que se detuvo un rato para dejar que descansase.

Capítulo II

Un houyhnhnm se lleva a su casa al autor. Descripción de la casa. Recibimiento del autor. El alimento de los houyhnhnms. Se soluciona finalmente la apurada situación del autor por falta de comida. Su manera de alimentarse en este país.

Tras recorrer unas tres millas, llegamos a una especie de edificio largo, hecho con troncos clavados en el suelo y trabados transversalmente; la techumbre era baja y de paja. Empecé a sentirme un poco aliviado; saqué algunas baratijas que suelen llevar los viajeros como regalos para los indios de América y de otras regiones, con la esperanza de que con eso a la gente de la casa me recibiese con simpatía. El caballo me hizo señas de que entrase delante; era un local grande, con el piso de arcilla, con un pesebre y comederos dispuestos a lo largo en uno de los lados. Había tres rocines y dos yeguas, no comiendo, sino algunos sentados sobre sus cuartos traseros, lo que me dejó no poco asombrado; pero más me asombró ver a los demás dedicados a tareas domésticas. Parecían ganado corriente; sin embargo, esto confirmó mi primera impresión de que una gente que era capaz de civilizar a los brutos a tal extremo necesariamente debía de aventajar en sabiduría a todas las naciones del mundo. El tordo entró justo detrás de mí, lo que evitó que me recibiesen con alguna posible hostilidad. Les relinchó varias veces con acento autoritario y los otros respondieron.

Más allá de dicha estancia había otras tres, que se extendían hasta el final de la casa, y a las que se accedía por puertas que estaban una frente

otra a manera de una perspectiva; cruzamos la segunda estancia, y llegamos a la tercera; aquí entró el tordo primero indicándome con un ademán que esperase; me quedé en la segunda habitación y preparé los regalos para los señores de la casa: consistían en dos cuchillos, tres brazaletes de perlas falsas, un espejito y un collar de cuentas. El caballo relinchó tres o cuatro veces y esperé oír en respuesta alguna voz humana; pero sólo recibió contestación en el mismo dialecto, aunque un tono o dos más alto que el suyo. Empecé a pensar que esta casa debía de pertenecer a alguien de gran importancia entre ellos, porque parecía haber mucha ceremonia antes de admitirme. Pero que una persona de calidad se hiciese servir sólo por caballos escapaba por completo a mi comprensión. Empecé a temer que se me hubiera trastornado el cerebro con los sufrimientos y las desventuras. Me despabilé, y miré por la habitación en la que me habían dejado. Estaba amueblada como la primera, sólo que de manera más elegante. Me froté los ojos varias veces; pero allí seguían los mismos objetos. Me pellizqué los brazos y los costados para despertarme, convencido de que estaba soñando. Entonces concluí absolutamente que todas estas apariencias no eran otra cosa que magia y nigromancia. Aunque no tuve tiempo de demorarme en estas reflexiones, porque asomó por la puerta el caballo tordo, y me hizo indicación de que le siguiese a la tercera estancia, donde vi a una yegua hermosísima, junto a un potro y una potra, sentados sobre sus ancas en colchonetas de paja, confeccionadas no sin cierta gracia, y completamente ordenadas y limpias.

La yegua, nada más entrar yo, se levantó de la colchoneta, se me acercó y, tras observarme las manos y la cara con curiosidad, me lanzó una mirada de lo más desdeñosa; luego, volviéndose al caballo, oí que decían entre ellos varias veces la palabra *yahoo*, cuyo significado no comprendí entonces, aunque había aprendido ya a pronunciarla; pero no tardé en tener mejor información, para perpetua humillación mía; porque el caballo, haciéndome una indicación con la cabeza, y repitiendo *hhuun*, *hhuun* como había hecho por el camino, que interpreté como que debía acompañarlo, me guio a una especie de patio, donde había otro edificio a cierta distancia de la casa. Entramos aquí, y vi tres de aquellas criaturas detestables con que había topado al desembarcar, comiendo raíces y carne animal, que más

tarde averigüé que era de asno y de perro, y a veces de alguna vaca muerta accidentalmente o por enfermedad. Estaban todas atadas por el cuello con fuertes mimbres a una viga; cogían la comida con las garras de las patas delanteras, y la desgarraban con los dientes.

El caballo amo ordenó a un rocín alazán, uno de sus criados, que desatase al más grande de estos animales y lo llevase al patio. Nos pusieron juntos a la bestia y a mí; y amo y criado compararon con atención nuestros semblantes, y a continuación repitieron varias veces la palabra *yahoo*. Es imposible describir mi horror y mi asombro al reconocer en este animal abominable una figura totalmente humana: en realidad tenía la cara ancha y plana, la nariz deprimida, los labios gruesos y la boca grande; pero estas diferencias son normales en todas las naciones salvajes, en las que los rasgos de la cara se hallan deformados porque los nativos dejan que sus hijos anden a rastras, o los llevan cargados a la espalda con la cara pegada contra los hombros de la madre. Las patas delanteras del yahoo sólo se diferenciaban de mis manos en la longitud de las uñas, la tosquedad y color oscuro de las palmas, y la vellosidad del dorso. Igual semejanza había en nuestros pies, con las mismas diferencias, que yo conocía bien, aunque los caballos no por los zapatos y las medias; y otro tanto ocurría con cada parte de nuestros cuerpos, salvo la vellosidad y el color, como ya he descrito.

El gran obstáculo que parecía desconcertar a los dos caballos era ver el resto de mi cuerpo tan distinto del de un yahoo, por lo que me sentí agradecido a mis ropas, de las que no tenían ni idea: el rocín alazán me ofreció una raíz, que cogió —a su manera, como describiremos en su momento— entre la pezuña y la cuartilla; la cogí con la mano y, tras olerla, se la devolví con todo civismo. Trajo de la caseta del yahoo un trozo de carne de asno; pero olía de manera tan repugnante que me aparté con asco; entonces la arrojó al yahoo, y este lo devoró ansiosamente. Después me enseñó un manojo de heno, y un menudillo lleno de avena; pero meneé la cabeza, para indicarle que ninguno de estos alimentos eran apropiados para mí. Y a decir verdad, ahora me daba cuenta de que iba a morir de inanición si no conseguía llegar a alguien de mi especie: porque por lo que se refería a estos inmundos yahoos, aunque pocos había en aquellos momentos que amasen a la humanidad más que yo, confieso que nunca había visto un ser

sensible tan detestable en todos los respectos; y cuanto más cerca los tuve, más odiosos se me hicieron en el tiempo que estuve en ese país. El caballo amo se dio cuenta de esto por mi reacción, así que mandó al yahoo otra vez a su caseta. Seguidamente se llevó la pezuña delantera a la boca, lo que me sorprendió muchísimo, aunque lo hizo con toda soltura, y con un gesto que parecía totalmente natural; e hizo otras señas para saber qué quería comer yo; pero no fui capaz de darle ninguna respuesta que él pudiera comprender; y aun de haberme entendido, no veía yo qué podía hacer para proporcionarme algún alimento. Y estábamos así ocupados, cuando vi pasar una vaca; la señalé, y le di a entender que deseaba que me permitiese ordeñarla. Esto hizo efecto: porque me llevó otra vez a la casa y ordenó a una yegua criada que abriese una puerta, donde había buena provisión de leche en recipientes de arcilla y de madera, de manera muy ordenada y limpia. Me dio un gran tazón lleno, del que bebí de buena gana, y me dejó bastante repuesto.

A mediodía vi venir hacia la casa una especie de vehículo como un trineo, tirado por cuatro yahoos. En él viajaba un viejo corcel que parecía de calidad; descendió sacando primero las patas traseras, ya que tenía herida una pata delantera a causa de un accidente. Venía a comer con nuestro caballo, que lo recibió con gran cortesía. Comieron en la mejor habitación, donde les sirvieron avena hervida con leche de segundo plato, que el viejo caballo tomó caliente pero los demás fría. Los comederos estaban colocados en círculo en el centro de la estancia, y divididos en varias secciones, junto a los cuales se sentaron sobre sus cuartos traseros, en almohadones de paja. En el centro había un gran pesebre, con ángulos correspondientes a cada compartimento del comedero, de manera que cada caballo y yegua comía su heno, y su sopa de avena con leche, con gran decoro y pulcritud. La actitud de los jóvenes potros parecía muy modesta, y la del señor y la señora sumamente alegre y amable con el invitado. El tordo me ordenó que me quedara de pie a su lado; y conversaron largamente él y su amigo sobre mí, como comprendí por la de veces que el desconocido me miraba, y repitió la palabra *yahoo*.

Casualmente, llevaba yo los guantes puestos; y al reparar en ellos el amo tordo se quedó perplejo, haciendo signos de asombro por lo que había

hecho con mis patas delanteras; señaló con una pezuña tres o cuatro veces hacia ellos, como indicando que debía devolver mis manos a su forma anterior, cosa que hice en seguida, quitándomelos y guardándomelos en el bolsillo. Esto dio ocasión a nuevos comentarios; y noté que mi comportamiento agradaba a los presentes, y al punto pude comprobar sus buenos efectos: me ordenaron que dijese las pocas palabras que comprendía; y mientras comían, el señor me enseñó los nombres de la avena, la leche, el fuego, el agua y algunas cosas más; nombres que aprendí a decir sin dificultades después de pronunciarlos él, ya que desde joven he tenido gran facilidad para las lenguas.

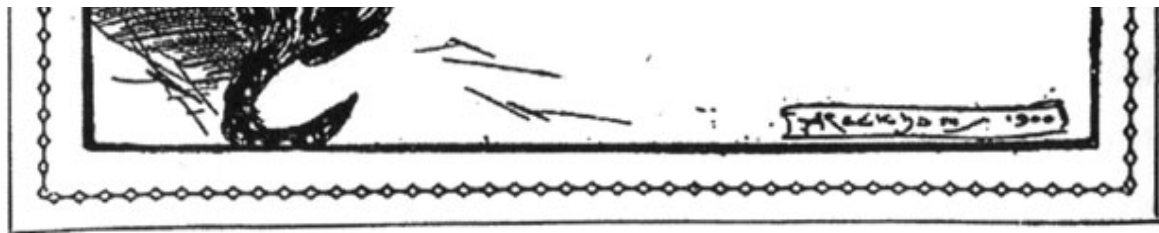
Cuando terminó la comida el caballo amo me llevó aparte, y por señas y palabras me hizo comprender lo preocupado que estaba de que no tuviese yo nada para comer. Avena en su lengua se decía *hluunh*. Dije esta palabra dos o tres veces; porque aunque la había rechazado al principio, sin embargo, tras recapacitar, pensé que podía hacer con ella una especie de pan, lo que, con la leche, sería suficiente para subsistir hasta que pudiese escapar a algún otro país, y encontrar seres de mi especie. El caballo mandó inmediatamente a una yegua blanca, criada de la familia, que me trajese buena cantidad de avena en una especie de bandeja de madera. La calenté ante el fuego lo mejor que pude, y la froté hasta que saltó la cascarilla, que conseguí aventar; la molí entre dos piedras, luego cogí agua e hice con ella una masa o torta, la cocí al fuego, y me la comí caliente con leche. Al principio encontré esta dieta muy insípida, aunque es muy corriente en muchas regiones de Europa; pero con el tiempo se me hizo soportable; y como en mi vida me había visto muchas veces reducido al hambre, no era el primer experimento que hacía sobre lo fácilmente que se satisface la naturaleza. No puedo por menos de decir aquí que no estuve enfermo ni una hora en todo el tiempo que viví en esta isla. Es verdad que de tarde en tarde conseguía cazar un conejo o pájaro con lazos que me fabricaba con pelos de yahoo; y a menudo recogía hierbas saludables que cocía, o las tomaba en ensalada con pan; y de vez en cuando, como cosa excepcional, hacía un poco de mantequilla y me bebía el suero. Al principio echaba de menos la sal; pero la costumbre me reconcilió pronto con su falta; y estoy convencido de que el uso frecuente de sal entre nosotros es consecuencia

del lujo, y que fue introducida como estimulante para beber, salvo donde es necesaria para conservar la carne en los viajes largos, o en lugares alejados de los grandes mercados. Porque observamos que ningún animal es aficionado a ella aparte del hombre; y en cuanto a mí, después que abandoné este país, transcurrió mucho tiempo antes de que soportara su sabor en cualquier cosa que comiera.

Ya basta de hablar del asunto de las comidas, con lo que llenan sus libros otros viajeros, como si los lectores estuvieran personalmente interesados en si comíamos bien o mal. No obstante, había que hacer alusión a él, para que nadie crea que era imposible subsistir tres años en semejante país y entre tales habitantes.

Cuando empezó a anochecer, el caballo amo mandó que se me preparase un sitio donde alojarme; estaba a sólo seis yardas de la casa, y separado de la cuadra de los yahoos. Aquí me pusieron paja; y cubriéndome con mis ropas, dormí muy profundamente. Pero poco tiempo después me acomodaron mejor, como sabrá el lector más adelante, cuando aborde con más detalle mi manera de vivir.





Capítulo III

El autor se aplica en aprender la lengua, y su amo houyhnhnm lo ayuda dándole lecciones. Descripción de la lengua. Varios houyhnhnms de calidad acuden curiosos a ver al autor. Este hace a su amo una breve relación de su viaje.

Mi principal interés era aprender la lengua que mi amo —porque así debo llamarlo en adelante—, sus hijos y cada criado de la casa estaban deseosos de enseñarme. Porque les parecía prodigioso que un bruto revelase tales signos de racionalidad: lo señalaba todo, preguntaba el nombre, y lo consignaba en mi diario cuando estaba solo, y corregía mi mal acento pidiendo a alguien de la familia que lo pronunciase muchas veces. En este trabajo se prestó a ayudarme de grado un criado rocín alazán.

Al hablar emitían el aire por la garganta y los ollares, y la lengua que hablaban era más parecida al alto holandés, o alemán, que a ninguna de las europeas que conozco, aunque es mucho más agradable y significativa. El emperador Carlos V hizo casi la misma observación cuando dijo que si tuviera que hablarle a su caballo lo haría en alto holandés.

La curiosidad e impaciencia de mi amo eran tan grandes que dedicaba numerosas horas de descanso a enseñarme. Estaba convencido —como me contó más tarde— de que yo debía de ser un yahoo; pero le asombraba mi facilidad para aprender, mi civismo y mi limpieza, ya que estas cualidades eran lo más opuesto a esos animales. Mis ropas le tenían de lo más

perplejo, y a veces deliberaba consigo mismo sobre si eran parte de mi cuerpo o no; porque nunca me las quitaba hasta que la familia estuviera dormida, y me las ponía antes de que nadie despertara por la mañana. Mi amo estaba deseoso de saber de dónde venía; cómo había adquirido esos vestigios de racionalidad que revelaba en todas mis acciones y oír mi historia de mis labios, lo que esperaba que hiciese pronto, por los grandes progresos que hacía en el aprendizaje y pronunciación de sus palabras y frases. Para ayudar a mi memoria, transcribía todo lo que aprendía al alfabeto inglés y anotaba cada palabra con su traducción. Esto último me atreví a hacerlo, pasado un tiempo, en presencia de mi amo. Me costó bastante explicarle qué hacía; porque los de ese país no tienen ni idea de qué es un libro ni qué es literatura.

En unas diez semanas fui capaz de comprender la mayoría de sus preguntas, y a los tres meses podía responder a ellas pasablemente. Él tenía una enorme curiosidad por saber de qué país procedía, y cómo había aprendido de imitar a los seres racionales; porque estaba probado que los yahoos (a los que veía que me parecía en la cabeza, las manos y la cara, que eran las únicas partes visibles de mi persona), pese a cierto atisbo de ingenio, y una acusadísima inclinación a la maldad, eran de todos los brutos los más incapaces de aprender. Contesté que había llegado por mar, de un lugar muy lejano, con muchos otros de mi especie, en una gran nave hueca hecha con troncos de árboles; que mis compañeros me habían obligado a desembarcar en esta costa, y habían dejado que me las arreglara solo. Con alguna dificultad, y ayudándome con muchas señas, conseguí que me entendiera. Contestó que de necesidad debía estar equivocado, o había dicho algo que no era —porque no tienen un término para decir que una cosa es mentira o falsa—. Sabía que era imposible que hubiera una región más allá del mar, ni que un puñado de brutos llevaran una nave de madera a donde quisieran sobre las aguas. Estaba convencido de que ningún houyhnhnm vivo sabría construir una nave así, ni confiaría a yahoos su gobierno.

La palabra *houyhnhnm* significa en su lengua *caballo*, que etimológicamente quiere decir *perfección de la naturaleza*. Le dije a mi amo que me costaba expresarme, pero que mejoraría lo más deprisa que

podiera; y esperaba que en breve tiempo podría contarle maravillas; y se dignó pedir a su yegua, a sus potros y a la servidumbre de la familia, que aprovecharan cualquier ocasión para instruirme; y en cuanto a él, dedicaba a esta tarea dos o tres horas todos los días. Varios caballos y yeguas de calidad, vecinos nuestros, acudían a menudo a nuestra casa, ante el rumor que había corrido de que un prodigioso yahoo sabía hablar como un houyhnhnm, y que sus palabras y conducta revelaban signos de inteligencia. A estos les encantaba conversar conmigo: hacían muchas preguntas, y recibían las respuestas que yo era capaz de dar. Con todas estas ventajas, llegué a progresar de tal modo que a los cinco meses de mi llegada comprendía cuanto me decían y me expresaba bastante bien.

Los houyhnhnms que venían a visitar a mi amo con intención de verme y hablar conmigo no podían creer que fuese un verdadero yahoo, porque tenía el cuerpo cubierto de manera diferente a los demás de mi especie. Les asombraba verme sin el pelo habitual, salvo en la cabeza, la cara y las manos; pero este secreto se lo había revelado a mi amo, por una casualidad ocurrida un par de semanas antes.

Le he dicho ya al lector que por las noches, una vez que la familia se había retirado a dormir, acostumbraba desvestirme y taparme con mis ropas; y ocurrió que una mañana temprano mi amo envió por mí al rocín alazán que era su ayuda de cámara; cuando entró yo estaba profundamente dormido, las ropas se me habían caído a un lado, y la camisa se me había remangado por encima de la cintura. Desperté al ruido que hizo, y noté que me daba el recado con cierta confusión; después fue a mi amo, y con gran espanto le dio una confusa explicación de lo que había visto; de esto me enteré en seguida, porque al ir, tan pronto estuve vestido, a ponerme a disposición de su señoría, me preguntó qué significaba lo que el criado le había contado, de que no era igual cuando dormía que lo que parecía ser en otros momentos; que su ayuda de cámara aseguraba que una parte de mí era blanca, otra amarilla, o al menos no blanca, y otra de color moreno.

Yo había guardado hasta aquí el secreto de mi vestido a fin de diferenciarme lo más posible de esa condenada raza de yahoos; pero ahora comprendí que era inútil seguir ocultándolo. Además, pensé que no tardaría en estropeármeme la ropa y los zapatos, que ya estaban bastante

deteriorados, y tendría que sustituirlos de alguna manera con pieles de yahoo o de otro animal; por donde se sabría todo el secreto; así que le conté a mi amo que en el país de donde venía los de mi especie se cubrían el cuerpo con pelo de ciertos animales preparado con arte; por decoro, y también para protegerse de inclemencias del frío y el calor; lo que, por lo que se refería a mi persona, podía confirmar allí mismo si así tenía a bien ordenármelo; sólo deseaba que me excusase si no descubría las partes que la naturaleza nos enseñaba a ocultar. Dijo que mi discurso era muy extraño, y en especial la última parte; porque no entendía por qué la naturaleza tenía que enseñarnos a ocultar lo que ella misma nos había dado. Que ni él ni su familia se avergonzaban de ninguna parte de sus cuerpos; no obstante, podía hacer como quisiera. Tras lo cual, primero me desabroché la casaca y me la quité. Lo mismo hice con el chaleco; me quité los zapatos, las medias y los calzones. Me bajé la camisa hasta la cintura, y me levanté los faldones y me los até como un cinturón por el centro para ocultar mi desnudez.

Mi amo observó estas operaciones con grandes muestras de curiosidad y admiración. Cogió las prendas con la cuartilla, una tras otra, y las examinó atentamente; me acarició el cuerpo con suavidad, dio varias vueltas a mi alrededor, y dijo que estaba claro que era en todo un completo yahoo; pero que me diferenciaba mucho del resto de mi especie en la suavidad, blancura y delicadeza de piel, la falta de vello en varias partes del cuerpo, la forma y cortedad de mis garras delanteras y traseras, y mi afectación de caminar siempre sobre las patas traseras. No quiso ver más; y me dio permiso para volver a vestirme, porque me veía temblar de frío.

Le manifesté mi desagrado porque me llamasen constantemente con el apelativo de *yahoo*, animal odioso que me inspiraba una total aversión y desprecio; le supliqué que me eximiese de ese término, y ordenase a su familia y amigos a los que me enseñaba que hiciesen lo mismo. Igualmente le rogué que el secreto de la falsa envoltura de mi cuerpo fuese conocido solamente por él, mientras durase mi actual indumentaria; en cuanto a lo que había observado su ayuda de cámara el rocín alazán, su señoría podía ordenarle que no lo divulgase.

Accedió mi amo muy amablemente a todo esto, y así se guardó el secreto de mis ropas hasta que empezaron a estropearse, y me vi obligado a sustituirlas con remedios que más adelante comentaré. Entretanto, me pidió que siguiese aprendiendo su lengua con la mayor diligencia; porque le tenía más asombrado mi capacidad para hablar y razonar que la figura de mi cuerpo, estuviera cubierta o no; añadiendo que esperaba con cierta impaciencia oír las maravillas que había prometido contarle.

A partir de entonces dobló los esfuerzos para instruirme: me presentaba a toda clase de personas, y hacía que me trataran con cortesía; porque, como les había dicho en privado, eso me animaba mucho y hacía que fuese más divertido.

Todos los días, mientras le asistía, además de la tarea que había asumido de enseñarme, me hacía preguntas sobre mí, a las que contestaba lo mejor que podía; y por este medio se había formado ya alguna noción, aunque muy imperfecta. Sería tedioso relatar los diversos pasos por los que llegué a estar en condiciones de sostener una conversación fluida; pero la primera noticia que le di de mí, de cualquier orden y extensión, fue la siguiente:

Que venía de un país muy lejano, como ya había tratado de decirle, con unos cincuenta más de mi especie; que habíamos recorrido los mares en un gran recipiente hueco hecho de madera, más grande que la casa de su señoría. Le describí el barco lo mejor que pude, y le expliqué, con ayuda del pañuelo desplegado, cómo se desplazaba empujado por el viento. Que debido a una pelea entre nosotros, me habían dejado en esta costa, donde eché a andar sin saber hacia dónde, hasta que él me libró de la persecución de esos execrables yahoos. Me preguntó quién había hecho el barco, y cómo era que los houyhnhnms de mi país dejaban su gobierno a brutos. Contesté que no osaría seguir contando a menos que me diese su palabra de no ofenderme, y que sólo entonces le contaría las maravillas que tantas veces le había prometido. Así lo hizo, y proseguí, asegurándole que el barco lo habían construido seres como yo, que en todos los países que había visitado, al igual que en el mío, sólo gobernaban seres racionales; y que a mi llegada allí, me causó tanto asombro ver a los houyhnhnms actuar como seres inteligentes, como podían estarlo él y sus amigos

viendo signos de inteligencia en una criatura a la que daban en llamar yahoo, con la que reconocía mi semejanza en todos los respectos, aunque no me explicaba su naturaleza degenerada y brutal. Dije, además, que si la fortuna me devolvía alguna vez a mi país natal, para relatar allí mis viajes, como estaba decidido a hacer, todo el mundo creería que contaba «una cosa que no es»; que me había sacado la historia de la cabeza; y con todos los respetos hacia él, su familia y sus amigos, y su promesa de no ofenderse, mis compatriotas apenas creerían posible que fuese el houyhnhnm la criatura que gobernara una nación, y que los brutos fueran los yahoos.



Capítulo IV

Noción de los houyhnhnms de verdad y falsedad. El discurso del autor es desaprobado por su amo. El autor cuenta más detalles de sí mismo y de las peripecias de su viaje.

Mi amo me escuchó con grandes muestras de desazón en el semblante, porque *dudar*, o *no creer*, es algo tan poco conocido en ese país que sus habitantes no saben cómo comportarse en tales circunstancias. Y recuerdo que en muchas conversaciones con mi amo sobre la naturaleza del hombre de otras regiones del mundo, al tener que hablar de *mentiras* y de *falsos testimonios*, le costaba comprender lo que yo quería decir; aunque en lo demás tenía el más agudo discernimiento. Porque alegaba lo siguiente: que el uso del habla era para comprendernos los unos a los otros, y recibir información sobre la realidad; ahora bien, si alguien dice *una cosa que no es* se frustran estos fines; porque no puedo decir propiamente que lo comprendo; y estoy tan lejos de recibir información que me deja peor que en la ignorancia, porque me induce a creer que lo blanco es negro, o que lo largo es corto. Y estas son todas las nociones que tenía él sobre la facultad de mentir, tan perfectamente conocida y universalmente practicada entre los seres humanos.

Pero dejando esta digresión: al asegurarle que los yahoos eran los únicos animales gobernantes en mi país, lo que a mi amo le parecía totalmente inconcebible, quiso saber si había houyhnhnms entre nosotros y

qué hacían. Le dije que había muchísimos; que en verano pastaban en los campos y en invierno se les guardaba en casas, con heno y avena, donde los criados yahoos se ocupaban de cepillarles la piel, peinarles la crin, limarles las pezuñas, ponerles comida y hacerles la cama. «Te comprendo muy bien —dijo mi amo—; está muy claro, por lo que cuentas, que cualquiera que sea el grado de raciocinio que pretendan tener los yahoos, los houyhnhnms son vuestros amos; ojalá nuestros yahoos fueran tan tratables». Rogué a su señoría que me excusase de proseguir, porque estaba convencido de que la explicación que me pedía iba a resultar sumamente desagradable. Pero insistió en que quería saber lo mejor y lo peor; así que le dije que sería obedecido. Confesé que los houyhnhnms, entre nosotros, a los que llamábamos caballos, eran los animales más generosos y hermosos que teníamos; que destacaban en fuerza y velocidad; y cuando pertenecían a personas de calidad, y los empleaban para viajar, para las carreras, o para tirar de carruajes, eran tratados con todo el cariño y cuidado; hasta que caían enfermos o se despeaban. Entonces se vendían, y se les dedicaba a toda clase de trabajos, hasta que morían; cuando esto ocurría les quitaban la piel para venderla por lo que valiera, y el cuerpo se dejaba que lo devorasen los perros y las aves rapaces. En cuanto a los caballos corrientes, no tenían tanta suerte; porque pertenecían a campesinos, carreteros y demás gente inferior que los dedicaba a trabajos penosos y los alimentaba muy mal. Describí lo mejor que pude nuestra manera de cabalgar; la forma y uso de la brida, la silla, la espuela y la fusta; de los arneses y las ruedas. Añadí que les clavábamos planchas de cierto material llamado «hierro» debajo de los pies para evitar que se rompieran las pezuñas en los caminos pedregosos por los que transitábamos a menudo.

Mi amo, tras algunas exclamaciones de gran indignación, preguntó cómo osábamos montar sobre el lomo de un houyhnhnm; porque estaba seguro de que el criado más flojo de su casa era capaz de sacudirse de encima al yahoo más fuerte, o tumbarse y aplastar al bruto poniéndose patas arriba. Contesté que nuestros caballos se domaban a los tres o cuatro años para los diversos usos a que eran destinados; que si alguno salía insoportablemente resabiado lo dedicaban al tiro de carruajes; que de

jóvenes se les castigaba severamente cuando hacían alguna maldad; que los machos que iban a utilizarse para usos corrientes como la silla o el tiro eran castrados por lo general cuando tenían dos años, para quitarles la fogosidad y hacerlos más dóciles y tranquilos; que desde luego eran sensibles a los premios y los castigos; pero que tuviese en cuenta su señoría que carecían de toda sombra de raciocinio, como les ocurría a los yahoos de este país.

Me vi obligado a recurrir a multitud de circunloquios para trasladar a mi amo la idea correcta de lo que quería decir; porque su lengua no abunda en variedad de palabras, al ser sus necesidades y sus pasiones menos numerosas que las nuestras. Pero es imposible describir su noble enojo ante nuestro trato salvaje de la raza houyhnhnm, sobre todo después de explicarle la manera y costumbre de castrar a los caballos entre nosotros, para impedir que propagaran su casta, y para volverlos más serviles. Dijo que si fuera posible que hubiese un país donde sólo los yahoos tuviesen uso de razón, evidentemente sería el animal gobernante; porque la razón siempre acaba prevaleciendo sobre la fuerza bruta. Pero habida cuenta de la constitución de nuestro cuerpo, y especialmente el mío, pensaba que ningún ser de semejante tamaño estaba tan mal concebido para emplear esa razón en las normales actividades de la vida; por lo que quiso saber si aquellos entre los que yo vivía se parecían a mí o a los yahoos de su país. Le aseguré que yo estaba tan bien formado como la mayoría de mi edad; pero los jóvenes y las hembras eran mucho más suaves y tiernos, y su piel era blanca como la leche por lo general. Dijo que desde luego yo era distinto de los otros yahoos, ya que era mucho más limpio y no tan deforme en términos generales; pero en cuanto a ventajas reales, creía que comparado con ellos salía yo perdiendo; que mis uñas delanteras y traseras carecían de utilidad, y si eran mis pies delanteros, no podía llamarlos propiamente con ese nombre puesto que nunca me había visto caminar sobre ellos, eran demasiado suaves para soportar el suelo, iba generalmente con ellos al aire, y las fundas con que a veces me los cubría no tenían la misma forma ni eran tan fuertes como las de los pies traseros; que no podía caminar con seguridad porque si resbalaba uno de los pies traseros inevitablemente me caería. Luego se puso a enumerar defectos de

las otras partes de mi cuerpo: tenía la cara plana, la nariz prominente y los ojos delante, de manera que no podía mirar a uno u otro lado sin volver la cabeza; no podía alimentarme sin llevarme una pata delantera a la boca, y por tanto la naturaleza había dispuesto esas articulaciones para satisfacer dicha necesidad. No sabía qué uso podían tener las diversas hendiduras y divisiones de mis pies traseros; que eran demasiado blandos para soportar las piedras sin un forro hecho con piel de algún bruto; que mi cuerpo entero carecía de defensa contra el calor y el frío, lo que me obligaba a ponerme y quitarme una diariamente con tedioso embarazo. Y por último, señaló que todos los animales de este país detestaban instintivamente a los yahoos, a los que los más débiles evitaban, y los más fuertes ahuyentaban. De manera que, suponiendo que estuviésemos dotados de razón, no podía ver cómo era posible curar esa antipatía natural que todos los seres manifestaban hacia nosotros, ni, consiguientemente, cómo podíamos domarlos y hacerlos dóciles. Sin embargo, no quería seguir más con este asunto —dijo—, porque estaba ansioso por conocer mi historia, el país donde había nacido, y los diversos sucesos y peripecias de mi vida antes de llegar aquí.

Le aseguré que estaba sumamente deseoso de satisfacerle en todo; pero que dudaba mucho que me fuera posible explicar muchas cosas de las que su señoría no podía tener ninguna noción, porque no veía en este país nada que pudiera parecerse; que, no obstante, haría lo posible, y me esforzaría en expresarme con similitudes, y humildemente le pediría ayuda cuando me faltasen las palabras adecuadas; cosa que me prometió de buen grado.

Le conté que había nacido de padres honrados, en una isla llamada Inglaterra, que estaba muy lejos de este país, a tantas jornadas como el criado más resistente de su señoría pudiera hacer en el curso anual del sol; que me había formado como cirujano, oficio que consistía en curar heridas y daños del cuerpo recibidos por accidente o violencia; que mi país estaba gobernado por un hombre hembra llamado *reina*; que lo había abandonado para ganar bastante riqueza para mantenernos mi familia y yo cuando regresara; que en mi último viaje iba al mando del barco, con unos cincuenta yahoos bajo mis órdenes, muchos de los cuales murieron en alta mar, y me vi obligado a sustituirlos por otros que recogí en otras naciones;

que nuestro barco había estado dos veces en peligro de zozobrar; la primera por una gran tempestad, y la segunda al chocar con un escollo. Aquí mi amo me interrumpió para preguntarme cómo había convencido a los extranjeros de los diferentes países para que osaran unirse a mí, después de las pérdidas que había sufrido y los peligros que había corrido. Le dije que eran hombres de fortuna desesperada a los que la pobreza o los crímenes habían forzado a abandonar sus lugares de nacimiento. A algunos los habían arruinado los pleitos; otros se pasaban el día bebiendo, jugando a las cartas o en los lupanares; otros huían a causa de alguna traición; muchos por homicidio, robo, envenenamiento, perjurio, falsificar documentos o moneda, por raptos o sodomía, por desertar o huir del enemigo; y la mayoría eran huidos de la prisión; y ninguno se atrevía a volver a su país por miedo a la horca o a morir de hambre en un calabozo; y por tanto se encontraban en la necesidad de buscarse la vida en otros lugares.

Durante este discurso, mi amo tuvo a bien interrumpirme varias veces; yo había utilizado multitud de perífrasis para describirle la naturaleza de los diversos crímenes por los que la mayoría de mi tripulación se habían visto obligados a huir de sus respectivos países. Esta empresa requirió varios días de conversación, hasta que consiguió comprenderme. No se explicaba qué utilidad o necesidad había de practicar tales vicios. Para aclarárselo traté de darle alguna idea de las ansias de poder y de riqueza, de los terribles efectos de la lujuria, la intemperancia, la malevolencia y la envidia. Todo esto tuve que definírselo y describírselo exponiéndole casos y haciendo suposiciones. Al terminar, como la persona a la que la imaginación le presenta algo que no ha visto ni oído jamás, alzó los ojos con asombro e indignación. El poder, el gobierno, la guerra, la ley, el castigo y mil cosas más carecían de términos por los que la lengua pudiera designarlas, lo que me hacía insuperablemente difícil dar a mi amo una noción de lo que quería decir. Pero como estaba dotado de gran discernimiento, muy ejercitado por la reflexión y la conversación, al final llegó a un conocimiento bastante aceptable de lo que es capaz la naturaleza humana en nuestras regiones del mundo y me pidió que le

contase alguna historia concreta de ese territorio que llamamos Europa, y especialmente de mi país.



Capítulo V

El autor, a requerimiento de su amo, informa a este sobre el estado de Inglaterra. Causas de las guerras entre los príncipes de Europa. El autor comienza por explicarle la constitución inglesa.

Advierto al lector de que el extracto que sigue de las muchas conversaciones que tuve con mi amo contiene un resumen de los asuntos más esenciales que abordamos, en diversas ocasiones, durante más de dos años; su señoría me pedía a menudo que se los ampliase, a medida que iba dominando más su lengua. Le expuse lo mejor que pude la situación entera de Europa; le hablé del comercio y las manufacturas, de las artes y las ciencias; y las respuestas que le daba a las preguntas que hacía, según las sugerían los diversos asuntos, constituían un fondo inagotable de conversación. Pero aquí consignaré sólo la sustancia de lo que abordamos sobre mi país, lo más ordenado que pueda, sin considerar el tiempo ni otras circunstancias, ciñéndome estrictamente a la verdad. Mi única preocupación es que no consiga hacer justicia a los argumentos y expresiones de mi amo, que necesariamente se resentirán de mi falta de capacidad, tanto como a su traducción a nuestro bárbaro inglés.

Así pues, obedeciendo al mandato de su señoría, le conté la revolución bajo el príncipe de Orange; la larga guerra con Francia que entabló este príncipe, renovada por su sucesora la actual reina, en la que intervinieron las más grandes potencias de la cristiandad, y que aún seguía; calculé, a

petición suya, que habían muerto alrededor de un millón de yahoos en la contienda; y habían sido tomadas quizá cien ciudades o más, y cinco veces esa cantidad los barcos incendiados o hundidos.

Me preguntó qué causas o motivos habituales hacían que un país se alzara en guerra contra otro. Le contesté que eran innumerables, pero que le citaría sólo algunas. Unas veces era la ambición de los príncipes, a quienes nunca les parecía que tenían suficiente territorio o gente que gobernar; otras la corrupción de los ministros, que involucraban a su señor en una guerra a fin de desviar el clamor de los súbditos contra la mala administración de ellos. Las diferencias de opinión han costado millones de vidas; por ejemplo, si la carne es pan o el pan carne; si el jugo de cierta baya es sangre o vino; si silbar es virtud o vicio; si es mejor besar un madero o arrojarlo al fuego; qué color es mejor para una casaca, el negro, el blanco, el rojo o el gris, y si debe ser larga o corta, estrecha o ancha, y estar sucia o limpia, y cosas así. Y no ha habido guerras más furiosas y sangrientas, ni más largas, que las ocasionadas por una diferencia de opinión, especialmente sobre cosas indiferentes.

A veces la disputa entre dos príncipes es para decidir cuál de ellos despojará a un tercero de sus dominios sobre los que ni el uno ni el otro tiene ningún derecho. A veces un príncipe se pelea con otro por temor a que el otro se pelee con él. A veces se emprende una guerra porque el enemigo es demasiado fuerte; otras porque es demasiado débil. A veces nuestros vecinos quieren lo que tenemos nosotros, o tienen lo que nosotros queremos, y nos peleamos hasta que nos quitan lo que es nuestro o nos dan lo que es de ellos. Es muy justificada causa de guerra invadir un país, después que el hambre ha consumido a los habitantes, la peste los ha diezmado y las banderías los han dividido. Es justificado emprender una guerra contra nuestro aliado más próximo cuando tiene una ciudad cuya posición nos conviene a nosotros, o un enclave que redondearía y completaría nuestros dominios. Si un príncipe envía fuerzas a una nación cuyos habitantes son pobres e ignorantes, puede legítimamente pasar por las armas a la mitad y reducir a la esclavitud al resto a fin de civilizarlos y sacarlos de su bárbara forma de vivir. Es una práctica muy noble, honrosa y frecuente, cuando un príncipe pide auxilio a otro para que le ayude

contra una invasión, que el que ha prestado ayuda, una vez que ha expulsado al invasor, se apodere de esos dominios y mate, encarcele o destierre al príncipe al que había acudido a auxiliar. La alianza de sangre, o matrimonial, es frecuente causa de guerra entre príncipes; y cuanto más cercano es el parentesco, más grande es la disposición a pelear; las naciones pobres sufren hambre y las naciones ricas son orgullosas; y el orgullo y el hambre están siempre en desavenencia. Por estas razones el oficio de soldado se tiene por el más honroso de todos; porque un soldado es un yahoo contratado para matar a sangre fría a cuantos pueda de su especie, quienes no le han ofendido jamás.

Hay asimismo en Europa una especie de príncipes pobres que no pueden hacer la guerra por sí mismos, y contratan tropas a las naciones más ricas, a un tanto al día por cada hombre; de lo que se quedan las tres cuartas partes, y en esto descansa la mayor parte de su mantenimiento; así son los de Alemania y otras regiones del norte de Europa.

—Lo que me cuentas —dijo mi amo— sobre el asunto de la guerra revela admirablemente los defectos de esa razón que pretendéis poseer; sin embargo, está bien que la vergüenza sea mayor que el peligro; y que la Naturaleza os haya dejado totalmente incapaces para hacer daño. Porque al tener la boca a nivel con la cara, no os podéis morder, salvo por consentimiento. En cuanto a las garras de vuestras patas delanteras y traseras, son tan cortas y blandas que uno de nuestros yahoos pondría en fuga a doce de vosotros. Y por eso mismo, teniendo en cuenta el número de los muertos en combate, no puedo sino pensar que has *dicho una cosa que no es*.

No pude por menos de negar con la cabeza, y sonreírme de su ignorancia. Y dado que no me es extraño el arte de la guerra, le hice una descripción de los cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, espadas, bayonetas, batallas, asedios, retiradas, ataques, minas, contraminas, bombardeos, así como de las batallas navales; barcos hundidos con mil hombres; veinte mil bajas en cada bando, gemidos de agonía, miembros volando por los aires; humo, fragor, confusión, muertes al ser pisoteados por los caballos; huidas, persecuciones, victorias, campos sembrados de cadáveres que sirven de alimento a los perros, los lobos y

las rapaces; de qué es saquear, despojar, violar, quemar y destruir. Y para mostrarle el valor de mis queridos compatriotas, le aseguré que los había visto hacer volar a un centenar de enemigos a la vez en un asedio, y a otros tantos en un barco; y había visto caer de las nubes cuerpos a trozos para gran regocijo de los que miraban.

Iba a seguir contando detalles, cuando mi amo mandó que me callara. Dijo que quienquiera que conociese la naturaleza de los yahoos podía fácilmente creer que un animal tan ruin sería capaz de todas las acciones que yo había citado, si su fuerza y su astucia igualasen a su maldad; y que del mismo modo que mi discurso había hecho que aumentase su aversión hacia la especie entera, sentía que le crecía un desasosiego interior que hasta entonces le había sido totalmente extraño. Creía que sus oídos, al acostumbrarse a esas palabras abominables, quizá las iban admitiendo cada vez con menos repugnancia. Que aunque detestaba a los yahoos de su país, ya no los rechazaba por sus cualidades detestables, igual que a un *gnnayb* (ave de presa) por su crueldad o a una piedra afilada por haberle herido una pezuña. Pero cuando una criatura que decía razonar era capaz de tales enormidades, le aterraba pensar que la corrupción de dicha facultad podía ser peor que la brutalidad misma. Por tanto confiaba en que, en vez de razón, sólo poseyéramos alguna cualidad susceptible de aumentar nuestros vicios naturales, como el reflejo de un río turbulento devuelve la imagen de un cuerpo deforme no sólo más grande, sino más distorsionada.

Añadió que ya había oído demasiado sobre la guerra, en este y en anteriores discursos. Ahora había otro asunto que le tenía perplejo. Yo le había contado que algunos de nuestra tripulación habían abandonado su país porque la ley los había arruinado; que le había explicado ya el significado de esa palabra; pero no sabía cómo podía ser la ruina de nadie una ley que estaba destinada a proteger a todos los hombres. Así que me pidió que le explicase un poco más qué entendía por *ley*, y sobre su administración, según se hacía actualmente en mi país; porque consideraba que la Naturaleza y la razón eran suficiente guía para unos seres racionales, como pretendíamos ser, y para mostrarnos qué debíamos hacer y qué debíamos evitar.

Aseguré a su señoría que la ley era una ciencia con la que yo no había tenido mucha relación, aparte de haber contratado inútilmente abogados cuando había sido víctima de alguna injusticia; no obstante, trataría de satisfacerle hasta donde pudiera.

Dije que entre nosotros hay una sociedad de hombres a los que se forma desde la juventud en el arte de probar con palabras —que multiplican para tal fin— que lo blanco es negro o lo negro blanco, según se le pague. Para esta sociedad, el resto de la gente son esclavos.

Por ejemplo: si a mi vecino se le antoja mi vaca, contrata a un abogado para que pruebe que debo dársela. Así que a mí me toca contratar a otro abogado para que defienda mi derecho, ya que va en contra de toda norma de la ley dejar que nadie hable por sí mismo. Ahora bien, en este caso, yo, que soy el propietario legítimo, me encuentro con dos inconvenientes: primero, mi abogado, adiestrado casi desde la cuna en defender la falsedad, se halla completamente fuera de su elemento cuando tiene que defender una causa justa, de manera que es una empresa antinatural que lleva a cabo con gran torpeza, cuando no con mala voluntad. El segundo inconveniente es que mi abogado debe proceder con gran cautela, de lo contrario será reprendido por los jueces, y odiado por sus colegas, como alguien que rebaja la práctica de la ley. Así que sólo tengo dos maneras de conservar la vaca. La primera es ganarme al abogado de mi adversario pagándole el doble de honorarios; quien entonces traicionará a su cliente, insinuando que tiene a la justicia de su parte. La segunda manera es hacer que mi abogado presente mi causa lo más injusta posible, reconociendo que la vaca pertenece a mi adversario; lo que, llevado con habilidad, se ganará el favor del tribunal. Ahora bien, su señoría debe saber que los jueces son personas designadas para dirimir disputas sobre la propiedad, así como los procesos penales, y sacadas de entre los abogados más hábiles que se han vuelto viejos o perezosos; y como toda la vida han estado predispuestos contra la verdad y la equidad, tienen tan fatal necesidad de favorecer el fraude, el perjurio y la opresión que sé de varios que han rechazado un cuantioso soborno de la parte justa, antes que perjudicar la facultad haciendo algo no conforme con su naturaleza y su oficio.

Es máxima entre estos juristas que cualquier cosa que se haya hecho antes puede volverse a hacer legalmente; y por tanto tienen especial cuidado en registrar todas las sentencias dictadas contra el derecho común y la razón general de la humanidad. Estas, con el nombre de *precedentes*, se aducen como autoridades para justificar las opiniones más inicuas, y los jueces jamás dejan de pronunciar sus sentencias de acuerdo con ellas.

Al alegar, evitan cuidadosamente entrar en los méritos de la causa, sino que se muestran vociferantes, violentos y tediosos demorándose en circunstancias que tienen poco que ver. Por ejemplo, en el caso que ya he mencionado: no quieren saber qué derecho o título puede tener el adversario para reclamar mi vaca, sino sólo si la vaca es roja o negra; si sus cuernos son largos o cortos; si el campo al que la saco a pastar es redondo o cuadrado; si es ordeñada dentro o fuera de casa; a qué enfermedades está expuesta, y cosas así; después de lo cual consultan los antecedentes, aplazan las sesiones de fecha en fecha, y al cabo de diez, veinte o treinta años, pronuncian el fallo.

Hay que decir asimismo que esta sociedad tiene una jerga propia que ningún otro mortal es capaz de entender, y en la que están escritas todas sus leyes, que ponen especial cuidado en multiplicar; por donde embrollan completamente la esencia misma de la verdad y la falsedad, lo justo y lo injusto; de manera que se tarda unos treinta años en decidir si el campo que me dejaron mis antepasados durante seis generaciones me pertenece a mí, o pertenece a un extraño que vive a trescientas millas.

En el juicio a personas acusadas de delitos contra el estado, el método es mucho más breve y recomendable: primero el juez manda pregonar la disposición de los que están en el poder, después de lo cual puede fácilmente mandar ahorcar o salvar a un criminal, preservando estrictamente las debidas formas de la ley.

Aquí me interrumpió mi amo; dijo que era una lástima que unos seres dotados de tan prodigiosas habilidades intelectuales como estos juristas debían de ser, según la descripción que hacía de ellos, no se les animara a instruir a sus semejantes en el saber y en el conocimiento. En respuesta a esto aseguré a su señoría que en todo lo que no fuera su oficio eran normalmente la generación más ignorante y estúpida entre nosotros, los

más despreciables en una conversación corriente, enemigos confesados de todo conocimiento y saber, y dispuestos asimismo a pervertir la razón general de la humanidad en cualquier otra materia de discurso, igual que en la de su propia profesión.



Capítulo VI

*Continuación del estado de Inglaterra bajo la reina Ana.
Carácter de un primer ministro de las cortes europeas.*

Mi amo seguía sin entender qué motivos podían incitar a esta raza de juristas a complicarse, desasosegarse y a agobiarse coligándose en una confederación de injusticia con el solo objeto de perjudicar a animales que eran sus semejantes; tampoco comprendía a qué me había referido con eso de que lo hacían por contrato. Tras lo cual me costó mucho trabajo describirle el uso del dinero, de qué materia estaba hecho, y el valor de los metales; que cuando un yahoo conseguía acumular gran cantidad de esta preciosa sustancia, podía comprar lo que quisiera, las ropas más elegantes, las casas más nobles, grandes extensiones de tierra, las más costosas comidas y bebidas, y escoger a las hembras más hermosas. Por tanto, dado que sólo el dinero permitía realizar todas estas hazañas, nuestros yahoos consideraban que nunca tenían bastante para gastar, o para ahorrar, según se sintieran inclinados por tendencia natural a la prodigalidad o a la avaricia; que el rico disfrutaba del fruto del trabajo de los pobres, y que la proporción de estos respecto de los primeros era de mil a uno; que la mayoría de nuestra gente se veía obligada a vivir miserablemente y a trabajar día tras día por un pequeño salario para que unos pocos vivieran en la abundancia. Me extendí mucho en estos y otros detalles del mismo tenor; pero su señoría seguía dubitativo: porque suponía que todos los animales tenían derecho a su parte de lo que producía la tierra; y sobre

todo los que presidían a los demás. Por tanto me pidió que le explicase qué eran esas comidas costosas, y cómo podía necesitarlas ninguno de ellos. Así que le enumeré cuantas me vinieron al pensamiento, con diversas maneras de aderezarlas, lo que no podía hacerse sin enviar naves a todas las partes del mundo, lo mismo que en lo tocante a licores, o a salsas, y a muchísimos otros artículos. Le aseguré que había que dar lo menos tres vueltas a este globo entero de la tierra antes de conseguir para nuestras mejores yahoos hembras el desayuno que exigían, o la taza donde servírselo. Dijo que necesariamente debía de ser un país mísero, incapaz de proporcionar alimento para sus propios habitantes. Pero lo que le asombraba especialmente era cómo tan inmensas extensiones de suelo como yo le describía careciesen de agua dulce, al extremo de tener que enviar barcos en busca de bebida. Contesté que se calculaba que Inglaterra —amado lugar de mi nacimiento— producía tres veces la cantidad de alimentos que sus habitantes eran capaces de consumir, así como licores extraídos del grano, o exprimidos del fruto de determinados árboles, los cuales daban una bebida excelente; y la misma proporción en cuanto a las demás comodidades de la vida. Pero a fin de alimentar el lujo y la intemperancia de los machos, y la vanidad de las hembras, enviábamos a otros países la mayor parte de nuestros productos necesarios, y a cambio traíamos sustancias que acarreaban enfermedades, locura y vicio, para consumirlas entre nosotros. De lo que se sigue necesariamente que un número inmenso de nuestra gente se ve abocada a buscarse el sustento mendigando, robando, atracando, engañando, abjurando, halagando, sobornando, falsificando, jugando, mintiendo, adulando, intimidando, votando, garabateando, diciendo la buenaventura, envenenando, prostituyéndose, fingiendo, difamando, librepensando, o haciendo algo por el estilo: conceptos que me costó lo indecible hacerle comprender.

Que no importábamos vino de otros países para suplir la falta de agua u otras bebidas, sino porque era una especie de líquido que nos ponía alegres adormeciéndonos los sentidos; alegraba los pensamientos tristes, engendraba figuraciones extravagantes en el cerebro, avivaba las esperanzas y borraba los temores; suspendía las funciones de la razón durante un tiempo, y nos privaba del uso de los miembros hasta que

caíamos en un profundo sueño; aunque había que reconocer que uno siempre despertaba enfermo y alicaído, y que el uso de este licor nos llenaba de enfermedades que nos hacían incómoda la vida y nos la acertaban.

Pero, aparte de todo eso, la mayoría de nuestra gente vivía de proporcionar cosas necesarias y comodidades a los ricos, y los unos a los otros. Por ejemplo, cuando estoy en mi tierra y vestido como debo, llevo encima la labor de un centenar de artesanos; el edificio y los muebles de mi casa representan la de otros tantos, y la de cinco veces ese número adorna a mi esposa.

Iba a hablarle de otra clase de gente, que vivía de ocuparse de los enfermos, ya que alguna otra vez había informado a su señoría de que muchos de mi tripulación habían muerto por enfermedad. Pero aquí tuve enormes dificultades para hacerle comprender lo que quería decir. Estaba claro para él que un houyhnhnm se volvía débil y torpe pocos días antes de morir; o que podía herirse una pata por algún accidente. Pero le parecía imposible que la Naturaleza, que hace todas las cosas perfectas, consintiera que el dolor medrara en nuestro cuerpo, y quiso saber la razón de tan inexplicable mal. Le dije que nos alimentábamos de mil cosas que operaban unas en contra de otras; que comíamos cuando no teníamos hambre y bebíamos sin la incitación de la sed; que nos pasábamos noches enteras bebiendo licores fuertes sin comer nada, lo que nos hacía propensos a la pereza, nos enfebrecía el cuerpo, y precipitaba o impedía la digestión. Que los yahoos hembras prostitutas contraían cierta enfermedad que comunicaban putrefacción de los huesos a los que se daban a sus abrazos; que esta y otras muchas enfermedades pasaban de padres a hijos, de manera que muchísimos vienen al mundo con complicadas enfermedades encima; que sería inacabable enumerarle el catálogo entero de los males que pueden aquejar al cuerpo humano; porque no eran menos de quinientos o seiscientos los que pueden extenderse en cada miembro y articulación; en resumen, cada parte, sea externa o intestina, está sujeta a enfermedades que le son propias. Para remediar todo esto, había entre nosotros una clase de gente formada en la profesión, o pretensión, de curar.

Y dado que yo tenía cierto dominio de esta facultad, en agradecimiento a su señoría, le revelaría el misterio y el método por el que procedían.

Su fundamento es que todos los males provienen de la saciedad, por donde concluyen que es necesaria una gran evacuación corporal, bien por el tránsito natural, bien por arriba por la boca. El segundo paso es hacer con hierbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, jugos, algas, excrementos, cortezas de árbol, serpientes, sapos, ranas, arañas, huesos y carne de muerto, pájaros, alimañas y peces, el compuesto de olor y sabor más asquerosos, nauseabundos y detestables que pueden idear, compuesto que el estómago rechaza en el acto con repugnancia, y al que llaman vomitivo; o bien, del mismo almacén, con algunos otros añadidos ponzoñosos, nos mandan ingerir por el orificio superior o inferior (según se le ocurra al médico en el momento) un medicamento igualmente desagradable y molesto para las tripas, y que, al relajar el vientre, hace que vaya todo hacia abajo, y a este lo llaman purga o clister. Porque como la naturaleza —según afirman los físicos—, ha dispuesto el orificio anterior superior sólo para introducir sólidos y líquidos, y el posterior inferior para expulsarlos, y estos artistas consideran ingeniosamente que toda enfermedad aparta a Naturaleza de su función, para devolverla a ella hay que tratar el cuerpo de manera diametralmente contraria, e intercambiar el uso de ambos orificios, introduciendo forzosamente los sólidos y líquidos por el ano, y evacuándolos por la boca.

Pero, aparte de las enfermedades reales, estamos sujetos a muchas que sólo son imaginarias, para las que los físicos han inventado curas imaginarias; tienen nombres diversos, así como drogas apropiadas para ellas; y nuestros yahoos hembras están siempre infectados de ellas.

Un gran mérito de esta tribu es su habilidad para los pronósticos, en los que raramente fallan: sus predicciones en enfermedades reales, cuando estas revisten cierto grado de malignidad, auguran generalmente la muerte, que está siempre en su poder, mientras que la recuperación no; así que, frente a cualquier signo inesperado de mejoría después que han pronunciado su sentencia, antes de que sean acusados de falsos profetas saben probar su sagacidad frente al mundo mediante una dosis razonable.

Son igualmente de especial utilidad para los maridos y las esposas que se han cansado de su pareja, para los hijos primogénitos, para los grandes ministros de estado, y a menudo para los príncipes.

En una ocasión había hablado con mi amo sobre la naturaleza de nuestro gobierno en general, y en particular de nuestra excelente constitución, merecidamente admirada y envidiada por el mundo entero. Pero como había hablado aquí de pasada de «un ministro de estado», me mandó un rato después que le informase sobre a qué especie concreta de yahoo hacía referencia con este nombre.

Le dije que un ministro de estado principal o primero, que era el personaje al que me refería, era un ser carente por completo de alegría y de tristeza, de amor y de odio, de compasión y de cólera; al menos, no ejercita más pasión que la de un violento deseo de riqueza, poder y títulos; que da a sus palabras todos los usos salvo el de expresar lo que piensa; que nunca dice una verdad sino con intención de que la tomes por una mentira; ni una mentira sino para que la tomes por verdad; que aquellos de quienes peor habla a sus espaldas están en el mejor camino de medrar; y en cuanto ves que te elogia ante los demás, o ante ti mismo, desde ese día puedes considerarte destituido. La peor señal que puedes recibir es una promesa, sobre todo cuando te la confirma con un juramento; a partir de ese instante, cualquier hombre sensato se retira y abandona toda esperanza.

Hay tres métodos con los que un hombre puede llegar a ministro principal: el primero es saber utilizar prudentemente a la esposa, hija o hermana; el segundo, traicionar o socavar al predecesor; y el tercero, tronar con celo furioso, en las asambleas públicas, contra las corrupciones de la corte. Un príncipe prudente elegirá al que practica este último método; porque tales fanáticos se revelan siempre los más obsequiosos y serviles a la voluntad y las pasiones de su señor. Estos «ministros», al tener todos los puestos a su disposición, se mantienen en el poder sobornando a la mayoría del senado o gran consejo; y en fin, por un expediente llamado Ley de Indemnidad —cuya naturaleza le describí— se protegen de cualquier ajuste de cuentas posterior, y se retiran de la vida pública cargados de despojos de la nación.

El palacio del primer ministro es un semillero donde se forma a otros en su actividad: los pajes, los lacayos, y el portero, imitando a su señor, se convierten en ministros de estado de sus diversas parcelas, y aprenden a destacar en los tres ingredientes principales de la insolencia, la mentira y el soborno. Por tanto, tienen una corte subalterna que les rinden personas del mayor rango; y a veces, a fuerza de destreza y de desvergüenza, llegan, aunque en grado diverso, a sucesores de su señor.

Este es gobernado normalmente por una moza marchita o un lacayo favorito, que son los túneles por los que discurren todas las mercedes, y pueden llamárseles propiamente, en última instancia, gobernadores del reino.

Un día mi amo, al hacer yo alusión a la nobleza de mi país, se dignó hacerme un cumplido que no pude fingir que merecía: que estaba seguro de que sin duda había nacido yo en el seno de una noble familia, porque aventajaba con mucho, en figura, color y limpieza, a todos los yahoos de su nación; aunque parecía fallar en fuerza y agilidad, lo que debía atribuirse a mi diferente forma de vida respecto de la de los otros brutos; y además, no sólo estaba dotado de la facultad del habla, sino también de cierta inteligencia rudimentaria, de manera que, ante sus amistades, yo pasaba por prodigio.

Me hizo observar que entre los houyhnhnms, el blanco, el alazán y el gris no estaban tan bien formados como el bayo, el tordo o el negro; ni nacían con el mismo grado de entendimiento, o capacidad para desarrollarlo; y por tanto seguían siempre en la condición de sirvientes, sin aspirar nunca a sobrepasar su propia raza, lo que en ese país se consideraría monstruoso y antinatural.

Agradecí humildemente a su señoría la buena opinión que se había dignado formarse de mí, pero al mismo tiempo le aseguré que mi cuna era humilde, ya que había nacido de unos padres honrados y sencillos que por fortuna habían podido darme una aceptable educación; que la nobleza entre nosotros era algo totalmente distinto de la idea que él tenía; que nuestros jóvenes nobles son educados desde la niñez en la ociosidad y el lujo; que tan pronto como los años lo permiten consumen su vigor y contraen enfermedades odiosas con hembras lascivas, y cuando casi han

arruinado sus fortunas se casan con alguna mujer de baja condición, carácter desagradable y constitución enfermiza, meramente por su dinero, a la que odian y desprecian; que los vástagos de tales matrimonios salen por lo general escrofulosos, raquíuticos o deformes, por lo que la familia raramente sobrepasa las tres generaciones, a menos que la esposa se procure un padre saludable entre los vecinos o los criados, a fin de mejorar y continuar la estirpe; que un cuerpo débil y enfermo, un semblante flaco y una tez cetrina son signos inequívocos de nobleza de sangre; por lo que un aspecto robusto y saludable deshonra en un hombre de calidad, ya que el mundo concluye que su verdadero padre ha sido un mozo de cuadra o un cochero. Las imperfecciones de su mente corren parejas con las del cuerpo, dando lugar a una mezcla de hipocondría, pereza, ignorancia, capricho, sensualidad y orgullo.

Sin el consentimiento de ese ilustre cuerpo, no se puede elaborar, revocar ni modificar ninguna ley, inapelablemente.

Capítulo VII

El gran amor del autor a su país natal. Comentarios de su amo sobre la constitución y la administración de Inglaterra, según las describe el autor, con casos paralelos y comparaciones. Comentarios de su amo sobre la naturaleza humana.

Quizá el lector se sienta inclinado a preguntarse cómo pude decidirme a dar tan clara descripción de mi especie a una raza de mortales demasiado propensa a concebir la más degradante opinión del género humano, dada esa total congruencia entre sus yahoos y yo. Pero confieso sinceramente que las múltiples virtudes de estos excelentes cuadrúpedos, confrontadas con las corrupciones humanas, me habían abierto los ojos de tal modo, y habían ensanchado a tal grado mi comprensión, que empecé a ver las acciones y las pasiones humanas bajo una luz muy distinta, y a pensar que el honor de mi especie no merecía defensa; defensa que, además, me era imposible hacer ante una persona de juicio tan agudo como mi amo, que diariamente me convencía de mil defectos míos, de los que no había tenido la menor conciencia hasta entonces y que, entre nosotros, jamás habríamos incluido entre las debilidades humanas. También había aprendido, siguiendo su ejemplo, a detestar completamente toda falsedad o disimulo; y la verdad se me aparecía tan amable que decidí sacrificarlo todo a ella.

Permitid que sea lo bastante franco con el lector para confesarle que aún había un motivo mucho más fuerte para la libertad que me tomaba en mi exposición de las cosas. No llevaba un año en este país cuando concebí tal amor y veneración hacia sus habitantes, que tomé la firme resolución de no volver más a la sociedad humana, sino pasar el resto de mi vida entre estos admirables houyhnhnms, entregado a la meditación y a la práctica de cada virtud, donde no tenía ningún ejemplo que me incitase al vicio. Pero Fortuna, mi perpetua enemiga, tenía decretado que no disfrutase de tan grande felicidad. Sin embargo, ahora es un consuelo pensar que en lo que dije de mis compatriotas atenué sus faltas cuanto pude ante tan riguroso examinador; y en cada parcela presenté la faceta más favorable que el asunto podía ofrecer. Porque, verdaderamente, ¿qué persona de carne y hueso no se habría dejado llevar por la predilección y parcialidad por su lugar de nacimiento?

He contado lo esencial de varias conversaciones que sostuve con mi amo durante la mayor parte del tiempo que tuve el honor de estar a su servicio; aunque por mor de la brevedad he omitido muchísimo más de lo que aquí he consignado.

Cuando ya había contestado a todas sus preguntas, y parecía que su curiosidad estaba plenamente satisfecha, me mandó llamar una mañana temprano, y tras ordenarme que me sentase a cierta distancia —honor que nunca me había concedido—, dijo que había estado pensando muy seriamente sobre todo lo que le había contado de mí y de mi país; que nos consideraba una clase de animales dotados —no podía imaginar por qué accidente— de cierto atisbo de razón, de la que no hacíamos uso si no era para, con su concurso, agravar nuestras corrupciones naturales y adquirir otras nuevas que la naturaleza no nos había dado; que nos habíamos despojado de las pocas habilidades que ella nos había concedido, habíamos sido muy eficaces en multiplicar nuestras necesidades originales, y al parecer consumíamos nuestra vida entera esforzándonos en aumentarlas con nuestras propias invenciones. Que en cuanto a mí, estaba claro que no tenía la fuerza ni la agilidad de un yahoo normal; caminaba con torpeza sobre mis patas traseras, utilizaba un recurso para inutilizar mis garras para cualquier uso o defensa, y me quitaba el pelo del mentón, cuyo objeto

era protegerme del sol y de las inclemencias. Por último, que no podía correr con velocidad, ni trepar a los árboles como mis hermanos —como él los llamaba— los yahoos de este país.

Que nuestras instituciones de gobierno y de la justicia se debían claramente a defectos groseros de nuestra razón, y por tanto en nuestra virtud; porque la razón sola es suficiente para gobernarse una criatura racional; que por tanto era un aspecto que no podíamos pretender alegar, ni siquiera en la relación que le había hecho de mi pueblo; aunque había notado manifiestamente que a fin de mostrarlo de manera favorable había silenciado muchos detalles, y había *dicho la cosa que no era*.

Y se sentía tanto más confirmado en esta opinión cuanto que había observado que yo coincidía en todos los rasgos de mi cuerpo con otros yahoos, excepto donde era mi verdadera desventaja, respecto a la fuerza, la velocidad y la agilidad, cortedad de mis garras, y algunos otros detalles en los que la naturaleza no tenía parte alguna; así, en la descripción que le había hecho de nuestra vida, nuestra conducta y nuestras acciones, hallaba una estrecha semejanza con la disposición de nuestro interior. Dijo que era sabido que los yahoos se odiaban unos a otros más que ninguna otra especie animal; y el motivo al que normalmente se atribuía esto era a la repugnancia de su figura, que cada uno veía en el resto pero no en sí mismo. Por tanto había empezado a pensar que no era mala medida la nuestra de cubrirnos el cuerpo, y con ese recurso ocultarnos mutuamente muchas deformidades que de otro modo serían difícilmente soportables. Pero ahora comprendía que había estado en un error, y que las disensiones de esos brutos en su país se debían a la misma causa que las nuestras, según las había descrito yo. Porque —dijo— si arrojas entre cinco yahoos una cantidad de comida suficiente para cincuenta, en vez de ponerse a comer pacíficamente, empiezan a pelearse, cada uno ansioso por quedársela entera; así que normalmente se mandaba a un criado que los vigilase cuando comían fuera, y los que se tenían en casa había que atarlos distantes unos de otros; y si una vaca moría de vieja o por accidente, antes de que un houyhnhnm pudiera llevársela para sus yahoos, los de la vecindad acudían en manada para apoderarse de ella, y seguía una batalla como las que yo había descrito, y ambos bandos se hacían terribles heridas

con las garras; aunque rara vez se mataban por carecer de instrumentos de muerte como los que nosotros habíamos inventado. Otras veces estas batallas tenían lugar entre yahoos de una zona sin una causa aparente: porque los de un lugar acechaban la ocasión para sorprender a sus vecinos antes de que estuvieran preparados. Pero si ven que no les sale el plan, se vuelven a casa y, a falta de enemigos, entablan lo que yo llamo una guerra civil entre ellos mismos.

Que en algunos campos de su país hay ciertas piedras brillantes de varios colores por las que los yahoos sienten una furiosa afición; y cuando estas piedras se hallan parcialmente hundidas en la tierra, como ocurre a veces, excavan con las uñas días enteros para extraerlas; después se las llevan y las esconden a montones en sus casetas, vigilando en torno suyo con gran cautela, por temor a que sus camaradas descubran su tesoro. Mi amo dijo que no había logrado averiguar la razón de este apetito antinatural, ni cómo podían ser estas piedras de algún uso para un yahoo; aunque creía que podía proceder del mismo principio de avaricia que yo había atribuido a la humanidad; que una vez, a manera de experimento, había quitado secretamente un montón de estas piedras del sitio donde uno de sus yahoos las había enterrado; y que al echar en falta su tesoro, el codicioso animal atrajo al lugar a la manada entera con un lamento sonoro: allí se puso a aullar lastimeramente, y en seguida se lanzó sobre los demás mordiendo y despedazando; luego empezó a languidecer: no comía, ni dormía, ni trabajaba; hasta que mi amo mandó a un criado que llevase secretamente las piedras al mismo hoyo y las enterrase como habían estado antes; cuando el yahoo las descubrió, recobró luego su ánimo y buen humor, aunque tuvo el cuidado de llevarlas a un escondite mejor; y desde entonces se mostró un bruto muy servicial.

Mi amo me aseguró además, cosa que yo había observado también, que en los campos donde abundaban esas piedras brillantes acontecen las más feroces y frecuentes batallas, debidas a las constantes incursiones de los yahoos de la vecindad.

Dijo que era corriente que, cuando dos yahoos descubrían una piedra de estas en un campo, y contendían para ver quién se quedaba con ella, un tercero aprovechaba para quitársela a los dos; lo que mi amo forzosamente

afirmaba que tenía cierto parecido con nuestros litigios; en lo que decidí no desengañarle, en pro de nuestra reputación, dado que el fallo a que se refería era mucho más equitativo que la mayoría de las sentencias entre nosotros; porque el demandante y el demandado no perdían otra cosa que la piedra por la que contendían, mientras que nuestros tribunales de justicia jamás resolvían el caso mientras les quedase algo a uno u otro.

Prosiguiendo su discurso, dijo mi amo que no había nada que hiciese más odiosos a los yahoos que su apetito indiscriminado por devorar cuanto se les ponía en el camino, ya fueran hierbas, raíces, bayas, carroñas, o una mezcla de todo eso; y era característica de su genio que les apeteciese más lo que podían conseguir lejos por rapiña que el superior alimento que se les proporcionaba en casa. Si su presa duraba, comían hasta que se quedaban repletos y a punto de reventar, después de lo cual Naturaleza les señalaba cierta raíz que les provocaba una evacuación general.

Había también otra clase de raíz, muy jugosa, aunque algo rara y difícil de encontrar, que los yahoos buscaban con avidez, y chupaban con enorme deleite; producía en ellos el mismo efecto que el vino entre nosotros. Unas veces les incitaba a abrazarse y otras a destrozarse; aullaban y sonreían, y parloteaban, y se tambaleaban, y se caían, y luego se quedaban dormidos en el barro.

Desde luego, observé que los yahoos eran los únicos animales de este país que sufrían enfermedades; sin embargo, eran bastantes menos que las que sufren los caballos entre nosotros, y no las contraían porque recibieran un mal trato, sino por la suciedad y la avidez de ese bruto repugnante. Su lengua no tiene más que un término general para designar dichas enfermedades, tomado del nombre de la bestia, y llamada *hnea-yahoo*, o *mal-del-yahoo*, y la cura que se prescribe para ella era una mezcla de sus propios excrementos y orina, que se le embutía a la fuerza garganta abajo. Después he tenido noticia de que esta prescripción se toma muchas veces con éxito, así que la recomiendo aquí encarecidamente a mis compatriotas, por el bien público, como específico admirable contra toda enfermedad ocasionada por el hartazgo.

En cuanto al saber, el gobierno, las artes, las manufacturas y demás, mi amo confesaba que encontraba poca o ninguna semejanza entre los yahoos

de ese país y los del nuestro. Porque él sólo tenía en cuenta lo que compartían nuestras naturalezas. Había oído contar a algunos houyhnhnms curiosos que en la mayoría de las manadas había una especie de yahoo jefe (como hay por lo general un macho dominante en las manadas de ciervos de nuestros parques), que siempre era de cuerpo más deforme y disposición más maligna que ninguno del resto. Que este líder tenía habitualmente a un favorito lo más parecido a él que podía encontrar, cuyo cometido era lamerle las patas y el trasero a su señor, y llevarle los yahoos hembras a su caseta, por lo que de vez en cuando era recompensado con un trozo de carne de asno. Este favorito es odiado por la manada entera; así que para protegerse, va siempre pegado a su jefe. Normalmente se mantiene en ese puesto hasta que surge uno peor; pero en el instante mismo en que es despedido, su sucesor, a la cabeza de todos los yahoos de ese distrito, jóvenes y viejos, machos y hembras, acuden en tropel y lo cubren con sus excrementos de la cabeza a los pies. Pero mi amo dijo que me correspondía a mí determinar hasta dónde era aplicable esta medida a nuestros tribunales, favoritos y ministros de estado.

No me atreví a replicar a esta malévolas insinuación, que colocaba el entendimiento humano por debajo de la sagacidad de un vulgar sabueso, que tiene suficiente juicio para distinguir y perseguir el ladrido del perro más hábil de la jauría sin equivocarse en ningún momento.

Mi amo me dijo que había cualidades llamativas en los yahoos, de las que notaba que no había hecho ninguna mención, o en todo caso muy ligera, en mis descripciones de la especie humana. Dijo que esos animales, como otros brutos, tenían a sus hembras en común, pero diferían en que el yahoo-hembra admitía al macho cuando estaba preñada, y los machos se peleaban y luchaban con las hembras con la misma fiereza que entre sí. Ambas prácticas rayaban en un grado de infame brutalidad al que ninguna otra criatura sensible había llegado jamás.

Otra cosa que le asombraba de los yahoos era su extraña disposición a la suciedad y la mugre; cuando en todos los demás animales parece haber un amor natural a la limpieza. Respecto a las dos acusaciones anteriores, me limité a dejarlas sin contestar, porque no tenía una sola palabra que ofrecer en defensa de mi especie, como de otro modo habría hecho

conforme a mi propia inclinación. Pero por lo que se refiere al último reproche, podía haber defendido a la especie humana de la acusación de singularidad, de haber habido cerdos en ese país —como, por desgracia para mí, no los había—, animales de los que —aunque quizá más amables que los yahoos— con toda humildad no concibo que pueda decirse en justicia que sean más limpios; y así lo habría tenido que reconocer su señoría misma, si hubiera visto su inmunda manera de comer, y su costumbre de revolcarse y dormitar en el barro.

Mi amo mencionó asimismo otra cualidad que sus criados habían descubierto en diversos yahoos, y que era totalmente inexplicable para él. Dijo que a veces le daba a un yahoo por recluirse en un rincón, tumbarse, y aullar y gemir, aunque fuese joven y estuviese cebado, rechazar a todo el que se le acercaba, y negarse a comer y a beber; los criados tampoco se explicaban qué podía aquejarle. Y el único remedio que encontraban era hacerle trabajar, con lo que indefectiblemente volvía a su ser. A esto me quedé callado, por parcialidad respecto a mi propia especie; no obstante, aquí pude descubrir claramente la auténtica semilla del tedio que sólo invade a los perezosos, los voluptuosos y los ricos; del que, si se les aplicase el mismo régimen, estoy seguro de que curarían.

Su señoría había observado además que el yahoo hembra solía ponerse a menudo tras un montículo o arbusto para ver a los machos jóvenes que pasaban, donde se asomaba y se ocultaba, con muchas muecas y gestos ridículos, en cuyo tiempo se observaba que exhalaba un olor de lo más repugnante; y cuando un macho se acercaba, se escondía despacio, mirando mucho hacia atrás y dando muestra de un fingido temor, echaba a correr hacia un lugar conveniente adonde sabía que la seguiría el macho.

Otras veces, si una hembra extraña se acercaba, la rodeaban tres o cuatro de su sexo, la miraban mientras parloteaban y sonreían, y la olfateaban de arriba abajo, y la echaban con gestos que parecían expresar menosprecio y desdén.

Tal vez mi amo suavizó un poco estas reflexiones, extraídas de lo que él había observado o le habían contado otros. Sin embargo, no pude pensar sin cierto asombro y gran tristeza que la naturaleza femenina tenía

inscritos por instinto los rudimentos de la lascivia, la coquetería, la crítica y el chismorreo.

Esperaba que de un momento a otro acusara mi amo a los yahoos de esos apetitos desaforados en ambos sexos, tan comunes entre nosotros. Pero la Naturaleza, parece ser, no ha sido una maestra muy experta; y esos placeres más refinados son enteramente producto del arte y la razón en nuestra parte del globo.



Capítulo VIII

El autor cuenta varios detalles de los yahoos. Las grandes virtudes de los houyhnhnms. Enseñanza y ejercicios de sus jóvenes. Su asamblea general.

Como mi comprensión de la naturaleza humana debía de ser mucho mejor que la que suponía en mi amo, me era fácil atribuirnos a mis compatriotas y a mí el carácter que él daba a los yahoos; y creía que podía hacer más descubrimientos mediante mi propia observación. Así que a menudo rogaba permiso a su señoría para ir a las manadas de yahoos vecinas; permiso que me concedía muy de grado, totalmente convencido de que la aversión que me inspiraban esos brutos me salvaba de caer en sus corrupciones; y su señoría ordenó a un criado, un robusto rocín alazán, honesto y de buen natural, que fuese mi guardián, sin cuya protección no me atrevía a emprender tales aventuras. Porque ya he contado al lector lo mucho que me habían importunado esos odiosos animales nada más llegar; y después faltó muy poco para que cayese tres o cuatro veces en sus garras, al alejarme un trecho inadvertidamente sin mi sable. Y tengo motivos para creer que les daba cierta sensación de que pertenecía a su especie, a lo que contribuía yo muchas veces subiéndome las mangas y mostrándoles los brazos y el pecho desnudos, cuando tenía cerca a mi protector. En esas ocasiones se acercaban cuanto se atrevían, e imitaban mis gestos a la manera de los monos, aunque siempre con grandes muestras de rencor; como una chova domesticada, con gorro y medias, es

siempre perseguida por sus congéneres salvajes cuando se mezcla casualmente con ellos.

Son prodigiosamente ágiles desde la infancia; sin embargo, una vez cogí a un macho de tres años, y traté de apaciguarlo, con todas las muestras de dulzura; pero el diablillo se puso a chillar, arañar y morder con tal violencia que no tuve más remedio que soltarlo; y fue muy a tiempo, porque a sus voces acudió una manada entera a nuestro alrededor, aunque al ver que la cría estaba a salvo —porque echó a correr—, y yo tenía conmigo al rocín, no osaron acercarse. Noté que la carne del joven animal despedía mal olor, una mezcla como a zorro y comadreja, aunque mucho más desagradable. Se me olvidaba un detalle —aunque quizá me disculparía el lector si lo omitiese enteramente—: que mientras retenía en mis manos a la repugnante sabandija evacuó sus inmundos excrementos, una sustancia líquida y amarillenta, en toda mi ropa; aunque por suerte había cerca un arroyuelo, donde me lavé lo mejor que pude, no me atreví a presentarme a mi amo hasta que estuve suficientemente aireado.

Por lo que pude averiguar, los yahoos son los animales más incapaces de aprender; sus aptitudes jamás van más allá de arrastrar o cargar pesos. No obstante, mi opinión es que esa desventaja es consecuencia principalmente de una disposición perversa y obstinada. Porque son astutos, malévolos, traicioneros y vengativos. Son fuertes y osados, pero de ánimo cobarde, y por tanto, insolentes, abyectos y crueles. Se ha observado que los de pelo rojizo, de uno y otro sexo, son peores que los otros, a los que aventajan con mucho en fuerza y vigor.

Los houyhnhnms tienen en chozas, no lejos de la casa, a los yahoos que utilizan corrientemente; al resto los envían a ciertos parajes del campo, donde arrancan raíces, comen diversas clases de hierbas, y buscan carroñas, o a veces cazan comadreas y *luhimuhs* (especie de rata salvaje) que devoran con avidez. La naturaleza les ha enseñado a excavar agujeros con las uñas en los taludes, donde se tumban aisladamente; sólo las madrigueras de las hembras son más grandes, lo suficiente para poder cobijar dos o tres crías.

Nadan como las ranas desde la infancia, y son capaces de aguantar mucho tiempo bajo el agua, donde a menudo atrapan peces, que las

hembras llevan a sus crías. Y a este propósito, espero que me perdone el lector si cuento una singular aventura.

Estando un día fuera con mi protector el rocín alazán, como hacía muchísimo calor, le supliqué que me dejase bañarme en un río que había cerca. Accedió, y en un instante me desnudé totalmente y me metí despacio en el agua. Y ocurrió que un joven yahoo hembra que había detrás de un montículo había estado observando mis movimientos; e inflamada de deseo, como supusimos el rocín alazán y yo, echó a correr y saltó al agua a menos de cinco yardas de donde yo me bañaba. Jamás en mi vida he sufrido un susto tan terrible; el rocín, que pastaba a cierta distancia, no receló nada malo. El yahoo hembra se me abrazó de una manera de lo más grosera; solté un berrido con todas mis fuerzas, y el rocín acudió galopando, con lo que se soltó el yahoo hembra, con gran renuencia, y saltó a la orilla opuesta, desde donde estuvo mirando y aullando mientras yo me ponía la ropa.

El incidente fue motivo de diversión para mi amo y su familia, y de humillación para mí. Porque ahora ya no podía negar que era un verdadero yahoo de la cabeza a los pies, dado que las hembras sentían una inclinación natural hacia mí como hacia uno de su propia especie; y no era el pelo de este bruto de un color rojizo (lo que habría podido excusar en cierto modo un apetito un tanto desordenado), sino negro como la endrina; en cuanto a su semblante, no parecía tan horrendo como el del resto de su especie; porque, creo, no debía de tener más de once años.

Dado que viví tres años en ese país, supongo que el lector espera que, como otros viajeros, haga una relación de los usos y costumbres de sus habitantes, que era, desde luego, lo que principalmente traté de estudiar.

Comoquiera que estos nobles houyhnhnms están dotados por naturaleza de una predisposición general a las virtudes, y no tienen idea ni noción de la maldad en una criatura racional, su máxima por excelencia es cultivar la razón, y gobernarse enteramente por ella. Y la razón, entre ellos, no es una cuestión problemática como en nosotros, donde los hombres pueden sostener con verosimilitud los extremos opuestos de un debate, sino que te hiere con la inmediata convicción; como tiene que ser cuando no está mezclada, oscurecida ni manchada por la pasión o el

interés. Recuerdo que me costó muchísimo conseguir que mi amo comprendiera el significado de la palabra *opinión*, o cómo un asunto podía ser discutible; porque la razón nos enseñaba a afirmar o negar sólo aquello de lo que estamos seguros; y más allá de nuestro conocimiento no podemos hacer ni lo uno ni lo otro. De manera que las controversias, disputas y porfías en torno a proposiciones falsas o dudosas son un mal desconocido entre los houyhnhnms. Asimismo, cuando le explicaba nuestros diversos sistemas de filosofía natural, se reía de que una criatura, pretendiendo razonar, se valorase por su conocimiento de las conjeturas de otros, y en cosas en las que ese conocimiento, en caso de ser cierto, no servía para nada. En lo que coincidía enteramente con el sentir de Sócrates, según nos lo presenta Platón, lo que menciono como el más alto honor que puedo hacer al príncipe de los filósofos. A menudo he pensado en la destrucción que tal doctrina causaría en las bibliotecas de Europa; y cuántos caminos hacia la fama se cerrarían entonces en el mundo del saber.

La amistad y la benevolencia son las dos principales virtudes entre los houyhnhnms; y estas no se limitan a objetos particulares, sino que son comunes a la raza entera; pues un extraño de la región más remota es tratado del mismo modo que el vecino más cercano; y a donde vaya, se le considera como de casa. Mantienen el decoro y el civismo en el más alto grado, pero hacen caso omiso de la ceremonia. No sienten ternura por sus potros, sino que el cuidado con que los educan nace enteramente del dictado de la razón. Y observé que mi amo mostraba el mismo afecto por la prole de su vecino que por la suya propia. Dicen que la naturaleza les enseña a amar a la especie entera, y que únicamente la razón introduce distinción de personas cuando se da un grado superior de virtud.

Cuando las houyhnhnms matronas han dado a luz a uno de cada sexo dejan de acompañar a sus consortes, salvo si pierden a uno de sus vástagos por cualquier accidente, lo que ocurre rara vez; pero en tal caso vuelven a tener conocimiento; o cuando parecido accidente acontece a una persona cuya esposa ha dejado atrás su etapa de fecundidad, otra pareja le cede uno de sus propios potros y vuelve a tener conocimiento hasta que la madre queda preñada. Esta cautela es necesaria para impedir que el país se

sobrecargue de población. Pero la raza de houyhnhnms educados para la servidumbre no tienen tan rigurosa restricción en este capítulo; se les permite engendrar tres de cada sexo, destinados a entrar como criados en las familias nobles.

En sus matrimonios cuidan escrupulosamente escoger colores que no den una mezcla desagradable en la descendencia. En el macho se valora sobre todo la fuerza, y en la hembra la belleza; no por amor, sino para evitar que la raza degenera; así, donde una hembra destaca en fuerza, el consorte se elige con el criterio de belleza. El galanteo, el amor, los regalos, la viudedad, las dotes, no tienen cabida en su pensamiento, ni hay en su lengua términos con que designar estas cosas. La joven pareja se conoce y se une meramente porque así lo deciden los padres y los amigos; es lo que ven que se hace a diario, y lo consideran un acto necesario propio de seres razonables. Pero jamás se ha oído hablar de un solo quebrantamiento del matrimonio, ni de ninguna otra deshonestidad; y la vida de la pareja discurre en perpetua amistad y mutua bienquerencia, que extienden a los de la misma especie con los que tienen relación; sin celos, pasión, peleas ni descontento.

En la educación de los jóvenes de uno y otro sexo utilizan un método admirable que desde luego merece que lo imitemos. No se les permite probar un solo grano de avena, salvo en determinados días, hasta los dieciocho años; ni leche sino muy raramente; y en verano pacen dos horas por la mañana y otras dos al atardecer, lo que cumplen asimismo los padres; pero a los criados no se les permite más de la mitad de ese tiempo, y gran parte de la hierba se la llevan a casa, que se comen a las horas más convenientes, cuando pueden estar más desahogados de trabajo.

La templanza, la laboriosidad, el ejercicio y la limpieza son lecciones que se imparten por igual a los jóvenes de ambos sexos; y mi amo juzgaba monstruoso que nosotros diéramos a las hembras una educación diferente de la de los machos, salvo en algunos capítulos del gobierno de la casa; por lo que, según comentó con toda razón, la mitad de nuestros compatriotas no servían más que para traer niños al mundo; y confiar el cuidado de sus hijos a animales tan inútiles era un ejemplo más flagrante aún de brutalidad.

Pero los houyhnhnms adiestran a sus jóvenes en la fuerza, la velocidad y el vigor, ejercitándolos en carreras en las que suben y bajan empinadas laderas, y por terrenos pedregosos, y cuando están cubiertos de sudor, se les manda saltar de cabeza a una charca o a un río. Cuatro veces al año, los jóvenes de una comarca se reúnen para exhibir su destreza en la carrera, el salto y en otras hazañas de fuerza y agilidad, donde la victoria se recompensa con una canción compuesta en su alabanza. En esta fiesta, los criados conducen al campo a una manada de yahoos cargados con heno, avena y leche para la comida de los houyhnhnms; inmediatamente después se llevan otra vez a estos brutos por temor a que causen alboroto en la reunión.

Cada cuatro años, en el equinoccio de primavera, se celebra un consejo de representantes de toda la nación, que se reúne en una llanura a unas veinte millas de nuestra casa, y dura cinco o seis días. Aquí se informan del estado y situación de los diversos distritos; si hay escasez o abundancia de heno o de avena, de vacas o de yahoos. Y donde hay falta — lo que ocurre muy rara vez — se abastece inmediatamente por acuerdo y contribución de todos. Aquí se acuerda asimismo la regulación de los hijos: por ejemplo, si un houyhnhnm tiene dos machos, intercambia uno con alguien que tenga dos hembras; y cuando se ha perdido un hijo por cualquier accidente, si la madre ha dejado atrás su fecundidad, se determina que familia del distrito deberá engendrar otro para suplir la pérdida.

Capítulo IX

Gran debate en la asamblea general de los houyhnhnms, y qué se determinó. El saber de los houyhnhnms. Sus edificios. Su manera de enterramiento. La defectuosidad de su lengua.

Una de esas importantes asambleas se celebró estando yo en el país, unos tres meses antes de marcharme, a la que asistió mi amo como representante de nuestra región. En este consejo retomaron su viejo debate, en realidad, el único que tenían entre ellos, del que mi amo, a su regreso, me hizo relación detallada.

Lo que se discutía era si había que suprimir a los yahoos de la faz de la tierra. Uno de los miembros que estaban a favor expuso varios argumentos de gran solidez y peso, sosteniendo que los yahoos, a la vez que eran los animales más inmundos, repugnantes y deformes que la naturaleza había dado, también eran tercos e indóciles, resabiados y malignos; mamaban en secreto de las ubres de las vacas de los houyhnhnms; mataban y devoraban sus gatos, pisoteaban los campos de pasto y de avena si no se les vigilaba constantemente, y cometían mil tropelías más. Refirió una extendida tradición que afirmaba que los yahoos no eran autóctonos, sino que hacía muchos siglos apareció una pareja de estos brutos en una montaña, no se sabía si generados por el calor del sol en el barro y el limo corrompidos, o en el cieno y espuma del mar. Su progenie aumentó en poco tiempo a tal extremo que invadieron e infestaron la nación entera. Contó que los

houyhnhnms, para librarse de esta plaga, organizaron una cacería general, cercaron finalmente a la manada entera; y tras matar a los adultos, cada houyhnhnm se quedó con dos cachorros, logró domesticarlos hasta donde podía llegarse con un animal de naturaleza tan salvaje, y los utilizó para carga y tiro; que parecía muy verosímil esta tradición, y que esos seres no podían ser *ylnhniamschy* —o sea *originales* del país—, dada la insuperable aversión que inspiraban en los houyhnhnms y el resto de los animales, que aunque se la merecían sobradamente por su mala índole, jamás habría llegado a ser tanta de haber sido autóctonos, o haría tiempo que se les habría extirpado; que los habitantes, al haberse aficionado a utilizar yahoos para su servicio, habían abandonado imprudentemente la cría de asnos, que era un animal hermoso, fácil de mantener, más dócil y manso, fuerte para la labranza, y no olía mal, aunque era inferior al otro en agilidad corporal; y si bien su rebuzno no es un sonido agradable, es infinitamente preferible a los aullidos espantosos de los yahoos.

Expusieron su opinión en el mismo sentido algunos más, cuando mi amo propuso a la asamblea un expediente, cuya idea había tomado de mí. Se mostró de acuerdo con la tradición a la que había hecho alusión el «ilustre miembro» que acababa de intervenir, y afirmó que los dos yahoos que según decían fueron los primeros en aparecer entre ellos habían sido llevados allí por mar; que al llegar a tierra, y ser abandonados por sus compañeros, se retiraron a las montañas, donde fueron degenerando gradualmente, y con el tiempo se volvieron mucho más salvajes que los congéneres del país del que eran originarios dichos dos ejemplares. La razón para afirmar tal cosa era que él poseía en la actualidad un asombroso ejemplar de yahoo (refiriéndose a mí) del que habían oído hablar casi todos los presentes, y muchos habían visto. Seguidamente les contó cómo me había encontrado; cómo me cubría el cuerpo con una composición artificial de piel y pelo de otros animales; cómo hablaba una lengua propia y había aprendido enteramente la de ellos; cómo le había contado la serie de vicisitudes que me habían llevado hasta allí; cómo cuando él me veía sin la envoltura con que me cubría era un yahoo en todos los sentidos, aunque más blanco de color, menos peludo, y tenía las garras más cortas. Contó, además, cómo había intentado convencerle de que, en mi país y en

otros, los yahoos eran animales racionales y gobernantes, y tenían a los houyhnhnms en condición de servidumbre; cómo observaba en mí todos los rasgos de un yahoo, aunque algo más civilizado debido a cierto vestigio de razón, aunque en grado tan inferior al de la raza de los houyhnhnms, como lo eran los yahoos de su país respecto a mí; cómo, entre otras cosas, le había contado la costumbre que teníamos de castrar a los houyhnhnms, cuando eran jóvenes, a fin de domarlos; que la operación era sencilla y carecía de peligro; cómo no sería ninguna vergüenza aprender dicho saber de los brutos, lo mismo que se aprendía la laboriosidad de la hormiga y la construcción de la golondrina (que así traduzco la palabra *lyhannh*, aunque se trata de un ave mucho más grande); cómo podría practicarse aquí con los yahoos jóvenes este saber, que además de volverlos más tratables y aptos para el trabajo, con el tiempo podrían acabar con la especie sin quitarles la vida; cómo entre tanto se exhortaría a los houyhnhnms a cultivar la cría de asnos, que, como son en todos los sentidos brutos más valiosos, se tendría la ventaja de que a los cinco años serían aptos para el trabajo, cosa que los otros no lo son hasta los doce.

Eso es todo lo que mi amo juzgó oportuno contarme entonces sobre lo que se dijo en la gran asamblea. Pero prefirió ocultarme una decisión, referente a mí, cuyos desdichados efectos no tardé en experimentar, como sabrá el lector en su momento, y a partir de la cual puedo datar las sucesivas desventuras de mi vida.

Los houyhnhnms carecen de letras y consiguientemente todo lo que saben lo saben por tradición oral. Pero dado que ocurren pocos sucesos de importancia entre una gente tan unida, inclinada por naturaleza a la virtud, totalmente gobernada por la razón y sin comercio ninguno con las demás naciones, les es fácil conservar los hechos históricos sin recargar la memoria. Ya he comentado que no están expuestos a las enfermedades, por lo que no necesitan médicos. Sin embargo, tienen excelentes medicinas, que confeccionan con hierbas, para curar contusiones y cortes accidentales que se hacen en la cuartilla, o ranilla de la pezuña, con las piedras afiladas, así como otras heridas y daños en diversas partes del cuerpo.

Calculan el año por la revolución del sol y la luna, aunque no utilizan las subdivisiones en semanas. Están familiarizados con los movimientos de estas dos luminarias y conocen la naturaleza de los eclipses, y eso es a lo más que ha llegado su astronomía.

En poesía hay que reconocer que superan al resto de los mortales, en la que la justeza de sus símiles, así como la exactitud y precisión de sus descripciones, son desde luego inimitables. Sus versos abundan en estas figuras, y normalmente contienen ideas exaltadas sobre la amistad y la generosidad, o cantan las alabanzas de quienes salen victoriosos en las carreras y otros ejercicios corporales. Sus edificios, aunque toscos y simples, no son incómodos, sino que están bien ideados para protegerse de la crudeza del calor y del frío. Tienen una clase de árbol que, cuando llega a los cuarenta años se le aflojan las raíces, y lo tumba la primera tormenta; crece muy recto, y sacándole punta como a las estacas con una piedra afilada (porque los houyhnhnms no conocen el uso del hierro), los hincan en el suelo como a diez pulgadas unos de otros, y luego trenzan entre ellos paja de avena, o a veces zarzos. La techumbre la hacen de esta manera, y también las puertas.

Los houyhnhnms utilizan el hueco entre la cuartilla y la pezuña de sus pies delanteros como nosotros las manos, y eso con más destreza de lo que yo había imaginado al principio. He visto a una yegua blanca de nuestra familia enhebrar una aguja —que le presté a propósito— con dicha articulación. De la misma manera ordeñan las vacas, siegan la avena y hacen cualquier trabajo para el que se requieren manos. Tienen una especie de pedernal duro con el que, frotándolo con otras piedras, hacen instrumentos que les sirven de cuñas, hachas y martillos. Con herramientas hechas con este pedernal cortan también el heno y siegan la avena que crece de manera natural en sus campos; los yahoos transportan las gavillas en carruajes, y los criados los pisan en chozas cubiertas para sacar el grano, que guardan en almacenes. Hacen una tosca especie de recipientes de barro y de madera, y los primeros los cuecen al sol.

Si pueden evitar accidentes, mueren sólo de vejez, y son enterrados en los lugares más retirados que pueden encontrar, y sus amigos y allegados no manifiestan ni pena ni alegría por su desaparición; en cuanto a la

persona moribunda, no revela más tristeza por abandonar este mundo que si regresase a casa después de visitar a un vecino. Recuerdo que una vez mi amo había citado a un amigo y a su familia para que acudiera a su casa a tratar un asunto de cierta importancia; en el día fijado llegó muy tarde la señora con sus dos hijos; ofreció dos disculpas; una por su marido, quien, como dijo, esa misma mañana se había *lhnuwnh*. La palabra es enormemente expresiva en su lengua, pero no es fácil traducirla al inglés; significa «retirarse a su primera madre». En cuanto a la disculpa de ella por no llegar antes, era que como su marido había muerto a última hora de la mañana, había tenido que decidir con los criados el lugar adecuado donde debían depositar el cuerpo; y noté que mientras estuvo en nuestra casa se condujo con la misma jovialidad que los demás; murió tres meses después.

Por lo general viven hasta los setenta o setenta y cinco años, muy raramente hasta los ochenta; unas semanas antes de morir experimentan un deterioro gradual, aunque sin dolor. Durante este tiempo, son muy visitados por sus amigos, porque no pueden salir con la facilidad y satisfacción de costumbre. Sin embargo, unos diez días antes de morir, cálculo que casi nunca falla, devuelven las visitas que les han hecho a los vecinos más próximos, en un cómodo trineo tirado por yahoos; vehículo que utilizan no sólo en esta ocasión, sino cuando llegan a viejos, para largos viajes, o cuando se hallan impedidos por algún accidente. Y por tanto, cuando los houyhnhnms moribundos devuelven esas visitas, se despiden solemnemente de sus amigos, como si se fueran a una remota región del país, donde planeasen pasar el resto de sus vidas.

No sé si vale la pena comentar que los houyhnhnms no tienen una palabra en su lengua para designar algo que es malo, salvo las que toman de las deformidades o malas cualidades de los yahoos. Así, designan la necesidad de un criado, un descuido de un niño, una piedra que les hace un corte en el pie, un tiempo tempestuoso o desapacible y cosas por el estilo añadiendo a cada una de estas palabras el epíteto yahoo. Por ejemplo: *hnhm yahoo*, *whnahlm yahoo*, *ynlhmndwihlma yahoo*, y una casa mal construida, *ynholmhnmrohlnw yahoo*.

Me encantaría extenderme más en las costumbres y virtudes de esta gente excelente; pero como tengo intención de publicar en breve un volumen aparte precisamente sobre este asunto, remito a él al lector; entre tanto, prosigo mi relato sobre mi infausta catástrofe.



Capítulo X

Economía y vida plácida del autor entre los houyhnhnms. Su gran avance en virtud hablando con ellos. Sus conversaciones. El autor es avisado por su amo de que debe abandonar el país. La pena le ocasiona un desvanecimiento, pero se resigna. Planea y concluye una canoa con ayuda de un criado compañero, y sale a la ventura.

Había arreglado mi pequeña economía a mi entera satisfacción. Mi amo había mandado construir un aposento para mí, al estilo de ellos, a unas seis yardas de la casa; enlucí los lados y el piso con arcilla, que cubrí con esteras de junco que yo mismo confeccioné; había picado cáñamo, que allí crece silvestre, y había tejido con él una especie de terliz; lo llené de plumas de diversas aves que había cazado con lazos hechos con pelo de yahoo, y que eran un excelente alimento. Había tallado dos sillas con mi cuchillo, en la parte más tosca y trabajosa de las cuales me ayudó el rocín alazán. Cuando las ropas que llevaba se volvieron andrajosas me hice otras con pieles de conejo y de cierto hermoso animal del mismo tamaño, llamado *nunuhnoh*, que tiene un finísimo pelo. Con piel de este me hice también medias bastante pasables. Me puse suelas en los zapatos con madera que corté de un árbol, que adapté al cuero de la parte superior; y cuando se me gastó este lo sustituí por piel de yahoo secada al sol. A menudo obtenía miel de los árboles huecos, y la mezclaba con agua o me

la untaba en el pan. Nadie ha podido confirmar mejor la verdad de estas dos máximas, *la naturaleza se conforma con poco, y la necesidad es madre de la inventiva*. Gozaba de una salud de cuerpo y una tranquilidad de ánimo perfectas; no sufría la traición o la inconstancia de ningún amigo, ni las ofensas de ningún enemigo secreto o declarado. No tenía que sobornar, adular o alcahuetear para ganarme el favor de ningún grande o de su favorito. No necesitaba de ningún parapeto contra el fraude y la opresión; aquí no había físicos que me destruyeran el cuerpo, ni abogados que me arruinaran la fortuna; ningún delator que acechase mis palabras y acciones, o fabricase acusaciones por encargo contra mí; aquí no había escarnecedores, criticadores, maledicentes, rateros, salteadores, atracadores, procuradores, alcahuetes, bufones, jugadores, políticos, chistosos, biliosos, pesados, polemistas, homicidas, ladrones, habilidosos; ni líderes o seguidores de partidos o facciones; ni incitadores al vicio mediante el ejemplo o la seducción; ni calabozos, hachas, horcas, rollos o picotas; ni tenderos y mecanismos estafadores; ni orgullo, vanidad ni afectación; ni pisaverdes, fanfarrones, borrachos, ramera ambulantes ni sífilis; ni esposas gritonas, lascivas o derrochadoras; ni pedantes estúpidos y fatuos; ni compañeros molestos, altaneros, iracundos, vociferantes, vanos, engreídos y mal hablados; ni sinvergüenzas salidos de la nada por sus vicios, ni nobleza hundida en ella por sus virtudes; ni lores, músicos, jueces ni maestros de baile.

Tenía el privilegio de ser admitido a la presencia de varios houyhnhnms que venían de visita o a comer con mi amo; ocasiones en que su señoría consentía graciosamente que estuviese presente en el comedor, y escuchase sus discursos. Tanto él como su compañía se dignaban hacerme preguntas y escuchar mis respuestas. A veces también tenía el honor de asistir a mi amo en las visitas que él hacía a otros. Nunca me atrevía a hablar, salvo para responder a una pregunta, y entonces lo hacía con pesar interior; porque significaba perder tiempo en perfeccionarme; pero disfrutaba infinitamente con mi condición de humilde oyente en esas conversaciones, en las que sólo trataban de cosas útiles, expresadas con el menor número palabras y las más significativas; donde —como ya he dicho— se observaba el más grande decoro, sin ninguna ceremonia; donde

nadie hablaba si no era por gusto y para complacer a sus compañeros; donde no había interrupciones, aburrimiento, acaloramiento o diferencia de opinión. Tienen la idea de que cuando se reúne la gente, un breve silencio mejora mucho la conversación; y comprobé que era cierto; porque durante esos breves intervalos entre intervenciones acuden nuevas ideas al pensamiento, lo que animaba la tertulia. Sus temas son generalmente la amistad y la benevolencia, o el orden y la economía; unas veces sobre las acciones visibles de la naturaleza o las tradiciones antiguas; sobre los límites y fronteras de la virtud; sobre las normas infalibles de la razón, o sobre decisiones que había que adoptar en la siguiente asamblea general; y a menudo sobre diversas excelencias de la poesía. Puedo añadir, sin vanidad, que mi presencia daba a menudo materia suficiente para los discursos, porque proporcionaba a mi amo la ocasión de dar a conocer a sus amigos mi historia y la de mi país, lo que les permitía perorar de manera no muy favorable para el género humano; y por esa razón no voy a repetir lo que decían; baste sólo decir que su señoría, para gran admiración mía, parecía comprender la naturaleza de los yahoos mucho mejor que yo. Analizaba nuestros vicios y desatinos, y revelaba muchas cosas que yo nunca le había contado, infiriendo únicamente qué cualidades era capaz de desarrollar un yahoo de su país con una pequeña dosis de razón; y concluyó, con demasiada verosimilitud, cuán vil y miserable puede llegar a ser dicha criatura.

Sinceramente confieso que los pocos conocimientos que poseo de algún valor los adquirí en las lecciones que recibí de mi amo, y en los discursos que les oí a él y a sus amigos, a los que me enorgullecería escuchar más que disertar a la más grande asamblea de Europa. Admiraba la fuerza, la gracia y la velocidad de los habitantes; y tal constelación de virtudes, en personas tan amables, inspiraban en mí la más grande veneración. Al principio, desde luego, no sentía ese temor natural que los yahoos y los demás animales sienten ante ellos; pero poco a poco me fue naciendo, mucho antes de lo que habría podido imaginar, una mezcla de respetuoso amor y gratitud de que condescendiesen en distinguirme del resto de mi especie.

Cuando pensaba en mi familia, en mis amigos, en mis compatriotas, o en la especie humana en general, los consideraba como lo que realmente eran, yahoos tocante a figura y disposición, quizá algo más civilizados, y dotados del don de la palabra; pero que no hacían uso de la razón sino para perfeccionar y multiplicar aquellos vicios de los que sus hermanos de este país sólo poseían la parte que la naturaleza les había asignado. Cuando por casualidad contemplaba mi propia imagen reflejada en un lago o en un manantial, apartaba los ojos con horror y aversión hacia mí mismo; y soportaba mejor la visión de un yahoo corriente que la de mi propia persona. Conversando con los houyhnhnms, y observándolos con complacencia, acabé imitando su ademán y su paso, lo que ahora se ha vuelto un hábito en mí; mis amigos me dicen con rudeza que troto como un caballo; lo que tomo, sin embargo, como un gran cumplido. Tampoco negaré que al hablar tengo tendencia a adoptar la voz y la manera de los houyhnhnms; y oigo que se burlan de mí por eso sin que me cause la más ligera mortificación.

En medio de toda esta felicidad, y cuando me consideraba instalado de por vida, mi amo me mandó llamar una mañana, un poco antes de la hora habitual. Noté en su expresión cierto embarazo, y que no sabía cómo empezar. Tras un breve silencio, me dijo que ignoraba cómo me tomaría lo que iba a decirme; que en la última asamblea, al abordarse el asunto de los yahoos, los representantes habían considerado ofensivo que él tuviera un yahoo (refiriéndose a mí) en su familia al que trataba más como un houyhnhnm que como un bruto. Que era sabido que conversaba a menudo conmigo, como si encontrase alguna ventaja o placer en mi compañía; que semejante práctica no se acordaba con la razón ni con la naturaleza, ni era algo que se hubiera visto jamás entre ellos. Así que la asamblea le exhortaba, bien a emplearme como al resto de la especie, o bien a mandarme que volviese nadando al lugar de donde había venido. Que el primero de estos expedientes había sido rechazado por los houyhnhnms que me habían visto en su casa o en la de ellos; porque dado que poseía cierto rudimento de razón, alegaban, sumada a la natural maldad de esos animales, era de temer que los atrajera a las regiones boscosas y montañosas del país, y los condujera nocturnamente en manadas para

destruir el ganado de los houyhnhnms, dado que eran naturalmente de carácter voraz, y contrarios a trabajar.

Mi amo añadió que diariamente era apremiado por los houyhnhnms de la vecindad para que cumplierse las exhortaciones de la asamblea, y que no podía demorarlo mucho más. Él dudaba que pudiera llegar nadando a ningún país; y por tanto me dijo que debía construirme algún vehículo del tipo de los que le había descrito, que pudiera llevarme por mar, en cuyo trabajo tendría la ayuda de sus criados, así como la de los criados de los vecinos. Concluyó que, por su parte, le habría gustado conservarme a su servicio mientras viviese; porque encontraba que me había curado de ciertos hábitos y disposiciones, esforzándome, hasta donde mi naturaleza inferior era capaz, en imitar a los houyhnhnms.

Aquí debo señalar al lector que el decreto de la asamblea general de este país se designa con la palabra *hnhloayn*, que significa exhortación, que es lo más exactamente que la puedo traducir; porque no tienen la menor noción de cómo obligar a una criatura racional, sino sólo aconsejarla o exhortarla; porque nadie puede desobedecer a la razón sin renunciar al derecho a ser una criatura racional.

La más grande aflicción y desesperación me asaltó al oír las palabras de mi amo; e incapaz de soportar la angustia que me embargaba, caí desvanecido a sus pies; cuando me recobré, dijo que pensaba que había muerto —porque esta gente no está sujeta a tales debilidades de la naturaleza—. Contesté con voz desfallecida que la muerte habría sido una gran ventura para mí; que aunque no podía censurar la exhortación de la asamblea, ni el apremio de sus amigos, según mi flaco y corrompido juicio, opinaba que habría podido ser conforme con la razón una decisión menos rigurosa. Que era incapaz de hacer una legua a nado, y probablemente el país más cercano estaba a más de cien; que muchos de los materiales necesarios para construir una pequeña nave con la que irme eran inexistentes; en su país, sin embargo, lo intentaría, en obediencia y gratitud a su señoría, aunque tenía el convencimiento de que iba a ser imposible, y por tanto me consideraba ya destinado a perecer; que la perspectiva cierta de una muerte no natural era el menor de mis males; porque suponiendo que escapase con vida por alguna extraña casualidad,

¿cómo podía pensar serenamente en pasar mis días entre yahoos, y caer de nuevo en mis antiguas corrupciones por falta de ejemplos que me guiasen y mantuviesen en el camino de la virtud?; que demasiado bien conocía las sólidas razones en que se fundaba la decisión de los sabios houyhnhnms, para que las hiciesen tambalear argumentos como los míos, los de un miserable yahoo. Así que después de expresarle mi humilde agradecimiento por ofrecerme la ayuda de sus criados para la construcción de una nave, y solicitarle un plazo razonable para tan difícil trabajo, le dije que me esforzaría en preservar una vida tan desdichada; y si alguna vez llegaba a Inglaterra, no sería sin la esperanza de ser útil a mi propia especie, haciendo el elogio de los renombrados houyhnhnms, y proponiendo sus virtudes para imitación de la humanidad.

Mi amo, en pocas palabras, me dio una respuesta de lo más amable: me concedió el espacio de dos meses para terminar el bote; y ordenó al rocín, mi compañero de servicio —porque así me permito considerarlo desde esta distancia—, que siguiese mis instrucciones; porque le dije a mi amo que me bastaría su ayuda, y sabía que me tenía afecto.

Acompañado por él, mi primera tarea fue dirigirme a la parte de la costa donde me había desembarcado mi rebelde tripulación. Subí a un altozano y, mirando a un lado y a otro del mar, me pareció divisar una pequeña isla al noreste; saqué el catalejo, y con él pude distinguirla con claridad a unas cinco leguas, según calculé; aunque al rocín alazán le parecía sólo una nube azulenca, porque no tenía idea de que existiese ningún país además del suyo; de manera que no tenía tanta práctica en distinguir objetos remotos en el mar como nosotros, familiarizados como estamos con dicho elemento.

Tras descubrir esta isla no lo pensé más, sino que resolví que era el primer lugar al que me exiliaría, si era posible, dejando lo demás a la fortuna.

Volví a casa, y tras consultar con el rocín alazán, nos dirigimos a un bosquecillo no lejano, donde yo con el cuchillo y él con una piedra de sílex afilada, hábilmente atada como hacen ellos, a un mango de madera, cortamos varias varas de roble, del grueso de un bastón, y ramas algo más grandes. Pero no aburriré al lector con una descripción detallada de mis

trabajos; baste decir que a las seis semanas, con la ayuda del rocín alazán, que se encargó de lo más engorroso, terminé una especie de canoa india, aunque mucho más grande, forrada con pieles de yahoo, bien cosidas unas con otras con hilo de cáñamo que yo mismo había hilado. La vela la compuse también con pieles del mismo animal; pero hice uso de los más jóvenes que pude conseguir, ya que la de los viejos era gruesa y dura; asimismo me proveí de cuatro pagayas. Me abastecí de carne cocida, de conejo y de ave; y embarqué dos recipientes, uno lleno de leche, y el otro con agua.

Probé la canoa en una gran charca cercana a la casa de mi amo, y le corregí los defectos, calafateando las costuras con sebo de yahoo, hasta que la encontré totalmente estanca, y capaz de cargar mi peso y el de la carga. Y cuando estuvo todo lo acabada que pude hacerla, la mandé transportar en un carruaje, muy despacio, tirado por yahoos, hasta la costa, bajo la conducción del rocín alazán y otro criado.

Cuando estuvo todo dispuesto, y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo y su señora, así como de toda la familia, con los ojos arrasados y el corazón agobiado de pena. Pero su señoría, por curiosidad, y quizá — si se me permite decirlo sin vanidad— en parte por afecto también, decidió verme en la canoa; y logró que le acompañasen varios vecinos amigos. Tuve que aguardar más de una hora debido a la marea; y entonces, al notar que el viento empezaba a soplar favorablemente hacia la isla a la que tenía intención de dirigir el rumbo, me despedí por segunda vez de mi amo; y cuando iba a postrarme para besarle la pezuña me hizo el honor de levantármela amablemente hasta la boca. No ignoro que se me ha criticado por referir este último detalle. A los detractores les agrada considerar improbable que tan ilustre personaje se dignase tener esa distinción con una criatura tan inferior como yo. Tampoco olvido la inclinación de algunos viajeros a presumir de extraordinarios favores recibidos. Pero si estos criticadores conociesen mejor la noble y cortés disposición de los houyhnhnms, cambiarían pronto de opinión.

Presenté mis respetos al resto de los houyhnhnms que acompañaban a su señoría, subí luego a la canoa y la alejé de la orilla.



Capítulo XI

Peligroso viaje del autor. Llega a Nueva Holanda, donde espera establecerse. Es herido con una flecha por un nativo. Es apresado y llevado a la fuerza a un barco portugués. Grandes muestras de cortesía del capitán. El autor llega a Inglaterra.

Inicié este viaje azaroso el 15 de febrero de 1714-15, a las nueve en punto de la mañana. El viento era favorable; sin embargo, al principio sólo hice uso de la pagaya; pero pensando que no tardaría en cansarme, y que probablemente cambiaría el viento, decidí poner la velita; y así, y con la ayuda de la marea, navegué a la velocidad de una legua y media por hora, a lo que pude calcular. Mi amo y sus amigos estuvieron en la playa hasta que casi desaparecí de vista; y a menudo oí gritar al rocín alazán —que siempre me había querido—: «*Hmuy illa nyha majah yahoo*», Cuídate, buen yahoo.

Mi propósito, de ser posible, era descubrir alguna isla pequeña y deshabitada, aunque con lo suficiente para proporcionarme con mi esfuerzo el medio de subsistir, lo que consideraba una dicha más grande que si fuese primer ministro de la corte más refinada de Europa; tan horrible era la idea que había concebido sobre volver a vivir en sociedad y bajo un gobierno de yahoos. Porque en la soledad que yo deseaba podía gozar al menos de mis pensamientos, y deleitarme meditando sobre las

virtudes de esos excepcionales houyhnhnms, sin correr ningún riesgo de degenerar en los vicios y las corrupciones de mi especie.

Recuerde el lector lo que conté de cuando la tripulación conspiró contra mí y me encerraron en la cámara, cómo estuve allí varias semanas sin saber qué rumbo llevábamos; y cuando me mandaron a tierra en la lancha, cómo los marineros me juraron, fuese verdad o no, que ignoraban en qué parte del mundo estábamos. Sin embargo, supuse entonces que nos encontrábamos unos diez grados al sur del Cabo de Buena Esperanza, o 45 grados latitud sur, según deduje de un vago comentario que les oí, lo que era, creo, al sureste, en su pretendido viaje a Madagascar. Y aunque se trataba poco más que de una hipótesis, sin embargo decidí poner rumbo este, con la esperanza de alcanzar la costa suroeste de Nueva Holanda, y quizá la isla que yo quería, al oeste de ella. El viento era oeste derecho, y calculé hacia las seis de la tarde que había corrido lo menos dieciocho leguas para el este; cuando avisté un islote como a media legua, que no tardé en alcanzar. Era sólo una roca, con una cala naturalmente excavada por la fuerza de los temporales. Metí aquí la canoa, y trepando por una pendiente, descubrí claramente una tierra al este, que se extendía de sur a norte. Dormí toda la noche en la canoa; y tras reanudar el viaje por la mañana, en siete horas llegué a la punta sureste de Nueva Holanda. Esto me confirmó en la creencia que abrigaba desde hacía algún tiempo, de que los mapas y cartas sitúan este país lo menos tres grados más al este de lo que realmente está; lo que creo que comuniqué, hace años, a mi estimable amigo, el señor Herman Moll, y le expuse las razones que tenía para ello, aunque él ha preferido seguir a otros autores.

No vi habitantes en el lugar donde desembarqué, y como iba desarmado, tuve miedo de aventurarme hacia el interior. Encontré moluscos en la playa, y me comí unos cuantos crudos, ya que no me atrevía a encender fuego por temor a que me descubriesen los nativos. Estuve tres días alimentándome de ostras y lapas para ahorrar provisiones; y afortunadamente encontré un manantial de excelente agua, lo que supuso un gran alivio.

El cuarto día me arriesgué a adentrarme un poco, y descubrí unos treinta nativos en una elevación, a no más de quinientas yardas de donde

yo estaba. Estaban completamente desnudos, hombres, mujeres y niños, alrededor de una fogata, según deduje por el humo. Uno de ellos me vio y advirtió a los demás; cinco de ellos vinieron hacia mí, dejando a las mujeres y los niños junto al fuego. Me apresuré lo que pude a regresar a la playa, salté a la canoa y me aparté remando. Los salvajes, al ver que me alejaba echaron a correr hacia mí, y antes de que pudiera ganar la suficiente distancia dispararon una flecha que se me hincó profundamente en la rodilla izquierda (llevaré la cicatriz hasta la tumba). Temía que la flecha estuviera envenenada, así que remé hasta ponerme fuera de alcance de sus dardos (había calma), conseguí succionar la herida, y me la vendé como pude.

No sabía qué hacer, pero no me atrevía a volver a la cala de antes; así que continué hacia el norte, para lo que me vi obligado a remar; porque el viento, aunque muy flojo, soplaba en contra, del noroeste. Y mirando a mi alrededor en busca de un lugar seguro donde desembarcar, vi una vela al nor-noreste, y al observar que se hacía más visible a cada minuto, dudé unos momentos si esperarles o no; finalmente prevaleció mi aversión a la raza yahoo: di la vuelta a la canoa, me dirigí hacia el sur, con las pagayas y la vela, y me metí en la misma cala de la que había salido por la mañana; porque prefería encomendarme a estos bárbaros a vivir con yahoos europeos. Acerqué lo más que pude la canoa a tierra, y me escondí detrás de una piedra junto a un pequeño manantial, que, como he dicho, era de excelente agua.

El barco llegó a menos de media legua de esta cala, y envió su lancha con recipientes para cargar agua (porque el lugar, al parecer, era conocido); pero yo no me di cuenta hasta que la embarcación estuvo casi en la orilla, y era demasiado tarde para buscar otro escondite. Los marineros, al saltar a tierra, vieron la canoa, la registraron de arriba abajo, y dedujeron fácilmente que no podía estar lejos su dueño. Cuatro de ellos, bien armados, empezaron a inspeccionar cada oquedad y hendidura, hasta que finalmente me descubrieron tumbado boca abajo, detrás de la roca. Se quedaron mirándome con asombro ante mi tosca y extraña indumentaria, la casaca hecha con pieles curtidas, el calzado con suelas de madera, y las medias de piel; de lo que, no obstante, dedujeron que no era un salvaje del

lugar, donde todos van desnudos. Uno de los marineros me mandó levantarme en portugués, y me preguntó quién era. Yo comprendía bastante bien esa lengua; así que me puse de pie y expliqué que era un pobre yahoo desterrado por los houyhnhnms, y les pedí por favor que dejaran que me fuera. Se admiraron de oírme contestar en su propia lengua, y vieron por mi color que debía de ser europeo; pero no sabían a qué me refería con lo de yahoo y houyhnhnms; al mismo tiempo se echaron a reír al oír mi extraña entonación al hablar, que semejaba un relincho de caballo. A todo esto yo temblaba de miedo y de odio; les pedí otra vez que me dejaran marchar, y me dirigí despacio hacia la canoa; pero me detuvieron, y me preguntaron de qué país era, de dónde venía, con muchas otras preguntas. Les dije que había nacido en Inglaterra, de donde había llegado hacía unos cinco años, y que entonces su país y el mío estaban en paz; y por tanto esperaba que no me trataran como enemigo, dado que yo no tenía intención de hacerles ningún daño, sino que era un pobre yahoo que buscaba algún lugar desierto donde pasar el resto de su desventurada vida.

Al principio de oírles hablar pensé que nunca había oído nada más antinatural; porque me parecía tan monstruoso como si hablase un perro en Inglaterra, o un yahoo en Houyhnhnmlandia. Los honrados portugueses estaban igualmente asombrados ante mi extraño atuendo y mi rara manera de entonar las palabras que, sin embargo, comprendían muy bien. Me hablaron con gran humanidad, y dijeron que estaban seguros de que el capitán me llevaría gratuitamente a Lisboa, de donde podía regresar a mi país; que dos marineros volverían al barco para informar al capitán de lo que habían visto, y recibir órdenes; entretanto, a menos que jurase solemnemente no huir, me retendrían a la fuerza. Pensé que lo mejor era acceder a lo que me proponían. Tenían mucha curiosidad por conocer mi historia, pero les di muy poca satisfacción; y todos supusieron que mis desventuras me habían trastornado el juicio. Dos horas después, el bote que se había ido cargado con toneles de agua regresó con la orden del capitán de llevarme a bordo. Caí de rodillas y les supliqué que me dejaran en libertad; pero todo fue inútil, y los hombres, después de atarme con

cuerdas, me subieron al bote, me llevaron al barco, y una vez allí me condujeron a la cámara del capitán.

Se llamaba Pedro de Méndez; era una persona muy generosa y cortés; me rogó que le dijese quién era, y me preguntó si quería comer o beber algo. Dijo que sería tratado igual que él; y mostraba tanta amabilidad que me tenía asombrado encontrar semejante consideración en un yahoo. Sin embargo, seguí callado y adusto; estaba a punto de desvanecerme a causa del olor que desprendían él y sus hombres. Finalmente pedí comida de mi canoa, pero él ordenó que me sirviesen pollo con un poco de excelente vino, y mandó que me llevasen a la cama, preparada en una cámara muy aseada. No me desvestí, sino que me tumbé encima de las sábanas; y a la media hora, cuando juzgué que la tripulación estaría comiendo, salí calladamente, llegué al costado del barco, y me dispuse a saltar al agua y ponerme a salvo nadando, antes que continuar entre los yahoos. Pero me lo impidió un marinero y, tras informar al capitán, me encadenaron en la cámara.

Después de comer vino a verme don Pedro, y quiso saber la razón para hacer tan desesperado intento; me aseguró que sólo pretendía ayudarme hasta donde le fuera posible, y habló de manera tan afectuosa que finalmente condescendí a tratarle como a un animal dotado de un pequeño atisbo de razón. Le hice una brevísima relación de mi viaje: de la conspiración que mis hombres llevaron a cabo contra mí; del país en el que me habían desembarcado, y los tres años que había pasado allí. Todo lo cual tomó él por un sueño o una visión, cosa que me ofendió enormemente; porque había olvidado por completo la facultad de mentir, tan propia de los yahoos en todos los países donde gobiernan, y por tanto, la inclinación a recelar de la verosimilitud de otros de su misma especie. Le pregunté si era costumbre de su país *decir lo que no era*. Le aseguré que casi había olvidado qué se entendía por falsedad, y si hubiera vivido mil años en Houyhnhnmlandia, jamás habría oído decir una mentira siquiera al criado más humilde; que me tenía absolutamente sin cuidado que lo creyera o no; que no obstante, en correspondencia a sus favores, tendría consideración con la corrupción de su naturaleza, y contestaría a

cualquier objeción que él tuviera a bien poner, y entonces averiguaría fácilmente la verdad.

El capitán, hombre discreto, tras repetidos esfuerzos por cogerme en contradicción en alguna parte de mi historia, empezó a formarse mejor opinión de mi veracidad. Pero añadió que, puesto que yo profesaba tan inquebrantable adhesión a la verdad, debía darle mi palabra de seguir en su compañía durante este viaje, sin intentar nada contra mi vida; de lo contrario seguiría teniéndome prisionero hasta que llegásemos a Lisboa. Hice la promesa que me pedía, pero al mismo tiempo declaré que prefería sufrir las más grandes penalidades, antes que volver a vivir entre los yahoos.

El viaje transcurrió sin percances dignos de reseñar. Para mostrar mi agradecimiento, a veces me sentaba con el capitán, a insistente petición suya, y me esforzaba en reprimir mi antipatía hacia el género humano, aunque a veces me salía; y él lo dejaba pasar sin hacer comentarios. Pero la mayor parte del día me quedaba encerrado en mi cámara para no ver a nadie de la tripulación. El capitán me había rogado a menudo que me quitase mis ropas salvajes, y se había ofrecido a prestarme el mejor juego de ropa que tenía. No me dejé convencer, ya que detestaba ponerme nada que hubiera cubierto la espalda de un yahoo. Sólo le pedí que me prestara dos camisas limpias, que como las habían lavado después de llevarlas él, pensé que no me iban a inficionar tanto. Me las mudaba cada dos días, y las lavaba yo mismo.

Llegamos a Lisboa el 5 de noviembre de 1715. Al desembarcar, el capitán me obligó a cubrirme con su capa para evitar que el populacho se apiñase a mi alrededor. Me llevó a su casa; y a ferviente petición mía, me subió a la habitación más alta de la parte de atrás. Le supliqué que no revelase a nadie lo que le había contado de los houyhnhnms; porque la más pequeña alusión a tal historia haría no sólo que la gente quisiera verme, sino que probablemente correría peligro de que me encerrasen, o que me condenase a la hoguera la Inquisición. El capitán me convenció de que aceptara un juego de ropa nueva, pero no consentí que el sastre me tomara las medidas. Sin embargo, como don Pedro era casi de mi talla, me lo ajustaron bastante bien. Don Pedro me proveyó de otras prendas

necesarias, todas nuevas, que yo puse a orear veinticuatro horas antes de utilizarlas.

El capitán no tenía esposa, ni más de tres criados, a ninguno de los cuales consentía que atendiese a las comidas; y todo su proceder era tan solícito, al que sumaba una inestimable comprensión *humana*, que verdaderamente empecé a soportar su compañía. Llegó a ganar tal ascendiente sobre mí, que me atreví a asomarme por la ventana de atrás. Poco a poco me llevó a otra habitación, donde me asomaba a la calle, pero retiraba la cabeza asustado. Al cabo de una semana me persuadió de que bajara a la puerta. Noté que mi terror disminuía poco a poco, aunque me aumentaban el odio y desprecio. Finalmente me atreví a salir a la calle con él, aunque taponándome la nariz con ruda, o a veces con tabaco.

Al cabo de diez días, don Pedro, a quien había contado algo sobre mis asuntos familiares, me hizo comprender que era un deber de honradez y de conciencia regresar a mi país natal, y vivir en casa con mi esposa y mis hijos. Me dijo dónde había un barco inglés en el puerto aparejado para zarpar, y que él me facilitaría cuanto necesitase. Sería tedioso repetir sus argumentos y mis objeciones. Dijo que era completamente imposible encontrar una isla abierta como la que yo quería para vivir; pero que podía mandar en mi casa, y vivir mi vida a la manera de un recluso si quería.

Accedí finalmente, viendo que no podía hacer nada mejor. Abandoné Lisboa el 24 de noviembre, en un mercante inglés, aunque no llegué a preguntar quién era el capitán. Don Pedro me acompañó al barco, y me prestó veinte libras. Se despidió afectuosamente de mí, y me abrazó al separarnos, cosa que soporté como pude. Durante este último viaje no tuve trato alguno con el capitán ni con ninguno de sus hombres, sino que fingí que estaba mareado, y permanecí todo el tiempo encerrado en mi cámara. El 5 de diciembre de 1715 largamos ancla en las Lomas hacia las nueve de la mañana; y a las tres de la tarde llegué sin percance a mi casa en Rotherhithe.

Mi esposa y mi familia me recibieron con enorme sorpresa y alegría, porque daban por supuesto que había muerto; pero debo confesar con franqueza que, al verlos, el odio, la repugnancia y el desprecio me dominaron, y más al pensar en la íntima relación que había tenido con

ellos. Porque, aunque desde que me exilié desdichadamente del país de los houyhnhnms me había impuesto tolerar la visión de los yahoos, y conversar con don Pedro de Méndez, tenía la imaginación y la memoria perpetuamente puestas en las virtudes y las ideas de esos excelsos houyhnhnms. Y cuando caía en la cuenta de que copulando con un ejemplar de la especie yahoo me había convertido en padre de más, la vergüenza, la confusión, el horror más tremendos se apoderaban de mí.

Nada más entrar en casa, mi esposa me estrechó en sus brazos y me besó. A lo cual, como hacía años que no estaba acostumbrado al contacto de ese asqueroso animal, me desmayé y estuve sin sentido casi una hora. En las fechas en que escribo son cinco años los que han pasado desde mi último regreso a Inglaterra: durante el primer año no soportaba la presencia de la esposa y los hijos, y su olor me era insoportable; mucho menos podía sufrir que comiesen en la misma habitación que yo. Hasta este momento no se atreven a tocar mi pan, ni a beber del mismo vaso que yo; ni dejo que ninguno de ellos me coja la mano. El primer dinero que gasté fue para comprar dos sementales jóvenes, que guardo en una buena cuadra; después de ellos, mi gran favorito es el mozo que los cuida; porque siento que el ánimo me revive al olor que este adquiere en la cuadra. Los caballos me comprenden bastante bien; converso con ellos lo menos cuatro horas al día. Ignoran lo que es la brida o la silla; viven en gran amistad conmigo, y camaradería entre ellos.

Capítulo XII

Veracidad del autor. Su propósito de publicar esta obra. Su desaprobación de aquellos viajeros que se apartan de la verdad. El autor se absuelve de ningún fin siniestro al escribir. Respuesta a una objeción. Método para establecer colonias. Elogio de su país natal. Se justifica el derecho de la corona sobre los países descritos por el autor. Dificultad para conquistarlos. El autor se despide finalmente del lector, presenta su modo de vida para el futuro, da buen consejo y concluye.

Así, pues, amable lector, te he hecho fiel relación de mis viajes durante dieciséis años y siete meses largos, sin cuidar tanto el adorno como la verdad. Quizá, como hacen otros, podía haberte asombrado con episodios extraños e improbables; pero prefiero relatar el hecho escueto, en la manera y estilo más simples; porque mi propósito primero era informarte y no divertirme.

Nos resulta fácil, a quienes viajamos a países remotos que rara vez visitan los ingleses u otros europeos, describir animales maravillosos, sean marinos o terrestres. Sin embargo, el principal objeto del viajero ha de ser hacer a los hombres más sabios y mejores, y perfeccionar sus espíritus con malos y buenos ejemplos de lo que relatan acerca de lugares extraños.

Sinceramente me gustaría que se promulgara una ley que obligara a todo viajero a jurar ante el gran canciller, antes de publicar sus viajes, que

todo lo que tienen intención de dar a la imprenta es absolutamente cierto hasta donde a él se le alcanza; porque de ese modo no se engañaría al mundo, como se hace habitualmente cuando algunos escritores, para que el público acepte mejor sus obras, hacen tragar al lector desavisado las falsedades más groseras. He leído con atención y enorme placer varios libros de viajes en mis tiempos jóvenes; pero como desde entonces he visitado muchísimas regiones del globo, y he podido desmentir por propia observación muchos relatos fabulosos, me produce un gran rechazo esta clase de lecturas, y cierta indignación ver cómo se abusa con el mayor descaro de la credulidad de los hombres. Así que, como mis amistades consideran que mis modestos esfuerzos pueden no ser inconvenientes para mi país, me he impuesto la máxima de no apartarme en ningún momento de la estricta verdad, ni caer en la más pequeña tentación de variarla, y tener a la vez presentes las lecciones y el ejemplo de mi noble amo y otros ilustres houyhnhnms, de quienes he tenido el honor de ser oyente mucho tiempo.

... *Nec si miserum Fortuna Sinonem
Finxit, vanum etiam, mendacemque improba finget.*

Sé muy bien qué poco renombre se alcanza con escritos que no requieren genio, ni saber, ni otro talento que el de una buena memoria o un diario preciso. Sé igualmente que los autores de libros de viajes, como los de diccionarios, se han hundido en el olvido por el peso y el volumen de los aparecidos después que los suyos, y por tanto se ha acumulado encima. Y es muy probable que los viajeros que en el futuro visiten los países que describo en esta obra, descubriendo mis errores —si los hay— y añadiendo multitud de descubrimientos hechos por ellos, me arrojen del mundo la moda y ocupen mi lugar, y hagan que el mundo olvide que una vez fui escritor. Esto desde luego sería demasiada humillación, si escribiese para ganar fama; pero como mi único objeto es el BIEN PÚBLICO, no puedo sentirme en absoluto defraudado. Porque ¿quién puede leer sobre las virtudes que he mencionado de los gloriosos houyhnhnms sin avergonzarse de sus propios vicios, cuando se considera un animal

razonable y dominante en su país? No diré nada de esas naciones remotas en las que presiden los yahoos, de los que los menos corruptos son los brobdingnagianos, cuyas sabias máximas morales y de gobierno sería una dicha que observáramos. Pero renuncio a seguir disertando, y dejo al discreto lector que haga sus propias observaciones y saque sus enseñanzas.

No me alegra poco que esta obra mía no llegue a ser objeto de censura; porque ¿qué objeciones se pueden hacer a un escritor que refiere sólo hechos ciertos ocurridos en esos países distantes, en los que no tenemos el menor interés en lo que toca a comercio o tratados? He evitado escrupulosamente aquellos defectos de los que comúnmente se acusa con justicia a los autores de libros de viajes. Además, no me meto en absoluto con ningún *partido*, sino que escribo sin pasión, sin prejuicios y sin malevolencia hacia ningún hombre o grupo de hombres, sean de la clase que sean. Escribo con el más noble fin de informar e instruir a la humanidad, sobre la que, sin pecar de inmodestia, presumo de cierta superioridad por la ventaja que he tenido de conversar durante tanto tiempo con houyhnhnms acabados. Escribo sin la menor pretensión de ganar beneficios ni alabanzas. Nunca me he permitido deslizar una palabra que pueda tomarse como crítica, o pueda causar la más pequeña ofensa incluso a los más suspicaces. Así que confío en poder proclamarme en justicia un autor intachable, en el que las tribus de argumentadores, consideradores, observadores, reflexionadores, averiguadores y puntualizadores jamás lograrán encontrar materia en la que ejercitar su talento.

Confieso que me dijeron confidencialmente que, como súbdito de Inglaterra, debía haber entregado una memoria al secretario de estado, nada más llegar; porque, sean cuales sean las tierras que un súbdito descubra, pertenecen a la corona. Pero dudo que nuestras conquistas de los países a los que me he referido fueran tan fáciles como las de Hernán Cortés sobre los americanos indefensos. Respecto a los liliputienses, creo que no vale la pena enviar una flota y un ejército para reducirlos; y dudo que fuera prudente o seguro atacar a los brobdingnagianos, ni si el ejército inglés se sentiría tranquilo con la Isla Volante cerniéndose sobre sus cabezas. Los houyhnhnms, desde luego, no están muy bien preparados para

la guerra, ciencia de la que son completamente ignorantes, sobre todo en lo que se refiere a armas arrojadas. Con todo, si yo fuese ministro de estado, jamás aconsejaría invadirlos. Su prudencia, su unanimidad, su ignorancia de lo que es el miedo, y su amor a su país, suplirían ampliamente sus carencias en el arte militar. Imaginad a veinte mil houyhnhnms irrumpiendo en mitad de un ejército europeo, confundiendo sus filas, volcando sus carruajes, machacándoles la cara a los guerreros con las coces terribles de sus pezuñas traseras; porque bien se merecen la reputación atribuida a Augusto: *Recalcitrat undique tutus*. Sino que, lejos de proponer la conquista de tan magnánima nación, quisiera que tuviese esta capacidad o deseo de enviar suficiente número de habitantes para civilizar Europa enseñándonos los principios primeros del honor, la justicia, la templanza, el civismo, la fortaleza, la castidad, la amistad, la benevolencia y la fidelidad. Aún perduran los nombres de estas virtudes en la mayoría de nuestras lenguas, y topamos con ellos tanto en autores antiguos como modernos; como puedo confirmar por mis limitadas lecturas.

Pero yo tenía otro argumento que me hacía menos partidario de ensanchar los dominios de su majestad con mis descubrimientos. A decir verdad, me habían asaltado escrúpulos con relación a la justicia distributiva de los príncipes en situaciones así. Por ejemplo, un temporal empuja a una tripulación pirata no saben adónde; finalmente un grumete descubre tierra desde la gavia; bajan a tierra a robar y a saquear; encuentran gente inofensiva, y son acogidos con amabilidad; ponen nuevo nombre a este país; toman posesión formal de él en nombre de su rey; erigen una tabla carcomida o una piedra a modo de monumento; matan a dos o tres docenas de nativos, se llevan a una pareja como muestra, regresan a casa, y obtienen el perdón. Y comienza aquí un nuevo dominio, adquirido con un título por derecho divino. Se envían barcos a la primera ocasión; los nativos son expulsados o exterminados; sus príncipes, torturados, revelan dónde tienen oro; se concede licencia para todos los actos de inhumanidad y lujuria, la tierra rezuma sangre de sus habitantes; y esa execrable tripulación de carniceros embarcada en tan piadosa

expedición es una colonia moderna que se envía a convertir y civilizar a un pueblo bárbaro e idólatra.

Pero declaro abiertamente que esta descripción no señala en absoluto a la nación británica, que puede ser ejemplo para el mundo entero por su buen criterio, cuidado y justicia para establecer colonias; por sus generosas dotaciones para el progreso de la religión y el saber; por su selección de pastores devotos e inteligentes para propagar el cristianismo; por su cuidado en poblar sus provincias con personas de la madre patria de vida y conversación discretas; por vigilar escrupulosamente la aplicación de la justicia, proveer la administración civil de sus colonias con funcionarios capacitados y totalmente limpios de corrupción; y como remate de todo, por enviar a los gobernadores más vigilantes y virtuosos, que no tienen otras miras que la felicidad del pueblo que presiden, y el honor del rey su señor.

Pero como a estos países que he descrito no creo que les haga ninguna gracia ser conquistados y esclavizados, asesinados o expulsados por colonizadores; ni abundan en oro, plata, azúcar ni tabaco, humildemente supuse que no eran en absoluto objeto adecuado de nuestra codicia, nuestra intrepidez, o nuestro interés. Sin embargo, si aquellos a quienes pueda concernir opinan de otro modo, estoy dispuesto a declarar, cuando se me demande legalmente, que ningún europeo ha visitado jamás esos países antes que yo. Es decir, si hay que creer a sus habitantes; a menos que se plantee disputa sobre los dos yahoos que dicen que fueron vistos hace muchísimos años en la montaña de Houyhnhnmlandia, de los que se cuenta que desciende la raza de esos brutos; que por lo que sé, quizá fueron ingleses, cosa que efectivamente me hacen sospechar las facciones de los semblantes de sus descendientes, aunque bastante deformados. Pero hasta dónde representa esto un derecho, lo dejo a los entendidos en legislación colonial.

En cuanto a la formalidad de tomar posesión en nombre de mi soberano, jamás me vino al pensamiento; y de haberseme ocurrido, según era entonces mi situación, seguramente por prudencia y por instinto de conservación lo habría dejado para otro momento.

Una vez contestada la *única* objeción que se me podría hacer como viajero, me despido ahora, por última vez, de mis amables lectores, y vuelvo a gozar de mis propias especulaciones en mi jardincito de Redriff; a poner en práctica esas excelentes lecciones de virtud que aprendí entre los houyhnhnms; a instruir a los yahoos de mi propia familia, en la medida en que pueda encontrarlos animales maleables; a contemplar de vez en cuando mi imagen en el espejo, y así, con el tiempo, si es posible, acostumbrarme a tolerar la visión de una criatura humana; a lamentar la condición de brutos de los houyhnhnms de mi país, pero tratar siempre sus personas con respeto, por mi noble amo, su familia, sus amigos, y la raza houyhnhnm entera, a los que los nuestros tienen el honor de parecerse en todo, aunque su intelecto haya degenerado.

La semana pasada empecé a dejar a mi esposa sentarse a comer conmigo, al otro extremo de una larga mesa; y que conteste —aunque lo más brevemente posible— a las pocas preguntas que le hago. Sin embargo, como el olor a yahoo me sigue resultando muy desagradable, llevo siempre la nariz taponada con hojas de ruda, lavanda o tabaco. Y aunque resulte duro para un hombre en la última etapa de su vida abandonar viejos hábitos, no he perdido la esperanza de poder soportar, con el tiempo, la presencia de un yahoo sin que me asalte el temor que aún me producen sus dientes y sus garras.

Podría no ser difícil mi reconciliación con la especie yahoo en general si se contentasen con esos vicios y desatinos con que la Naturaleza los ha adornado. No me irrita en absoluto la visión de un abogado, un coronel, un loco, un lord, un tahúr, un político, un chulo de putas, un físico, un testigo, un sobornador, un procurador, un traidor, o algún personaje por el estilo; eso es algo totalmente conforme con el curso de las cosas; pero cuando veo la deformidad y la enfermedad en el cuerpo y el espíritu, hinchados de orgullo, al punto se desbordan todas las medidas de mi paciencia, y jamás comprenderé cómo puede emparejarse semejante vicio con semejante animal. Los sabios y virtuosos houyhnhnms, que poseen en abundancia todas las excelencias que pueden adornar a un ser racional, no tienen para este vicio un nombre en su lengua, que carece de términos para expresar nada malo, salvo aquellos que designan las cualidades detestables de sus

yahoos, entre las que no es posible distinguir el orgullo por falta de una comprensión cabal de la naturaleza humana, como se revela en otros países donde preside dicho animal. Pero yo, que tengo más experiencia, puedo percibir claramente cierto atisbo de dicho vicio en los yahoos salvajes.

Pero los houyhnhnms, que viven bajo el gobierno de la razón, no estarían más orgullosos de las buenas cualidades que poseen de lo que estaría yo de que no me faltaba una pierna o un brazo, cosa de la que nadie en sus cabales se jactaría, aunque sí se sentiría desdichado sin esos miembros. Me extiendo más sobre este asunto por el deseo que tengo de hacer por cualquier medio que la sociedad de un yahoo inglés no sea insoportable; así que advierto a los que tengan el más pequeño asomo de ese vicio absurdo, que no se atrevan a ponérseme a la vista.

FINIS



JONATHAN SWIFT. Dublín (Irlanda), 1667 – Ídem, 1745. Escritor político y satírico anglo-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas. Sus numerosos escritos políticos, textos en prosa, cartas y poemas tienen como característica común el uso de un lenguaje efectivo y económico.

Nacido en Dublín el 30 de noviembre de 1667, estudió en el Trinity College de dicha ciudad. Obtuvo un empleo en Inglaterra como secretario del diplomático y escritor William Temple, pariente lejano de su madre. Las relaciones con su patrón no fueron especialmente cordiales y, en 1694, el joven Jonathan regresó a Irlanda, donde se ordenó sacerdote. Tras la reconciliación con Temple, volvió a su servicio en 1696. Supervisó la educación de Esther Johnson, hija de la recién enviudada hermana de Temple, y permaneció con el caballero hasta su muerte, en 1699. Durante

ese tiempo, Swift, aunque tuvo frecuentes discusiones con su patrón, dispuso de gran cantidad de tiempo para la lectura y la escritura.

Entre sus primeros trabajos en prosa se encuentra *La batalla entre los libros antiguos y modernos* (1697), una mofa de las discusiones literarias del momento, que trataban de valorar si eran mejores las obras de la antigüedad o las modernas. En esta obra suya, el autor irlandés se puso de parte de los maestros antiguos y, con gran mordacidad, atacó la pedantería y el espíritu escolástico de los escritores de su tiempo. Su *Historia de una bañera* (1704) es el más divertido y original de sus escritos satíricos. En él, Swift ridiculizó con soberbia ironía varias formas de pedantería y pretenciosidad, especialmente en los terrenos de la religión y la literatura. Este libro despertó serias dudas sobre la ortodoxia religiosa de su autor, y se cree que, a causa del enfado que produjo en la reina Ana Estuardo, perdió sus prerrogativas dentro de la iglesia de Inglaterra.

Aunque en teoría era un *whig*, Swift mantenía importantes diferencias de criterio con sus compañeros de partido. En 1710, subió al poder en Inglaterra el partido *tory*, y el inconformista autor irlandés se pasó rápidamente a sus filas. Comenzó a dirigir entonces sus ataques contra los *whigs*, a través de una serie de brillantes textos cortos, asumió la dirección del *Examiner*, el órgano informativo de los *tories*, y publicó una gran cantidad de panfletos, en los que defendía abiertamente la política social del gobierno *tory*. De entre esos textos, el más elocuente e influyente fue *El comportamiento de los aliados* (1711), en el cual afirmaba que los *whigs* habían prolongado la Guerra de Sucesión española mirando sólo a sus propios intereses. Este panfleto fue la causa de la dimisión de John Churchill, primer duque de Malborough, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas británicas.

Swift comenzó sus *Cartas a Stella* en 1710. Stella era el nombre que él utilizaba para dirigirse a Esther Johnson, quien por entonces vivía en Dublín. Esta serie de cartas íntimas, en las que aparecen numerosos vocablos propios del lenguaje infantil, revelan un curioso aspecto de la enigmática personalidad del satirista irlandés. Los especialistas no tienen muy claro cuál era el tipo de relación que existía entre tutor y alumna. Es

posible incluso que se hubieran casado en secreto. La otra mujer de la que se tiene noticia en la vida de Swift fue Esther Vanhomrigh, también alumna suya, hija de un comerciante de Dublín de origen holandés, y a la que él llamaba Vanessa. Esta se enamoró perdidamente de su tutor, pero él no correspondió nunca a ese amor.

En 1717, fue nombrado deán de la catedral de San Patricio de Dublín. Al año siguiente, el partido *tory* perdió el poder y su influencia política desapareció por completo. Entre 1724 y 1725 publicó anónimamente *Cartas de Drapier*, una serie de apasionados y efectivos panfletos en los que intentaba defender la validez de la moneda irlandesa, y que ocasionaron el fin del permiso otorgado por la corona a un comerciante inglés para acuñar monedas en Irlanda. Por esta y otras obras en las que apoyaba las reivindicaciones de su pueblo, se convirtió en un héroe entre los nacionalistas irlandeses. *Una humilde propuesta* (1729), uno de estos textos reivindicativos, incluye una propuesta especialmente irónica, la de que los niños irlandeses pobres podían ser vendidos como carne para mejorar la dieta de los ricos, pues con ello se beneficiarían todos los sectores sociales.

La obra maestra de Swift, *Viajes a varios lugares remotos del planeta*, titulada popularmente *Los viajes de Gulliver*, fue publicada como anónimo en 1726 y obtuvo un éxito inmediato. A pesar de que fue concebida originalmente como una sátira, un ataque ácido y alegórico contra la vanidad y la hipocresía de las cortes, los hombres de estado y los partidos políticos de su tiempo, el autor fue añadiendo, durante los seis años que tardó en escribirla, desgarradas reflexiones acerca de la naturaleza humana. *Los viajes de Gulliver* es, por tanto, una obra salvajemente amarga y, en ocasiones, indecente; una desabrida burla a la sociedad inglesa de su tiempo y por extensión al género humano. Aún así, es una narración tan imaginativa, ingeniosa y sencilla de leer, que el primer libro ha permanecido como un clásico de la literatura infantil. El cuarto libro, *Gulliver en el país de los houyhnhnms*, suele eliminarse de muchas ediciones juveniles por su excesiva mordacidad, ya que en el fondo lo que está planteando Swift es que la compañía de los animales —de los

caballos, concretamente— es preferible y más estimulante que la de muchos humanos.

Sus últimos años, tras las muertes de Stella y Vanessa, se caracterizaron por una creciente soledad y asomos de demencia. Sufrió frecuentes ataques de vértigo y, tras un largo periodo de decadencia mental, murió el 19 de octubre de 1745. Fue enterrado en la catedral de la que había sido deán, junto al sepulcro de Stella. Su epitafio, escrito por él mismo en latín, reza: «Aquí yace el cuerpo de Jonathan Swift, D., deán de esta catedral, en un lugar en que la ardiente indignación no puede ya lacerar su corazón. Ve, viajero, e intenta imitar a un hombre que fue un irreductible defensor de la libertad».

Notas

[1] Tasmania. <<